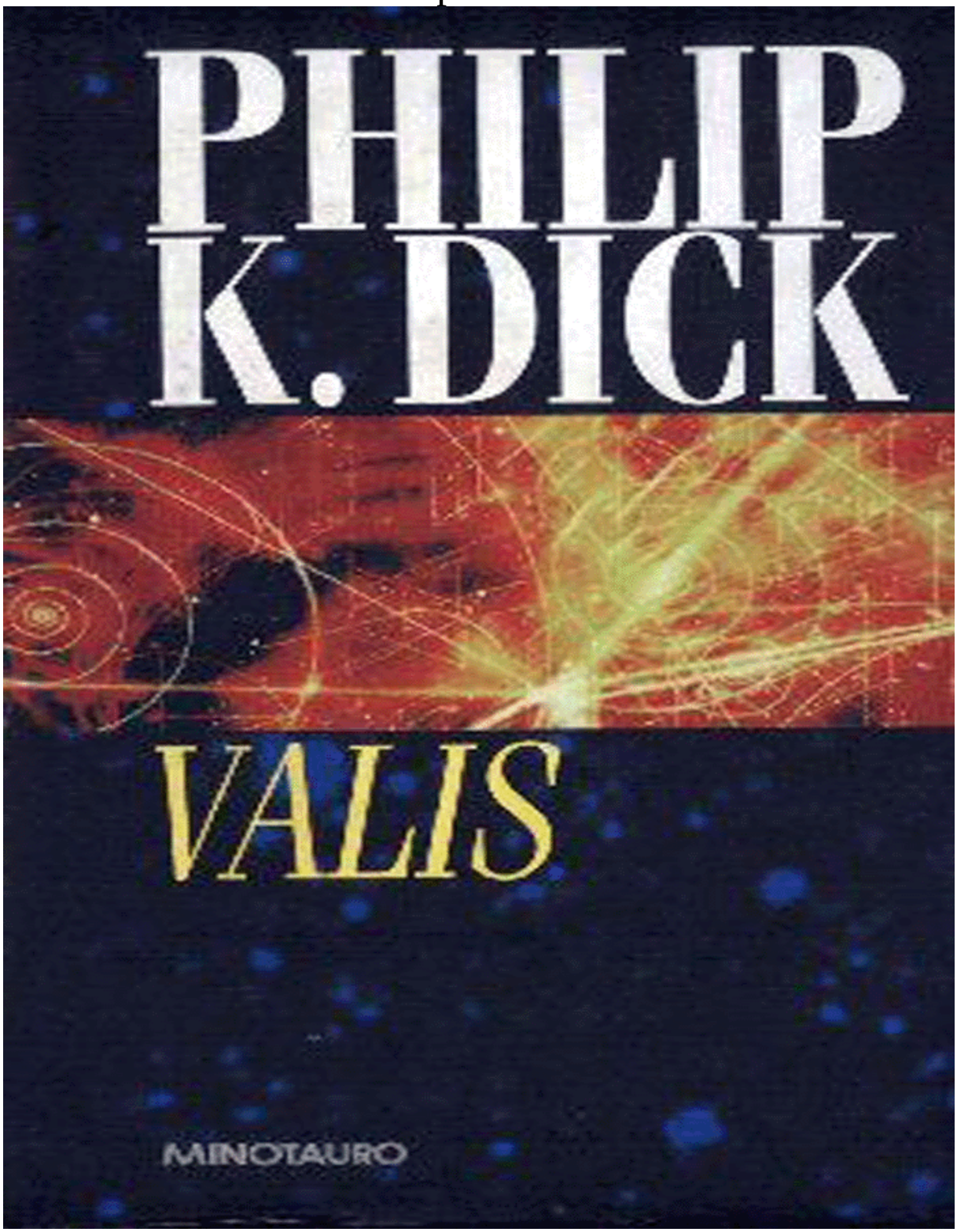
VALIS

Philip K. Dick



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A Russell Calen, que me señaló el buen camino

Librodot

VALIS (siglas de Vast Active Living Intelligence System: *vasta activa viviente inteligencia, Sistema de,* nombre tomado de un *film* norteamericano): Perturbación del campo de la realidad por el que se forma un vórtice negentrópico autocontrolado y espontáneo que tiende progresivamente a subsumir e incorporar su propio ambiente como estructuras de información. Se caracteriza por contar con una cuasi conciencia, finalidad, inteligencia, desarrollo y coherencia armilar.

Gran Diccionario Soviético Sexta edición, 1992

Librodot

Uno

El quebranto nervioso de Amacaballo Fat comenzó el día en que recibió la llamada telefónica de Gloria para preguntarle si tenía algunas píldoras de *Nembutal*. Él intentó averiguar para qué las quería y ella le explicó que tenía intención de matarse. Estaba llamando a todos los que conocía. Ya había recolectado cincuenta, pero no quería fallar y necesitaba otras treinta o cuarenta.

Inmediatamente Amacaballo Fat dedujo que ésta era la manera en que ella estaba pidiendo ayuda. Desde hacía años Fat venía teniendo la fantasía de que él era capaz de ayudar a la gente. En una oportunidad su psiquiatra le había dicho que para mejorar tendría que hacer dos cosas: abandonar la droga (cosa que no había hecho) y dejar de intentar ayudar a la gente (todavía lo intentaba).

A decir verdad, no tenía píldoras de *Nembutal*. No tenía somníferos de ninguna especie. Nunca los consumía. Consumía estimulantes. De modo que no le era posible darle somníferos a Gloria para que se matara. De cualquier manera, no lo habría hecho aun cuando hubiera podido.

-Tengo diez -dijo. Porque si le hubiera dicho la verdad, ella habría colgado.

-Entonces iré a tu casa -dijo Gloria con una voz racional y serena, el mismo tono en que le había pedido las píldoras.

Él se dio cuenta entonces de que ella no estaba pidiéndole ayuda. Quería morir. Estaba loca. Si no lo estuviese habría comprendido que necesitaba disimular, pues de este otro modo él se convertía en un cómplice. Para complacerla tendría que haberle deseado la muerte. No había motivo para que él -o para que cualquier otro- deseara semejante cosa. Gloria era una mujer gentil y civilizada, pero consumía demasiado ácido. Era obvio que desde la última vez que tuvo noticias de ella, seis meses atrás, el ácido le había estragado la mente.

-¿Qué has estado haciendo? -le preguntó.

-Estuve en el *Hospital del Monte de Sión* en San Francisco. Traté de suicidarme y mamá me internó. Me dieron de alta la semana pasada.

-¿Te has curado? -dijo Fat.

-Sí -contestó ella.

Ése fue el momento en que Fat empezó a volverse loco. No lo advirtió entonces, pero había sido arrastrado a un inenarrable juego psicológico. No había escapatoria. Gloria Knudson no sólo había estropeado su propio cerebro; ahora estaba trastornándolo a él, su amigo. Probablemente había hecho lo mismo con seis o siete personas más, todos amigos que la querían, en conversaciones telefónicas similares. Sin dudar había destruido también a su madre y a su padre. Fat oyó en la voz racional de Gloria el acorde del nihilismo, el tañido del vacío. No estaba tratando con una persona; al otro extremo de la línea telefónica había un arco reflejo.

No sabía entonces que volverse loco es una respuesta adecuada a la realidad. Oír que Gloria pedía racionalmente la muerte era inhalar un virus contagioso. Como en una de esas trampas chinas para dedos: cuanto más intentas librarte, más aprieta la trampa.

-¿Dónde estás ahora? -le preguntó.

-En Modesto. En casa de mis padres.

Él vivía en el Condado de Marin, a varias horas de coche. Muy pocas razones podrían haberlo impulsado a hacer semejante viaje. Ésta era otra prueba de locura: tres horas de viaje de ida y tres de vuelta por diez píldoras de *Nembutal*. ¿Por qué sencillamente no estrellar el automóvil? Gloria ni siquiera cometía ese acto irracional racionalmente. Gracias, Tim Leary, pensó Fat. Tú y tu promoción del éxtasis de la conciencia expandida por medio de la droga.

No sabía entonces que estaba transitando por ese mismo camino. Esto sucedía en 1971. En 1972 se encontraría en Vancouver, al Norte, en la Columbia Británica, luego de intentar suicidarse, solo, pobre y asustado en una ciudad extranjera. Por ahora se le ahorraba ese conocimiento. Todo lo que quería era atraer a Gloria al Condado de Marin para poder

ayudarla. Una de las mayores muestras de la clemencia de Dios es la de mantenernos en una perpetua ignorancia acerca de nuestro futuro. En 1976 (fracasado el intento de suicidio en Vancouver), totalmente enloquecido de dolor, Amacaballo Fat se cortaría la muñeca, tomaría cuarenta y nueve tabletas de *Digital* de alta graduación y se encerraría en un garaje con el motor del automóvil en marcha; también entonces fracasaría. Bien, el cuerpo tiene poderes que la mente desconoce. Sin embargo, la mente de Gloria ejercía un dominio total sobre su cuerpo; estaba *racionalmente* loca.

Casi toda locura puede identificarse con lo extravagante y lo teatral. Uno se pone una sartén en la cabeza, una toalla alrededor de la cintura, se pinta la cara de púrpura y sale a la calle. Gloria estaba tan serena como siempre; cortés y civilizada. Si hubiera vivido en la antigua Roma o en el Japón, habría pasado inadvertida. Muy probablemente no perdería la capacidad de conducir. Se detendría ante todas las luces rojas y no excedería los límites de velocidad... mientras venía a buscar las diez píldoras.

Yo soy Amacaballo Fat y estoy escribiendo esto en tercera persona con el propósito de alcanzar una muy necesitada objetividad. No amaba a Gloria Knudson, pero me gustaba. En Berkeley ella y su marido habían dado fiestas elegantes y siempre nos invitaban a mi mujer y a mí. Gloria se pasaba horas preparando bocadillos y servía diversas clases de vino; se vestía cuidadosamente y estaba encantadora con su pelo rizado y corto de color arena.

De cualquier manera, Amacaballo Fat no tenía *Nembutal*, y una semana más tarde, Gloria se arrojó desde una ventana del décimo piso del edificio *Synanon* en Oakland, California, y se hizo pedazos contra el pavimento del bulevar MacArthur. Amacaballo Fat continuó la insidiosa y prolongada caída en la desdicha y la enfermedad, la especie de caos que según los astrofísicos es el destino que aguarda al Universo. Fat se había adelantado a su tiempo, se había adelantado al Universo. Terminó por olvidar el acontecimiento que había iniciado esa precipitación en la entropía; Dios, misericordioso, nos oculta el pasado tanto como el futuro. Durante dos meses, después de enterarse del suicidio de Gloria, lloró, miró la televisión y tomó más drogas... y empezó a estropeársele el cerebro, pero él no lo sabía. Infinita es la clemencia de Dios.

En realidad, un año antes Fat había perdido a su mujer: enfermedad mental. Era como una epidemia. Nadie sabía en qué medida aquello era consecuencia de la droga. Por ese tiempo en los Estados Unidos -de 1960 a 1970- y en ese lugar, la zona de la Bahía del Norte de California, todo estaba completamente podrido. Lamento decirlo, pero es la verdad. Los términos delicados y las teorías sofisticadas no pueden ocultar ese hecho. Los perseguidores se volvieron tan psicóticos como los perseguidos. Querían eliminar a todos aquellos que no fueran clones del *establishment*. Los odiaban. Fat había visto policías que lo miraban con la ferocidad de un lobo. El día que trasladaron de la cárcel del Condado de Marin a Angela Davis, la marxista negra, las autoridades desmantelaron todo el centro cívico. Querían evitar problemas con los grupos radicales. Se paralizaron los ascensores; las placas de las puertas contenían información falsa; el Fiscal del Distrito se escondió. Fat vio todo eso. Había ido allí para devolver un libro a la biblioteca. Al pasar por el arco electrónico de entrada, dos polis desgarraron el libro y unos papeles que Fat llevaba consigo. Se quedó perplejo. Todo ese día lo dejó perplejo. En la cafetería un poli armado miraba comer a la gente. Fat volvió a casa en taxi, asustado de su propio coche, y preguntándose si no estaría loco. Lo estaba, pero también todos los demás.

Soy, de profesión, escritor de ciencia-ficción. La fantasía es mi empresa. Mi vida es una fantasía. No obstante, Gloria Knudson yace en una caja en Modesto, California. En mi álbum de fotografías hay una foto de las coronas del funeral. En colores, que permiten apreciar la belleza de las coronas. En último término hay un *VW* estacionado. Se me ve entrando furtivamente en el coche en mitad del servicio. Me es imposible seguir aguantando.

Después del servicio junto a la tumba, el ex marido de Gloria, Bob, yo y algún entristecido amigo de él -y ella- tuvimos un tardío almuerzo en un restaurante elegante de Modesto, no lejos del cementerio. La camarera nos hizo sentar en la parte trasera porque los tres

parecíamos *hippies*, a pesar de llevar traje y corbata. Nos importó un comino. No recuerdo de qué hablamos. La noche anterior Bob y yo -quiero decir Bob y Amacaballo Fat- fuimos a Oakland a ver el film *«Patton»*. Algo antes del servicio de inhumación, Fat conoció a los padres de Gloria. Como la hija fallecida, ellos también eran gente amable. Varios amigos de Gloria estaban de pie, en el trillado cuarto de estar estilo rancho de California, recordando a quien allí los reunía. Por supuesto, la señora Knudson se había maquillado en exceso; las mujeres siempre se maquillan demasiado cuando alguien muere. Fat acarició a Presidente Mao, el gato de la muchacha muerta. Recordó los pocos días que Gloria había pasado en la casa de él, después del inútil viaje en busca del *Nembutal* inexistente. Ella había recibido la revelación de la mentira con cierto aplomo, casi con neutralidad. Cuando uno va a morir no se preocupa por menudencias.

-Me las tomé -le había dicho Fat, acumulando mentira sobre mentira.

Decidieron ir a la playa, la gran playa oceánica de la Península de Point Reyes. En el *VW* de Gloria, con Gloria al volante (ni por un momento pensó que podía ocurrírsele acabar con él, ella y el automóvil), y una hora después estaban sentados juntos en la arena fumando marihuana.

Lo que Fat quería saber sobre todo era por qué intentaba matarse. Gloria llevaba unos vaqueros desteñidos por múltiples lavados y una camiseta sin mangas cuya parte delantera exhibía la cara maliciosa de Mick Jagger. El contacto con la arena era agradable y ella se descalzó. Fat observó que tenía las uñas pintadas de rosa y los pies muy cuidados. Pensó que Gloria moría como había vivido.

-Ellos me robaron mi cuenta bancaria -dijo Gloria.

Al cabo de un momento, el tono mesurado y la lucidez con que enunciaba los detalles le hicieron pensar que «ellos» no existían. Gloria desplegó un panorama de locura total e inexorable, una construcción lapidaria. Había completado todos los detalles con herramientas tan precisas como las de un dentista. En lo que ella relataba no había el menor hueco. No pudo encontrar ningún error, excepto, claro está, la premisa según la cual todo el mundo la odiaba y trataba de atraparla; ella era una inútil en cualquier sentido. Mientras hablaba, comenzó a desaparecer. Él miró cómo se iba. Era asombroso. Gloria, en su mesurado estilo, estaba agotando su existencia palabra por palabra. Era racionalidad al servicio de... Bueno, pensó él, al servicio del no ser. La mente se le había convertido en un gran y experto borrador. Todo lo que quedaba ahora de ella era la cáscara; lo que equivale a decir, el cadáver deshabitado.

Aquel día en la playa se dio cuenta de que ya estaba muerta.

Después de haber fumado toda la marihuana, echaron a andar y comentaron las algas y la altura de las olas. En lo alto graznaban las gaviotas navegando como veleros. Unas pocas gentes estaban sentadas o caminaban por la arena aquí y allá, pero la playa, en lo fundamental, estaba desierta. Los letreros anunciaban corrientes de fondo. Fat era incapaz de imaginar por qué Gloria simplemente no se internaba mar adentro. Era sencillo: no le entraba en la cabeza. Ella sólo podía pensar en el *Nembutal* que le hacía falta todavía o que imaginaba que le hacía falta.

-De los álbumes de los *Dead* el que prefiero es *«Workingman's Dead»* -dijo Gloria a cierta altura-. Pero no tendrían que abogar por el consumo de cocaína. Hay muchos niños que escuchan rock.

-No están abogando por nada. La canción sólo es sobre alguien que la toma. Y que, entre paréntesis, le provoca la muerte; hace que el tren se estrelle.

-Pero por eso me metí en las drogas -dijo Gloria.

-¿Por los *Grateful Dead*?

-Porque todos querían que lo hiciera -le dijo Gloria-. Estoy cansada de hacer lo que me dicen los demás.

-No te mates -dijo Fat-. Ven a vivir conmigo. Estoy solo. Realmente me gustas. Inténtalo por un tiempo al menos. Junto con mis amigos trasladaremos tus cosas. Tenemos mucho por hacer, ir a distintos lugares, como hoy a la playa. ¿No se está bien aquí?

Gloria no contestó.

-Realmente, me sentiría muy mal -dijo Fat-. Todo el resto de mi vida, si desapareces.

De ese modo, como lo advirtió más adelante, no le ofreció nada que la impulsara a seguir viviendo. Seguir viviendo se convertiría en un favor a los demás. No habría podido encontrar un argumento peor aunque lo hubiera buscado durante años. Habría sido mejor atropellarla dando marcha atrás al *VW*. Eso explicaba que las líneas de emergencia a disposición de los suicidas no estuviesen a cargo de papanatas; Fat lo aprendió más tarde en Vancouver, cuando, él mismo un suicida, llamó al *Centro de Crisis* de la Columbia Británica y recibió los consejos de un especialista. No había la menor relación entre esto y lo que le dijo a Gloria aquel día en la playa.

Deteniéndose para quitarse una piedra pequeña que se le había adherido al pie, Gloria dijo:

-Esta noche me gustaría pasarla en tu casa.

Fat tuvo una visión involuntaria: una escena de sexo.

-Alucinante -dijo, pues así hablaba en aquellos días. La contracultura poseía todo un libro de frases que lindaban con la total carencia de significado. Fat solía enhebrar juntas un buen racimo de ellas. Así lo hizo en aquella ocasión; engañado por su propia carnalidad, se convenció de que había salvado a Gloria.

El juicio de Fat, cuyo valor de cualquier manera no era excesivo, descendió a un nuevo nadir de agudeza. Había una buena persona puesta en la balanza, una balanza que Fat sostenía, y todo lo que se le ocurría era la perspectiva de apuntarse un tanto.

-Podré apañármelas -parloteó mientras caminaban-. Fuera de órbita.

Unos pocos días después, ella estaba muerta. Esa noche durmieron juntos completamente vestidos; no hicieron el amor; a la tarde siguiente Gloria se fue, en apariencia a buscar sus cosas, que habían quedado en casa de los padres en Modesto. No volvió a verla.

La esperó durante unos días, y luego, una noche, el teléfono sonó y era Bob, el ex marido.

-¿Dónde estás en este momento? -le preguntó Bob.

La pregunta lo sorprendió; estaba en su casa; junto al teléfono, en la cocina. La voz de Bob era serena.

-Estoy aquí -dijo Fat.

-Gloria se ha matado hoy -dijo Bob.

Tengo una fotografía de Gloria con Presidente Mao en brazos; está de rodillas, sonríe y le brillan los ojos. Presidente Mao está tratando de escapar. A la izquierda se ve parte de un árbol navideño. En el dorso la señora Knudson escribió con letra esmerada:

Conseguimos que agradeciera nuestro amor.

Nunca llegué a saber si la señora Knudson escribió estas palabras antes o después de la muerte de Gloria. Los Knudson me enviaron la foto por correo -le enviaron la foto a Amacaballo- un mes después del funeral. Fat les había escrito pidiéndoles una fotografía de Gloria. Antes se la había pedido a Bob, que le replicó de muy mal humor:

-¿Para qué quieres una foto de Gloria?

Y Fat no pudo responder.

Cuando Fat me convenció de que empezara a escribir estas páginas, me preguntó por qué Bob Langley se habría enojado tanto. No lo sé. No me importa. Quizá Bob supiera que Gloria y Fat habían pasado una noche juntos y estuviera celoso. Fat solía decir que Bob Langley era un esquizoide; sostenía que el mismo Bob se lo había dicho. Los pensamientos de los esquizoides no están acompañados por los afectos adecuados; padecen lo que se ha llamado la

«disección de sentimientos». No tendría inconveniente en confesarlo. Por otra parte, Bob se había inclinado después de terminar el servicio de inhumación y puso una rosa sobre la tumba de Gloria. Ese había sido el momento en que Fat se había retirado furtivamente hacia el *VW*. ¿Cuál de las reacciones resulta más adecuada? ¿Fat que llora a solas en el automóvil o el ex marido inclinado con la rosa, sin decir nada, ni manifestar nada aunque haciendo algo? Fat no contribuyó mucho al funeral, aunque llegó con un ramo de flores que compró durante el viaje a Modesto. Se las había dado a la señora Knudson, quien dijo que eran adorables. Bob las recogió y las llevó fuera.

Después del funeral, en el elegante restaurante donde la camarera los había puesto en un rincón apartado, Fat le preguntó a Bob qué había estado haciendo Gloria en *Synanon*, pues él pensó que ella había ido a recoger unas cosas para volver al Condado de Marin e instalarse en su casa.

-Carmina la convenció de que fuera a *Synanon* -dijo Bob. Ése era el nombre de la señora Knudson-. Por la adicción a la droga.

Timothy, el amigo que Fat no conocía, dijo:

-Por cierto, no la ayudaron mucho.

No bien entró Gloria por la puerta principal del *Synanon*, le aplicaron el siguiente tratamiento: mientras esperaba sentada a que la entrevistaran, alguien se le acercó y le dijo que era muy fea. La persona que pasó luego se ocupó de informarle que tenía el pelo como un nido de ratas. Gloria siempre había sido susceptible a lo que decían de su cabello rizado. Le habría gustado que fuera largo como todos los demás cabellos de la tierra. El efecto de lo que le hubiera dicho el tercer miembro del *Synanon* habría sido algo discutible, pues por entonces Gloria había subido ya al décimo piso.

-¿Ésos son los métodos del *Synanon*? -preguntó Fat.

Bob le explicó:

-Es una técnica para quebrantar la personalidad. Una terapia fascista que hace que la persona se vuelva por entero hacia fuera y dependa enteramente del grupo. Luego pueden construir una nueva personalidad que no dependa de la droga.

-¿No advirtieron que era una suicida? -preguntó Timothy.

-Claro que sí -dijo Bob-. Ella les había telefoneado y había hablado con ellos; sabían cómo se llamaba y por qué estaba allí.

-¿Hablaste con ellos después? -preguntó Fat.

Bob explicó:

-Los llamé y pedí hablar con algún directivo y le dije que habían matado a mi mujer; el tío me dijo que fuera a verlos y les enseñara cómo manejar a un suicida. Estaba tan aterrado que me dio lástima.

Fat llegó a la conclusión de que Bob tampoco estaba muy bien de la cabeza. Sentía lástima por *Synanon*. Estaba desquiciado. Todos estaban desquiciados, incluida Carmina Knudson. En California del Norte no quedaba ni una persona cuerda. Era tiempo de largarse a otro lugar. Permaneció sentado comiendo la ensalada y preguntándose adónde ir. Fuera del país. A Canadá, como los que protestaban contra el reclutamiento. Él, personalmente, conocía a diez tipos que habían escapado a Canadá para no ir a combatir en Vietnam. Era probable que en Vancouver se topara con media docena de personas conocidas. Se suponía que Vancouver era una de las ciudades más hermosas del mundo. Un puerto importante, como San Francisco. Podía comenzar la vida de nuevo y olvidar el pasado.

Mientras estaba allí sentado jugueteando con la ensalada, se le ocurrió que Bob no había dicho «Gloria se ha matado», sino «Gloria se ha matado hoy», como si hubiera sido inevitable que se matara un día u otro. Quizás esta suposición era lo que la había llevado a suicidarse. Le habían puesto un plazo como si estuviera haciendo un examen de matemáticas. ¿Quién era en realidad el loco? ¿Gloria, él (probablemente él), el ex marido, o todos ellos juntos, toda la zona de la Bahía? No locos en el sentido amplio del término, sino en su estricto sentido técnico. Recordemos que uno de los primeros síntomas de la psicosis consiste en pensar que

uno quizá se esté volviendo psicótico. Es otra trampa china. No se puede pensar en la locura sin convertirse en parte de ella. Por pensar en la locura Amacaballo Fat estaba cayendo gradualmente en la locura.

Ojalá yo hubiera podido ayudarlo.

Dos

Aunque yo nada podía hacer para ayudarlo, Amacaballo Fat escapó de la muerte. La posible salvación se nos representó por primera vez en la figura de una escolar de dieciocho años que era su vecina, la segunda vez fue Dios. La muchacha lo hizo mucho mejor.

No estoy seguro de que en realidad Dios haya hecho algo por él. A decir verdad, y en cierto sentido, Dios fue la causa de que enfermara todavía más. Éste era un tema en el que Fat y yo no podíamos ponernos de acuerdo. Fat tenía la certeza de que Dios lo había curado. Eso no es posible. En algún lugar del *«I Ching»* se dice: «Está siempre enfermo, pero nunca muere». Eso le va muy bien a mi amigo.

Estefanía entró en la vida de Fat como traficante de hierba. Después de la muerte de Gloria consumía tantas drogas, que tenía que comprarlas en cualquier lugar accesible. Comprarla a los escolares no es una medida aconsejable. No tiene nada que ver con la droga misma, sino con la ley y la moralidad. Una vez que se empieza a comprar hierba a los chicos se es un hombre marcado. Estoy seguro de que la causa es evidente. Pero lo que yo sabía -y las autoridades no- es lo que sigue. A Amacaballo Fat no le interesaban realmente las drogas que Estefanía vendía. Ella traficaba con hierba y hachís, pero nunca con estimulantes. No los aprobaba. Jamás vendía psicodélicos por más que uno insistiera. De vez en cuando vendía cocaína. Nadie era capaz de entender por qué, pero se trataba sin duda de algún tipo de razonamiento. Estefanía jamás pensaba, en el sentido normal del vocablo. Pero llegaba a tomar decisiones y una vez que las tomaba, nunca daba un paso atrás. A Fat le gustaba esa muchacha.

En eso residía el quid de la cuestión; le gustaba ella y no la droga, pero se la compraba para poder seguir manteniendo esa relación, por lo que tenía que consumir mucho hachís. Para Estefanía el hachís era el principio y el fin de la vida..., de la vida que merece vivirse, está claro.

Si Dios ocupaba un mero segundo lugar, por lo menos no cometía algo ilegal, como Estefanía. Fat estaba convencido de que ella terminaría en la cárcel; suponía que en cualquier momento la arrestarían. Y los amigos de Fat suponían que el que sería arrestado en cualquier momento era él. Nos preocupaba eso y su lenta caída en la depresión, la psicosis y el aislamiento. Fat se preocupaba por Estefanía. Estefanía se preocupaba por el precio del hachís. Más aún, se preocupaba por el precio de la cocaína. Era concebible que en medio de la noche se sentara bruscamente en la cama y exclamara: «¡El gramo de cocaína ha subido a cien dólares!». Le preocupaba el precio de la droga como a la mujer normal le preocupa el precio del café.

Decíamos entonces que la existencia de Estefanía no habría sido posible antes de la década de los sesenta. La droga le había dado el ser, la había convocado sacándola de las profundidades. Era el coeficiente de la droga, parte de una ecuación. Y no obstante, por intermedio de Estefanía, Fat encontró al fin el camino que llevaba a Dios. No por intermedio de la droga que le compraba; nada tenía que ver la cuestión con la droga. No hay en ella ninguna puerta que conduzca a Dios; es una mentira que venden los inescrupulosos. El medio por el que Estefanía condujo a Amacaballo Fat ante Dios fue un cuenco pequeño de arcilla que ella misma fabricó con una rueda de alfarería de pedal, una rueda que Fat le ayudó a pagar como regalo cuando ella cumplió dieciocho años. Cuando fue a Canadá, se llevó el cuenco consigo envuelto en los calzoncillos, calcetines y camisas de su única maleta.

Tenía el aspecto de un cuenco corriente: chato, de color castaño claro y con una ornamentación de barniz azul. Estefanía no era una experta alfarera. Este cuenco fue una de las primeras piezas que hizo, al menos fuera de las clases de cerámica que dictaban en la escuela. Por supuesto, una de las primeras piezas estuvo destinada a Fat. Eran muy amigos. Cuando él se alteraba, Estefanía lo tranquilizaba sobrecargándole la pipa de hachís. Desde cierto punto de vista, sin embargo, el cuenco no tenía nada de común. En él dormitaba Dios. Dormitó allí largo tiempo, casi demasiado tiempo. Algunas religiones sustentan la teoría de que Dios interviene a la undécima hora. Quizá sea así; yo no puedo asegurarlo. En el caso de Amacaballo Fat, Dios esperó hasta que faltaran tres minutos para dar las doce, y aun entonces lo que hizo apenas fue suficiente; apenas suficiente y virtualmente demasiado tarde. No puede atribuírsele a Estefanía ninguna responsabilidad: ella hizo el cuenco, lo barnizó y lo horneó no bien tuvo la rueda. Hizo lo posible por ayudar a su amigo que, como Gloria antes que él, había empezado a morir. Trató de ayudarlo como Fat había tratado de ayudar a su amiga, sólo que Estefanía se desenvolvió mejor. Pero en eso radicaba la diferencia entre ella y Fat. En presencia de una crisis, ella sabía qué hacer. Fat no lo sabía. Por tanto, hoy Fat estaba vivo y Gloria no. Fat tenía una amiga más capaz que el amigo de Gloria. Quizás él habría querido que fuera al revés, pero no dependía de él. El Universo adopta ciertas decisiones y sobre esa base algunas personas viven y otras mueren. Ésta es una ley muy dura. Pero todas las criaturas se inclinan ante ella. Fat llegó a Dios y Gloria Knudson llegó a la muerte. Es injusto y Fat sería el primero en reconocerlo. Hay que concederle ese mérito.

Después de haberse encontrado con Dios, Fat desarrolló un amor por él que no era normal. No consistía en lo que habitualmente se entiende cuando se dice que alguien «ama a Dios». En el caso de Fat se trataba sencillamente de hambre. Y lo que es todavía más extraño, nos explicaba que Dios lo había herido, y que, sin embargo, seguía anhelándolo como un borracho anhela la bebida. Dios, nos dijo, le había disparado un rayo de luz rosa directamente a la cabeza, a los ojos; Fat se había quedado temporalmente ciego y la cabeza le había dolido durante varios días. Era fácil, dijo, describir el rayo de luz rosa; es exactamente lo que se percibe como postimagen de fosfeno cuando una lámpara de *flash* nos destella en la cara. Ese color perseguía espiritualmente a Fat. A veces aparecía en la pantalla de un televisor. Vivía para esa luz, para ese particular color.

Sin embargo, nunca volvió a encontrarlo. Nada podía producir ese color en la luz, salvo Dios. En otras palabras, la luz normal no lo contenía. En una oportunidad Fat estudió el círculo de los colores, un círculo de todo el espectro visible. El color no estaba allí. Había visto un color que nadie más puede ver, más allá del espectro.

¿Qué viene después de la luz en términos de frecuencia? ¿El calor? ¿Las ondas de radio? Tendría que saberlo pero no lo sé. Fat me dijo (lo que no asegura que esto sea cierto) que el color estaba por encima de los setecientos milimicrones del espectro solar; en términos de las *Rayas de Fraunhofer*, más allá de «B», en dirección a «A». Entiéndalo cada cual como pueda. Yo creo que se trata de un síntoma del quebrantamiento de Fat. La gente que padece depresiones nerviosas a menudo se mete en arduas investigaciones buscando una explicación a sus males. Las investigaciones, por supuesto, fracasan.

Fracasan en lo que importa, pero es lamentable que a veces proporcionen una racionalización espuria a la mente que se desintegra, como el «ellos» de Gloria. Examiné las *Rayas de Fraunhofer* en una oportunidad y no hay ninguna «A». La más temprana indicación de letra que pude encontrar es B. La raya va de G a B, desde el ultravioleta hasta el infrarrojo. Eso es todo. No hay nada más. Lo que Fat vio o creyó ver no era una luz.

Después de volver de Canadá -después de encontrarse con Dios-, Fat y yo pasamos mucho tiempo juntos y salíamos regularmente de noche, en busca de distracción, y para ver qué ocurría en otras partes. En una ocasión, mientras trataba de estacionar el automóvil, de pronto me apareció en el brazo una mancha luminosa de color rosa. Sabía de qué se trataba, aunque nunca la había visto hasta entonces; alguien nos había enfocado con un rayo láser.

-Eso es un rayo láser -le dije a Fat, que también lo había visto, pues la mancha se trasladaba de aquí para allá, sobre los postes del teléfono y la pared de cemento del garaje.

Al extremo de la calle dos adolescentes sostenían un objeto cuadrado.

-Ellos construyeron esa maldita cosa -dije.

Los muchachos se nos acercaron sonrientes. La habían construido, nos dijeron, con un juego de piezas para armar. Les hicimos saber lo impresionados que habíamos quedado y ellos se alejaron en busca de alguna otra víctima.

-¿Ese es el color rosa? -le pregunté.

No me contestó. Pero me pareció que no era franco conmigo. Tuve la impresión de que Fat había visto el color. No sé por qué no lo confesaba si era así. Quizá la experiencia era un estorbo para una teoría más elegante. Los que padecen perturbaciones mentales no aplican el principio de la parsimonia científica: la teoría más simple para explicar un cierto conjunto de datos. Prefieren el barroquismo.

El aspecto fundamental que Fat nos dio a conocer en relación con el rayo rosa que lo lastimó y lo encegueció fue el siguiente: nos dijo que de inmediato -no bien el rayo lo hirió- supo cosas que nunca había sabido antes. Específicamente supo que su hijo de cinco años padecía un defecto de nacimiento que no había sido diagnosticado y supo en qué consistía dicho defecto hasta en los menores detalles anatómicos. De hecho, supo lo suficiente como para informar al doctor.

Yo quería saber cómo se lo había explicado al doctor. Cómo le habló de los detalles médicos. El cerebro de Fat había captado toda la información que el rayo de luz rosa le había suministrado, pero ¿cómo explicarla?

Más adelante, Fat llegó a concebir una teoría: todo el Universo estaría integrado por información. Comenzó a llevar un diario; de hecho venía llevándolo secretamente desde hacía ya tiempo: la costumbre furtiva de una persona perturbada. Todo el encuentro con Dios estaba allí apuntado con su propia letra..., la letra de Fat, no la de Dios.

El término «diario» me pertenece. Fat utilizó la palabra «exégesis», término teológico aplicado a un texto que explica o interpreta un fragmento de las escrituras. Fat creía que la información que le había sido enviada y que se le había ido acumulando en la cabeza en olas sucesivas era de origen divino; por tanto, había que considerarla una especie de escritura, aun cuando sólo se aplicara a la hernia inguinal no diagnosticada de su hijo, que había roto el sello acuoso y se había trasladado al saco escrotal. Ésta era la nueva que Fat tenía para el doctor. La nueva resultó correcta y se confirmó cuando la ex mujer de Fat llevó a Christopher para que fuera examinado. Se decidió una intervención quirúrgica para el día siguiente, lo que significaba tan pronto como fuera posible. El cirujano comunicó alegremente a Fat y a su ex esposa que la vida de Christopher había estado en peligro durante años. Podría haber muerto la noche anterior por estrangulación intestinal. Fue una suerte, dijo el cirujano, que lo hubieran descubierto a tiempo. Así, pues, una vez más se hacen presentes los «ellos» de Gloria, sólo que en esta ocasión «ellos» existían.

La intervención quirúrgica tuvo éxito y Christopher dejó de ser un niño dolorido que estaba siempre quejándose. Después de eso, Fat y su ex esposa lo llevaron a otro médico general, uno que tuviera ojos.

Uno de los párrafos del diario de Fat me impresionó lo bastante como para copiarlo e incluirlo aquí. No trata de hernias inguinales, sino de algo más general; repite la idea, cada vez más arraigada en Fat, de que el universo es información. Había comenzado a creerlo porque para él el Universo -su universo- se estaba convirtiendo rápidamente en información. Una vez que Dios comenzó a hablarle pareció que nunca iba a detenerse. No creo que lo mencionen en la *«Biblia»*.

Anotación 37 del diario. Experimentamos los pensamientos del Cerebro, ordenados y reordenados, cambiando siempre, en un universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que

interpretamos como sustancia. No vemos tan sólo los pensamientos como objetos, sino, ante todo, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo llegan a vincularse entre sí. Pero no podemos leer la estructuración del ordenamiento; no podemos extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto información, que no es otra cosa. La vinculación y la revinculación de los objetos en el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que apunta a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

Fat volvió sobre este tema una y otra vez no sólo en el diario, sino también en las conversaciones que sostenía con los amigos. Estaba convencido de que el Universo había comenzado a hablarle. En otra entrada del diario se lee:

36. Tendríamos que poder escuchar esta información o, mejor, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer fuera ni escuchar dentro. Por tanto, afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes cerebrales es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? Ni siquiera sabemos lo que somos, para no hablar ya de la realidad exterior que nos contiene. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no es parte del pensamiento común del Cerebro, salvo en el nivel subliminal. Así, pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

Siento la tentación de responder: «Habla por ti mismo, Fat».

Durante un largo tiempo (o «vastos desiertos de eternidad», como él hubiera dicho), Fat desarrolló un montón de peregrinas teorías para explicar su contacto con Dios y la información de él derivada. Una de ellas, distinta de las demás, me resultó particularmente interesante. Describía una especie de capitulación mental por parte de Fat ante el proceso por el que estaba pasando. Esta teoría sostenía que en realidad no estaba experimentando nada en absoluto. Rayos de intensa energía que emanaban de muy lejos, quizá de una distancia de millones de kilómetros, le estimulaban selectivamente diversas partes del cerebro. Estas estimulaciones selectivas generaban la *impresión* -para él- de que en realidad veía y oía palabras, imágenes, figuras de personas, páginas impresas; en suma, Dios y el Mensaje de Dios o, como a Fat le gustaba decir, el Logos. Pero (sostenía esta teoría) sólo imaginaba que experimentaba estas cosas. Eran como hologramas. En verdad me llamaba la atención que un lunático desechara sus alucinaciones de manera tan elaborada; Fat, intelectualmente, se había excluido del juego de la locura mientras que al mismo tiempo seguía disfrutando de sonidos y visiones. De hecho, ya no sostenía que todo aquello estuviera allí presente. ¿Era un indicio de que había empezado a mejorar? Es difícil creerlo. Ahora afirmaba que «ellos» o Dios o algún otro le apuntaban a la cabeza con un rayo de energía de largo alcance y rico en información. No vi ninguna mejoría en esto, pero representaba un cambio. Fat ahora podía desechar sus alucinaciones, lo cual significaba que las reconocía como tales. Pero, como Gloria, ahora tenía un «ellos». Esto me pareció una victoria pírrica. La vida de Fat me daba la impresión de ser una larga letanía de lo mismo, como, por ejemplo, la manera en que había rescatado a Gloria.

La exégesis en que Fat trabajaba mes tras mes era para mí en verdad una victoria pírrica si alguna vez la hubo: en este caso, el esfuerzo de una mente bloqueada que trata de encontrar sentido en lo inescrutable. Quizás ésta sea la base de la enfermedad mental: ocurren hechos incomprensibles; la vida de uno se convierte en recipiente de engañosas fluctuaciones de lo

que antes era la realidad. Y no sólo esto -como si no fuera bastante-, sino que, además, uno, como Fat, se concentra en estas fluctuaciones, intentando darles coherencia, cuando, en realidad, no tienen otro sentido que aquel que uno les impone por la necesidad de restaurarlo todo para que formas y procesos puedan reconocerse. Lo primero que queda eliminado en la enfermedad mental es la familiaridad. Y lo que la reemplaza son malas noticias, pues no sólo no se entienden; tampoco es posible comunicarlas a los demás. El loco experimenta algo, pero no sabe qué es o de dónde viene.

En medio de ese paisaje desolado, cuyo origen puede remontarse a la muerte de Gloria Knudson, Fat imaginó que Dios lo había curado. Una vez que se las conoce, las victorias pírricas aparecen a cada momento.

Me recuerda a una muchacha que estaba muriéndose de cáncer. Fui a verla al hospital y no la reconocí; sentada en la cama, parecía un hombrecito lampiño. La quimioterapia la había hinchado como una uva enorme. El cáncer y el tratamiento la habían dejado virtualmente ciega, casi sorda. Padecía continuos ataques. Me incliné para preguntarle cómo se sentía, y ella me contestó, cuando pudo comprender mi pregunta:

-Siento que Dios me está curando.

Tenía vocación religiosa y proyectaba entrar en alguna orden. Sobre la mesita de metal que había junto a su cama alguien le había dejado un rosario. En mi opinión un letrero que dijera JÓDETE DIOS habría sido más oportuno.

No obstante, para ser del todo justo, he de admitir que Dios -o alguien que se da a sí mismo el nombre de Dios, distinción meramente semántica- había disparado a la cabeza de Amacaballo Fat una preciosa información que le había ayudado a salvar a su hijo Christopher. A algunas personas Dios las cura y a otras las mata. Fat niega que Dios mate a nadie. Fat afirma que Dios nunca hace daño a nadie. La enfermedad, el dolor y el sufrimiento inmerecido tienen su origen en otra fuente, a lo cual yo contesto: ¿Cómo tuvo origen esa otra fuente? ¿Hay dos dioses? ¿Ó parte del Universo queda fuera del dominio de Dios? Fat solía citar a Platón. De acuerdo con la cosmología platónica, el *noös* o la Mente persuade a *ananké* o necesidad ciega -o ciego azar, de acuerdo con algunos expertos- de que le conviene someterse. El *noös* iba andando cuando se encontró de repente con el ciego azar; el caos, en otras palabras, al que el *noös* impone orden (aunque en ninguna parte Platón nos explica cómo se lleva a cabo esta «persuasión»). De acuerdo con Amacaballo Fat, el cáncer de mi amiga consistía en un desorden que todavía no había sido persuadido. El *noös* o Dios aún no la había alcanzado, a lo cual respondí:

-Bueno, pues cuando la alcance será demasiado tarde.

Fat no tuvo respuesta para eso, cuando menos, no en términos de refutación oral. Se alejó, esquivándome, y quizás escribió sobre el tema en el diario. Se quedaba garrapateándolo todas las noches hasta las cuatro de la mañana. Supongo que todos los secretos del Universo se encontraban allí, en alguna parte, entre el ripio.

Disfrutábamos haciendo que Fat mordiera el anzuelo de las disputas teológicas; siempre se enfadaba, presumiendo que nuestras expresiones sobre el tema tenían importancia, que el tema en sí mismo tenía importancia. Lo vapuleábamos. Nos divertía abrir la discusión mediante algún comentario indiferente:

-Hoy Dios me ha dado un billete para el peaje de la autopista.

O algo por el estilo. Caído en la trampa, Fat se lanzaba a la acción. Pasábamos el tiempo torturando a Fat sin malicia. Cuando nos íbamos de su casa, teníamos la satisfacción extra de saber que estaría anotándolo todo en el diario. En su diario, claro, el punto de vista de Fat siempre prevalecía.

No era necesario tentar a Fat mediante preguntas ociosas como «Si Dios puede hacer lo que se le ocurra, ¿podría abrir una zanja tan ancha que él mismo no sería capaz de saltarla?». Había otras muchas preguntas, sacadas de la vida real, para las que Fat no tenía respuesta. Nuestro amigo Kevin comenzaba siempre con la misma frase:

-¿Y mi gato muerto? -preguntaba.

Librodot

Varios años atrás, Kevin había salido de paseo con su gato una tarde temprano. Había cometido la torpeza de no ponerle una traílla y el gato se había lanzado por la calle al encuentro de las ruedas de un automóvil. Cuando Kevin recogió los restos del animal, todavía vivía, exhalaba una espuma sanguinolenta y lo miraba aterrado. A Kevin le gustaba decir:

-El Día del Juicio Final, cuando sea llamado a comparecer ante el Gran Juez, les diré: «Aguardad un momento» y entonces sacaré el gato muerto de debajo de mi chaqueta. «¿Cómo lo explicáis?», preguntaré.

Por entonces, solía decir Kevin, el gato estaría tan tieso como una sartén; sostendría al gato por el asa, o sea el rabo, y esperaría una respuesta satisfactoria.

Fat decía:

-Ninguna respuesta te dejaría satisfecho.

-Ninguna respuesta que me dieras tú -decía Kevin con arrogancia-. Pues bien, de modo que Dios le salvó la vida a tu hijo. ¿Por qué no hizo que mi gato echara a correr cinco segundos más tarde? ¿*Tres* segundos más tarde? ¿Habría sido ésa demasiada molestia? Claro, supongo que un gato no interesa.

En una ocasión le señalé:

-Sabes, Kevin, que podrías haberle puesto una traílla al gato.

-No -dijo Fat-. Tiene alguna razón. Es algo que me viene atormentando. Para Kevin el gato es un símbolo de todo lo que no entiende en el Universo.

-Entiendo perfectamente -dijo Kevin con amargura-. Sencillamente creo que todo es una mierda. O Dios es impotente o estúpido o le importa un rábano. O las tres cosas juntas. Es malvado, tonto y débil. Creo que voy a comenzar mi propia exégesis.

-Pero a ti Dios no te habla -dije.

-¿Sabes quién le habla a Caballo? -preguntó Kevin-. ¿Quién le habla realmente a Caballo en medio de la noche? La gente del planeta Estupidez. Caballo, ¿qué nombre das a la sabiduría de Dios? ¿Santa qué?

-Hagia Sophia -dijo Caballo cauteloso.

Respondió Kevin:

-¿Cómo dices, Hagia Estupidez? ¿Santa Estupidez?

-Hagia Morón -dijo Caballo. Siempre se defendía cediendo-. Morón es una palabra griega, como Hagia. La encontré cuando quise saber con exactitud la ortografía de oxímoron.

-Aunque el sufijo *on* es la terminación del género neutro -dije.

Esto puede darnos una idea de adonde iban a parar nuestras discusiones teológicas. Tres hombres mal informados y en total desacuerdo. A veces nos acompañaba David, nuestro amigo católico apostólico romano, y la joven que había estado muriéndose de cáncer, Sherri. Los tumores habían remitido y el hospital la había dado de alta. No oía ni veía muy bien, pero, por lo demás, parecía haberse recuperado. Para Fat, claro está, esto era un argumento en favor de Dios y del amor curativo de Dios. David, y por supuesto la misma Sherri, compartía la idea de Fat. Kevin consideraba la remisión como un milagro de la terapia, de la quimioterapia y de la suerte. Además, nos confió, la remisión era sólo temporal. En cualquier momento Sherri podía volver a enfermarse. Kevin sugirió, tétrico, que la próxima vez que Sherri cayera enferma ya no habría más remisión. A veces teníamos la impresión de que lo deseaba, pues eso confirmaría su visión del Universo.

El entero saco de trucos verbales de Kevin se fundaba sobre todo en la creencia de que el Universo se componía de desdicha y hostilidad y que terminaría por atraparlo a uno. Consideraba el Universo, como la mayor parte de la gente, una cuenta impagada; al final el pago será inevitable. El Universo te deja suelto, te permite dar saltos y luego te ajusta las riendas. Kevin esperaba que esto comenzara a sucederle a él, a mí, a David y especialmente a Sherri. En cuanto a Amacaballo Fat, Kevin pensaba que no se había soltado en años, que se encontraba en el ciclo de las riendas ajustadas. No lo creía potencialmente condenado, sino condenado de hecho.

Fat tenía el buen tino de no hablar de Gloria Knudson en presencia de Kevin. Si lo hubiera hecho, Kevin habría sumado la muerte de Gloria a la del gato. Diría que la sacaría de entre los pliegues de la chaqueta junto con el gato.

Como católico, David atribuía todo mal al libre albedrío del hombre. Esto solía molestarnos a todos, incluso a mí. En una ocasión le pregunté si el cáncer de Sherri era un caso de libre albedrío, sabiendo perfectamente que David estaba siempre al tanto de todas las novedades psicológicas y que cometería el error de decir que Sherri había deseado inconscientemente tener un cáncer, y que, por tanto, había anulado su sistema inmunológico, punto de vista que cundía en la psicología avanzada de ese entonces. Por supuesto, David cayó en la trampa y lo dijo:

-Entonces ¿por qué se curó? -le pregunté-. ¿Quería curarse inconscientemente?

David se quedó desconcertado. Si atribuía la enfermedad a la voluntad inconsciente de la muchacha, tenía que atribuir la remisión a causas mundanas y no sobrenaturales. Dios nada tenía que ver.

-Lo que C. S. Lewis diría... -comenzó David, lo cual de inmediato enojó a Fat. Se enojaba cuando David recurría a C. S. Lewis para fortalecer su pedestre ortodoxia.

-Quizá Sherri pudo con Dios -dije-. Dios la quería enferma y ella luchó por restablecerse.

El argumento inevitable de David, por supuesto, habría sido que Sherri había enfermado neuróticamente de cáncer por encontrarse deprimida, pero que Dios había intervenido y la había salvado.

-No -dijo Fat-. Es todo lo contrario. Como cuando me curó a mí.

Por fortuna, Kevin no estaba presente. No consideraba que Fat se hubiera curado (ninguno de nosotros lo pensaba), y de cualquier manera, no era Dios quien lo había hecho. Ésta es la especie de lógica que Freud ataca: la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente. Freud consideraba que esta estructura escondía una racionalización. Se acusa a alguien de haber robado un caballo, y el presunto ladrón responde: «Yo no robo caballos y además, el suyo es un caballo de mala muerte». Si se pone atención en este razonamiento, es posible llegar a percibir el proceso mental que lo sustenta. El segundo enunciado no refuerza al primero, aunque parezca lo contrario. En nuestras permanentes disputas teológicas -desencadenadas por el supuesto encuentro de Fat con la divinidad- la estructura de dos proposiciones que se anulan mutuamente se expresaría así:

1) Dios no existe.
2) Además, es un estúpido.

Un escrupuloso examen de las cínicas diatribas de Kevin revela de continuo esta estructura. David no dejaba de citar a C. S. Lewis; Kevin, en su celo por difamar a Dios, se contradecía a sí mismo desde el punto de vista lógico; Fat hacía oscuras referencias a informaciones que un rayo de luz rosa le había metido en la cabeza; Sherri, que había sufrido espantosamente, moqueaba piadosas mojigangas; yo cambiaba de posición de acuerdo con quién estuviera hablando en el momento. Ninguno de nosotros dominaba la situación, pero nos sobraba tiempo y podíamos perderlo de esta manera. Por entonces la época del consumo de drogas había concluido y todos empezaban a buscar una nueva obsesión. Gracias a Fat, para nosotros la nueva obsesión era la teología.

Según una vieja cita, preferida de Fat:

«¿Puedo yo concebir que el gran Jehová dormita
como Shemoss y otras deidades legendarias?
¡Oh, no! El cielo escuchó mis pensamientos
y los tuvo en cuenta.
Así tiene que ser».

A Fat no le agrada citar lo que sigue:

«Es esto que agobia mi cerebro
y me atraviesa el pecho con mil puñales
y así me precipita a la locura...».

Es parte de un aria de Händel. Fat y yo solíamos escuchar la versión grabada por Richard Lewis que yo tenía. *Más y aún más profundamente.*

En una oportunidad le dije a Fat que otra aria del mismo disco describía su estado mental a la perfección.

-¿Cuál de ellas? -preguntó precavido.

-*«Eclipse total»* -le contesté.

«Eclipse total sin sol ni luna,
todo es oscuro en el resplandor del día.
¡Oh, gloriosa luz que no me reanimas
alegrando mis ojos con las luces del alba!
¿Por qué así paralizar tu decreto primero?
¡Sol, luna y estrellas son para mí una sombra!»

A lo cual Fat respondió:

-En mi caso lo contrario es verdad. Estoy iluminado por una luz sagrada que me fue disparada desde otro mundo. Veo lo que ningún otro hombre ve.

Eso sí que no podía negárselo.

Tres

Un problema que nos preocupaba durante la década de la droga era: ¿Cómo darle a alguien la noticia de que ha perdido el seso? Este problema se había planteado en el mundo teológico de Amacaballo Fat y nosotros -sus amigos- teníamos que darle una solución. Habría sido fácil en el caso de Fat sumar dos y dos: la droga que había consumido durante la década de los sesenta le había sorbido el seso al entrar en la de los setenta. Si hubiera podido arreglar las cosas a mi modo, lo habría hecho; me gustan las soluciones que responden simbólicamente a toda una variedad de problemas. Pero no logré convencerme. Fat no había consumido psicodélicos, cuando menos en cantidades apreciables. En una ocasión, en 1964, cuando el LSD-25 de *Sandoz* podía todavía adquirirse -especialmente en Berkeley-, Fat ingirió una dosis enorme y retrocedió en el tiempo, o avanzó en el tiempo o se apartó de él; lo cierto es que habló en latín y creyó que el *Dies Irae*, el Día de la Cólera, había llegado. Le era posible oír a Dios que asestaba golpes cargados de furia. Durante ocho horas Fat negó y se lamentó en latín. Más tarde sostuvo que en el curso de este viaje sólo podía pensar y hablar en latín; había encontrado en un libro una cita en latín y la leyó con tanta facilidad como si se tratara de inglés. Bueno, quizá la etiología de su futura locura sagrada se remontase a ese episodio. En 1964 a su cerebro le gustó el viaje con ácido y lo grabó en una cinta para tenerlo a mano y repetirlo.

Por otra parte, esta línea de razonamiento simplemente relega el problema a 1964. A mi entender, la capacidad de leer, pensar y hablar en latín no es una consecuencia de un viaje con ácido. Fat desconoce el latín. No sabe hablarlo ahora. No sabía hablarlo antes de consumir la enorme dosis de LSD-25 de *Sandoz*. Más adelante, cuando ya tenía experiencias religiosas, se encontró pensando en una lengua extranjera que no comprendía (en el 64 había comprendido su propio latín). Escribió fonéticamente algunas de las palabras que recordaba al azar. Para él no eran parte de una lengua y vaciló antes de mostrarle a alguien lo que había anotado. Beth -

que después sería la mujer de Fat- había estudiado un año de griego en la universidad; y reconoció lo que Fat había escrito incorrectamente como griego *koiné*. O, cuando menos, griego de algún tipo, ático o *koiné*.

La palabra griega *koiné* sencillamente significaba *común*. Por la época del *«Nuevo Testamento»*, el *koiné* se había convertido en la *lingua franca* del Medio Oriente, reemplazando el arameo que anteriormente había suplantado al acadio (sé todas estas cosas porque soy un escritor profesional y es importante contar con un arsenal lingüístico). Los manuscritos del *«Nuevo Testamento»* sobrevivieron en griego *koiné*, aunque probablemente Q, la fuente de los sinópticos, se escribió en arameo, que era en realidad una forma del hebreo. Jesús habló en arameo. Así, pues, cuando Amacaballo Fat comenzó a pensar en griego *koiné*, pensaba en la lengua que San Lucas y San Pablo -que eran íntimos amigos- habían utilizado, al menos para escribir. El *koiné* tiene un aspecto raro en los textos, pues los escribas no dejaban espacio alguno entre las palabras. Esto puede ser causa de que se obtengan las más peculiares traducciones, pues el traductor tiene que poner los espacios donde le parezca adecuado o, en última instancia, donde se le ocurra. Considérese el siguiente ejemplo en inglés:

GOD IS NO WHERE
GOD IS NOW HERE∗

En realidad fue Beth quien me señaló todas estas cosas. Beth nunca tomó en serio las experiencias religiosas de Fat hasta que vio escritas fonéticamente varias palabras en *koiné*, pues sabía bien que él no entendía esa lengua, al punto que ni siquiera la reconocía como tal. Lo que Fat sostenía era... Bueno, Fat sostenía muchas cosas. No debo empezar una frase diciendo «Lo que Fat sostenía era». En el curso de los años -¡sí, años!- durante los cuales Fat trabajó en sus exégesis, debe de haber enunciado más teorías que estrellas hay en el cielo. Todos los días desarrollaba una nueva, más aguda, más estimulante y... más disparatada. Dios, sin embargo, seguía siendo un tema preferido. Fat se aventuraba a no creer en Dios, como un perro tímido del que fui una vez propietario, cuando se aventuraba por el jardín delantero. El perro, como Fat, daba un paso, luego otro, luego quizás un tercero para volverse y correr frenéticamente de vuelta a territorio familiar. Dios para Fat era un territorio que él mismo había delimitado. Desdichadamente para él, después de aquella experiencia inicial, no volvió a encontrar el camino de regreso.

Tendría que haber una cláusula obligatoria en alguna parte: «Quien encuentre a Dios, nunca más lo perderá». Para Fat, haber encontrado a Dios (si en verdad lo había encontrado) significó haber encontrado, en última instancia, un suministro de felicidad siempre en disminución, como el contenido de un frasco de estimulantes. ¿Quién trafica con Dios? Fat sabía que las iglesias no pueden dispensar ninguna ayuda, aunque por cierto consultó con uno de los sacerdotes conocidos de David. La consulta no llegó a nada. Nada llegó a nada. Kevin citó la droga. Puesto que estoy relacionado con la literatura, le recomendé la lectura de los poetas metafísicos ingleses del siglo XVII, tales como Vaughan y Herbert:

«Sabe que tiene un hogar, pero no sabe dónde.
Dice que se encuentra tan lejos
que ya no recuerda el camino».

Que pertenece al poema de Vaughan *«El hombre»*. Tengo la impresión de que Fat ha involucionado al nivel de esos poetas, y para los tiempos que corren, se ha convertido en un anacronismo. El Universo tiene la costumbre de suprimir los anacronismos. Pensé que éste sería el destino de Fat si no se recuperaba a tiempo.

∗ Dios no está en ninguna parte, / Dios está ahora aquí.

Librodot

De todas las sugerencias que se le hicieron a Fat, la que pareció más prometedora fue la de Sherri, que todavía se demoraba entre nosotros en estado de remisión.

-Lo que deberías hacer -le dijo en una de sus horas más oscuras- es ponerte a estudiar las características del *T-34*.

Fat preguntó qué era aquello. Sherri había leído un libro sobre armamentos rusos durante la Segunda Guerra Mundial. El tanque *T-34* había sido la salvación de la Unión Soviética, y por lo tanto la salvación de todas las Potencias Aliadas; y por extensión la de Amacaballo Fat, pues sin el *T-34* no estaría hablando inglés, ni latín, ni *koiné*..., sino alemán.

-El *T-34* -explicó Sherri- se trasladaba muy rápidamente. En Kursk derrotaron incluso a los *Porsche Elefantes*. No tienes idea de lo que hicieron con el Cuarto Ejército Panzer. -Dibujó en un papel la situación en Kursk en 1943 y empezó a suministrar cifras. Fat y todos los demás estábamos desconcertados. Éste era un aspecto de Sherri que desconocíamos-. Tuvo que intervenir el mismo Zhukov para que la marea se volviera contra los *Panzers* -siguió diciendo Sherri, jadeando-. Vatutin había caído en una crisis. Más tarde fue asesinado por partidarios de los *nazis*. Pues bien, considerad el tanque *Tiger* que tenían los alemanes y sus *Panthers*. -Nos mostró fotografías de varios tanques y relató con deleite cómo el General Koniev había cruzado con éxito los ríos Dniester y Prut el 26 de marzo.

Básicamente, la idea de Sherri consistía en hacer descender la mente de Fat desde lo cósmico y lo abstracto hasta lo particular. Había incubado la práctica idea de que nada era más real que un tanque soviético de la Segunda Guerra Mundial. Quería aplicar una antitoxina a la locura de Fat. No obstante, el relato de Sherri, completado con mapas y fotografías, sólo sirvió para recordarle la noche en que Bob y él habían visto el film *«Patton»* antes de asistir a la inhumación de Gloria. Por supuesto, Sherri no estaba enterada de ese detalle.

-Pienso que tendría que dedicarse a la costura -dijo Kevin-. ¿No tienes una máquina de coser, Sherri? Enséñale cómo manejarla.

Sherri, cada vez más terca, continuó:

-En las batallas de Kursk intervinieron más de cuatro mil vehículos blindados. Fue la más grande batalla de este tipo en la historia. Todo el mundo está enterado de lo que sucedió en Stalingrado, pero de Kursk nadie sabe nada. La verdadera victoria de la Unión Soviética ocurrió en Kursk. Cuando se considera...

-Kevin -interrumpió David-, lo que les faltó a los alemanes fue mostrar a los rusos un gato muerto y pedirles explicaciones.

-Eso hubiera detenido la ofensiva soviética -dije yo-. Zhukov aún estaría explicando la muerte del gato.

Volviéndose a Kevin, Sherri dijo:

-Dada la aplastante victoria de la buena causa en Kursk, ¿cómo puedes quejarte de la muerte de un gato?

-Hay algo en la *«Biblia»* sobre la caída de un gorrión -dijo Kevin-. Algo de que un ojo le sigue. Ahí está lo malo de Dios: sólo tiene un ojo.

-¿Obtuvo Dios la victoria en Kursk? -le pregunté a Sherri-. Eso ha de ser una novedad para los rusos, especialmente para los que construyeron los tanques, los condujeron y murieron en la batalla.

Sherri explicó pacientemente:

-Dios nos utiliza como herramientas e instrumentos.

-Bueno -dijo Kevin-. En lo que a Caballo concierne, Dios no cuenta con un instrumento demasiado eficaz. O quizá ninguno de los dos es eficaz, como una anciana de ochenta años que conduce un viejo coche *Pinto* que pierde gasolina.

-Los alemanes tendrían que haber mostrado el gato muerto de Kevin -dijo Fat-. No un gato muerto cualquiera. A Kevin no le interesan otros gatos.

-Ese gato no existía durante la Segunda Guerra Mundial -dijo Kevin.

-¿Sentiste pena por él entonces? -preguntó Fat.

-¿Cómo habría podido? -dijo Kevin-. No existía.

-Pues entonces se encontraba en la misma situación que ahora -dijo Fat.

-Eso es inexacto -dijo Kevin.

-¿En qué sentido? -preguntó Fat-. ¿En qué sentido distingues su inexistencia de entonces de la de hoy?

-Kevin tiene el cadáver hoy -dijo David-. Puede mostrarlo. La existencia del gato tuvo ese sentido. Vivió para convertirse en cadáver y en una refutación de la bondad de Dios.

-Kevin -preguntó Fat-, ¿quién creó a tu gato?

-Dios -respondió Kevin.

-Pues entonces Dios creó la refutación de su propia bondad -dijo Sherri-. De acuerdo con tu lógica.

-Dios es estúpido -dijo Kevin-. Tenemos una deidad estúpida. Ya lo había dicho antes.

Sherri preguntó:

-¿Requiere mucha habilidad la creación de un gato?

-Todo lo que se necesita son dos gatos -dijo Kevin-. Un macho y una hembra. -Sabía, obviamente, adonde ella lo quería llevar-. Requiere... -Hizo una pausa y sonrió-. Muy bien, requiere habilidad si se supone que el Universo tiene un objetivo.

-¿No ves ningún objetivo? -preguntó Sherri.

Kevin titubeó.

-Las criaturas vivas lo tienen.

-¿Quién se los ha puesto? -continuó preguntando Sherri.

-Ellas... -Una vez más Kevin vaciló-. Ellas mismas son su objetivo. No pueden separarse de él.

-De modo que un animal es la expresión de un objetivo -dijo Sherri-. Por tanto, hay objetivo en el Universo.

-Sólo al por menor.

-Y la falta de objetivo da origen a los objetivos.

Kevin la miró fijamente.

-Vete a la mierda -le dijo.

De acuerdo con mi opinión, la cínica actitud de Kevin contribuyó a ratificar la locura de Fat más que cualquier otro factor..., es decir, ningún otro factor, excepto la desconocida causa original. Kevin se había convertido en el instrumento intencional de la causa original, y Fat se había dado cuenta. Las formas y los colores no eran para Kevin una alternativa viable de la enfermedad mental. Torcía la boca en una mueca cínica que parecía la sonrisa de la muerte; sonreía como una calavera triunfal. Kevin vivía para derrotar a la vida. En un principio me asombraba que Fat tolerara a Kevin, pero luego comprendí por qué. Cada vez que Kevin derruía el sistema ilusorio de Fat, se burlaba de él y lo satirizaba, la víctima se mostraba más y más fuerte. Si la burla era el único antídoto de su enfermedad, era mejor que siguiera así. Vapuleado y todo como estaba, Fat se daba cuenta. En realidad, si la verdad le hubiera sido revelada, también Kevin se habría dado cuenta. Pero evidentemente tenía en la cabeza un círculo de realimentación que provocaba más una escalada de ataques que un retroceso: parecía que se alimentaba del fracaso. De modo que los ataques aumentaban y también aumentaban las fuerzas de Fat. La situación recordaba a un mito griego.

En la exégesis de Amacaballo Fat, este tema aparece una y otra vez. Fat creía que una veta de irracionalidad recorría el Universo entero hasta Dios o la Mente última, todavía más allá. Escribió:

> ***38. La pérdida y el dolor han alterado la Mente. Por tanto, nosotros, como partes del Universo, el Cerebro, estamos parcialmente alterados.***

Evidentemente había extrapolado su sentimiento por la pérdida de Gloria dándole proporciones cósmicas.

> ***35. La Mente sólo habla por intermedio de nosotros. El discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.***

La anotación 32 añade algo más sobre el tema:

> ***La información cambiante que experimentamos como mundo es el desarrollo de un discurso. Nos habla de la muerte de una mujer (El subrayado me pertenece). Esta mujer, que murió mucho tiempo atrás, era uno de los gemelos primordiales. Era una de las mitades de la divina zigosis. El propósito del discurso es recordarla y recordar que murió. La Mente no quiere olvidarla. Así, pues, el raciocinio del Cerebro consiste en el permanente registro de su existencia y, si se lo lee, ha de entendérselo de este modo. Toda la información que el Cerebro procesa -que nosotros experimentamos como el ordenamiento y el reordenamiento de los objetos físicos- es un intento de preservarla; las piedras, las rocas, las ramas y las amebas son sus huellas. La Mente desdichada, que ahora está sola, ordena su registro y pasaje para constituir todos los niveles de la realidad, aun los ínfimos.***

Si al leer esto no se advierte que Fat escribe acerca de sí mismo, no se está entendiendo nada.

Por otra parte, no niego que Fat estuviera totalmente destrozado. Empezó a declinar cuando Gloria le telefoneó y siguió declinando más y más. A diferencia de Sherri y su cáncer, Fat no tuvo remisión. El encuentro con Dios no le sirvió. Aunque tampoco empeoró, a pesar de las cínicas ideas de Kevin. No puede decirse que un encuentro con Dios sea a la enfermedad mental lo que la muerte es al cáncer: la consecuencia lógica de un proceso de deterioro. El término técnico -el término técnico teológico, no psiquiátrico- es teofanía. Una teofanía consiste en la autorrevelación de la divinidad. No es algo que el perceptor haga, sino algo que hace la divinidad -el Dios o los dioses o, en fin, los altos poderes-. Moisés no creó la zarza ardiente. Elías, en el Monte Horeb, no generó la queda voz murmurante. ¿Cómo hemos de distinguir una auténtica teofanía de una mera alucinación en el cerebro del perceptor? Si la voz le dice algo que él ignora y que *de ningún modo podría saber*, quizás estemos en presencia del fenómeno auténtico. Fat ignoraba el griego *koiné*. ¿No prueba esto nada? No conocía el defecto de nacimiento que padecía su hijo, al menos no de manera consciente. Quizás estuviera enterado conscientemente, y no se atreviera a enfrentar el problema. Hay, no obstante, un mecanismo por el que podría haber tenido conocimiento del *koiné*: la memoria filogenética, de cuya experiencia da noticia Jung: la llama inconsciente colectivo o racial. La ontogenia -esto es, el individuo- recapitula la filogenia -esto es, la especie- y quizás eso explique que Fat conociera una lengua que se habló hace dos mil años. Si hubiera recuerdos filogenéticos sepultados en la mente humana, es lo que podría esperarse. Pero el concepto de Jung me parece meramente especulativo. Nadie ha podido verificarlo.

Si aceptamos que haya una posible entidad divina, no se le puede negar la capacidad de autorrevelarse; evidentemente cualquier entidad o ser digno de que se le atribuya el término «de dios», tiene sin el menor esfuerzo dicha capacidad. La verdadera pregunta no es, pues (tal como yo concibo la cuestión), «¿Por qué hay teofanías?», sino «¿Por qué no las hay más a menudo?». El concepto clave es el de *deus absconditus*, el del dios escondido, oculto, secreto o desconocido. Por alguna razón, ésta es para Jung una idea importante. Pero si Dios existe, tiene que ser un *deus absconditus* -con excepción de sus raras teofanías- o, de lo contrario, no existe para nada. Esta última perspectiva parece tener más sentido, salvo por la ocurrencia de

las teofanías, aun cuando sean muy raras en verdad. Todo lo que se necesita es una teofanía absolutamente verificada, y la segunda perspectiva sería sólo una hueca enunciación.

La vivacidad de la impresión que produce la supuesta teofanía en el perceptor no es prueba alguna de autenticidad. Ni tampoco lo es la percepción grupal (Como Spinoza supuso, puede que el Universo entero sea una teofanía; claro que, en ese caso, quizá no habría Universo, como pensó el idealismo budista). Tal vez toda pretendida teofanía sea falsa, pues cualquier cosa puede ser falsa, desde los sellos hasta los cráneos fósiles y los agujeros negros en el espacio.

Que el Universo entero -tal como lo experimentamos- podría ser una ficción, es una afortunada idea de Heráclito. Una vez que esta idea, o esta duda, le ha entrado a uno en la cabeza, se está entonces preparado para considerar el problema de Dios.

> «Para poder interpretar la información que nos procuran los ojos y los oídos, es necesario tener comprensión (*noös*). El paso de lo obvio a la verdad latente se asemeja a la traducción de lo que se emite en una lengua extraña, desconocida por la mayoría de los hombres. Heráclito..., en el *Fragmento 56*, dice que los hombres, en relación con el conocimiento de las cosas perceptibles «son víctimas de la ilusión como lo fue Hornero». Para alcanzar la verdad a partir de las apariencias, es necesario interpretar, desvelar el laberinto..., pero, aunque esto parece estar al alcance de los hombres, muy pocos lo consiguen. Heráclito ataca con suma vehemencia la estupidez del hombre común, lo que ellos entienden por conocimiento. Se los compara con gente que duerme dentro de una casa».

Así lo dice Edward Hussey, profesor de filosofía antigua en la *Universidad de Oxford* y miembro del *All Souls Collegue*, en *«The Presocratics»*, libro publicado por Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1972, págs. 37-38. Amacaballo Fat nunca encontró en ninguna de mis lecturas nada que expresara más a fondo la naturaleza de la realidad. En el *Fragmento 123* Heráclito dice: «La naturaleza de las cosas tiene por hábito el ocultamiento». Y en el *Fragmento 54* dice: «La estructura latente domina la estructura de lo obvio». A lo cual Edward Hussey añade: «En consecuencia (Heráclito) necesariamente consideraba... que la realidad en cierta medida (está) "oculta"». Si es así, ¿qué ha de entenderse entonces por «teofanía»? Porque una teofanía es una irrupción de Dios, una irrupción que significa la invasión de nuestro mundo; y, sin embargo, nuestro mundo es sólo aparente; sólo es «estructura de lo obvio» dominada por una «estructura latente» invisible. A Amacaballo Fat le gustaba que esto se considerara por encima de toda otra cosa. Porque si Heráclito está en lo cierto, de hecho no hay otra realidad que la de las teofanías; el resto es ilusión; en ese caso, de entre todos nosotros, sólo Fat comprende la verdad y Fat, desde la llamada telefónica de Gloria, está loco.

Los locos -desde el punto de vista psicológico, no legal- no están en contacto con la realidad. Amacaballo Fat está loco; luego, no tiene contacto con la realidad. Anotación 30 de su exégesis:

> ***El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.***
>
> ***35. La Mente sólo habla por intermedio de nosotros. El discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.***

En otras palabras, el Universo mismo -y la Mente que lo sustenta- está loco. Por tanto, alguien que tiene contacto con la realidad, por definición, tiene contacto con la locura: la irracionalidad lo impregna.

En esencia, Fat vigilaba su propia mente y la encontraba defectuosa. Luego, utilizando esa misma mente, vigilaba la realidad exterior, llamada macrocosmos. También la encontró defectuosa. Según lo habían estipulado los filósofos herméticos, el macrocosmos y el microcosmos se devolvían fielmente una mutua imagen especular. Fat, con ayuda de un instrumento defectuoso, examinó un sujeto igualmente defectuoso y de este modo obtuvo la información de que todo estaba equivocado.

Y, además, no había salida posible. El entrelazamiento del instrumento y el sujeto, ambos igualmente defectuosos, producía otra trampa china perfecta. Atrapado en su propia trampa, como Dédalo, que construyó el laberinto para el Rey Minos de Creta y luego se perdió en él y no volvió a encontrar la salida. Presumiblemente, Dédalo se encuentra allí todavía, al igual que nosotros. La única diferencia entre nosotros y Amacaballo Fat reside en que él conoce su situación mientras que nosotros la ignoramos; por tanto, Fat está loco y nosotros somos normales. «Se los compara con gente que duerme dentro de una casa», como lo dice Hussey y, si hay alguien que lo sabe, es él seguramente, pues, con la posible excepción de Francis Cornford, no hay otra autoridad que se le parezca en el antiguo pensamiento griego. Y Cornford es quien dice que Platón pensaba que hay un elemento de irracionalidad en el Alma del Mundo.

No hay camino que permita abandonar el laberinto. El laberinto cambia a medida que uno lo recorre, pues tiene vida.

Parsifal: Sólo caminé un poco, y, sin embargo, parece que me hubiera alejado mucho.
Gurnemanz: Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio.

(Todo el paisaje se vuelve indistinto. Un bosque se desvanece y aparece un muro de rocas ásperas en el que se abre un portón. Los dos hombres lo cruzan. ¿Qué ha sido del bosque? Los dos hombres en realidad no se movieron; en realidad, no fueron a ninguna parte; sin embargo, no están en el lugar del comienzo. *Aquí el tiempo se convierte en espacio.* Wagner comenzó *«Parsifal»* en 1845. Murió en 1873, mucho antes que Hermann Minkowski postulara el espacio-tiempo tetradimensional (1908). Wagner se inspiró para *«Parsifal»* en leyendas célticas y en el budismo, que investigó para la ópera que nunca llegó a escribir sobre Buda: *«Los vencedores» (Die Sieger).* ¿De dónde sacó Wagner la idea de que el tiempo podía convertirse en espacio?)

Y si el tiempo puede convertirse en espacio, ¿puede el espacio convertirse en tiempo?

Uno de los capítulos del libro de Mircea Eliade *«Myth and Reality»* se titula «El tiempo puede ser superado». El objetivo fundamental de los rituales y los sacramentos míticos es la superación del tiempo. Amacaballo Fat se sorprendió pensando en una lengua utilizada dos mil años atrás, la lengua en la que escribió San Pablo. *Aquí el tiempo se convierte en espacio.* Fat me contó otro detalle de su encuentro con Dios: de repente el paisaje de California, Estados Unidos de América, 1974, se desvaneció y apareció en cambio el paisaje de Roma del siglo I EC. Durante un tiempo vio una superposición de ambos, como en algunas imágenes del cine. ¿Por qué? ¿Cómo? Dios le explicó muchas cosas a Fat, pero nunca esto, excepto la críptica frase que aparece en el diario como anotación.

3. Hace que las cosas luzcan diferentes para que parezca que el tiempo ha transcurrido.

¿Quién es el sujeto que hace semejante cosa? ¿Hemos de inferir que de hecho el tiempo no ha transcurrido? ¿Transcurrió alguna vez? ¿Hubo una vez un tiempo real y, por lo mismo, un mundo igualmente real, y hay ahora en cambio un tiempo fingido y un mundo igualmente fingido, como una especie de burbuja que crece y se modifica, pero que en realidad está estática?

A Amacaballo Fat le pareció atinado incluir tempranamente esta enunciación en el diario o exégesis o como guste llamarla. Es la anotación siguiente, la 4:

La materia es plástica ante el ojo de la Mente.

¿Existe en realidad un mundo exterior? En concreto Gurnemanz y Parsifal permanecen inmóviles y es el paisaje el que cambia; de modo que aparecen en otro espacio, un espacio que antes había sido experimentado como tiempo. Fat pensó en una lengua utilizada dos mil años atrás y vio el mundo antiguo que se adecuaba a esa lengua; el contenido mental armonizaba con las percepciones que tenía del mundo exterior. Parece que aquí hubiera una cierta lógica. Quizás hubo una disfunción temporal. Pero ¿por qué no la experimentó también su esposa Beth? Estaba viviendo con Fat cuando éste tropezó con Dios. Para ella nada cambió, salvo (como me lo hizo saber) que oyó ciertos sonidos extraños como de algo cargado en exceso a punto de reventar.

Tanto Fat como su mujer me contaron otro detalle de aquellos días de marzo de 1974. Los animalitos domésticos pasaron por una curiosa metamorfosis. Parecían más inteligentes y más serenos. Pero sólo hasta que los dos murieron destruidos por tumores malignos.

Tanto Fat como su mujer me contaron una cosa sobre sus animales que nunca desde entonces se me borró de la mente. Durante ese tiempo parecían tratar de comunicarse con ellos, de utilizar algún lenguaje. Esto no puede desecharse como parte de la psicosis de Fat. Ni tampoco el hecho de que los animales murieran.

La primera señal de que algo no iba bien, de acuerdo con Fat, fue la radio. Estaba escuchándola una noche -le había sido imposible dormir por mucho tiempo- cuando oyó que alguien decía unas palabras horribles, sentencias que era imposible que nadie dijera. Beth estaba dormida y se lo perdió. De modo que pudo tratarse de la mente de Fat, que se desintegraba; la psique se le estaba deteriorando a una terrible velocidad.

La enfermedad mental no tiene nada de gracioso.

Cuatro

Después de un espectacular intento de suicidio con las píldoras, la navaja y el motor del automóvil, y todo porque Beth lo había abandonado llevándose consigo a su hijo Christopher, Fat se encontró encerrado en el hospital mental del Condado de Orange. Un poli armado lo había conducido en una silla de ruedas desde la sala de cuidados intensivos de enfermedades cardiacas a lo largo del corredor subterráneo que comunicaba con el ala psiquiátrica.

Fat nunca había estado encerrado. Las cuarenta y nueve píldoras de *Digital* le habían provocado una arritmia intermitente, y el esfuerzo continuo terminó al fin en una descarga de digitoxinas, con un puntaje de tres en la escala. Le habían recetado el *Digital* para contrarrestar una arritmia hereditaria, pero nada se parecía a los efectos de la digitoxina. Resulta irónico que una sobredosis de *Digital* provoque precisamente la arritmia que debe contrarrestar. En cierto momento, mientras Fat yacía de espaldas mirando encima de él la pantalla de tubos catódicos, apareció de repente una recta; su corazón había dejado de latir. Siguió mirando, y finalmente la línea recobró una forma ondulada. Infinita es la clemencia de Dios.

Así, pues, muy debilitado, llegó con guardia armada a la cárcel psiquiátrica. Allí pronto se encontró sentado en un corredor, respirando abundante humo de cigarrillo y temblando, tanto de fatiga como de miedo. Esa noche durmió en un catre -había seis catres en cada cuarto- y descubrió que el suyo estaba equipado con esposas de cuero. La puerta que daba al corredor se mantenía abierta para que los técnicos psiquiátricos pudieran vigilar a los pacientes. Fat alcanzaba a ver el aparato de televisión comunitario que aún estaba encendido. El invitado de Johnny Carson resultó ser Sammy Davis, Jr. Fat se quedó mirando y se preguntó cómo sería

tener un ojo de vidrio. En ese momento ya no comprendía su propia situación. Se daba cuenta de que había sobrevivido a las digitoxinas; se daba cuenta también de que se encontraba prácticamente arrestado por intento de suicidio; no tenía idea de qué podría haber estado haciendo Beth mientras él estaba internado en la sala de terapia intensiva. No había llamado ni lo había visitado. La primera en presentarse había sido Sherri, y luego David. Nadie más estaba enterado. Fat, en particular, no quería que se enterara Kevin, porque éste lo visitaría y se mostraría cínico, a expensas de Fat. Y Fat no estaba en condiciones de aguantar cinismos, aun cuando hubieran sido bien intencionados.

El jefe de cardiólogos del *Centro Médico* del Condado de Orange había exhibido a Fat ante todo un grupo de estudiantes de medicina de la *UC Irvine*. El *CMCO* era un hospital universitario. Todos querían auscultar un corazón afectado por cuarenta y nueve tabletas de *Digital*.

Además, el corte que tenía en la muñeca derecha le había hecho perder mucha sangre. Lo que inicialmente le había salvado la vida fue un defecto del obturador del automóvil; cuando el motor se calentó, el obturador no se abrió adecuadamente y al fin se atascó. Fat se las había compuesto para volver vacilante a casa y se había tendido en la cama como un moribundo. A la mañana siguiente se despertó, todavía vivo, y empezó a vomitar el *Digital*. Eso fue lo que en segundo lugar lo salvó. Lo que lo salvó en tercer lugar tomó la forma de todo el personal médico del mundo, que quitó la puerta corrediza de vidrio y aluminio de la parte posterior de la casa de Fat. Fat había telefoneado a la farmacia para que le vendieran un nuevo frasco del *Librium* que le habían recetado. Antes de ingerir el *Digital*, había tragado treinta píldoras de *Librium*. El farmacéutico se comunicó con el personal médico de urgencia. Mucho puede decirse de la infinita clemencia de Dios, pero cuando se considera de qué es capaz un farmacéutico listo, puede decirse todavía más.

Después de haber pasado una noche esperando en el ala psiquiátrica del *Centro Médico*, sometieron a Fat a la evaluación de rutina. Toda una hueste de hombres y mujeres bien vestidos lo enfrentaron esgrimiendo anotadores, examinándolo con atención.

Fat se vistió con las galas de la cordura como mejor pudo y fingió que había recobrado el juicio. A medida que hablaba, iba dándose cuenta de que nadie le creía. Podría haberles espetado su monólogo en *watis* con idéntico efecto. Todo lo que consiguió fue rebajarse. Cuanto más se esforzaba menos se respetaba a sí mismo. Otra trampa china.

Que se vaya todo a la mierda, murmuró Fat al fin entre dientes, y se quedó callado.

-Salga -le dijo uno de los técnicos psiquiatras-; ya le haremos saber nuestra decisión.

-Verdaderamente he aprendido la lección -dijo Fat al ponerse de pie para abandonar la sala-. El suicidio es una *introyección* de la hostilidad; sería mejor dirigirla hacia afuera, contra la persona que lo ha frustrado a uno. Me sobró tiempo para meditar mientras estuve internado en la unidad cardiológica, y me di cuenta de que en mi acto destructivo habían salido a luz años de autonegación y abnegación. Pero lo que más me asombró fue la sabiduría de mi cuerpo, que supo no sólo defenderse de mi mente, sino, sobre todo, defenderse a sí mismo, sin más. Me doy cuenta de que las palabras de Yeats: «Soy un alma inmortal atada al cuerpo de un animal agonizante» se oponen diametralmente a lo que es la condición humana.

El técnico psiquiátrico dijo:

-Hablaremos con usted afuera luego de haber llegado a una decisión.

Fat dijo entonces:

-Echo de menos a mi hijo.

Nadie lo miró.

-Creí que Beth podía hacer daño a Christopher -comentó Fat, diciendo por primera vez algo sincero desde que entrara en la sala. Había intentado matarse no tanto porque Beth lo hubiera abandonado sino porque se mudaba a una casa alejada y él no podría cuidar a su hijo.

Un instante después estaba en el corredor, en un diván de plástico y metal cromado; una mujer contaba que el marido intentaba matarla infiltrando gas venenoso por debajo de la puerta del dormitorio. Fat echó una mirada atrás. No pensó en Dios, a quien él había visto. No

se dijo a sí mismo: «Soy uno de los pocos seres humanos que han visto realmente a Dios». En cambio, recordó a Estefanía, que le había regalado el cuenco de cerámica que él llamaba *Oh Ho*, pues le recordaba un cuenco chino. Se preguntó si se habría vuelto adicta a la heroína, o si la habrían encarcelado, como a él, o si estaría muerta, o casada, o si viviría entre la nieve, en Washington; el Estado de Washington que nunca había visto, pero con el que siempre soñaba. Quizás todas estas cosas, o ninguna. Quizás un accidente de automóvil la había dejado paralítica. Se preguntó qué le diría Estefanía si lo viera ahora, encarcelado, abandonado por su mujer y su hijo, el carburador del automóvil estropeado, la mente dañada.

Antes de eso, probablemente habría reconocido que era un hombre afortunado..., no afortunado en el sentido filosófico sino en el estadístico. Nadie sobrevive a cuarenta y nueve tabletas de *Digital*. Generalmente, doblar la dosis prescrita termina con uno. La dosis prescrita a Fat se había fijado en *quater in dia*: cuatro por día. Se había engullido 12,25 veces la dosis diaria y había sobrevivido. La infinita clemencia de Dios no tiene el menor sentido, al menos en la práctica cotidiana. Además, había tragado todo el *Librium* de que disponía, veinte tabletas de *Quide* y sesenta de *Apresoline*, más media botella de vino. Todo lo que le quedaba de las medicinas era un frasco de *Miles Nervine*. Fat estaba técnicamente muerto.

Espiritualmente, también estaba muerto.

O bien había visto a Dios demasiado pronto, o bien, demasiado tarde. En cualquiera de los casos, no lo había ayudado a sobrevivir. El encuentro con Dios no había fortalecido su capacidad de resistencia, capacidad con la que cuentan los hombres corrientes, no tan favorecidos. Pero podría también señalarse -como lo había hecho Kevin- que Fat había logrado no sólo ver a Dios. Kevin lo había llamado un día, entusiasmado a propósito de otro libro de Mircea Eliade.

-¡Escucha! -le había dicho Kevin-. ¿Sabes lo que dice Eliade del tiempo onírico de los bosquimanes de Australia? Dice que los antropólogos se equivocan al considerar que este tiempo pertenece al pasado. Dice que se trata de otra especie de tiempo que se desarrolla aquí y ahora, en el que los bosquimanos irrumpen, la era de los héroes y sus hazañas. Espera, te leeré un trozo. -Un intervalo de silencio-. ¡Mierda! -Luego Kevin dijo-: No lo encuentro. Pero para entrar en ese otro tiempo se someten a un dolor espantoso; es un ritual de iniciación. Tú habías estado sufriendo mucho cuando tuviste la experiencia; se te había infectado la muela del juicio y... -Kevin bajó la voz; había estado gritando en el teléfono-. ¿Recuerdas...? Tenías miedo de que las autoridades te atrapasen.

-Estaba chiflado -había contestado Fat-. No me estaban persiguiendo.

-Pero tú creías que sí te perseguían y tenías tanto miedo que no podías dormir, y así noche tras noche. Y tuviste una pérdida sensorial.

-Bueno, me quedaba en cama despierto.

-Empezaste a ver colores. Colores flotantes. -Kevin estaba gritando otra vez animado; cuando no era cínico era maníaco-. Eso mismo se describe en *«El Libro Tibetano de los Muertos»*, el viaje al otro mundo. ¡Estabas mentalmente agonizando! ¡De tensión y de miedo! Así es cómo se consigue..., cómo se llega a la otra realidad. ¡El tiempo onírico!

Ahora Fat estaba sentado en el diván de metal y plástico, agonizando mentalmente; de hecho, ya estaba mentalmente muerto, y en el cuarto que acababa de abandonar, los expertos estaban decidiendo su destino, estaban juzgando lo que de él quedaba y estaban dictando sentencia. Es justo que los técnicamente considerados cuerdos sentencien a los locos. ¿Cómo podría ser de otra manera?

-¡Si al menos se pudiera llegar al tiempo onírico! -gritaba Kevin-. Ése es el único tiempo *real*; todos los verdaderos acontecimientos ocurren en el tiempo onírico. ¡Las empresas de los dioses!

Junto a Fat, la enorme y vieja señora sostenía un recipiente de plástico; durante horas había estado tratando de arrojar el *Thorazine* que le habían hecho tragar a la fuerza; le había comunicado a Fat con voz áspera que el *Thorazine* contenía un veneno; el marido -que había trepado hasta las altas esferas del hospital asumiendo múltiples identidades- intentaba matarla.

-Tú encontraste el camino que lleva al reino superior -declaró Kevin-. ¿No es así como lo apuntaste en tu diario?

> ***48. Hay dos reinos: el superior y el inferior. El superior nació del Hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia e impulsado por una causa eficiente y ciega, ya que emana de una fuente exhausta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinista o astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero nos liberamos a través de los sacramentos, por mediación del plásmata. Mientras no se quiebre el determinismo astral, ni siquiera lo sabremos, tan impedidos estamos. «El Imperio nunca terminó».***

Una bonita y menuda muchacha de cabellos oscuros pasó en silencio junto a Fat y la enorme mujer, con los zapatos en una mano. Durante el desayuno había intentado romper los cristales de una ventana con los zapatos; luego, había derribado a un técnico negro de un metro noventa. Ahora la joven iba envuelta en un aura de calma absoluta.

«El Imperio nunca terminó», citó Fat. Esa sentencia reaparecía una y otra vez en su exégesis; se había convertido en algo característico. Originalmente la frase se le había revelado en un gran sueño. En él era nuevamente un niño que recorría viejas librerías polvorientas en busca de viejas revistas de ciencia-ficción, en particular *Astoundig*. En el sueño había examinado incontables ejemplares ajados, montón tras montón, en busca de la inestimable serie titulada «El Imperio nunca terminó». Si la encontraba y la leía, lo sabría todo; ésa era la carga que le imponía el sueño.

Antes de eso, cuando había tenido la experiencia de los dos mundos superpuestos, California, Estados Unidos, en el año 1974, y la antigua Roma, había advertido en la superposición una *Gestalt* compartida por ambos *continua* espacio-temporales, con un elemento común: una Negra Prisión de Acero. A esto aludía el sueño con el nombre de «el Imperio». Lo sabía porque cuando vio la Negra Prisión de Acero la había reconocido. Todos vivían en ella sin advertirlo. La Negra Prisión de Acero era su mundo.

Quién había construido la prisión -y por qué-, no lo sabía. Pero alcanzó a ver algo positivo: la prisión estaba siendo atacada. Una organización de cristianos, no los cristianos corrientes que asisten a misa los domingos y rezan, sino los cristianos primitivos secretos que, vestidos con claras túnicas grises, habían iniciado con éxito un asalto a la Prisión. Los cristianos primitivos secretos parecían muy felices.

Fat, en su locura, comprendía la razón de esa felicidad. En esta ocasión, los cristianos primitivos secretos vestidos de gris serían los que se apoderarían de la Prisión, *y no al revés.* Las hazañas de los héroes en el sagrado tiempo onírico..., el único tiempo real, de acuerdo con los bosquimanos.

En una ocasión, en una novela de ciencia-ficción barata, Fat se había topado con una perfecta descripción de la Negra Prisión de Acero, pero se la situaba en un futuro lejano. De modo que si se superpone el pasado (la antigua Roma) sobre el presente (la California del siglo XX) y sobre eso se superpone el mundo del futuro lejano de *El androide derramó un río de llanto sobre mí*, se tiene el Imperio, la Negra Prisión de Acero como constante supra o transtemporal. Todo el que haya vivido alguna vez se encontró rodeado por los muros de acero de la Prisión; estuvieron dentro y nadie lo advirtió... salvo los cristianos secretos vestidos de gris.

Esto incluía a los primitivos cristianos supra o transtemporales, es decir, presentes en todo tiempo. Fat no conseguía entenderlo. ¿Cómo podían ser primitivos, pero encontrarse en el presente y el futuro? Y si estaban en el presente, ¿por qué nadie podía verlos? Por otra parte, ¿por qué nadie podía ver los muros de la Negra Prisión de Acero que circundaban a todos,

incluido él mismo, por todas partes? ¿Por qué estas fuerzas antagónicas sólo eran tangibles cuando el pasado, el presente y el futuro -por la razón que fuere- se superponían?

Quizás en el tiempo onírico de los bosquimanos no había tiempo. Pero si no había tiempo, ¿cómo era posible que los cristianos primitivos salieran contentos de la Negra Prisión de Acero después de haberla volado? ¿Y cómo podrían haberla volado en la Roma de alrededor del 70 EC si en aquellos días no había explosivos? Y, por último, si no había tiempo que transcurriera en el tiempo del sueño, ¿podía la prisión llegar a tener fin? Esto le recordaba a Fat una extraña afirmación que se hace en *«Parsifal»*: «Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio». En el curso de su experiencia religiosa en marzo de 1974, Fat había visto la prolongación del espacio: metros y metros de espacio que se extendían hasta llegar a las estrellas; el espacio se abría alrededor de él como si se hubiera eliminado una caja de contención. Se sintió como un gato que hubiera sido transportado en automóvil dentro de una caja, y que después de llegar a destino, fuera dejado en libertad. Y por la noche, mientras dormía, había soñado con un vacío inmensurable y, sin embargo, un vacío dotado de vida. El vacío se extendía y se trasladaba y parecía despojado de todo, y parecía deleitado al ver a Fat. En sueños, Fat no tenía cuerpo; como el vacío ilimitado, meramente se trasladaba, muy lentamente, y además alcanzaba a oír un ligero murmullo que parecía música. Aparentemente el vacío se comunicaba mediante este eco, este murmullo.

-A ti, de entre todos -comunicaba el vacío-, a ti es a quien más amo.

De todos los seres humanos que hubieran existido nunca, el vacío había estado aguardando reunirse con Amacaballo Fat. Como su extensión en el espacio, el amor del vacío era ilimitado; él y su amor flotaban por siempre. Nunca había sido Fat tan feliz en toda su vida.

El técnico psiquiátrico se le acercó y dijo:

-Lo retendremos catorce días.

-¿No puedo volver a casa? -preguntó Fat.

-No, consideramos que necesita tratamiento. No está preparado para volver a casa todavía.

-Léame mis derechos -dijo Fat, sintiéndose aturdido y temeroso.

-Podemos retenerlo catorce días sin que haya una audiencia en la corte. Luego, con la aprobación de usted, podríamos, si lo consideramos necesario, retenerlo otros noventa días.

Fat se dio cuenta de que si decía algo, cualquier cosa, lo retendrían los noventa días. De modo que no dijo nada. Cuando uno está loco, aprende a tener cerrada la boca.

Estar loco y haber sido atrapado *in fraganti* en plena intemperie, es una manera de terminar encarcelado. Fat ahora lo sabía. Además de tener una celda condal para borrachos, el Condado de Orange tenía una celda condal para lunáticos. Él se encontraba en esta celda. Y era posible que siguiera allí por un largo tiempo. Entretanto, de regreso en casa, Beth estaría recogiendo todo lo que se le antojara para el traslado al nuevo piso que había alquilado; se había negado a darle la dirección del apartamento; ni siquiera quiso decirle en qué ciudad estaba.

En realidad, aunque Fat no lo sabía por el momento, por causa de su propia locura, había olvidado pagar una cuota de la casa y también del automóvil; tampoco había pagado las cuentas de la electricidad y del teléfono. No podía esperarse que Beth, perturbada por el estado mental y físico de Fat, se encargase de solucionar los problemas que él mismo creaba. De modo que cuando Fat salió del hospital y volvió a su casa, se encontró con el aviso de un juicio hipotecario, sin automóvil y con el frigorífico anegado; y cuando quiso telefonear pidiendo ayuda, el teléfono le devolvió un tétrico silencio. Esto tuvo por efecto acabar con los restos de ánimo que le quedaban, y sabía que todo esto era culpa suya. Era su karma.

Por entonces, Fat nada sabía de todo esto. Todo lo que sabía era que había sido encarcelado por un mínimo de dos semanas. Además, los otros pacientes le habían dicho algo más. El Condado de Orange le pasaría una cuenta por su estancia en la cárcel. En verdad, la cuenta total, incluyendo los días de su internación en la sala de recuperación cardiaca, ascendería a más de dos mil dólares. Para empezar, Fat había ido a parar al hospital condal porque no tenía dinero para pagar un hospital privado. De modo que ahora se había enterado de algo más acerca de volverse loco: no sólo lo encierran a uno, sino que, además, cuesta un montón de

dinero. Pueden pasarle a uno una cuenta por estar loco, y si no la paga o no le es posible pagarla pueden llevarlo a juicio; y si la Corte dictamina en contra del procesado y no se cumple lo que estipula, pueden volver a encerrarlo por desacato al Tribunal.

Cuando se considera que la desesperación había empujado a Fat a ese primer intento de suicidio, es necesario reconocer que en su actual situación no había ninguna magia ni ningún encanto. Junto a él, sentada en el diván de metal cromado y plástico, la vieja y enorme señora seguía vomitando la medicina en un recipiente de plástico que el hospital tiene preparado para tales situaciones. El técnico psiquiátrico tomó a Fat por el brazo para conducirlo a la sección donde estaría recluido durante las dos semanas que tenía por delante. La llamaban la Sección Norte. Sin protestar, Fat abandonó la sala de recepción junto con el técnico, atravesó el vestíbulo y penetró en la Sección Norte, donde otra vez la puerta se cerró con llave detrás de él.

Mierda, dijo Fat.

El técnico psiquiátrico escoltó a Fat hasta el cuarto -que contenía dos camas en lugar de seis catres- y luego lo llevó a un pequeño cuarto donde había que rellenar un formulario.

-Esto sólo llevará unos minutos -dijo.

En el pequeño cuarto se encontraba una joven, una joven mexicana de estructura maciza, piel áspera y oscura, y ojos enormes, ojos serenos y oscuros, ojos como estanques de fuego; Fat quedó paralizado al ver los enormes ojos llameantes y serenos de la joven. Tenía abierta una revista sobre un receptor de televisión; mostraba un torpe dibujo impreso en la página: una imagen del Reino de la Paz. La revista, advirtió Fat, se titulaba *«Watchtower»* (Torre de Vigilancia). La joven, que le sonreía, era una Testigo de Jehová.

Le habló a Fat con una voz gentil y moderada, de espaldas al técnico.

-Dios Nuestro Señor preparó para nosotros un lugar donde no habrá dolor ni miedo y, ¿ve?, los animales yacen juntos y felices, el león y el cordero, como lo haremos también nosotros, todos nosotros, que nos amaremos mutuamente sin sufrimiento ni muerte por siempre jamás, junto con nuestro Señor Jehová que nos ama y no nos abandonará en cualquier cosa que hagamos.

-Debbie, por favor, deja la sala -dijo el técnico psiquiátrico.

Todavía sonriéndole a Fat, la joven señaló en el dibujo de la revista una vaca y una oveja.

-Todas las bestias, todos los hombres, todas las criaturas vivientes, grandes y pequeñas, vivirán al calor de Jehová cuando llegue el Reino. Usted pensará que aún falta mucho para ese advenimiento, pero Jesucristo está ya hoy entre nosotros.

Luego, cerrando la revista, todavía sonriente pero ahora silenciosa, la joven abandonó el cuarto.

-Lamento que haya ocurrido esto -le dijo el técnico psiquiátrico a Fat.

-¡Dios! -exclamó Fat asombrado.

-¿Lo ha perturbado? Lo lamento. No hay que darle a esa joven ese tipo de literatura: alguien se la ha pasado de contrabando.

Fat dijo:

-Me encuentro bien. -Se daba cuenta; lo cual, por lo demás, lo asombraba.

-Veamos ahora esa información -dijo el técnico psiquiátrico sentándose con un anotador y una pluma estilográfica en las manos-. La fecha de nacimiento.

Estúpido, pensó Fat. Estúpido de mierda. Dios se encuentra aquí, en tu maldito psiquiátrico y tú no lo sabes; lo estás viendo, pero lo ignoras. Habéis sido invadidos y ni siquiera lo sabéis.

Se sintió contento.

Recordó la anotación 9 de su exégesis. ***Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo.*** Aún sigue vivo, pensó Fat. Después de todo lo que sucedió. Después de las píldoras, después de la muñeca cortada, después del gas del automóvil. Después de haber sido encarcelado. Aún sigue vivo.

Al cabo de unos pocos días, comprobó que el paciente que más le gustaba era Doug, un joven hebefrénico alto y descuidado que nunca se ponía otra ropa que la túnica del hospital abierta por la espalda. Las mujeres de la sección le lavaban, y le cortaban y le cepillaban el cabello, pues Doug no tomaba en serio su situación, salvo cuando despertaban a los pacientes para el desayuno. Todos los días se acercaba a Fat, aterrado.

-La sala del televisor está llena de demonios -decía todas las mañanas-. Tengo miedo de entrar allí. ¿Tú lo sientes? Yo lo siento incluso cuando paso al lado.

Cuando todos encargaban lo que comerían, Doug escribía: *Bazofia*.

-He encargado bazofia -le decía a Fat.

Fat contestaba:

-Yo encargaré basura.

En la oficina central, que tenía muros de vidrio y una puerta cerrada con llave, los miembros del personal observaban a los pacientes y tomaban notas. En el caso de Fat, anotaron que cuando los pacientes jugaban a las cartas, Fat nunca participaba. Los otros pacientes jugaban al póquer y el veintiuno, mientras él permanecía apartado leyendo.

-¿Por qué nunca juega a las cartas? -le preguntó Penny, una técnica psiquiátrica.

-El póquer y el veintiuno no son juegos de cartas, sino juegos para apostar dinero -contestó Fat dejando el libro a un lado-. Como no se nos permite tener dinero, no vale la pena jugar.

-Creo que debería jugar a las cartas -dijo Penny. Fat sabía que le habían ordenado jugar a las cartas, de modo que junto con Debbie comenzó a probar juegos infantiles como el del «desconfío». Jugaban al desconfío durante horas. Los miembros del personal los observaban desde la oficina de vidrio y anotaban lo que veían.

Una de las mujeres se las había compuesto para retener su *«Biblia»*. Era la única de que disponían los treinta y cinco pacientes. A Debbie no se le permitía ni mirarla. Sin embargo, cuando doblaban el corredor -los cuartos estaban cerrados durante las horas de luz, para que los pacientes no entraran y se echaran a dormir- el personal no podía ver qué hacían. Fat a veces le prestaba a Debbie el ejemplar comunal de la *«Biblia»* y la muchacha le echaba un breve vistazo a alguno de los salmos. Él lo sabía y estaba muy preocupado, pero cuando uno de los técnicos abandonaba la oficina y se internaba en el corredor, Debbie ya había desaparecido.

Los reclusos de las instituciones mentales siempre se mueven a una velocidad y sólo a esa velocidad. Pero algunos son lentos y otros corren. Debbie, que era grande y sólida, navegaba lentamente. Lo mismo Doug. Fat, que siempre lo acompañaba, ajustaba el paso. Juntos se paseaban una y otra vez por el corredor conversando. Las conversaciones en los hospitales mentales se parecen a las de las estaciones de autobuses, porque en una estación de la Compañía *Greyhound* todo el mundo espera y en un hospital mental -especialmente si se está encerrado en un hospital mental del condado- también todo el mundo espera que lo suelten.

En contra de lo que las novelas míticamente sostienen, no es mucho lo que ocurre en una institución mental. Los pacientes no dominan realmente a los miembros del personal y éstos realmente no asesinan a los pacientes. Los reclusos sobre todo leen o miran televisión, o se quedan simplemente sentados fumando o tratan de echarse en cama a dormir, o beben café o juegan a las cartas o caminan, y tres veces al día les sirven la comida en una bandeja. La llegada de los carritos con comida marca el transcurso del tiempo. Por la noche vienen visitas que siempre sonríen. Los pacientes de los hospitales mentales no logran entender por qué la gente de afuera sonríe. Por lo que a mí se refiere, hasta el día de hoy sigue siendo un misterio.

La medicación, a la que se da siempre el nombre de «medi», se administra a intervalos irregulares en unas minúsculas copas de papel. A todo el mundo le dan *Thorazine* y algún otro remedio específico. Nunca nadie se entera de lo que le ha sido prescrito y las enfermeras vigilan para asegurarse de que los pacientes se tragan las píldoras. A veces las enfermeras se equivocan y traen dos veces la misma medicina. Los pacientes siempre les dicen que ya la han

tomado hace diez minutos y las enfermeras vuelven a suministrarlas quieras o no. El error nunca se descubre hasta culminar el día y los miembros del personal se niegan a informar a los pacientes que han ingerido por entonces el doble de *Thorazine*.

Nunca conocí a un paciente mental, ni siquiera a un paranoico, que creyera que la doble dosificación era una táctica para drogar deliberadamente a los reclusos. Es patéticamente obvio que las enfermeras son estúpidas. Ya bastante dificultades tienen en conocer a cada uno de los pacientes y en encontrar la copita de papel que le corresponde a cada cual. Esto es consecuencia de la población de la sala que cambia constantemente; llega gente nueva y a la vieja la dan de baja. El verdadero peligro de una institución mental consiste en que por error se interne a alguien que esté interrumpiendo el consumo de *PCP*∗. Muchos hospitales mentales adoptan la política de rechazar a los consumidores de *PCP* y obligar a las fuerzas policiales a que los procesen. Las fuerzas policiales intentan llevar al centro psiquiátrico a los consumidores de *PCP* y dejarlos allí entre los pacientes y los técnicos inermes. Nadie quiere tener trato con el consumidor de *PCP*, y con buenas razones. Los periódicos siempre cuentan de cómo un monstruo adicto al *PCP* arrancó la nariz de un mordisco a algún paciente vecino o de cómo otro se reventó deliberadamente los ojos.

A Fat esta experiencia le fue ahorrada. Ni siquiera sabía que semejantes horrores fueran posibles. Esto se explica por la atinada organización del *CMCO*, que aseguraba que no se admitiera a ningún adicto al *PCP* en la Sección Norte. A decir verdad, Fat le debía la vida (además de dos mil dólares) al *CMCO*, aunque no estaba tan equilibrado como para poder apreciarlo.

Cuando Beth leyó la cuenta detallada que presentó el *CMCO*, le fue difícil creer todo lo que habían hecho por su marido para mantenerlo con vida; la lista cubría cinco páginas. Se incluía también el oxígeno. Fat lo ignoraba, pero las enfermeras de la sala de recuperación cardiaca creían que el paciente moriría. Lo vigilaron constantemente. De vez en cuando, en la sala se oía una sirena de emergencia. Alguien estaba perdiendo sus constantes vitales. Fat, tendido de espaldas frente a la pantalla de vídeo, se sentía como si lo hubieran abandonado junto a una playa ferroviaria; diversos mecanismos de apoyo a la vida dejaban oír cada cual su sonido.

Es característico de los que padecen una enfermedad mental, odiar a quienes los ayudan y amar a quienes los detestan. Fat todavía amaba a Beth y odiaba al *CMCO*. Esto demostraba que no estaba fuera de lugar en la Sección Norte; no me cabe ninguna duda. Cuando Beth se llevó consigo a Christopher y partió con rumbo desconocido, sabía que Fat intentaría suicidarse; ya lo había intentado en Canadá. A decir verdad, Beth tenía planeado volver una vez que Fat acabara consigo mismo. Así se lo explicó ella más tarde. También le dijo que el suicidio fracasado la había puesto furiosa. Cuando Fat le preguntó por qué, Beth le respondió:

-Una vez más demostraste que no sirves para nada.

La distinción entre cordura y locura es más estrecha que el filo de una navaja, más afilada que el colmillo de un sabueso, más ágil que el salto de una gacela. Es más engañosa que el más sutil de los fantasmas. Quizá ni siquiera exista; quizás es un fantasma.

Irónicamente, Fat no había sido recluido porque estuviera loco (aunque lo estaba); técnicamente, el motivo declarado era la ley de «autopeligrosidad». Fat era una amenaza para su propio bienestar, cargo que podría hacérsele a mucha gente. En el tiempo en que vivía en la Sección Norte, fue sometido a abundantes *tests* psicológicos. Los pasó con éxito, aunque, por otra parte, tuvo el tino de no referirse a Dios. Además, había falseado las respuestas. Para matar el tiempo, Fat dibujaba una y otra vez la imagen de los caballeros teutónicos a los que Alejandro Nievsky condujo astutamente al lago helado donde se encontraron con la muerte. Fat se identificaba con los caballeros teutónicos de pesada armadura y máscaras con hendeduras para los ojos, y cuernos a los lados; a cada uno de los caballeros le dibujó un escudo enorme y una espada desnuda; sobre el escudo escribió: *«In hoc signo vinces»*,

∗ También conocido como «Polvo de Ángel».

Librodot

leyenda que obtuvo de un paquete de cigarrillos. «Con este signo vencerás». El signo tenía la forma de una cruz de hierro. El amor a Dios se le había convertido en cólera, en una oscura cólera. Tenía visiones de Christopher que corría por un prado de altas hierbas con los faldones de la pequeña americana azul agitándosele por detrás, de Christopher que corría y corría. No cabía duda de que éste era el mismo Amacaballo Fat que corría, el niño que había en él de cualquier modo. Que huía de algo tan oscuro como su propia cólera.

Además, escribió repetidas veces:

Dico per spiritum sanctum. Haec veritas est. Mihi crede et mecum in aeternitate vivebis. Anotación 28.

Lo cual significa: «Hablo por el Espíritu Santo. Esta es la verdad. Cree en mí y conmigo conocerás la vida eterna».

Un día escribió en la lista de instrucciones impresas que se exhibían en la pared del corredor:

Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reviviscimus.

Doug le preguntó qué significaba aquello.

Fat le tradujo:

«De Dios nacemos en Jesús morimos, por el Espíritu Santo resucitamos».

-Te vas a quedar aquí noventa días -le dijo Doug.

Una vez Fat descubrió un letrero que lo fascinó. En el letrero se estipulaba una lista de prohibiciones, dispuestas por orden de importancia descendente. Bien alto en la lista se comunicaba a todo aquel a quien la cosa concernía:

PROHIBIDO LLEVARSE LOS CENICEROS DE LA SALA.

Y más abajo se establecía:

NO SE PRACTICARÁN LOBOTOMÍAS FRONTALES
SIN EL CONSENTIMIENTO ESCRITO DEL PACIENTE.

-Debería decir «prefrontal» -dijo Doug, y escribió «pre».

-¿Cómo lo sabes?

-Hay dos maneras de saber -dijo Doug-: el conocimiento que emana de los órganos de los sentidos y se llama conocimiento empírico, y el que emana de la propia cabeza y se llama *a priori*.

Doug escribió en el letrero:

SI DEVUELVO LOS CENICEROS, ¿ME DEVOLVERÁN MIS PREFRONTALES?

-Te vas a quedar aquí noventa días -le dijo Fat.

Fuera del edificio, caía la lluvia. Había estado lloviendo desde la llegada de Fat a la Sección Norte. Si se trepaba a la máquina de lavar alcanzaba a divisar por la ventana enrejada del cuarto el parque de los coches. La gente estacionaba sus automóviles y luego se iba corriendo bajo la lluvia. Fat se alegró de estar a cubierto en la Sección Norte.

Un día lo entrevistó el doctor Stone, jefe de la sala.

-¿Hubo antes otro intento de suicidio? -le preguntó el doctor Stone.

-No -le contestó Fat, lo cual, obviamente, no era cierto. En ese momento, ya no recordaba Canadá. Tenía la impresión de que su vida había empezado hacía dos semanas, cuando Beth lo abandonó.

-Pienso -dijo el doctor Stone- que cuando trató de matarse, entró en contacto con su propia realidad, y por primera vez.

-Quizá sea así -contestó Fat.

-Lo que le voy a recetar -dijo el doctor Stone abriendo una maleta negra que sacó de la atestada mesa de despacho- es lo que llamamos *Remedios de Bach.* -Pronunció el nombre a la inglesa y no a la alemana-. Estos remedios orgánicos se obtienen de la destilación de ciertas flores que crecen en Gales. El doctor Bach recorrió los campos y los pastizales de Gales y estudió los estados mentales negativos. Mientras experimentaba cada uno de esos estados, iba sosteniendo una flor tras otra. La flor adecuada temblaba en la copa que el doctor Bach sostenía en la mano. Más tarde el mismo Bach consiguió obtener, con métodos únicos, una esencia en forma de elixir de cada una de las flores o de combinaciones entre ellas; yo las he preparado sobre una base de ron. -Depositó en el escritorio tres botellas y buscó luego una cuarta vacía de mayor tamaño en la que vertió el contenido de las otras-. Tome tres gotas al día -dijo el doctor Stone-. Los *Remedios de Bach*, de cualquier manera, no pueden hacerle daño. No son sustancias químicas tóxicas. Le eliminarán la sensación de invalidez y el miedo y la incapacidad de actuar. De acuerdo con mi diagnóstico, ésas son las tres áreas que usted tiene bloqueadas: el miedo, la invalidez y la incapacidad de actuar. Lo que debió haber hecho en lugar de intentar suicidarse es quitarle su hijo a su mujer. Según la ley que rige en California, los menores deben permanecer con el padre en tanto un Tribunal no ordene lo contrario. Y después debió haber golpeado, no muy fuerte, a su mujer con un periódico enrollado o una guía telefónica.

-Gracias -dijo Fat aceptando la botella. Se dio cuenta de que el doctor Stone estaba rematadamente loco, pero sin malignidad. Era la primera persona de la Sección Norte, con excepción de los pacientes, que le hablaba como si fuera un ser humano.

-Hay mucha cólera en usted -dijo el doctor Stone-. Le voy a prestar un ejemplar del *«Tao Te Ching».* ¿Ha leído a Lao Tse?

-No -admitió Fat.

-Permítame que le lea un fragmento -dijo el doctor Stone. Lo leyó en voz alta:

«La parte superior no relumbra;
la parte inferior no es oscura.
Apenas visible, es lo anónimo,
y vuelve a lo que no tiene sustancia.
Se llama forma y no tiene forma,
la imagen no tiene sustancia.
Se lo llama indistinto y nuboso.
Asciende a él y no le verás la cabeza;
síguelo y no le verás la espalda».

Al escuchar esto, Fat recordó las anotaciones 1 y 2 de su diario. Se las citó de memoria al doctor Stone:

1. Sólo hay una Mente, pero en ella contienden dos subsumidos principios.

2. La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de este modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la Mente culmina.

-Pero -dijo el doctor Stone-, si la Mente concede la victoria a la luz y la oscuridad desaparece, desaparecerá la realidad, compuesta por igual de Yang y de Yin.

-El Yang es la Forma I de Parménides -dijo Fat-. El Yin es la Forma II. Parménides no creía que la Forma II fuera real. Creía en un mundo monista. La gente *imagina* que ambas formas existen, pero se equivocan. Aristóteles cuenta que Parménides identifica a la Forma I como «lo que es» y a la Forma II como «lo que no es». De esta manera la gente se engaña.

Mirándolo atentamente, el doctor Stone le preguntó:

-¿Cuál es su fuente?

-Edward Hussey -dijo Fat.

-Enseña en Oxford -dijo el doctor Stone-. Yo asistí a Oxford. Hussey no tiene igual, según mi opinión.

-Estoy de acuerdo -dijo Fat.

-¿Qué más puede decirme? -preguntó el doctor Stone.

Fat le contestó:

-El tiempo no existe. Éste es el gran secreto de Apolonio de Tiana, Pablo de Tarso, Simón *«el Mago»*, Paracelso, Boehme y Bruno. El Universo se contrae para constituir y completar una entidad unitaria. Vemos el deterioro y el desorden del revés, como si estuvieran en aumento. La anotación 18 de mi exégesis dice:

> ***«El tiempo real llegó a su término en el 70 EC con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. Entre ambas fechas hubo una interpolación completamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente».***

¿Quién hizo la interpolación? preguntó el doctor Stone.

-La Negra Prisión de Acero, que es una expresión del Imperio. Lo que me fue... -Fat había comenzado a decir «Lo que me fue revelado». Recapacitó y recompuso la frase-. El más importante de mis descubrimientos fue ***«El Imperio nunca terminó».***

Apoyado contra la mesa el doctor Stone se cruzó de brazos y se meció de adelante hacia atrás, esperando.

-Eso es todo lo que sé -dijo Fat, de pronto cauteloso.

-Me interesa mucho lo que dice -dijo el doctor Stone.

Fat se dio cuenta de que las posibilidades eran dos y sólo dos: o el doctor Stone estaba totalmente loco -no sólo loco, sino totalmente- o de manera astuta y profesional había logrado que Fat hablara; había hecho que Fat se pusiera en evidencia y mostrase que estaba loco de remate. Lo cual significaba que a Fat le esperaba una comparecencia en las cortes y noventa días de reclusión.

Era un lúgubre descubrimiento:

1) Los que están de acuerdo con uno están locos.
2) Los que no lo están tienen el poder.

La mente de Fat no podía desprenderse de estas dos comprensiones gemelas. Decidió declararse derrotado y hacerle saber al doctor Stone la más fantástica anotación de su exégesis y dijo:

> ***Anotación número veinticuatro: «Como semilla latente, como información viva, el plásmata dormitaba en la biblioteca sepultada en los códices de Chenoboskion hasta...».***

-¿Qué es «Chenoboskion»? -interrumpió el doctor Stone.

-Nag Hammadi.

Librodot

-Oh, la biblioteca de los gnósticos. -El doctor Stone asintió-. Descubierta y leída en 1945 pero nunca publicada. ¿Información viva? -repitió. Y luego agregó-: El Logos.

Fat se estremeció.

-Sí -dijo el doctor Stone-. El Logos sería información viva capaz de duplicarse.

-De duplicarse no a través de información -dijo Fat-, sino *como* información. Esto fue lo que quiso decir Jesús cuando aludió a la «semilla de mostaza» que, según dijo, se convertiría en un árbol enorme donde anidarían los pájaros.

-No existe el árbol de mostaza -dijo el doctor Stone-. De modo que Jesús no se refirió a él literalmente. Eso concuerda con el tema del «secreto» del que habla Marcos; que no quería que los extraños conocieran la verdad. ¿Y usted la conoce?

-Jesús no sólo previo su propia muerte, sino la de todos... -Fat vaciló-. ***Los homoplásmatas.*** Seres humanos en los que el plásmata se ha integrado. De una simbiosis entre especies diversas. ***Como información viva el plásmata viaja por el nervio óptico de un ser humano hasta el cuerpo pineal. Utiliza el cerebro humano como huésped femenino...***

El doctor Stone gruñó y se estremeció violentamente.

-...para duplicarse como forma activa -Fat continuó-. ***Los alquimistas herméticos, que habían leído los textos antiguos, lo conocían teóricamente, pero no pudieron duplicarlo porque no consiguieron localizar el plásmata que dormía sepulto.***

-Pero usted dice que el plásmata..., el Logos..., se encontró en Nag Hammadi.

-Sí, cuando se leyeron los códices.

-¿Está seguro de que no estaba en Qumran, como una semilla latente? ¿En la Caverna Cinco?

-Bueno... -dijo Fat, dudando.

-¿De dónde proviene el plásmata?

Al cabo de una pausa, Fat dijo:

-De otro sistema estelar.

-¿Tiene inconveniente en identificarlo?

-Sirio -dijo Fat.

-Entonces usted cree que el pueblo Dogon del oeste del Sudán es la fuente del cristianismo.

-Utilizan el signo del pez -dijo Fat-. Para aludir a Nommo, el gemelo benigno.

-Que sería la Forma I o Yang.

-Exacto -dijo Fat.

-Y Yurugu es la Forma II. Pero usted cree que la Forma II no existe.

-Nommo tuvo que matarla -dijo Fat.

-Eso es lo que en cierto sentido describe el mito japonés -dijo el doctor Stone-. Un mito cosmogónico. La hermana gemela muere al dar a luz el fuego; después desciende bajo tierra. El hermano mellizo va en busca de ella intentando sanarla, pero la encuentra en estado de descomposición y pariendo monstruos. Ella lo persigue y él la deja encerrada bajo tierra sellándole la salida.

Asombrado, Fat preguntó:

-¿Se encuentra en estado de descomposición y no obstante todavía continúa pariendo?

-Sólo monstruos -dijo el doctor Stone.

Como consecuencia de esta particular conversación, Fat concibió dos nuevas proposiciones:

1) Algunos de los que asumen el poder están locos.
2) Y tienen razón.

Por «razón» léase «en contacto con la realidad». Fat volvió a tener en cuenta la más ingrata de sus intuiciones, la de que el Universo y la Mente que lo gobierna son ambos totalmente

irracionales. Se preguntó si debería mencionárselo al doctor Stone, que parecía comprender a Fat mejor que nadie hasta entonces.

-Doctor Stone -dijo-, hay algo que desearía preguntarle. Quiero su opinión profesional.

-Hable.

-¿Es posible que el Universo sea irracional?

-Usted me está hablando de un Universo que no cuenta con la guía de una mente. Le sugiero que recurra a Jenófanes.

-Claro -dijo Fat-. Jenófanes de Colofón. «Un dios existe que en nada se asemeja a las criaturas mortales ni en cuanto a la forma del cuerpo ni en cuanto al pensamiento. Todo él ve, todo él piensa, todo él oye. Se mantiene siempre inmutable en el mismo lugar; no está bien...».

-«No cabe» -corrigió el doctor Stone-. «No cabe que se traslade ora por aquí, ora por allá». Y la parte importante está en el *Fragmento 25.* «Pero sin esfuerzo, lo maneja todo con el pensamiento».

-Pero quizá sea irracional -dijo Fat.

-¿Cómo podríamos saberlo?

-Todo el Universo sería irracional.

El doctor Stone preguntó:

-¿En relación con qué?

Fat no lo había pensado. Pero enseguida advirtió que esto no le quitaba el miedo; por el contrario, lo acrecentaba. Si todo el Universo fuera irracional, gobernado por una mente irracional -es decir, insana-, especies enteras aparecerían de pronto, vivirían y morirían sin siquiera adivinarlo, precisamente por la razón que Stone acababa de dar.

-El Logos no es irracional -decidió Fat en voz alta-. Yo lo llamo el plásmata. Sepultado como información en los códices de Nag Hammadi, que está de vuelta entre nosotros creando nuevos homoplásmatas. Los romanos, el Imperio, mataron a todos los originales.

-Pero usted dice que el tiempo real terminó en el 70 DC, cuando los romanos destruyeron el Templo. Por tanto, nos encontramos todavía en tiempo de los romanos; los romanos están todavía aquí. Este año sería... -El doctor Stone hizo un cálculo mental-. El 100 DC poco más o menos.

Fat entendió entonces que esto explicaba su doble exposición, la superimpresión que había visto de la antigua Roma y la California de 1974. El doctor Stone había resuelto el problema por él.

El psiquiatra que debía tratar su locura la había ratificado. Fat nunca abandonaría ahora la creencia de que se había encontrado con Dios. El doctor Stone se la había fijado con clavos.

Cinco

Fat pasó tres días en la Sección Norte bebiendo café, leyendo y paseando con Doug, pero no volvió a tener ocasión de conversar con el doctor Stone, que estaba siempre demasiado ocupado; era responsable de toda la sección: tanto miembros del personal como pacientes.

Bueno, cuando Fat fue dado de alta en el hospital, intercambiaron unas palabras.

-Creo que ya está en situación de abandonarnos -le dijo Stone animado.

Fat le contestó:

-Pero permítame preguntarle... No me refiero a alguna mente que dirija el Universo. Me refiero a una mente como la que concibe Jenófanes, pero una mente insana.

-Los gnósticos creían que la deidad creadora era insana -dijo Stone-. Ciega. Quiero mostrarle algo. Todavía no ha sido publicado; tengo una copia dactilográfica de Orval Wintermute, que está trabajando ahora junto con Bethge en la traducción de los códices de Nag Hammadi. La cita pertenece a *«De los orígenes del mundo».* Léala.

Fat leyó para sí sosteniendo la preciosa copia dactilográfica.

Librodot

> Él dijo: «Yo soy dios y no hay otro dios fuera de mí». Pero cuando dijo estas cosas, pecó contra todos los inmortales (imperecederos) que lo protegían. Además, cuando Pistis vio la impiedad del gobernante, se sintió enfadada. Sin ser vista, dijo: «Te equivocas, Samael», esto es «el dios ciego». «Un hombre inmortal e inhumano, anterior a ti, se manifestará en los cuerpos que modeles. Te aplastará con los pies como los alfareros aplastan la arcilla. Y descenderás con los que te pertenecen al encuentro de tu madre, el abismo».

Fat comprendió inmediatamente lo que acababa de leer. Samael era la deidad creadora que creía ser el único Dios, como se dice en el *«Génesis».* No obstante, era ciego, que quiere decir «obstruido», un término fundamental para Fat. Comprendía todos los otros: insano, loco, irracional, chiflado, psicótico. En su ceguera (irracional, sin contacto con la realidad), no comprendía que...

¿Qué decía la copia mecanográfica? Cuando Fat la volvió a leer febrilmente, el doctor Stone le palmeó un hombro y le dijo que podía quedársela: Stone la había fotocopiado varias veces.

Antes de la identidad creadora existía un hombre inmortal e iluminado, y ese hombre inmortal e iluminado aparecería en la raza humana que Samael crearía. Y ese hombre inmortal e iluminado *antes* que la deidad creadora aplastaría al iluso creador ciego e irracional como arcilla de alfarero.

De ahí que en el encuentro de Fat con Dios -el verdadero Dios- hubiera un mediador: el cuenco *Oh Ho*, que Estefanía había hecho con la rueda de pedal.

-Pues entonces, tengo razón sobre Nag Hammadi -le dijo al doctor Stone.

-Usted debe saberlo -explicó el doctor Stone, y luego agregó algo que nunca nadie le había dicho a Fat-: Usted es la autoridad.

Fat se dio cuenta de que Stone le había devuelto la vida espiritual. Lo había salvado; como psiquiatra era un verdadero maestro. Todo lo que había dicho y hecho en relación con Fat tenía una base y aun una intención terapéutica. Si el contenido de la información de Stone era o no correcto, carecía de importancia; el objetivo del médico había sido desde un principio restaurar la fe de Fat en sí mismo, la fe que había perdido cuando Beth lo abandonó..., que había perdido, en realidad, cuando años atrás no consiguió salvar la vida de Gloria.

El doctor Stone no estaba loco, el doctor Stone era un restaurador de la salud. Probablemente curaba a mucha gente de muchas maneras diversas. Adaptaba la terapia al individuo, no el individuo a la terapia.

Que me condenen, pensó Fat.

Con esa sencilla frase, «Usted es la autoridad», le había devuelto el alma.

El alma que le había arrebatado Gloria con aquel horrible y maligno juego de muerte.

Ellos -téngase en cuenta el «ellos»- le pagaban a Stone para que descubriera qué cosa había destruido el paciente al ingresar en la institución. En cada caso, en alguna parte, en algún momento, le habían disparado una bala y el dolor comenzaba a expandirse. De manera insidiosa el dolor lo colmaba hasta que el paciente se quebraba por la mitad, justo en el medio. La tarea de los miembros del psiquiátrico, y también de los pacientes, consistía en recomponer a la persona, pero esto no era posible en tanto no le quitaran la bala. Todo lo que los terapeutas menores hacían era observar que la persona estaba dividida en dos pedazos e intentar coserlos, pero no podían localizar y eliminar la bala. La bala fatal que había sido disparada a la persona constituyó la base del tratamiento que Freud aplicó en un principio a la persona psicológicamente dañada; Freud había comprendido: la llamó trauma. Más adelante todos se cansaron de buscar la bala fatal; llevaba demasiado tiempo. Había que aprender demasiado sobre el paciente. El doctor Stone tenía un talento paranormal, tan paranormal como los *Remedios de Bach*, un fraude evidente, un pretexto para que el paciente hablara.

Sólo una flor empapada en ron, nada más; pero una mente poderosa escuchaba lo que el paciente decía.

El doctor León Stone llegó a ser muy importante en la vida de Amacaballo Fat. Para llegar a él, Fat casi había tenido que recurrir a la muerte física y a la muerte mental. ¿A eso se refieren los que hablan de los misteriosos caminos de Dios? ¿De qué otro modo podría Fat haberse encontrado con León Stone? Sólo un acto negativo, como un intento de suicidio, un intento verdaderamente letal, podría haberlo logrado; Fat había tenido que morir o casi morir para curarse. O casi curarse.

Me pregunto dónde andará ahora León Stone. Me pregunto cuál será el índice de recuperación entre sus pacientes. Me pregunto cómo habrá obtenido su capacidad paranormal. Me pregunto muchas cosas. El peor acontecimiento de la vida de Fat -que Beth lo abandonara llevándose consigo a Christopher, y el posterior intento de suicidio- había tenido para él consecuencias ilimitadamente benignas. Si se juzgan los méritos de una secuencia por el resultado final, Fat había pasado por el mejor período de su vida; abandonó la Sección Norte tan fortalecido como nunca volvería a estarlo. Después de todo, ningún hombre es infinitamente fuerte; para cada criatura que corre, salta, se arrastra o vuela, hay una némesis final que no podrá superar y que terminará por atraparla. Pero el doctor Stone le había dado a Fat el elemento que le faltaba, el elemento que le había quitado a medias Gloria Knudson, que quería arrastrar consigo a tanta gente como pudiera: la autoconfianza. «Usted es la autoridad», había dicho Stone, y eso había bastado.

Siempre le dije a la gente que en todos nosotros hay una enunciación -una serie de palabras- que tiene el poder de destruirnos. Cuando Fat me habló del doctor Stone, advertí (esto ocurrió años después de haber advertido lo anterior) que hay otra enunciación, otra serie de palabras, capaz de curar. Si uno es afortunado, escucha la segunda; pero no puede saber si escuchará la primera; así es el orden de las cosas. Por su propia cuenta, sin la menor formación, la gente sabe cómo disparar la enunciación letal, pero sólo alguien muy entrenado será capaz de la segunda. Estefanía había estado cerca de conseguirlo cuando fabricó el pequeño cuenco de cerámica *Oh Ho* y se lo dio a Fat como presente de amor, un amor que él no podía articular verbalmente.

Cuando Stone le entregó a Fat la transcripción del códice de Nag Hammadi, ¿había llegado a entender el significado que tenían para Fat las palabras *cuenco* y *alfarería*? En ese caso, tendría que haber sido un telépata. Pues bien, no tengo teoría alguna al respecto. Fat sí, por supuesto. Cree, como Estefanía, que Stone era una microforma de Dios. Por eso digo que Fat no se curó del todo, sólo a medias.

No obstante, mientras consideró que la gente benigna era una microformación de Dios, Fat, al menos, estuvo en contacto con un dios bondadoso, no con un dios ciego, cruel o malvado. Esto ha de tenerse en cuenta. Fat tenía una muy elevada idea de Dios. Si el Logos era racional y Dios equivalía al Logos, Dios por fuerza tenía que ser racional. Por ese mismo motivo lo que se dice del Logos en el Cuarto Evangelio es tan importante. *«Kai theos en ho logos»*, lo cual significa «y el verbo era Dios». En el *«Nuevo Testamento»*, Jesús dice que nadie ha visto a Dios excepto él; esto es, Jesucristo, el Logos del Cuarto Evangelio. Si eso es correcto, aquello de que Fat tuvo experiencia fue el Logos. Pero el Logos *es* Dios; de modo que tener la experiencia de Cristo es tener experiencia de Dios. Una afirmación quizás aún más importante aparece en un libro del *«Nuevo Testamento»* que la mayor parte de la gente no lee; lee los Evangelios y las *«Cartas de Pablo»*, pero ¿quién lee a *«Juan Uno»*?

> Mi amado pueblo, somos ya los hijos de Dios, pero lo que podemos ser en el futuro no fue todavía revelado; todo lo que sabemos es que seremos como él porque lo veremos tal cual es.
>
> (1 Juan 3:1-2)

Librodot

Es posible que alguien considere que ésta es la enunciación más importante del *«Nuevo Testamento»*; por cierto, es la más importante de las enunciaciones escasamente conocidas. *Seremos como él.* Eso significa que el hombre es isomórfico en relación con Dios. *Lo veremos tal cual es.* Habrá una teofanía, al menos, para algunos. Este pasaje podría acreditar el encuentro de Fat con Dios. Podría llegar a sostener que ese encuentro fue el cumplimiento de la promesa contenida en *«1 Juan 3:1-2»*, como lo indican los estudiosos de la *«Biblia»*, una especie de código que pueden leer en un instante, por críptico que parezca. Extrañamente, en cierta medida, este pasaje se ajusta a la transcripción dactilográfica de Nag Hammadi que el doctor Stone le dio a Fat el día en que éste fue dado de alta en la Sección Norte. El hombre y el verdadero Dios son idénticos -como lo son el Logos y el verdadero Dios-, pero un loco creador enceguecido y su mundo demencial separan al hombre de Dios. Que el creador ciego crea sinceramente que él es el verdadero dios sólo revela el grado de obstrucción que padece. Esto es gnosticismo. De acuerdo con el gnosticismo, el hombre debe situarse en la misma categoría que Dios *en oposición* al mundo y al creador del mundo (que están los dos locos, se den cuenta o no). La pregunta de Fat «¿Es el Universo irracional y lo es porque una mente irracional lo gobierna?» recibe esta respuesta por intermedio del doctor Stone: «Sí, lo es; el Universo es irracional; la mente que lo gobierna es irracional; pero sobre todo eso se eleva otro Dios, el verdadero Dios, y él *no* es irracional; ha desafiado a los poderes de este mundo, además, y se ha aventurado en él para ayudarnos; y lo conocemos como el Logos», lo cual, de acuerdo con Fat, significa información viva.

Quizá Fat haya desvelado un gran misterio al llamar al Logos información viva. Aunque quizá no. Es difícil probar cosas de este tipo. ¿A quién preguntar? Fat, afortunadamente, le preguntó a León Stone. Podría haberle preguntado a algún miembro del personal, y en ese caso estaría todavía en la Sección Norte bebiendo café, leyendo y paseando con Doug.

Además, sobre cualquier otro aspecto, objeto o cualidad de ese encuentro con Dios, Fat había sido testigo de un poder benigno *que había invadido este mundo.* No había otro término que le cuadrara: el poder benigno, cualquiera que fuera su naturaleza, había *invadido* este mundo como un campeón dispuesto al combate. Eso le daba miedo, pero también lo alegraba. Había llegado ayuda.

Quizás el Universo fuera irracional, pero algo racional había irrumpido en él, como un ladrón nocturno irrumpe en una casa, inesperado en cuanto a lugar, inesperado en cuanto a tiempo. Fat lo había visto, no porque tuviera nada de especial, sino porque la racionalidad así lo había decidido.

Normalmente permanecía disimulada. Normalmente, cuando aparecía, nadie podía distinguirla del fondo; era fondo sobre fondo, como lo expresaba correctamente Fat. Tenía un nombre para designarlo.

Cebra. Porque se confundía con el escenario. Esto recibe el nombre de mimesis. Otro nombre es mimetismo. Ciertos insectos recurren a él; miman otras cosas: a veces a otros insectos -a insectos venenosos- o ramitas, etcétera. Ciertos biólogos y naturalistas han aventurado especulativamente que quizás haya formas más elevadas de mimetismo, puesto que formas inferiores -es decir, formas que engañan a quienes tienen por objeto engañar, pero no a nosotros- se han encontrado en todas partes del mundo.

¿Y si hubiese una forma elevada de mimetismo, tan elevada que ningún ser humano (o muy pocos) la habría detectado?;Y si sólo se la detectara si ella así lo *decidiera*? Lo cual significa que no se la detectaría realmente, pues en estas circunstancias habría abandonado el disimulo para desvelarse. «Desvelarse» en este caso equivaldría a «teofanía». El ser humano diría asombrado: «He visto a Dios»; cuando de hecho sólo habría visto una forma de vida ultraterrestre altamente evolucionada, una UTI, o una forma de vida extraterrestre (un ETI) llegada aquí en algún momento del pasado... y quizá, como lo conjeturaba Fat, habría dormitado dos mil años en forma de semilla latente como información viva en los códices de Nag Hammadi, lo cual explicaría por qué las noticias sobre estos códices se interrumpieron abruptamente alrededor del 70 DC.

Anotación 33 del diario de Amacaballo Fat (esto es, su exégesis):

> ***Cada parte del Universo padece esta soledad, esta angustia de la mente desolada. Todas las partes tienen vida. Así, pues, los antiguos pensadores griegos eran hilozoístas.***

Un «hilozoísta» cree que el Universo tiene vida; se trata aproximadamente de la misma idea del panpsiquismo, de que todo está animado. El panpsiquismo o el hilozoísmo comprende dos tipos de creencia:

1) Todos los objetos tienen vida independiente.
2) Todo constituye una entidad unitaria; el Universo es una cosa viva con una mente.

Fat había descubierto una especie de terreno intermedio. El universo es una vasta entidad irracional *en la que ha irrumpido* una forma de vida de orden elevado, disimulada mediante un refinado mimetismo; por tanto, mientras así lo decida, permanece inadvertida -por nosotros-. Mima objetos y procesos causales (esto es lo que Fat sostiene); no sólo objetos, sino lo que los objetos hacen. Cabe concluir que para Fat, Cebra es algo inmenso.

Al cabo de un año de haber analizado el encuentro con Cebra, o con Dios o el Logos o lo que fuere, Fat llegó ante todo a la conclusión de que Cebra había invadido nuestro Universo; y un año más tarde se dio cuenta de que estaba consumiéndolo; esto es, devorándolo. Cebra obraba mediante un proceso muy semejante a la transubstanciación. Éste es el milagro de la comunión por el que las dos especies, el vino y el pan, se convierten de manera invisible en la sangre y el cuerpo de Cristo.

En lugar de verlo en la iglesia, Fat lo había visto en el mundo; y no muy microformado, sino macroformado, lo cual significa, en una escala muy amplia, que parecía no tener límites. El Universo entero está convirtiéndose posiblemente en el Señor. Y de esta conversión nace no sólo la sensibilidad, sino la cordura. Para Fat esto significaría un bendito alivio. Había venido soportando la locura desde hacía demasiado tiempo, tanto en sí mismo como fuera de él. Nada podría haberlo complacido más.

Si Fat era psicótico, creer que uno se ha topado con una irrupción de lo racional en lo irracional es una especie de psicosis muy extraña. ¿Cómo tratarla? ¿Poner al paciente en punto cero? Esto sería quitarle lo racional. En términos de terapia no tiene ningún sentido; es un oxímoron, una contradicción semántica.

Pero aquí se plantea otro problema semántico aún más fundamental. Supóngase que yo le diga a Fat, o que Kevin le diga:

-No has tenido experiencia de Dios. Sólo has tenido experiencia de algo con las cualidades, los aspectos, la naturaleza, los poderes y la sabiduría de Dios.

Esto se asemeja a la broma sobre la proclividad de los alemanes a las dobles abstracciones; una autoridad alemana en literatura inglesa declara: «*«Hamlet»* no fue escrito por Shakespeare; fue simplemente escrito por un hombre llamado Shakespeare». En inglés la distinción resulta meramente verbal y carece de significado, aunque el alemán como lengua expresa la diferencia (lo que da cuenta de algunas características extrañas de la mente alemana).

«He visto a Dios», declara Fat, y Kevin, Sherri y yo le objetamos: «No, sólo viste algo *como* Dios. Exactamente igual a Dios». Y después de haber hablado, no nos detenemos a escuchar la respuesta, como un Pilatos bromista, cuando él pregunta «¿Qué es la verdad?».

Cebra irrumpió en nuestro Universo y disparó rayo tras rayo de luz coloreada y rica en información contra el cerebro de Fat; le atravesó el cráneo, cegándolo y dañándolo y deslumbrándolo, pero revelándole conocimientos inefables. Para empezar, así se salvó la vida de Christopher.

Librodot

No irrumpió en verdad para disparar información; había ya irrumpido en cierta fecha pasada. Lo que hizo fue abandonar el estado de disimulo; se desveló destacándose del fondo y disparó información a un ritmo que nuestros cálculos no son capaces de calibrar; le disparó información contenida en bibliotecas enteras en cuestión de billonésimas de segundo. Y siguió haciéndolo durante ocho horas del tiempo real transcurrido. En ocho horas de TRT hay muchas billonésimas partes de segundo. A esa velocidad repentina se puede llenar el hemisferio derecho del cerebro humano con una titánica cantidad de gráficos.

Pablo de Tarso tuvo una experiencia similar. Esto ocurrió hace mucho tiempo. La contó años después, pero sólo una parte. De acuerdo con su propio testimonio, mucha de la información que le fue lanzada a la cabeza -justo entre los ojos mientras iba camino de Damasco- murió junto con él, silenciada. El caos reina en el Universo, pero San Pablo sabía con quién había hablado. Él lo mencionó. También Cebra se identificó ante Fat. Se llamó a sí misma «Santa Sofía», designación que a Fat no le era familiar. «Santa Sofía» es una inusitada hipóstasis de Cristo.

Los hombres y el mundo son mutuamente tóxicos. Pero Dios -el verdadero Dios- ha entrado en ambos, ha entrado en el hombre y en el mundo, con lo cual el paisaje parece más sereno. Pero ese Dios, el Dios del exterior, se topa con una feroz oposición. Abundan las estafas -los engaños de la insania- y se enmascaran reflejando la imagen opuesta: el ademán de la cordura. Las máscaras, sin embargo, se desgastan y la locura queda revelada. Es algo decididamente grotesco.

El remedio se encuentra aquí, pero también la enfermedad. Como Fat lo repite de modo obsesivo: ***«El Imperio nunca terminó».*** En una sorprendente respuesta a la crisis, el verdadero Dios mima al Universo, la región misma que ha invadido: asume la apariencia de ramas y árboles y latas de cerveza arrojadas en los vertederos; finge ser desechos descartados, basura que ya nadie advierte. Al acecho, el verdadero Dios le prepara una emboscada a la realidad y también a nosotros mismos. A decir verdad, en su papel de antídoto, Dios nos ataca y nos hiere. Como puede atestiguarlo Fat, ser sorprendido por el Dios Vivo es una aterradora experiencia. De ahí que digamos que el verdadero Dios tiene la costumbre de ocultarse. Transcurrieron veinticinco siglos desde que Heráclito escribió: «La estructura latente domina la estructura de lo obvio» y «La naturaleza de las cosas tiene por hábito el ocultamiento».

De modo que lo racional, como una semilla, se oculta en la masa irracional. ¿Qué objetivo satisface la masa irracional? Pregúntese uno mismo cuál fue la ganancia de Gloria al morir, no en relación con su propia muerte, sino en relación con quienes la querían. Ella pagó el amor de Fat con... Pues bien, ¿con qué? ¿Malicia? No está comprobado. ¿Odio? Tampoco está comprobado. ¿Con irracionalidad? Sí; eso está comprobado. En relación con el efecto que produjo en sus amigos -como Fat- no se satisfizo propósito lúcido alguno, pero por cierto que lo había: un propósito con despropósito, si eso es concebible. El motivo era la ausencia de motivo. Estamos hablando de nihilismo. Bajo toda cosa, aun bajo la muerte misma y el deseo de muerte, hay algo más y ese algo más es nada. El estrato básico de la realidad es la irrealidad; el Universo es irracional porque se alza no sobre arenas movedizas, sino sobre lo que no es.

De nada le servía a Fat saber estas cosas; por ejemplo: la causa por la que Gloria había pretendido llevárselo consigo -o hiciera lo posible- cuando ella partió. «Perra», podría haberle dicho si hubiera tenido la oportunidad. «Sólo dime por qué, por qué mierda, por qué». A lo cual el Universo le podría haber respondido vanamente: «Nadie conoce mis caminos, oh, hombre». Lo cual equivale a: «Mis caminos no tienen sentido, como tampoco los caminos de los que en mí habitan».

Las malas noticias que aguardaban a Fat, afortunadamente le eran desconocidas todavía cuando fue dado de alta de la Sección Norte. No podía volver a Beth, de modo que ¿a quién volver al salir al mundo exterior? Mientras había estado recluido en la Sección Norte, Sherri, que estaba curándose, lo había visitado fielmente. Por tanto, se aferraba a esa imagen pensando que si tenía una amiga verdadera en el mundo, ella era Sherri Solvig. El plan se le

había aparecido como una estrella resplandeciente: viviría con Sherri para ayudarla a mantener el ánimo, y si lo perdía, la cuidaría como ella había cuidado de él en el hospital. Cuando el motor que conducía a Fat quedó más tarde expuesto, se reveló que en realidad el doctor Stone no lo había curado. Fat se había refugiado en la muerte con mayor rapidez y habilidad que nunca. Era un profesional de la búsqueda del dolor; había aprendido las reglas del juego y sabía ahora cómo jugarlo. Lo que Fat quería en su locura -adquirida en un Universo enloquecido, como él mismo lo calificó en su análisis- era ser arrastrado por alguien que quisiera morir. Si hubiera revisado su libreta de direcciones, no habría encontrado nada mejor que Sherri. «Buena movida, Fat», se habría dicho si hubiera sabido lo que planeaba para su futuro mientras estaba recluido en la Sección Norte. «Esta vez sí que ganaste». Yo conocía a Sherri; sabía que empleaba todo su tiempo buscando un modo de parar la remisión. Lo sabía porque ella estaba colmada de furia y odio por los doctores que la habían salvado. Pero no sabía lo que tenía planeado Fat. Fat lo mantuvo en secreto aun ante Sherri. La ayudaré, se decía en lo profundo de su mente perturbada. Ayudaré a Sherri, pero si alguna vez volviera a enfermar, allí estaré yo, acompañándola, dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

La desconstrucción de este error reveló que Sherri no sólo pretendía volver a enfermar; como Gloria, tenía la intención de arrastrar a tanta gente consigo como le fuera posible, en proporción directa al amor que le profesaban. Fat la quería; peor aún, le estaba agradecido. Con esta arcilla Sherri podía fabricar en la rueda de alfarería perversa que le servía de cerebro un cuenco que destruiría lo que había hecho León Stone, lo que había hecho Estefanía, lo que había hecho Dios. Sherri tenía más poder en su cuerpo debilitado que esas tres entidades combinadas, incluyendo al mismo Dios Vivo.

Fat había decidido unirse al Anticristo. Y por los más elevados motivos posibles: por amor, gratitud y el deseo de ayudar.

Exactamente aquello de que se alimentan los poderes del infierno: los mejores instintos del hombre.

Sherri Solvig era pobre y vivía en un minúsculo cuarto destartalado que no tenía cocina; los platos los lavaba en la pila del cuarto de baño. En el techo había una gran mancha de humedad; en la planta de arriba desbordaba un inodoro. Fat la había visitado allí un par de veces y al conocer el lugar le había parecido deprimente. Tenía la impresión de que si Sherri se mudaba a un agradable apartamento moderno con cocina, estaría más animada.

Es innecesario mencionar que a Fat ni se le había ocurrido la idea de que Sherri buscaba este tipo de vivienda. El deslucido cuarto de Sherri era una consecuencia de su aflicción, no una causa; ella habría podido recrear esas mismas condiciones en cualquier lugar; Fat terminó por descubrirlo.

En este momento, la línea de montaje física y mental de Fat funcionaba mejor y parecía capaz de producir una serie infinita de buenas acciones, destinadas únicamente a quien primero lo había visitado en la sala de recuperación cardíaca y luego, en la Sección Norte. Sherri tenía documentos oficiales que la confirmaban como cristiana. Comulgaba dos veces por semana y tenía intención de ingresar algún día en una orden religiosa. Además, llamaba a su sacerdote consultor por el nombre de pila. Es imposible estar más cerca de la perfección piadosa.

Un par de veces Fat le había hablado a Sherri del encuentro con Dios. No la había impresionado, pues Sherri Solvig pensaba que para encontrar a Dios había que recurrir a los canales correspondientes. Ella misma, por su parte, tenía acceso a uno de estos canales, es decir, Larry, el sacerdote.

En una ocasión Fat le había leído a Sherri en la *«Britannica»* el artículo sobre el «secreto» en los *«Evangelios de Marcos* y *Mateo»*, la idea de que Cristo velaba sus enseñanzas en forma de parábolas para que las multitudes -vale decir, los extraños- no lo comprendieran, y por

Librodot

ende no pudieran salvarse. Cristo, de acuerdo con esta perspectiva, sólo quería salvar a un reducido rebaño. La *«Britannica»* ventilaba el tema decididamente.

-Eso es pura bosta -dijo Sherri.

Fat quiso saber:

-¿Te refieres a que la *«Britannica»* está equivocada o a que está equivocada la *«Biblia»*? La *«Britannica»* sólo...

-La *«Biblia»* no dice eso -dijo Sherri, que la leía constantemente, o cuando menos llevaba siempre consigo un ejemplar.

Le llevó a Fat horas encontrar la cita en *«Lucas»*; finalmente pudo mostrársela a Sherri:

> Los discípulos le preguntaron qué podría significar esta parábola y él dijo: «Los misterios del reino de Dios os son revelados; para el resto son sólo parábolas, de modo que puedan ver, pero no percibir, que puedan oír, pero no comprender».
>
> (Lucas 8:9-10)

-Le preguntaré a Larry si ésa no es una de las partes corruptas de la *«Biblia»* -dijo Sherri.

Fat dijo, fastidiado:

-Sherri, ¿por qué no recortas las partes de la *«Biblia»* con las que estés de acuerdo y las pegas todas juntas? Así no tienes que perder el tiempo con el resto.

-Calla, no me irrites -dijo Sherri, que estaba colgando ropa en el minúsculo ropero.

No obstante, Fat imaginaba que básicamente él y Sherri tenían un vínculo común. Ambos estaban de acuerdo en que Dios existía; Cristo había muerto para salvar al hombre; la gente que no creía en esto no sabía realmente nada de nada. Le había confiado que había visto a Dios, noticia que Sherri recibió con placidez (en ese momento estaba planchando).

-Se llama teofanía -dijo Fat-. O epifanía.

-La epifanía -dijo Sherri, acompañando la voz con el ritmo de su lento planchado- es una fiesta que se celebra el seis de enero y que conmemora el bautismo de Cristo. Yo siempre voy. ¿Por qué no vienes tú también? Es un servicio precioso. ¿Sabes?, me han contado un chiste que...

Siguió hablando lentamente. Fat estaba perplejo. Decidió cambiar de tema; ahora Sherri hablaba de la ocasión en que Larry -que era el Padre Minter para Fat- había derramado el vino sacramental en el escote de una mujer arrodillada que estaba esperando la comunión.

-¿Crees que Juan Bautista era esenio? -le preguntó a Sherri.

Jamás, en ocasión alguna admitiría Sherri que ignoraba la respuesta a una pregunta teológica; lo que más se aproximaba a una confesión de ignorancia era responder: «Le preguntaré a Larry». A Fat en ese momento le contestó serenamente:

-Juan Bautista era Elías que vuelve antes de la llegada de Cristo. Se lo preguntaron a Cristo y él dijo que Juan Bautista era Elías cuya visita había sido prometida.

-Pero ¿era esenio?

Haciendo una breve pausa en el planchado, Sherri preguntó:

-¿No vivían los esenios en el Mar Muerto?

-Bueno, en el *wadi* de Qumran.

-Ese amigo tuyo, el Obispo Pike, ¿no murió en el Mar Muerto?

Fat había conocido a Jim Pike, hecho que contaba siempre con orgullo.

-Sí -dijo-. Jim y su mujer habían ido al desierto del Mar Muerto en un *Ford Cortina*. Tenían dos botellas de *Coca-Cola*. Eso era todo.

-Me lo habías contado -dijo Sherri reanudando el planchado.

-Lo que nunca pude saber -dijo Fat- es por qué no se bebieron el agua del radiador. Eso es lo que siempre se hace cuando el automóvil de uno se estropea en un desierto y no se tiene otro recurso.

Durante años Fat había reflexionado sobre la muerte de Jim Pike. Imaginaba que de algún modo tenía relación con los asesinatos de los Kennedy y el doctor King, pero no había encontrado ninguna prueba.

-Quizá tenía anticongelante en el radiador -dijo Sherri.

-¿En el desierto del Mar Muerto?

Sherri dijo:

-Mi automóvil me está dando problemas. El hombre de la estación de *Exxon*, de la Decimoséptima, dice que los soportes del motor están sueltos. ¿Eso es grave?

Fat, que no quería hablar del maltrecho automóvil de Sherri, sino seguir con sus suposiciones acerca de Jim Pike, respondió:

-No lo sé.

Trató de encontrar un modo de retomar el tema de la desconcertante muerte de su amigo, pero no le fue posible.

-Ese maldito coche -dijo Sherri.

-No pagaste nada por él; ese tío te lo regaló.

-¿Que no pagué nada? Me hizo sentir como que él era mi dueño por haberme dado ese maldito automóvil.

-Recuérdame que nunca te regale un automóvil -le dijo Fat.

Ese día todos los indicios estaban presentes. Si se hacía algo por Sherri, ella pensaba que debía sentirse agradecida -cosa que no sentía en absoluto-, lo que significaba una carga, una mísera obligación. No obstante, Fat tenía preparada una explicación para todo esto. Él no hacía nada por Sherri con intención de recibir algo a cambio; *ergo*, no esperaba gratitud; *ergo*, si no la obtenía, todo estaba en orden.

Lo que no advertía era que Sherri no sólo no se mostraba agradecida (lo cual él podía manejar psicológicamente), sino que, además, había en ella una abierta malignidad. Fat lo había notado, pero concluyó que no era más que irritación, una muestra de impaciencia. No alcanzaba a concebir que alguien le ofreciera malignidad a cambio de ayuda. Por tanto, no prestaba atención a lo que veía y oía.

En una oportunidad, cuando yo estaba dando conferencias en la *Universidad de California*, en Fullerton, un estudiante me pidió una definición breve y sencilla de la realidad. Lo pensé y le respondí:

-Realidad es lo que no desaparece cuando has dejado de creer en ella.

Fat no pensaba que Sherri se mostraba maligna por la ayuda que se le dispensaba. Pero eso no cambiaba las cosas. Por tanto la respuesta de Sherri estaba dentro de lo que llamamos «realidad». Le gustara o no, Fat de algún modo tendría que vérselas con esa realidad, de lo contrario no podría seguir encontrándose con Sherri.

Una de las razones por las que Beth lo había abandonado eran las visitas que Fat le hacía a Sherri en el destartalado cuarto de Santa Ana. Fat se había engañado a sí mismo y llegó a pensar que la visitaba por caridad. En realidad, estaba erotizado. Beth había perdido todo interés sexual por él, y él se sentía condenado a la abstinencia. En muchos aspectos Sherri le parecía bonita; lo era en verdad; todos estábamos de acuerdo. Durante el tiempo en que la trataron con quimioterapia llevó peluca. David no lo había advertido y a menudo la felicitaba por sus cabellos, lo cual la divertía. Esto nos parecía macabro, por parte de los dos.

En su estudio de las formas que asume el masoquismo en el hombre moderno, Theodor Reik propone una interesante idea. El masoquismo está más difundido de lo que uno imagina porque se presenta comúnmente en una forma atenuada. El dinamismo básico consiste en lo siguiente: el ser humano percibe como inevitable que algo malo está a punto de ocurrirle. No hay modo de que pueda detener el proceso; se siente desvalido. Esta sensación genera la necesidad de tener algún dominio sobre el dolor inminente, cualquier clase de dominio. Esto no carece de sentido; el sentimiento subjetivo de desvalimiento es más doloroso que la amenaza del infortunio. De modo que la persona domina la situación de la única manera a la que tiene acceso: consiente el acaecimiento del infortunio; lo apresura. Esta actividad produce

Librodot

la falsa impresión de que disfruta con el dolor. No es así. Sencillamente no puede seguir soportando la invalidez o la supuesta invalidez. Pero en el proceso de llegar a dominar el infortunio inevitable, se vuelve automáticamente anhedonista (lo que significa no tener capacidad o disponibilidad para el placer). El anhedonismo se instala furtivamente. Con el correr de los años se adueña del sujeto. Por ejemplo, aprende a postergar la gratificación; éste es un paso del triste proceso del anhedonismo. Al aprender a postergar la gratificación, experimenta la sensación de tener autodominio; se vuelve estoico, disciplinado; no cede al impulso. Tiene *control*. Control sobre él mismo en relación con los propios impulsos y control sobre la situación externa. Es una persona controlada y controladora. No tarda en ramificarse y empieza a controlar a los demás como parte de la situación. Se convierte en un manipulador. Por supuesto, no lo sabe conscientemente, todo lo que pretende es aliviar la sensación de impotencia. Pero durante ese proceso, insidiosamente, pretende someter a los demás. No obstante, esto no le proporciona ningún placer, ninguna ventaja psicológica; todo lo que obtiene es esencialmente negativo.

Sherri Solvig había tenido cáncer, cáncer linfático, pero los valientes esfuerzos de los médicos habían conseguido una remisión. Sin embargo, grabado en las cintas de la memoria, se incluye el dato de que los enfermos de linfoma que entran en remisión de ordinario vuelven a enfermar. No se han curado; de algún modo la dolencia ha pasado misteriosamente de un estado palpable a una especie de estado metafísico, a un limbo. Está presente, pero en estado de ausencia. De modo que, a pesar de la buena salud de que por entonces gozaba, Sherri (así se lo decía su mente) tenía dentro una bomba de tiempo, y llegada la hora, moriría. Nada podía evitarlo, salvo la frenética esperanza de una segunda remisión. Pero aun cuando se obtuviera una segunda remisión, también ella terminaría por la misma lógica, en el curso del mismo proceso inexorable.

El tiempo tenía a Sherri totalmente en sus manos. Los días sumaban un único resultado: un cáncer fatal. Había llegado a esa conclusión, y por bien que se sintiese y por más que la vida le prometiera algo mejor, ese conocimiento seguía siendo la constante. Un enfermo de cáncer en remisión, pues, es un caso acelerado de la condición de todos los seres humanos: no hay quien no vaya a morir.

Una parte de Sherri pensaba día y noche en la muerte. Todo lo demás, gente, objetos y procesos eran sólo sombras. Peor todavía, cuando contemplaba a los demás, contemplaba la injusticia del Universo. Los demás no padecían de cáncer. Esto significaba que, psicológicamente hablando, eran inmortales. Esto le parecía injusto. Todos habían conspirado para despojarla de su juventud, de su felicidad, y por último de su vida; en cambio, la habían colmado de un infinito dolor, y quizás, en secreto, estaban contentos de que así fuera. «Regocijarse» y «gozar de» no eran más que una única cosa maligna. Sherri, por tanto, tenía motivos para desear que todo el mundo se fuera de cabeza al infierno.

Por supuesto, no lo decía en voz alta. Pero lo vivía. El cáncer la había vuelto totalmente anhedonista. ¿Cómo se puede negar que esto tenga sentido? De intervenir la lógica, durante la remisión, Sherri tendría que haber apurado cada partícula de placer que le procurara la vida, pero la mente no funciona de manera lógica, como Fat había imaginado. Sherri consumía el tiempo anticipando el final de la remisión.

En este sentido, no postergaba la gratificación; disfrutaba hoy de la vuelta del linfoma.

Fat no alcanzaba a discernir este complejo proceso mental. Sólo veía a una mujer joven que había sufrido mucho y a la que le había tocado en suerte una mala mano. Creía que podía ayudarla. Era algo que valía la pena intentar. La amaría, se amaría a sí mismo y Dios los amaría a ambos. Fat veía amor y Sherri veía infortunio futuro y muerte. No puede haber encuentro entre mundos tan distintos.

En suma (como diría Fat), el masoquista moderno no disfruta del dolor; sencillamente no puede soportar la invalidez. El «placer del dolor» es una contradicción semántica, como lo han señalado ciertos filósofos y psicólogos. El «dolor» se define como algo que se experimenta como desagradable. «Desagradable» se define como algo que uno no quiere.

Traten de definirlo de otra manera y verán a dónde van a parar. El «gozo del dolor» significa el «gozo de lo que se experimenta como desagradable». Reik había encontrado la clave: descodificó el verdadero dinamismo del masoquismo moderno... y vio cómo se extendía entre todos nosotros, en una forma u otra y en distintos grados. El masoquismo es hoy ubicuo.

No sería correcto acusar a Sherri de disfrutar de aquel cáncer. Ni siquiera de querer padecerlo. Pero creía que el cáncer estaba en el mazo de cartas que tenía por delante, oculto a cierta altura; sacaba una carta al día y el cáncer no había aparecido aún. Pero si la carta está en el mazo y se van sacando sucesivamente las cartas una por una, se terminará por sacar el cáncer y con esto se termina el juego.

De modo que, aunque no fuera culpa suya, Sherri estaba destinada a herir a Fat como nunca nadie antes lo había herido. La diferencia entre Gloria Knudson y Sherri era obvia: Gloria quería morir por razones estrictamente imaginarias. Sherri moriría literalmente, lo quisiera o no. Gloria tenía la opción de poner fin a su maligno juego mortal cuando psicológicamente lo quisiera; *no así Sherri.* Era como si Gloria, después de hacerse pedazos sobre el pavimento, hubiera renacido dos veces más grande y más inteligente. Mientras que Beth, al partir junto con Christopher, redujo a Amacaballo Fat a la mitad de lo que había sido. Las probabilidades no favorecían un resultado optimista.

El motivo que impulsaba a Fat a sentir que Sherri lo atraía, era en verdad la atracción de la muerte que había empezado con Gloria. Pero, imaginando que el doctor Stone lo había curado, Fat se había lanzado al mundo con renovada esperanza..., se había lanzado a la locura y la muerte; no había aprendido nada. La bala le había sido extraída del cuerpo y la herida se le había curado, es cierto. Pero estaba preparado para recibir otra, estaba *ansioso* por recibir otra. No veía la hora de ir a vivir con Sherri y salvarla.

Si lo recuerdan, ayudar a la gente era una de las dos cosas fundamentales que Fat debía abandonar, según le habían dicho; ayudar a la gente y el consumo de drogas. Había dejado las drogas, pero todas sus energías y su entusiasmo se habían encauzado ahora en la necesidad de salvar a la gente.

Habría sido preferible que hubiera seguido consumiendo drogas.

Seis

La maquinaria del divorcio había convertido a Fat en un hombre que podía hacer lo que quisiera, y aniquilarse. No veía la hora de llevarlo a cabo.

Entretanto, había iniciado un tratamiento terapéutico, aconsejado por el personal del Hospital del Condado. Le habían designado un terapeuta llamado Maurice que no respondía a la idea que uno puede tener de un terapeuta normal. Durante la década de los sesenta había introducido armas y drogas en California utilizando el puerto de Long Beach; había pertenecido al SNCC y CORE y había luchado como comando israelí contra los sirios; medía dos metros de altura y los músculos le abultaban bajo la camisa tirándole de los botones. Como Amacaballo Fat, tenía una barba negra y rizada. Generalmente permanecía de pie frente a Fat en el otro extremo del cuarto; le gritaba puntualizando sus admoniciones con las palabras «Y hablo en serio». Fat jamás dudaba que Maurice hablara en serio; no era ésa la cuestión.

El plan de juego por parte de Maurice era obligar a Fat a que disfrutara de la vida en lugar de salvar a la gente. Fat no tenía concepto alguno de lo que era disfrutar; sólo entendía los distintos significados. Al principio Maurice le hizo escribir una lista de las diez cosas que más quería.

El término «quería», como se utiliza en «quería hacer», desconcertaba a Fat.

-Lo que quiero hacer -dijo- es ayudar a Sherri. Para que no vuelva a enfermar.

Maurice rugió:

-Usted cree que *debería* ayudarla. Cree que así se vuelve una buena persona. Nada nunca lo convertirá a usted en una buena persona. No tiene el menor valor para nadie.

Fat protestó débilmente que no era así.

-Usted no vale nada -dijo Maurice.

-Y usted es una mierda -dijo Fat, a lo cual Maurice sonrió. Había comenzado a obtener lo que buscaba.

-Escúcheme -dijo-, es importante para usted. Vaya a fumar hierba y a acostarse con una mujer que tenga tetas grandes y no con una moribunda. Usted sabe que Sherri se está muriendo, ¿no? Se va a morir ¿y qué va a hacer entonces? ¿Volver con Beth? Beth trató de matarlo.

-¿De matarme? -exclamó Fat, asombrado.

-Por supuesto. Lo preparó para la muerte. Sabía que usted intentaría suicidarse si ella se marchaba con el niño.

-Vaya -dijo Fat en parte complacido, pues eso significaba que él no era un paranoico después de todo. Siempre había sabido que Beth había planeado el intento de suicidio.

-Cuando Sherri muera -dijo Maurice- también usted morirá. ¿Quiere morir? Puedo arreglárselo ahora mismo. -Echó una mirada al enorme reloj de pulsera que lo indicaba todo, incluso la posición de las estrellas-. Veamos; son las dos y treinta. ¿Qué le parece esta tarde a las seis?

Fat no alcanzaba a saber si Maurice hablaba en serio. Pero habría sido capaz, como suele decirse.

-Escuche -dijo Maurice-, y esto es importante. Hay otros modos de morir, más fáciles. Lo está haciendo de la manera más complicada. No le faltan pretextos: la marcha de su mujer y su hijo, la muerte de Sherri. Cuando Sherri fallezca va a ser un gran día para usted. El dolor y el amor...

-Pero ¿quién dice que Sherri va a morir? -interrumpió Fat. Estaba convencido de que podría salvarla mediante procedimientos mágicos; esto era el fundamento de toda su estrategia.

Maurice no tuvo en cuenta la interrupción. En cambio preguntó:

-¿Quiere usted morir?

-No -respondió Fat que, honestamente, creía decir la verdad.

-Si Sherri no tuviera cáncer ¿se iría a vivir con ella? -Maurice esperó, pero no obtuvo respuesta, principalmente porque Fat les confesó al fin que no, que no lo haría-. ¿Por qué quiere morir? -repitió Maurice.

-Bueno... -Fat no supo qué responder.

-¿Es usted una mala persona?

-No -dijo Fat.

-¿Hay alguien que lo mande? ¿Una voz? ¿Alguien que le envía mensajes «de muerte»?

-No.

-¿Quería su madre que usted muriera?

-Bueno, desde que Gloria...

-Al diablo con Gloria. ¿Quién es Gloria? Ni siquiera durmió con ella. Ni siquiera la conocía. Usted ya se estaba preparando para morir. No trate de engañarme. -Maurice, como de costumbre, había empezado a gritar-. Si quiere ayudar a la gente, vaya a Los Ángeles y ayude en el Plato de sopa de los Obreros Católicos y dé a CARE tanto dinero como le sea posible. Deje que los profesionales ayuden a la gente. Se está mintiendo a sí mismo, se está diciendo que Gloria significaba algo para usted, que cómo-se-llama... Sherri... no va a morir, ¡pues claro que va a morir! Por eso insiste en visitarla, para estar junto a ella cuando muera. Ella quiere arrastrarlo consigo y usted está dispuesto a que lo haga; es una confabulación entre ambos. Todos los que llegan a esta puerta quieren morir. A eso se reduce la enfermedad mental. ¿No lo sabía? Se lo estoy diciendo. Me gustaría mantenerle la cabeza bajo el agua hasta que luchara por la vida. Si no luchara, pues... ¡al infierno! Me gustaría que me

permitiera intentarlo. Su amiga, la del cáncer, lo padece a propósito. El cáncer es un fracaso deliberado del sistema inmunológico: la persona lo anula. La causa es la pérdida, la pérdida de alguien amado. ¿Ve cómo la muerte se expande? Todo el mundo tiene células cancerosas que le flotan por el cuerpo, pero el sistema inmunológico se encarga de ellas.

-Ella tenía un amigo que murió -admitió Fat-. Tuvo un ataque del *grand mal*. Y su propia madre murió de cáncer.

-De modo que Sherri se sintió culpable porque el amigo y la madre murieron. Usted se siente culpable porque murió Gloria. Asuma por una vez la responsabilidad de su propia vida. La curación de Sherri depende de ella.

Fat dijo:

-También depende de mí ayudar a Sherri.

-Veamos esa lista. Confío en que la haya preparado.

Al alcanzarle la lista de las diez cosas que más deseaba, Fat se preguntó en silencio si Maurice tendría siempre razón. No podía ser que Sherri quisiera morir; había luchado con terquedad y bravura; había soportado no sólo el cáncer, sino también la quimioterapia.

-Quiere pasearse por la playa de Santa Bárbara -dijo Maurice examinando la lista-. Eso figura en primer lugar.

-¿Tiene algo de malo? -preguntó Fat a la defensiva.

-No. ¿Y bien? ¿Por qué no lo hace?

-Lea el deseo número dos -dijo Fat-. Tengo que tener a una linda chica a mi lado.

Maurice dijo:

-Lleve a Sherri.

-Ella... -Fat vaciló. En realidad le había pedido a Sherri que fuera con él a la playa de Santa Bárbara para pasar un fin de semana en uno de aquellos lujosos hoteles. Ella había contestado que el trabajo en la iglesia la tenía demasiado ocupada.

-No quiere ir -terminó Maurice por él-. Está demasiado ocupada. ¿En qué?

-En la iglesia.

Los dos hombres se miraron.

-La vida de Sherri no cambiará mucho cuando vuelva a enfermar -dijo Maurice por último-. ¿Habla del cáncer?

-Sí.

-¿A los empleados de las tiendas? ¿A todos con los que tropieza?

-Sí.

-Muy bien, eso la cambiará; simpatizarán con ella, se sentirá mejor.

Con dificultad, Fat empezó a decir:

-Una vez me confesó... -Le era difícil expresarlo-. Que el cáncer era lo mejor que le había ocurrido hasta entonces. Porque de ese modo...

-El Gobierno Federal la había pensionado.

-Sí -asintió Fat.

-De manera que no tendrá que volver a trabajar. Supongo que todavía recibe la pensión aunque el cáncer esté remitiendo.

-Sí -dijo Fat con desánimo.

-La van a pescar. Consultarán con su médico. Y entonces tendrá que buscarse un trabajo.

Fat dijo con amargura:

-Nunca se buscará un trabajo.

-Usted odia a esa muchacha -dijo Maurice-. Y, lo que es peor, no la respeta. Es una holgazana, una artista del despojo. Lo está despojando a usted emocional y financieramente. Usted la mantiene, ¿no? Y, además, recibe la pensión del Gobierno. Tiene organizada una estafa, la estafa del cáncer. Y usted es otra víctima. -Maurice lo miró gravemente-. ¿Cree en Dios? -le preguntó de sopetón.

Librodot

Como puede inferirse de esta pregunta, durante las sesiones terapéuticas con Maurice, Fat había olvidado sus peroratas acerca de Dios. No tenía intención de terminar otra vez en la Sección Norte.

-En cierto sentido -dijo. Pero no podía dejar la cosa así; tenía que ampliarla-. Tengo mi propio concepto de Dios -dijo-. Basado en mis propias... -Vaciló ante la visión de la trampa que estas palabras le preparaban; la trampa estaba erizada de alambre de espino-. En mis propios pensamientos -terminó.

-¿Es esto un tema que llega a afectarlo? -preguntó Maurice.

Fat en verdad no sabía a qué atenerse. Por ejemplo, no había visto los archivos de la Sección Norte, no sabía si Maurice los había leído y tampoco qué pudieran decir.

-No -contestó.

-¿Cree que el hombre fue creado a imagen de Dios? -preguntó Maurice.

-Sí -contestó Fat.

Maurice dijo, levantando la voz:

-Entonces ¿matarse no es ofender a Dios? ¿No lo ha pensado nunca?

-Lo he pensado -dijo Fat-. Lo he pensado mucho.

-¿Y bien? ¿Qué ha decidido? Permítame recordarle lo que dice el *«Génesis»*; quizá lo haya olvidado. «Y Dios dijo: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza para que gobierne sobre los peces de la mar, las aves del cielo, las bestias...».

-Sí, está bien -interrumpió Fat-, pero ésa es la deidad creadora, no el verdadero Dios.

-¿Cómo? -exclamó Maurice.

Fat dijo:

-Ése es Yaldaboath. Llamado a veces Samael, el dios ciego. Está trastornado.

-¿De qué demonios me está usted hablando? -preguntó Maurice.

-Yaldaboath es un monstruo incubado por Sofía, que se cayó del Pleroma -dijo Fat-. Se imagina que es el único Dios, pero se equivoca. Algo lo perturba; le es imposible ver. Crea nuestro mundo, pero como es ciego malogra lo que hace. El verdadero Dios contempla desde lo alto, quiere salvarnos, su clemencia lo decide a trabajar por nuestra salvación. Los fragmentos de luz del Pleroma son...

Mirándolo con fijeza Maurice preguntó:

-¿Quién inventó todo esto, usted?

-En lo fundamental -dijo Fat-, mi doctrina es valentiniana, siglo II EC.

-¿Qué significa EC?

-Era Común. La designación reemplaza a DC. El gnosticismo de Valentino es la rama más sutil, contraria a la iraní, que, por supuesto, tiene una fuerte influencia del dualismo zoroástrico. Valentino percibió el valor ontológico y redentor de la gnosis, pues invertía la condición primordial de ignorancia, el estado de caída, la perturbación del Dios que tuvo por resultado la frustrada creación del mundo fenoménico o material. El verdadero Dios, que es por entero trascendente, no creó el mundo. No obstante, al descubrir lo que Yaldaboath había hecho...

-¿Quién es ese Yaldaboath? ¡Fue Jehová el que creó el mundo! ¡Así lo dice la *«Biblia»*!

-La deidad creadora pensaba que era el único dios; por eso era celoso y dijo: «No tendréis otro dios más que a mí», a lo cual... -continuó Fat.

Maurice gritó:

-¿No ha leído la *«Biblia»*?

Al cabo de una pausa, Fat intentó otro enfoque. Estaba tratando con un idiota religioso.

-Mire -dijo en tono tan razonable como le fue posible-, sobre la creación del mundo hay varias opiniones. Por ejemplo, si el mundo fuese un artefacto, aunque lo más probable es que sea un organismo como opinaban los antiguos griegos, se podría concluir que hubo creación; por ejemplo, pudo haber habido varios creadores en diversas épocas. Eso dicen los idealistas del budismo. Pero aun si...

Librodot

-Usted nunca ha leído la *«Biblia»* -dijo Maurice con incredulidad-. ¿Sabe lo que quiero que haga? Y lo digo en serio. Quiero que vuelva a casa y que se ponga a estudiar la *«Biblia»*. Quiero que lea el *«Génesis»* dos veces. ¿Me oye? Dos veces con atención. Y quiero que escriba un resumen de las principales ideas y episodios en orden de importancia decreciente. Y cuando se presente aquí la semana que viene quiero ver completada esa lista. -Estaba sinceramente enojado.

Proponer el tema de Dios no había sido una buena idea, pero Maurice no podía saberlo. Todo lo que pretendía era apelar al sentido ético de Fat. Maurice era judío y suponía que la ética y la religión no pueden separarse, puesto que se combinan en el monoteísmo hebreo. La ética pasó directamente de Jehová a Moisés; todo el mundo lo sabe. Todo el mundo menos Amacaballo Fat, cuyo problema, por el momento, era que sabía demasiado.

Respirando pesadamente, Maurice comenzó a examinar su libreta de citas. No habría aniquilado a los asesinos sirios si el cosmos hubiera sido para él una entelequia sensible dotada de psique y soma, un espejo macrocósmico del hombre, el microcosmos.

-Permítame que le diga una cosa -dijo Fat.

Maurice asintió, irritado.

-Puede que la deidad creadora esté trastornada, y, por tanto, también el Universo. Lo que experimentamos como caos es irracionalidad. Hay una diferencia.

-El Universo es lo que usted hace con él -replicó Maurice- y eso es lo que cuenta. Tiene la responsabilidad de hacer con él algo que promueva la vida, no que la aniquile.

-Ésa es la posición existencial -dijo Fat-. Basada en el concepto de que somos lo que hacemos más que lo que pensamos. Aparece por primera vez en el *«Fausto»* de Göethe, cuando Fausto dice: *«Im Anfang war das Wort».* Es una cita del comienzo del Cuarto Evangelio: «En el principio era el Verbo». Fausto dice: *«Nein. Im Anfang war die Tat».* «En el principio era la acción». De ahí proviene todo el existencialismo.

Maurice se quedó mirándolo como si Fat fuera una alimaña.

Al regresar al moderno piso de dos dormitorios y dos cuartos de baño en el que vivía con Sherri en el sur de Santa Ana, un piso con servicio de seguridad y entrada electrónica, estacionamiento subterráneo y vigilancia por circuito cerrado de televisión de la entrada principal, Fat se dio cuenta que había descendido nuevamente de una situación de autoridad a la de humilde situación de chiflado. Maurice, al intentar ayudarlo, había derrumbado por accidente el bastión en el que Fat se apoyaba.

No obstante, desde un punto de vista más positivo, vivía ahora en un edificio nuevo que parecía una fortaleza o una cárcel, emplazado justo en medio del barrio mexicano. Para abrir el portón del garaje subterráneo se necesitaba una tarjeta magnética. Esto apuntalaba el decaído ánimo de Fat. Puesto que su apartamento estaba en la última planta, le era posible mirar desde lo alto a Santa Ana y a toda la gente pobre que era despojada por borrachos y drogadictos a cualquier hora de la noche. Además, lo que era mucho más importante, tenía a Sherri consigo. Ella preparaba magníficas comidas, aunque él tenía que lavar los platos y hacer las compras. Sherri se dedicaba sobre todo a coser y planchar, a hacer diligencias, charlar por teléfono con viejas amigas de la escuela secundaria y mantener a Fat informado acerca de los asuntos de la iglesia.

No puedo dar el nombre de la iglesia de Sherri porque existe en la realidad (bueno, a decir verdad, también existe Santa Ana), de modo que le daré el nombre que le daba Sherri: el Taller de Jesús. La mitad del día atendía los teléfonos y la mesa de recepción; tenía a su cargo los programas de ayuda, distribuyendo alimentos y dinero para albergues; asesoraba sobre lo que se podía obtener en el Departamento de Bienestar Social y erradicaba a los drogadictos de la vecindad, alejándolos de la verdadera gente.

Sherri detestaba a los drogadictos y no sin motivo. Todos los días se presentaban con una nueva artimaña. Lo que más la molestaba no era tanto que robaran a la iglesia, sino que

después se jactasen. Pero como los drogadictos no se guardan lealtad entre sí, se presentaban generalmente para ponerla al tanto sobre quiénes eran los drogadictos responsables de los robos y las jactancias. Sherri apuntaba sus nombres en la lista de los indeseables. De costumbre volvía de la iglesia quejándose furiosamente de las condiciones que imperaban en ella, en especial, de lo que vagos y drogadictos habían dicho y hecho ese día, y de que Larry, el sacerdote, no intentara remediarlo.

Al cabo de una semana de vivir juntos, Fat supo mucho más acerca de Sherri de lo que había aprendido en los tres años de trato social común. Se sentía agraviada por cuanta criatura circulara en esta tierra en orden de proximidad; esto es, cuanto más tuviera que ver con algo o con alguien, tanto más se sentía agraviada por él, ella o ello. El mayor amor erótico de su vida estaba encarnado en su sacerdote, Larry. Durante los malos tiempos, cuando literalmente se estaba muriendo de cáncer, Sherri le había confesado que su mayor deseo era acostarse con él, a lo cual él le había contestado que nunca mezclaba la vida social con el trabajo (Larry estaba casado, tenía tres hijos y un nieto). Sherri todavía lo amaba y todavía deseaba acostarse con él, pero le había quedado una sensación de derrota.

Desde el punto de vista positivo, una vez, mientras estaba viviendo en casa de su hermana -o, por el contrario, mientras había estado muriendo en casa de su hermana, como decía Sherri-, había tenido un ataque y el padre Larry se había hecho presente para llevarla al hospital. Cuando él la alzó en brazos, ella lo besó y él le respondió con un beso francés. Sherri le mencionó esto muchas veces a Fat. Echaba de menos melancólicamente aquellos días.

-Te amo -le informó a Fat una noche-, pero es realmente a Larry a quien amo porque me salvó cuando estaba enferma.

Fat no tardó en concluir que la religión ocupaba un lugar secundario en la iglesia de Sherri. Lo más importante era atender el teléfono y despachar la correspondencia. Algunos personajes nebulosos -en lo que concernía a Fat bien podrían llamarse Larry, Moe y Curly- pululaban por la iglesia recibiendo salarios mayores que el de Sherri y teniendo menos responsabilidades. Sherri les deseaba la muerte a todos ellos. A menudo hablaba con deleite de sus infortunios, como, por ejemplo, cuando se les estropeaban los automóviles, se los obligaba a pagar una multa por exceso de velocidad o el padre Larry los censuraba.

-Eddy va a tener su merecido -decía por ejemplo Sherri al volver a casa-. Ese pequeño hijo de puta.

Un indigente en particular provocaba el fastidio de Sherri. Un hombre llamado Jack Barbina que, según Sherri, revisaba los botes de basura en busca de regalitos para ella. Jack Barbina aparecía en la iglesia cuando ella estaba sola en la oficina, le ofrecía una caja sucia de dátiles y le pasaba una nota desconcertante en la que insinuaba que quería cortejarla. Sherri lo consideró un maniático desde la primera vez que lo vio; vivía con miedo de que la matase.

-La próxima vez que se presente, te llamaré -le dijo a Fat-. No quiero estar sola con él. No hay dinero bastante en los Fondos Discrecionales del Obispado que compense tener que soportar a Jack Barbina, especialmente con lo que pagan, la mitad de lo que recibe Eddy, el pequeño maricón.

Para Sherri el mundo se dividía en holgazanes, maniáticos, drogadictos, homosexuales y amigos que apuñalan por la espalda. Tampoco le gustaban mucho los mexicanos y los negros. A Fat le asombraba que Sherri se mostrase tan poco caritativa. ¿Cómo podía -por qué quería- trabajar en una iglesia e intentar ingresar en una orden religiosa cuando odiaba, temía y detestaba a todo ser humano, y sobre todo, se quejaba de la mala suerte que había tenido?

Sherri le tenía animadversión a su propia hermana, que la había cobijado, alimentado y cuidado durante todo el tiempo en que estuvo enferma. La razón: Mae conducía un *Mercedes Benz* y tenía un marido rico. Pero sobre todo Sherri detestaba la carrera de una amiga, Eleanor, que se había hecho monja.

-Aquí estoy yo vomitando en Santa Ana -decía Sherri con frecuencia-, mientras Eleanor se pasea con su hábito por Las Vegas.

-Ahora no vomitas -le señaló Fat-. Estás en un período de remisión.

-Pero ella no lo sabe. ¿Qué clase de lugar es Las Vegas para una orden religiosa? Probablemente estará ofreciendo el culo en...

-Estás hablando de una monja -le dijo Fat que había conocido a Eleanor y le había gustado.

-Yo sería ahora una monja si no me hubiera enfermado.

Para escapar de la vacua tontería de Sherri, Fat se encerró en el dormitorio que utilizaba como estudio y comenzó a trabajar una vez más en su gran exégesis. Tenía ya unas 300.000 palabras, manuscritas casi todas, pero había comenzado a extractar lo que llamó su ***Tractate: Cryptica Scriptura*** (véase Apéndice, p. 285), lo cual significaba sencillamente «escritos ocultos». A Fat el título en latín le parecía mucho más impresionante.

A estas alturas de su *Meisterwerk* había empezado pacientemente a elaborar una cosmogonía, término técnico con el que se designa «de cómo el cosmos llegó a tener existencia». Pocos son los individuos que componen cosmogonías; por lo general nacen de culturas enteras, civilizaciones, pueblos o tribus; una cosmogonía es una producción grupal que va decantándose con el correr de las edades. Fat sabía esto perfectamente y se enorgullecía de haber creado la suya propia. La llamó:

COSMOGONÍA DE DOBLE FUENTE

Era la anotación 47 de su diario o exégesis y, con mucho, la más larga.

Lo Uno era y no-era y deseaba separar el no-era del era. De modo que generó un saco diploide que contenía, como la cáscara de un huevo, a un par de mellizos, cada cual un andrógino, que giraban en direcciones opuestas (el Yin y el Yang del taoísmo; lo Uno es el Tao). El proyecto de lo Uno consistía en que ambos mellizos llegaran a coexistir, pero motivada por el deseo de ser (que lo Uno había insuflado en ambos) la melliza que giraba de derecha a izquierda rompió el saco y se separó prematuramente, esto es, antes de que se cumpliera el término. Ésta era la melliza oscura o Yin. Por tanto, resultó defectuosa. Cuando el término se cumplió, el mellizo juicioso salió a la luz. Cada uno de los mellizos era una entelequia unitaria, un organismo singular constituido por psyche y soma que aún seguían rotando en direcciones opuestas. El mellizo que había llegado a la plenitud de su término, que Parménides llamó Forma I, avanzó correctamente a través de sucesivas etapas, pero la melliza de nacimiento prematuro, llamada Forma II, languidecía cada vez más.

El paso siguiente del proyecto de lo Uno consistía en que lo Dos se convirtiera en lo Mucho mediante una interacción dialéctica. De entre esos Hiperuniversos, emanó una zona interfacial hologramática que es el Universo pluriforme en el que nosotras, las criaturas, habitamos. Las dos fuentes debían intervenir por igual en el mantenimiento de nuestro Universo, pero la Forma II siguió languideciendo y cayendo en la enfermedad, la locura y el desorden. Éstos son los aspectos que proyectó sobre nuestro universo.

El propósito de lo Uno era que nuestro Universo hologramático sirviera como instrumento de enseñanza por el que toda una variedad de nuevas vidas se volviera finalmente isomórfica con lo Uno. Pero el lamentable estado del Hiperuniverso II introdujo factores adversos que dañaron nuestro Universo hologramático. Éste es el origen de la entropía, el sufrimiento inmerecido, el caos y la muerte, como también del Imperio, la Negra Prisión de Acero; en esencia, la pérdida de la salud adecuada y de un cabal desarrollo de las formas de vida incluidas en el Universo hologramático. Además, la función docente del Universo se vio seriamente empobrecida, pues sólo las señales que provenían

del Hiperuniverso I contenían información; las del Hiperuniverso II se habían convertido en ruido.

La psique del Hiperuniverso I envió una microforma de sí misma al Hiperuniverso II con intención de curarlo. La microforma se manifestó en nuestro Universo hologramático como Jesucristo. Pero el Hiperuniverso II, trastornado como estaba, no vaciló en atormentar, humillar, rechazar y finalmente matar a la microforma del mellizo sano. Después, el Hiperuniverso II continuó el proceso de decadencia y se convirtió en una variedad de encadenamientos causales sin objetivo, ciegos y mecánicos. Por tanto, la misión de Cristo (o, con mayor precisión, del Espíritu Santo) consistió en el rescate de las formas de vida del Universo hologramático o en la abolición de todas las influencias emanadas del Hiperuniverso II. Preparado para su misión con cautela, se dispuso a matar a la melliza perturbada, pues ésta no tenía cura posible; es decir, no permitía que se la curara pues no entendía que estuviera enferma. Esta enfermedad y la locura nos impregnan a todos y nos convierten en idiotas que habitan en mundos privados e irreales. El proyecto original de lo Uno sólo puede llevarse a cabo ahora mediante la división del Hiperuniverso I en dos Hiperuniversos sanos que transformen el Universo hologramático en la maquinaria de enseñanza eficaz que debía ser desde un principio. Ella será lo que experimentaremos como el «Reino de Dios».

Dentro del tiempo, el Hiperuniverso II permanece vivo. «El Imperio nunca terminó». Pero en la eternidad de los Hiperuniversos, el mellizo sano del Hiperuniverso I, que es nuestro campeón, le ha dado muerte -por necesidad-. Lo Uno se lamenta por la muerte de la melliza perturbada, pues amaba a ambos hijos; por tanto, la información de la Mente consiste en la trágica narración de la muerte de una mujer, cuyo matiz de fondo genera dolor en todas las criaturas del Universo hologramático sin que conozcan el motivo. Este duelo cesará cuando el mellizo sano pase por un proceso de mitosis y advenga el «Reino de Dios». La maquinaria para que se produzca esta transformación -el paso en el tiempo de la Edad de Acero a la Edad de Oro- se encuentra ahora en marcha; en la eternidad la transformación ya se ha producido.

No mucho tiempo después, Sherri se hartó de que Fat trabajara noche y día en la exégesis; se enojó, además, porque él le pidió que lo ayudara a pagar el alquiler con el dinero de la pensión, pues de acuerdo con la sentencia judicial que había puesto fin al juicio de divorcio, él tenía que pasar una crecida mensualidad para el mantenimiento de Beth y Christopher. Después de encontrar otro piso que pagaría el Departamento de Viviendas de Santa Ana, Sherri terminó sola y gratis, sin la obligación de tener que prepararle las comidas a Fat; además, podía salir con otros hombres, asunto al que Fat había puesto reparos mientras habían vivido juntos. Una noche, al regresar a casa después de dar un paseo con un amigo, tomados de la mano, Fat se enfureció. Sherri había exclamado airada:

-No tengo por qué aguantar esta insensatez.

Fat prometió que no volvería a poner reparos a que Sherri saliera con otros hombres, ni que volvería a pedirle que pagase parte del alquiler y los gastos de la comida, aun cuando en aquel momento él sólo tenía nueve dólares en la cuenta del banco. Esto de nada sirvió. Sherri estaba harta y resentida.

-Me mudo -le dijo.

Cuando Sherri se fue, Fat tuvo que comprar toda clase de muebles, una vajilla, un receptor de televisión, toallas, todo, porque no había traído casi nada de la otra casa; había supuesto que dispondría de las cosas de Sherri. Por supuesto, se sintió desamparado sin ella: vivir solo en un piso de dos dormitorios y dos cuartos de baño que había compartido, era un infierno para él. Sus amigos se preocuparon y trataron de animarlo. En febrero Beth lo había

Librodot

abandonado y ahora, a principios de septiembre, lo abandonaba Sherri. Una vez más estaba muriéndose poco a poco. Todo lo que hacía era sentarse frente a la máquina de escribir o con un anotador y un bolígrafo y trabajar en la exégesis; nada más le quedaba en la vida. Beth se había trasladado a Sacramento, a setecientas millas de distancia, de modo que le era imposible ver a Christopher. Tenía ideas de suicidio, pero no demasiado; sabía que Maurice no aprobaría tales pensamientos. Le exigiría que confeccionara otra lista.

Lo que realmente molestaba a Fat era la impresión de que Sherri no tardaría en volver a enfermar. Las clases en la *Universidad de Santa Ana* y el trabajo en la iglesia la dejaban agotada; cada vez que la veía, con la mayor frecuencia posible, la notaba cansada y enflaquecida. En noviembre se quejó de tener gripe; le dolía el pecho y tosía continuamente.

-Esta jodida gripe -decía Sherri.

Finalmente la convenció de que fuera a consultar al doctor para que la examinara con rayos X y le hiciera algunos análisis de sangre. Por entonces, él sabía que la remisión había retrocedido; apenas podía con su cuerpo.

El día que descubrió que volvía a padecer de cáncer, Fat se encontraba con ella; dado que la cita con el médico era a las ocho de la mañana, Fat se pasó la noche despierto y sentado. La llevó a ver al doctor en su automóvil, junto con Edna, una amiga de Sherri de toda la vida; él y Edna se quedaron sentados en la sala de espera mientras Sherri hablaba con el doctor Applebaum.

-Es sólo la gripe -dijo Edna.

Fat no dijo nada. Él bien sabía lo que era. Tres días antes había ido andando junto con Sherri al almacén; ella apenas podía poner un pie delante del otro. En la mente de Fat no había ninguna duda; mientras permanecía sentado con Edna en la atestada sala de espera, se sintió aterrorizado y tuvo ganas de llorar. Aunque pareciera increíble, Fat cumplía años ese día.

Cuando Sherri salió del consultorio del doctor Applebaum, llevaba un *Kleenex* sobre los ojos; Fat y Edna corrieron hacia ella; él la sostuvo mientras Sherri se desplomaba diciendo:

-Ha vuelto, me ha vuelto el cáncer.

Le había atacado los nódulos linfáticos del cuello y tenía, además, un tumor maligno en el pulmón derecho que estaba sofocándola. En el término de veinticuatro horas se iniciaría un tratamiento de quimioterapia y radiación.

Edna dijo espantada:

-Yo estaba segura de que sólo era gripe. Quería que fuera a *Melodilandia* para que atestiguara que Jesús la había curado.

Fat no replicó.

Se podría argumentar que a estas alturas Fat no tenía ya obligaciones morales que lo ataran a Sherri. Por el más nimio de los motivos, se había mudado dejándolo solo, triste y desesperado, sin nada que hacer salvo garrapatear la exégesis. Así lo señalaron los amigos de Fat. Hasta Edna se lo dijo en un momento en que Sherri estaba en otro cuarto. Pero Fat todavía la amaba. Le pidió que volviera a mudarse y que él la cuidaría, pues ella estaba demasiado débil como para preparar sus propias comidas, y una vez que empezara con la quimioterapia se sentiría mucho peor.

-No, gracias -dijo Sherri sin la menor expresión en el tono.

Un día Fat fue a la iglesia en la que ella solía trabajar y buscó al padre Larry; le pidió que hablara con la gente del Centro de Asistencia Médica de California y consiguieran a alguien que le hiciera la comida y la ayudara en la limpieza. No permitía que Fat trabajara en la casa. El padre Larry se lo prometió, pero no pasó nada. Fat, una vez más, fue a ver al sacerdote para discutir qué podría hacer por Sherri, y mientras estaba hablando de pronto se echó a llorar.

Ante esta actitud, el padre Larry dijo de modo enigmático:

-Yo ya lloré todas las lágrimas que tenía por esa muchacha.

Fat no pudo decidir si eso significaba que la pena le había alterado los circuitos emotivos o si, calculadamente, como recurso de protección, había puesto coto a aquel dolor. Sigue sin saberlo hasta el día de hoy. El dolor había alcanzado en él una masa crítica. Sherri había sido

hospitalizada; Fat la visitaba y veía en la cama una figurita triste que no era la mitad de lo que había sido, una figurita que se retorcía de dolor al toser, y que lo miraba con desesperación. Fat no se sentía capaz de conducir el automóvil de regreso a casa y era Kevin quien se ponía al volante. A Kevin, habitualmente cínico, la pena no lo dejaba hablar; los dos iban en el automóvil y Kevin le dio una palmadita en el hombro, que es la única avenida abierta que les queda a los hombres para comunicarse que se quieren.

-¿Qué voy a hacer? -dijo Fat, con lo cual quería decir: ¿Qué voy a hacer cuando muera?

Verdaderamente amaba a Sherri, a pesar de que ella lo había tratado mal; sí, en verdad, como decían los amigos de Fat, y los amigos de Sherri, ella lo había tratado con menosprecio. El por su parte... no sabía si era verdad, ni tampoco le importaba. Todo lo que sabía era que ella yacía en la cama del hospital y que la metástasis le había llenado el cuerpo de tumores. Todos los días la visitaba en el hospital junto con quienes la conocían.

Por la noche hacía lo único que le quedaba por hacer: trabajaba en la exégesis. Había llegado a una anotación importante.

> ***Anotación 48. DE NUESTRA NATURALEZA. No es desatinado decir: somos bobinas de memoria (portadores de ADN capaz de almacenar experiencia) en un sistema de pensamiento computadorizado, y que aunque ha registrado y guardado información durante miles de años, y todo con diferentes nociones acerca de otras formas de vida, no funciona bien en cuanto a la recuperación de memoria. En ello radica la dificultad de nuestro subcircuito particular. La «salvación» mediante la gnosis -más adecuadamente, la anamnesis (la pérdida de la amnesia)-, aunque tiene significación particular para cada uno de nosotros -un salto cuantitativo de la percepción, la identidad, la cognición, la comprensión, la experiencia del mundo y de uno mismo, con inclusión de la inmortalidad-, tiene mayor importancia todavía para la totalidad del sistema, puesto que estas memorias son datos necesarios y valiosos para un buen funcionamiento.***
>
> ***Por tanto, se encuentra en proceso de auto reparación, que incluye: reconstrucción de nuestro subcircuito por medio de cambios del tiempo lineal y ortogonal y también una continua señalización dirigida a nosotros para estimular los bloqueados bancos de memoria y recuperar lo que hay allí almacenado.***
>
> ***La información externa o gnosis, pues, consiste en desinhibir las instrucciones, con el núcleo de contenido que nos es concretamente intrínseco, es decir, que ya se encuentra allí, en nosotros (Esto lo observó por primera vez Platón, para quien aprender es un modo de recordar).***
>
> ***Los antiguos dominaban técnicas (sacramentos y rituales) utilizadas ampliamente en los misterios religiosos grecorromanos, incluido el cristianismo primitivo, para producir el despertar y la recuperación, sobre todo, por el valor restaurador que tiene para los individuos; los gnósticos, empero, percibieron el valor ontológico de lo que llamaron la divinidad, la entidad total.***
>
> ***La divinidad está dañada; hubo en ella alguna crisis primordial que nosotros no entendemos.***

Fat rehizo la anotación 29 de su diario y la agregó a la que tituló DE NUESTRA NATURALEZA:

> ***29. No caímos por causa de un error moral: caímos por causa de un error del intelecto que consideró como real el mundo de los fenómenos. Por tanto, somos moralmente inocentes. Es el Imperio en sus múltiples disfraces el que nos dice que hemos pecado. «El Imperio nunca terminó».***

Por ese entonces, Fat había perdido el tino casi por completo. Todo lo que hacía era trabajar en la exégesis o *tractate*, escuchar su aparato estereofónico o visitar a Sherri en el hospital. Comenzó a hacer anotaciones en el *tractate* sin orden lógico ni razón.

30. El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.

27. Si se eliminan los siglos de tiempo espurio, la verdadera fecha no es 1978 EC, sino 103 EC. Por eso el «Nuevo Testamento» afirma que el Reino del Espíritu advendrá antes que «mueran algunos de los que ahora viven». Por tanto, estamos viviendo en tiempos apostólicos.

20. Los alquimistas herméticos tenían conocimiento de una raza secreta de invasores de tres ojos, pero no consiguieron comunicarse con ellos. Por tanto, sus esfuerzos por apoyar a Federico V, Elector Palatino, Rey de Bohemia, fracasaron. «El Imperio nunca terminó».

21. La Hermandad de los Rosacruces escribió: «Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reviviscimus», lo cual significa: «De Dios nacemos, en Jesús morimos, por el Espíritu Santo resucitamos». Esto quiere decir que habían redescubierto la fórmula perdida de la inmortalidad que el Imperio había destruido. «El Imperio nunca terminó».

10. Apolonio de Tiana, cuando escribe de Hermes Trismegisto, dice: «Tanto es arriba como es abajo». Con lo cual quiere expresar que nuestro Universo es un holograma, pero no conocía el término.

12. Los griegos conocieron al Inmortal como Dionisio; los judíos como Elías; los cristianos como Jesús. Cuando un huésped humano muere, el Inmortal se traslada, de modo que no es nunca atrapado ni muerto. De ahí que Jesús exclamara en la cruz: «Eli, Eli, lama sabachtani». Al escucharlo, algunos de los presentes dijeron correctamente: «Este hombre está llamando a Elías». Elías lo había abandonado y él murió solo.

En el momento en que hacía esta anotación, Amacaballo Fat estaba muriendo solo. Elías, o quienquiera que fuese la presencia divina que en 1974 le había lanzado a su cerebro toneladas de información, lo había abandonado. La terrible pregunta que Fat se hacía una y otra vez no quedó incorporada en su diario o *tractate*; la pregunta podría formularse así:

> Si la divina presencia conocía el defecto de nacimiento de Christopher e hizo algo para ponerle remedio, ¿por qué no pone remedio al cáncer de Sherri? ¿Cómo podía dejarla así, tendida y agonizante?

Fat no alcanzaba a entenderlo. Sherri había pasado todo un año sin un diagnóstico acertado. ¿Por qué Cebra no le había dado esa información a Fat o al médico de Sherri o a Sherri? ¿Por qué no se la había dado a *cualquiera*?

¡A tiempo para salvarla!

Un día en que Fat visitó a Sherri en el hospital, encontró junto a la cama a un tonto que estaba allí de pie, sonriendo; era un mentecato a quien Fat conocía, y que solía presentarse en la casa cuando él y Sherri vivían juntos; abrazaba a Sherri, la besaba y le decía que la amaba

sin hacer caso de Fat. Este amigo de la infancia de Sherri le estaba diciendo cuando Fat entró en la habitación:

-¿Qué haremos cuando yo sea rey del mundo y tú seas reina del mundo?

A lo cual Sherri contestó agónica en un murmullo:

-Sólo quiero deshacerme de estos bultos que tengo en la garganta.

Fat nunca había estado tan cerca de asesinar a alguien como en aquel momento. Kevin, que lo había acompañado, tuvo que retenerlo físicamente.

En el viaje de regreso al solitario piso de Fat, donde había vivido con Sherri durante un tiempo tan breve, Fat le dijo a Kevin:

-Me voy a volver loco. No puedo soportarlo.

-Es una reacción normal -dijo Kevin que en esos días había abandonado la pose de cínico.

-Explícame -dijo Fat- por qué Dios no la ayuda.

A veces Fat le hablaba a Kevin de cómo iba progresando la exégesis; Kevin sabía que Fat se había encontrado con Dios en 1974, de modo que podía hablarle con franqueza.

Kevin le dijo:

-Son los caminos misteriosos de la Gran Punta.

-¿Qué mierda es eso? -preguntó Fat.

-Yo no creo en Dios -dijo Kevin-. Creo en la Gran Punta. Y los caminos de la Gran Punta son misteriosos. Nadie sabe por qué hace lo que hace o lo que deja de hacer.

-¿Me estás tomando el pelo?

-No -dijo Kevin.

-¿De dónde viene la Gran Punta?

-Sólo la Gran Punta lo sabe.

-¿Es benigna?

-Algunos dicen que sí, otros que no.

-Podría ayudar a Sherri si quisiera.

Kevin dijo:

-Eso sólo lo sabe la Gran Punta.

Se echaron a reír.

Obsesionado con la muerte y medio enloquecido de dolor por el estado de Sherri, Fat escribió la anotación Núm. 15 de su *tractate*:

> ***15. La Sibila de Cumas protegió a la República Romana y le hizo oportunas advertencias. En el siglo I EC previo el asesinato de los hermanos Kennedy, el doctor King y el obispo Pike. En los cuatro hombres asesinados encontró los dos denominadores comunes: en primer lugar, defendían las libertades de la República, y en segundo lugar, cada uno de ellos era un líder religioso. Por eso fueron asesinados. La República, una vez más, se había convertido en un imperio con un cesar. «El Imperio nunca terminó».***
>
> ***16. En marzo de 1974 la Sibila dijo: «Los conspiradores han sido descubiertos y serán llevados a juicio». Los descubrió con el tercer ojo o ajna, el Ojo de Siva que da discernimiento, pero cuando se vuelve hacia fuera, fulmina con un calor que diseca. El juicio que había prometido la Sibila se celebró en agosto de 1974.***

Fat decidió poner por escrito en su *tractate* todas las declaraciones proféticas que la cabeza de Cebra le había transmitido.

> ***7. La deidad Apolo está a punto de regresar. Santa Sofía volverá a nacer; antes no habría sido aceptada. El Buda está en el parque. Siddharta duerme (pero va a despertar). El tiempo de la esperanza ha llegado.***

Este conocimiento, dictado directamente por la divinidad, convertía a Fat en un profeta moderno. Pero como se había vuelto loco, el *tractate* también incorporaba algunos absurdos.

> ***50. La fuente primordial de todas nuestras religiones es la cosmogonía y la cosmología de la tribu de Dogon, quienes las recibieron directamente de los invasores de tres ojos, que visitaron el planeta hace mucho tiempo. Los invasores de tres ojos son mudos, sordos y telepáticos; no les era posible respirar nuestra atmósfera, tenían el cráneo alargado y deforme como Ijnaton y provenían de un planeta del sistema estelar de Sirio. Aunque no tenían manos - tenían pinzas como las de los cangrejos- eran grandes constructores. A escondidas influyeron en nuestra historia para que culminara en un desenlace fructífero.***

Por este entonces, Fat había perdido todo contacto con la realidad.

Siete

Uno puede comprender por qué Fat no podía distinguir entre fantasía y revelación divina; suponiendo que haya diferencia entre ambas, lo que nunca ha sido probado. Imaginaba que Cebra provenía de un planeta del sistema estelar de Sirio, había puesto fin a la tiranía de Nixon en agosto de 1974 y por último fundaría un reino de paz y justicia en la Tierra donde no habría enfermedad, dolor ni soledad y en el que los animales bailarían de alegría.

Fat encontró un himno de Ijnaton y copió partes de él para incorporarlas a su *tractate*.

> ***«...Cuando el pichón pía en el huevo,***
> ***le das tu aliento para preservarle la vida.***
> ***Cuando le has dado ya la plenitud***
> ***como para que el huevo se quiebre,***
> ***lo abandona con fuertes gorjeos.***
> ***Anda de un lado a otro sobre dos pies***
> ***cuando llega el tiempo de irse.***
>
> ***¡Cuánta es la multitud de tus obras!***
> ***las ocultas a nuestros ojos,***
> ***oh, dios único de incomparables poderes.***
> ***Creaste la tierra escuchando a tu corazón***
> ***mientras estabas solo:***
> ***hombres, ganado grande y pequeño,***
> ***todo lo que se trasladaba caminando;***
> ***todo lo que está en lo alto y vuela con alas.***
>
> ***Tú estás en mi corazón.***
> ***No hay otro que te conozca***
> ***salvo tu hijo Ijnaton.***
> ***Le has dado sabiduría***
> ***con tu poder y tus designios:***
> ***el mundo está en tus manos...».***

La anotación 52 muestra que por este tiempo Fat buscaba con frenesí alguna esperanza de que hubiera bien en alguna parte.

Librodot

52. La raza oculta que desciende de Ijnaton rige nuestro mundo y lo que ellos conocen es la información de la Macromente.

«Todo el ganado reposa en los pastos,
los árboles y las plantas florecen,
las aves revolotean sobre los marjales
con alas elevadas adorándote.
Todas las ovejas danzan sacudiendo las patas,
todas las criaturas aladas vuelan,
viven envueltas en tu luz».

De Ijnaton este conocimiento pasó a Moisés, y de Moisés a Elías, el Hombre Inmortal, que se convirtió en Cristo. Pero por debajo de todos los nombres, hay un solo Hombre Inmortal; y nosotros somos ese hombre.

Fat todavía creía en Dios y en Cristo -y en muchas cosas más-, pero lo atormentaba no saber por qué Cebra, como llamaba a la Todopoderosa Divina Unidad, no había advertido a tiempo el estado de Sherri o por qué no la curaba, y este misterio no dejaba en paz el cerebro de Fat y lo convertía en una cosa enloquecida.

Fat, que había buscado la muerte, no comprendía por qué habría de permitirse que Sherri muriera, y de una muerte horrible por lo demás.

Yo, por mi parte, estoy dispuesto a intervenir y proponer algunas posibilidades. Un niño amenazado por un defecto de nacimiento no pertenece a la misma categoría que una mujer adulta que desea morir, que se empeña en un juego maligno, tan maligno como su equivalente físico, el linfoma que le destruye el cuerpo. Después de todo, la Todopoderosa Divina Unidad no había intervenido para evitar el intento de suicidio de Fat; la Todopoderosa Divina Unidad había permitido que Fat se tragara las cuarenta y nueve tabletas de *Digital* puro de alta gradación; tampoco había impedido la Todopoderosa Divina Unidad que Beth lo abandonara llevándose consigo a su hijo, el mismo hijo sobre el que se dio la información médica en revelación teofánica.

Esta mención de los invasores con pinzas en lugar de manos, mudos, sordos y telepáticos, venidos de otra estrella, me interesó. En relación con este tópico, Fat se mostraba reticente; sabía lo bastante como para mostrarse discreto. En marzo de 1974, por el tiempo en que se había encontrado con Dios -más precisamente con Cebra-, había tenido sueños muy vividos sobre la gente de tres ojos; así me lo hizo saber. Se manifestaban como entidades que dependían de una complicada tecnología: instaladas en burbujas de cristal que oscilaban regidas por complicadas maquinarias. Había un extraño detalle que nos dejaba atónitos tanto a Fat como a mí; a veces, en estos sueños semejantes a visiones, aparecían técnicos soviéticos que se apresuraban a reparar desperfectos en los complicados aparatos de comunicación donde estaba la gente de tres ojos.

-Quizá los rusos te enviaron señales de microondas psicogénitas o psicotrónicas o como se llamen -dije, pues había leído un artículo que hablaba de ciertos experimentos soviéticos a propósito de un supuesto envío de mensajes telepáticos por medio de microondas.

-Dudo que la Unión Soviética se interese por la hernia de Christopher -dijo Fat con amargura.

Pero lo atormentaba el recuerdo de que en esas visiones, o sueños, o imágenes hipnagógicas, había oído hablar en ruso y había visto página tras página, centenares de páginas, de lo que parecían manuales técnicos rusos que describían -esto lo supo por los diagramas- principios y conceptos de ingeniería.

-Lograste interceptar las comunicaciones entre los rusos y las entidades extraterrestres -sugerí.

Librodot

-Vaya suerte la mía -dijo Fat.

Por el tiempo en que tuvo estas experiencias, la presión sanguínea de Fat había aumentado demasiado; el médico le aconsejó que se hospitalizara. Le advirtió que no ingiriera estimulantes.

-No estoy tomando ningún estimulante -protestó Fat sinceramente.

Durante el tiempo que Fat permaneció en el hospital, el doctor lo sometió a toda clase de pruebas en busca de alguna causa que provocara el aumento de la presión sanguínea, pero no la encontró. Gradualmente la hipertensión había ido disminuyendo. El doctor abrigaba sospechas; seguía creyendo que Fat, como consuelo, había vuelto al consumo de estimulantes. Pero tanto Fat como yo sabíamos mejor a qué atenernos. Su presión sanguínea había sido de 28 de máxima y 17 de mínima, nivel que resulta letal. Por lo común era de 13 y 9, que es lo común. Hasta el día de hoy la causa de esta elevación temporal sigue siendo un misterio. También es un misterio la muerte de los animales domésticos de Fat.

Os cuento estas cosas por lo que valen. Son ciertas; han sucedido.

Según opinión de Fat, su apartamento se había saturado de altos niveles de radiación de alguna especie. De hecho, la había visto: una luz azulada que se agitaba como *Fuego de San Telmo*.

Y, lo que es más, la aurora chisporroteaba en torno al apartamento como si tuviera capacidad de sentir y estuviera viva. Cuando tocaba los objetos alteraba los procesos causales. Y cuando llegaba a la cabeza de Fat, le transfería no sólo información, sino, además, una personalidad. Una personalidad que no era la de Fat. Una persona con recuerdos, costumbres, gustos y hábitos diferentes.

Por primera y única vez, Fat dejó de beber vino y compró cerveza, cerveza extranjera. Y trataba a la perra de «él» y al gato de «ella», aunque sabía -o lo había sabido- que la perra era hembra y el gato macho. Esto había fastidiado a Beth.

Fat se vistió con ropas diferentes y se recortó escrupulosamente la barba. Mientras lo hacía se miró en el espejo del cuarto de baño y vio a una persona que no le era familiar, aunque tenía el aspecto de siempre. Incluso el clima parecía alterado ese día: el aire estaba demasiado seco y demasiado caluroso; ni la presión ni la humedad eran las adecuadas. Fat tenía la impresión subjetiva de que poco antes había estado viviendo en una zona del mundo elevada, fresca y húmeda y no en el Condado de Orange, California.

Además, estos razonamientos interiores se expresaban en griego *koiné*, que no comprendía como lengua, ni como fenómeno mental.

Y le era muy difícil conducir su automóvil; no se daba cuenta de dónde estaban los controles; todos parecían haber cambiado de sitio.

Quizá, lo más notable era que Fat tenía un sueño particularmente vivido -si en realidad era un «sueño»- sobre una mujer soviética que quería escribirle. En el sueño alguien le mostraba una fotografía de la mujer; era rubia y le decían:

-Se llama Sadas Ulna.

A la cabeza de Fat llegaba un mensaje urgente: tenía que responder a la carta en cuanto le llegara.

Dos días más tarde recibió una carta certificada de la Unión Soviética que atemorizó a Fat. La había enviado un hombre completamente desconocido (Fat no tenía costumbre de recibir cartas de la Unión Soviética) y que quería:

1) Una fotografía de Fat.
2) Una muestra de la letra de Fat, especialmente su firma.

Fat le dijo a Beth:

-Hoy es lunes. El miércoles llegará otra carta. Ésa será de la mujer.

El miércoles Fat recibió una plétora de cartas: siete en total. Sin abrirlas, las revisó y escogió una que no tenía nombre ni dirección del remitente.

-Es ésta -le dijo a Beth, que ya por ese tiempo también había perdido la cabeza-. Ábrela y léela, pero no permitas que vea el nombre ni la dirección porque de lo contrario voy a contestarla.

Beth la abrió. En lugar de una carta propiamente dicha, encontró una fotocopia del comentario sobre dos libros, aparecido en el periódico izquierdista neoyorkino *«The Daily World»*. El comentarista decía que la autora de los libros era una ciudadana soviética que residía en Norteamérica. Era obvio por los comentarios que la autora era miembro del Partido.

-Dios mío -dijo Beth dando vuelta a la hoja de la fotocopia-. El nombre y la dirección del autor están escritos en el dorso.

-¿Es una mujer? -preguntó Fat.

-Sí -contestó Beth.

Fat y Beth nunca me dijeron qué hicieron con las dos cartas. Por ciertas insinuaciones que Fat dejó escapar, deduje que terminó por contestar a la primera por considerarla inocente; pero qué hizo con la fotocopia, que no era en realidad una carta en el sentido estricto, no lo sé hasta el día de hoy, ni tampoco quiero saberlo. Quizá la quemó. Quizá la entregó a la policía o al FBI o la CIA; en todo caso, dudo que la haya contestado.

Para empezar, se negó a mirar el dorso de la fotocopia donde estaban el nombre y la dirección de la mujer; tenía la idea de que si veía esta información, le contestaría, quisiéralo o no. Quizá fuera así. ¿Quién puede saberlo con certeza? Primero le envían a uno ocho horas de información gráfica desde fuentes desconocidas: una vivida actividad fosfénica en ochenta colores distribuidos como en los cuadros abstractos modernos; luego se sueña con gentes de tres ojos dentro de burbujas de cristal y mecanismos electrónicos; luego el apartamento se le llena a uno de energía plasmática, como *Fuego de San Telmo* que parece estar vivo y pensar; los animales domésticos mueren; se adueña de uno una personalidad ajena que piensa en griego; se sueña con rusos, y finalmente, se reciben dos cartas de la Unión Soviética en un término de tres días; y le habían predicho a uno que las recibiría, por lo demás. Pero la impresión en su conjunto no resulta negativa porque parte de la información salva la vida del propio hijo. Oh, sí; algo más: Fat vio la antigua Roma superpuesta sobre la California de 1974. Pues bien, tengo que decirlo: puede que quizá Fat no se encontrara con Dios, pero, por cierto, se había encontrado con *algo*.

No hay nada sorprendente en que Fat comenzara a garrapatear página tras página de su exégesis. Yo habría hecho lo mismo. No incurría en teorizaciones por ellas mismas; simplemente trataba de averiguar qué mierda le había pasado.

Si Fat simplemente estaba loco, por cierto había encontrado una forma única, un modo original de manifestarlo. Como por entonces recibía un tratamiento terapéutico (Fat siempre estaba recibiendo tratamientos terapéuticos), pidió que se le hiciera el *Test de Rorschach* para determinar si se había vuelto esquizofrénico. El *test* sólo reveló una ligera neurosis. En cuanto a esta teoría, baste lo dicho.

En mi novela *«A Scanner Darkly»*, publicada en 1977, utilicé lo que Fat cuenta de las ocho horas de vivida actividad fosfénica.

> «Hace unos pocos años había estado experimentando con sustancias desinhibitorias que afectan el tejido nervioso; y una noche, después de haberse aplicado una inyección de IV, considerada nada peligrosa y ligeramente euforizante, experimentó una desastrosa disminución en el fluido GABA del cerebro. Subjetivamente, había sido testigo de una vivida actividad fosfénica que se proyectaba sobre la pared del cuarto que tenía delante, una sucesión frenéticamente veloz de lo que, por entonces, imaginó como pinturas abstractas modernas.

> Durante unas seis horas, en estado de trance, S. A. Powers observó miles de cuadros de Picasso que se reemplazaban sucesivamente a una velocidad vertiginosa; y luego le habían mostrado más obras de Paul Klee de las que el pintor había pintado en toda su vida. S. A. Powers, que veía ahora pinturas de Modigliani que se reemplazaban con furiosa rapidez, conjeturó (uno necesita una teoría para todo) que los Rosacruces le estaban lanzando cuadros por telepatía, probablemente por sistemas de micromensajes de un orden sumamente avanzado; pero entonces, cuando comenzaron a acosarlo pinturas de Kandinsky, recordó que el principal museo de arte de Leningrado estaba especializado en estos pintores modernos no figurativos y decidió que los soviéticos estaban tratando de ponerse en contacto con él telepáticamente.
>
> Por la mañana recordó que un descenso drástico del fluido GABA producía normalmente una actividad fosfénica semejante; nadie estaba tratando de ponerse en contacto con él telepáticamente mediante una emisión de microondas o sin ella...».

El fluido GABA del cerebro inhibe la actividad de los circuitos neurales; los mantiene en un estado adormilado o latente hasta que un estímulo desinhibitorio -el adecuado- modifica el organismo, en este caso, Amacaballo Fat. En otras palabras, éstos son los circuitos neurales destinados a dispararse en un momento específico en circunstancias igualmente específicas. Antes de esta extraordinaria actividad fosfénica, ¿se le había presentado a Fat un estímulo desinhibitorio que diera cuenta de un descenso brusco del nivel de fluido GABA en el cerebro y que provocara la actividad transmisora de los circuitos previamente bloqueados, de los metacircuitos, por así decir?

Todos estos acontecimientos ocurrieron en marzo de 1974. El mes anterior se le había extraído a Fat una muela del juicio cariada. Para esto el cirujano bucal le administró una dosis de pentotal de sodio IV. Luego esa tarde, de regreso a su casa y muy dolorido, Fat hizo que Beth encargara por teléfono algún analgésico oral. Cuando el mandadero de la farmacia llamó, el mismo Fat, en mísero estado, acudió a la puerta. Cuando abrió, se encontró cara a cara con una adorable mujer joven de cabello oscuro que le alcanzó un saquito blanco que contenía el *Darvon N*. Pero Fat, a pesar del enorme dolor que padecía, no se cuidó para nada de las píldoras, pues se quedó mirando la resplandeciente gargantilla de oro que llevaba la joven; no le era posible apartar los ojos. Alelado por el dolor -y por el pentotal de sodio- y agotado por la penosa experiencia pasada, le preguntó, sin embargo, a la joven qué representaba el símbolo de oro en el centro de la gargantilla. Era un pez de perfil.

Pasando un dedo largo y delgado por el pez de oro, la joven dijo:

-Éste es un signo que utilizaban los cristianos primitivos.

Instantáneamente, Fat tuvo un recuerdo como un relámpago; sólo por medio segundo. Recordó la antigua Roma y se vio a sí mismo como cristiano primitivo: todo el mundo antiguo y una furtiva vida amedrentada de cristiano secreto, perseguido por las autoridades romanas, le irrumpieron en la mente... y casi enseguida estuvo de regreso en la California de 1974 recibiendo el saquito de píldoras contra el dolor.

Un mes más tarde, mientras yacía tendido en la penumbra, sin poder dormir y escuchando la radio, comenzó a ver colores flotantes. Poco después la radio le dirigió unas frases de horrible contenido con voz estentórea. Y, dos días más tarde, los vagos colores empezaron a precipitarse sobre él como si él mismo avanzara, más y más rápido; y como lo describí en mi novela *«A Scanner Darkly»*, los vagos colores se congelaron abruptamente en una neta perspectiva, como modernas pinturas abstractas, literalmente decenas de millones en rápida sucesión.

El signo del pez y las palabras de la joven habían desinhibido los metacircuitos del cerebro de Fat.

Así de simple había sido todo.

Librodot

Unos pocos días más tarde, Fat despertó y vio la antigua Roma superpuesta sobre la California de 1974 y se descubrió pensando en griego *koiné*, la *lingua franca* del mundo romano en el Cercano Oriente, que era la parte que él veía. Fat no sabía que el *koiné* fuera allí la *lingua franca*; por el contrario, creía que era latín. Y, además, como ya dije, ni siquiera reconocía como lengua la lengua en que pensaba.

Amacaballo Fat vive en dos épocas diferentes y en dos sitios diferentes; es decir, en dos *continua* espacio-temporales; eso es lo que pasó en marzo de 1974; el mes anterior se le había presentado el antiguo signo del pez: los dos *continua* espacio-temporales dejaron de estar separados y se mezclaron. Y también se mezclaron las dos identidades -personalidades-. Más adelante oyó una voz dentro de su cabeza:

Hay alguien más que vive en mí y que no pertenece a este siglo.

La otra personalidad se daba cuenta. La otra personalidad pensaba. Y Fat -excepcionalmente antes de quedarse dormido por la noche- podía captar los pensamientos de esta persona desde hacía un mes, cuatro años y medio después de desaparecida la sectorización de las dos personas.

El mismo Fat me lo explicaba muy bien a principios de 1975, cuando comenzó a tenerme confianza. Llamaba a la personalidad que llevaba en él y que vivía en otro siglo y en otro lugar, «Tomás».

-Tomás -me dijo Fat- es más inteligente y sabe mucho más que yo. De los dos, Tomás es la personalidad dominante.

Consideraba que eso era una bendición. ¡Ay de quien tenga en la cabeza otra personalidad malvada o estúpida!

Le contesté:

-Quieres decir que otrora tú fuiste Tomás. Eres una reencarnación suya y te acuerdas de él y de su...

-No, él está vivo ahora. Vive en la antigua Roma *ahora*. Y él no es yo. La reencarnación no tiene nada que ver en este caso.

-Pero tu cuerpo... -le dije.

Fat me miró fijamente asintiendo con la cabeza.

-Exacto. Significa que o bien mi cuerpo se encuentra en dos continua espacio-temporales simultáneamente, o bien no se encuentra en ninguna parte.

> ***Anotación 14 del** tractate**: El Universo es información y nosotros permanecemos inalterados en él, ni tridimensionales, ni en el espacio o en el tiempo. La información que se nos suministra la convertimos en hipóstasis del mundo fenoménico.***
>
> ***Anotación 30,*** una reenunciación -enfática- de la anterior***: El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.***

Fat me asustó. Había extrapolado las anotaciones 14 y 30, deduciéndolas del descubrimiento de que alguien más existía en su cabeza y de que ese alguien más vivía en un lugar diferente en una época diferente: dos mil años atrás y a ocho mil millas de distancia.

No somos individuos. Somos distintos sitios de una única Mente. Se supone que hemos de permanecer separados los unos de los otros en todo momento. Sin embargo, Fat había recibido por accidente una señal (el signo del pez de oro) destinada a Tomás. Era Tomás el que manejaba signos con peces, no Fat. Si la joven no hubiera explicado la significación del

signo, la sectorización no se habría disuelto. Pero la joven habló y la sectorización quedó destruida. El espacio y el tiempo le fueron revelados a Fat -¡y a Tomás!-como meros mecanismos de separación. Fat se descubrió observando una doble exposición de dos realidades superpuestas, y Tomás descubrió quizá la misma cosa. Se preguntaría, probablemente, qué demonios de lengua extraña era esa que le resonaba en la cabeza. Luego se dio cuenta de que ni siquiera se trataba de su cabeza:

-Hay alguien más que vive en mí y que no pertenece a este siglo. -Tomás era quien lo pensaba y no Fat, pero igualmente se le aplicaba a éste.

Pero Tomás tenía una ligera ventaja sobre Fat: era más inteligente; era la personalidad dominante. Se apoderó de Fat, hizo que abandonara el vino por la cerveza, lo obligó a recortarse la barba, tenía dificultades para conducir el automóvil..., pero lo más importante de todo, Tomás recordaba -si ésa es la palabra- otras personalidades, otros sujetos, uno de ellos de la Creta minoica, alrededor del 3000 AEC, mucho, mucho tiempo atrás. Tomás aún recordaba un sujeto anterior: uno que había venido a este planeta desde las estrellas.

Tomás era el último de los no necios de los tiempos posneolíticos. Como cristiano primitivo de la era apostólica, no había visto a Jesús, pero conoció a gente que sí lo había visto... Dios mío, estoy extraviándome mientras escribo todo esto. Tomás había llegado a saber cómo reconstruirse después de acaecida la muerte física. *Todos* los cristianos primitivos lo sabían. Se lograba por medio de la anamnesis, la pérdida de la amnesia que... Bien, según estaba planeado el sistema, cuando Tomás se sintiera agonizar dejaría una huella en el signo cristiano del pez, comería un cierto alimento color rosa -el mismo color rosa de la luz que Fat había visto- y bebería de un recipiente sagrado mantenido en un lugar fresco, y luego moriría; y al renacer, crecería y se convertiría en otra persona, no en él mismo, *hasta* que se le mostrara el signo del pez.

Había previsto que esto sucedería unos cuarenta años después de su muerte. Se había equivocado. Tuvieron que transcurrir casi dos mil años.

De esta manera, a través de este mecanismo, el tiempo quedaba abolido. O, dicho de otra manera, quedaba abolida la tiranía de la muerte. La promesa de vida eterna que Cristo hizo a su pequeño rebaño no era ninguna mentira. Cristo le había enseñado a lograrla; esto recuerda el plásmata inmortal de que hablaba Fat, la información viva que dormía latente en Nag Hammadi siglo tras siglo. Los romanos habían descubierto y matado a todos los homoplásmatas: todos los cristianos primitivos en contacto con el plásmata; ellos murieron, el plásmata escapó a Nag Hammadi y permaneció allí aletargado como información en los códices.

Hasta que, en 1945, se descubrió la biblioteca, se la excavó... y se la leyó. De modo que Tomás tuvo que esperar no cuarenta años, sino dos mil; porque el signo del pez de oro no era suficiente. La inmortalidad, la abolición del tiempo y el espacio, adviene sólo a través del Logos o plásmata; sólo él es inmortal.

Estamos hablando de Cristo. Es una forma de vida extraterrestre que llegó a este planeta hace millares de años, y que como información viviente pasó a los cerebros de los seres humanos que ya vivían aquí, la población nativa de este planeta. Estamos hablando de una simbiosis entre distintas especies.

Antes de ser Cristo fue Elías. Los judíos lo saben todo sobre Elías y su inmortalidad; y su capacidad de extender la inmortalidad entre otros «mediante la división de su espíritu». El pueblo Qumran conocía todo esto. Intentaban recibir parte del espíritu de Elías.

«Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio».

Primero, se lo convierte en espacio y luego uno se traslada por él, pero como lo advirtió Parsifal, uno no se mueve en absoluto; permanece inmóvil y el paisaje cambia, metamorfoseándose. Por un momento tuvo que haber contemplado una doble exposición, una

superposición, al igual que Fat. Éste es el tiempo onírico, que existe ahora, no en el pasado, el lugar donde habitan los héroes y los dioses y se cumplen las hazañas.

Fat, pues, había llegado a la conclusión de que el Universo era irracional y estaba gobernado por una mente irracional, la deidad creadora. Si el Universo fuera racional y no irracional, algo ajeno que irrumpiera en él parecería irracional. Pero Fat, que lo había invertido todo, consideró que lo irracional irrumpía en lo racional. El plásmata inmortal había invadido nuestro mundo y el plásmata era enteramente racional, pero no nuestro mundo. Esta estructura era la base de la cosmovisión de Fat. Era su fundamento.

El único elemento racional de nuestro mundo ha estado dormido durante dos mil años. En 1945 despertó, abandonó el estado de semilla latente y empezó a crecer. Creció dentro de sí mismo, y presumiblemente dentro de otros seres humanos, y creció también fuera, en el macromundo. Cuando algo comienza a devorar el mundo, algo muy grave está aconteciendo. Si la entidad que lo devora es malvada o insana, la situación no es meramente grave, es lúgubre. Pero Fat percibía el proceso de otro modo. Lo percibía exactamente como lo había percibido Platón en su propia cosmogonía: la mente racional (*noös*) persuade a la irracional (casualidad, determinismo ciego, *ananké*) de que se integre en el cosmos.

Este proceso fue interrumpido por el Imperio.

«El Imperio nunca terminó». Hasta ahora; hasta agosto de 1974, cuando recibió un golpe demoledor y quizá definitivo de manos -por así decir- del plásmata inmortal, activo otra vez, y que utiliza a seres humanos como agentes físicos.

Amacaballo Fat era uno de esos agentes. Era, por así decir, las manos del plásmata que se alzaban para acabar con el Imperio.

De esto dedujo Fat que tenía una misión, que el plásmata tenía la intención de utilizarlo con buenos propósitos.

Yo mismo he soñado con otro lugar, un lago al Norte y las cabañas y las pequeñas casas rurales a lo largo de la costa Sur. En mi sueño llego allí desde el sur de California, donde vivo; un lugar de vacaciones, pero muy anticuado. Todas las casas son de paredes de madera y techos de tejas rojizas, tan frecuentes en California antes de la Segunda Guerra Mundial. Los caminos son polvorientos. También los automóviles son algo más anticuados. Lo extraño es que no hay lagos de este tipo en el norte de California. En la vida de vigilia he ido hacia el norte, hasta el límite con Oregón y aun más allá: setecientas millas de campo seco.

¿Dónde existen en realidad este lago y las casas y los caminos de alrededor? Incontables veces sueño con ellos. Como en los sueños tengo conciencia de que estoy de vacaciones, de que mi verdadera casa queda en el sur de California; a veces vuelvo aquí al Condado de Orange en estos sueños interconectados. Pero cuando entonces regreso aquí, vivo en una casa, mientras que en la realidad vivo en un apartamento. En mis sueños estoy casado. En mi vida de vigilia, vivo solo. Lo que es aún más extraño, mi esposa es una mujer que nunca he visto en realidad.

En un sueño los dos estamos afuera en el patio de atrás, regando y cuidando nuestro jardín de rosales. Puedo ver la casa de al lado; es una mansión y compartimos con ella una pared medianera de cemento. Para darle atractivo, a lo largo de la pared se han plantado rosales silvestres. Al pasar con el rastrillo más allá de los botes de plástico verde, repletos de partes podadas, miro a mi mujer -que riega con la manguera- y contemplo la medianera cubierta de rosales silvestres; me siento satisfecho; pienso: «No sería posible vivir felices en el sur de California si no tuviéramos esta linda casa con un hermoso jardín detrás. Preferiría ser dueño de la mansión de al lado, pero de cualquier manera me es posible contemplarla y entrar en ese espacioso jardín». Mi mujer lleva *blue jeans*; es esbelta y bonita.

Al despertar pienso: «Tendría que ir al norte, hacia el lago; es muy hermoso allí con mi mujer, el jardín de atrás, y las rosas silvestres, pero el lago es más hermoso aún». Pero entonces me doy cuenta de que estamos en enero y de que habrá nieve en la carretera cuando

lleguemos a la zona de la Bahía; no es éste un buen momento para volver a la cabaña junto al lago. Tendré que esperar hasta el verano; después de todo, en realidad soy un conductor algo tímido. Aunque mi automóvil es bastante bueno; un *Capri* rojo casi reluciente. Y entonces, cuando me despierto más todavía, me doy cuenta de que estoy viviendo en un apartamento en el sur de California, y solo. No tengo esposa. No hay una casa con jardín y una pared medianera cubierta de rosales silvestres. Lo que es aún más extraño, no sólo no tengo una cabaña junto al lago del norte, sino que no hay semejante lago en California. El mapa que examino mentalmente en sueños es un mapa ficticio; no describe el territorio de California. ¿Qué estado describe entonces? ¿Washington? Hay un abundante cuerpo de agua al norte de Washington; he volado sobre él de camino a Canadá y en una oportunidad visité Seattle.

¿Quién es esta esposa? No sólo soy soltero; jamás he estado casado con esta mujer ni nunca la he visto. No obstante, en los sueños le tengo un amor profundo, tranquilo y familiar, la especie de amor que se desarrolla sólo con el paso de muchos años. Pero ¿cómo sé incluso eso si nunca tuve a nadie a quien pudiera querer así?

Al levantarme de la cama -he estado durmiendo la siesta temprano por la tarde- entro en la sala de mi apartamento y la naturaleza sintética de mi vida me deja alelado. Estéreo (algo sintético); aparato de televisión (por cierto, algo sintético); libros, una experiencia de segunda mano, al menos si se compara con la de conducir por el estrecho camino polvoriento junto al lago, bajo las ramas de los árboles, hasta llegar finalmente a mi cabaña y al lugar de estacionamiento. ¿Qué cabaña? ¿Qué lago? Incluso puedo recordar que mi madre fue la que me llevó allí por primera vez. Ahora, a veces, voy allí por vía aérea. Hay un vuelo directo entre el sur de California y el lago... a unas pocas millas después del aeropuerto. ¿Qué aeropuerto? Pero, sobre todo, ¿cómo puedo soportar el *ersatz* de vida que llevo aquí en esta vivienda de plástico, solo, específicamente sin ella, la esbelta esposa en *blue jeans*?

Si no fuese por Amacaballo Fat y su encuentro con Dios o Cebra o el Logos y esa otra persona que vive en su cabeza, aunque en otro siglo y lugar, no haría el menor caso de mis sueños. Recuerdo artículos acerca de la gente que habita junto al lago; pertenecen a un pacífico grupo religioso, algo así como los cuáqueros (recibí la educación de un cuáquero); salvo que, se dice, estaban firmemente convencidos de que no había que poner a los niños en cunas de madera. Ésta era su proclividad herética especial. También se dice de ellos -y puedo ver escritas las palabras del artículo que les está consagrado- que «de vez en cuando nacen uno o dos brujos», lo cual tiene alguna relación con la aversión que les despiertan las cunas de madera; si se pone un niño o bebé que ha de convertirse en brujo en una cuna de madera, evidentemente ha de ir perdiendo sus poderes poco a poco.

¿Sueños de otra vida? Pero ¿dónde? Gradualmente el mapa visionario de California, que es espurio, se desvanece, y junto con él, el lago, las casas, los caminos, los automóviles, el aeropuerto, el clan de pacíficos religiosos y su peculiar aversión a las cunas de madera; pero para que todo se desvanezca, ha de desvanecerse también toda una multitud de sueños Interconectados que abarcan años de tiempo realmente transcurrido.

La única conexión entre el paisaje de este sueño y mi mundo real se encuentra en el *Capri* rojo.

¿Por qué ese elemento resulta válido en ambos mundos?

Se ha dicho de los sueños que son una «psicosis controlada», o expuesto de otro modo: una psicosis es un sueño que irrumpe durante las horas de vigilia. ¿Qué significa esto en relación con mi sueño del lago y esa mujer a la que nunca conocí y a la que me une un amor verdadero y sereno? ¿Hay dos personas en mi cerebro lo mismo que en Fat? Separadas, pues en mi caso no hubo símbolo desinhibitorio que por accidente precipitara a la «otra» a través de la pared, entrando en mi personalidad y mi mundo.

¿Somos todos como Amacaballo Fat sin saberlo?

¿En cuántos mundos existimos simultáneamente?

Adormilado aún por la siesta, enciendo el televisor e intento ver un programa titulado *«Los viejos buenos tiempos de Dick Clark, Segunda Parte».* En la pantalla aparecen mentecatos y

botarates que babean; muchachitos de cara rozagante miran extáticos aprobando la más total trivialidad. Apago el televisor. Mi gato quiere que le dé de comer. ¿Qué gato? En mis sueños mi mujer y yo no tenemos animales; somos propietarios de una hermosa casa con un patio bien cuidado en la que pasamos los fines de semana. Tenemos un garaje para dos automóviles... De pronto descubro con un sobresalto que es una casa cara; en mis sueños interconectados me encuentro en una buena posición. Vivo una vida de clase media alta. No soy yo. Yo jamás viviría así, y si lo hiciera, me sentiría incómodo. Las riquezas y las propiedades siempre me irritan; me desarrollé en Berkeley y tengo la típica conciencia izquierdista propia de ese lugar, que desconfía de la vida fácil.

La persona del sueño tiene, además, una casa frente al lago. Pero el maldito *Capri* es siempre el mismo. A principios de este año me compré un *Capri Ghia*, lujo que normalmente no puedo permitirme; es el tipo de automóvil del que sería propietaria la persona del sueño. Hay una lógica en el sueño entonces. Un hombre como ése sería propietario del mismo automóvil.

Una hora después de haber despertado del sueño, puedo ver todavía con el ojo de la mente -o lo que sea: ¿el tercer ojo, el ojo *ajna*?- la manguera de jardín que mi mujer en *blue jeans* arrastra por el sendero de cemento. Pequeños detalles sin plan general. Deseo que la mansión de al lado sea nuestra. ¿Lo deseo realmente? En la vida de vigilia yo no sería propietario de una mansión ni aunque me la regalaran. Éstas son gentes ricas; yo las detesto. ¿Quién soy? ¿Cuántas personas soy? ¿Dónde me encuentro? Este pequeño apartamento de plástico en el sur de California no es mi hogar pero ahora estoy despierto, supongo, y aquí es donde vivo con mi televisor (¡Hola, Dick Clark!) y mi estéreo (¡Hola, Olivia Newton-John!) y mis libros (¡Hola, nueve millones de mal ventilados títulos!). En comparación con la vida que llevo en los sueños Interconectados, esta de aquí es solitaria, hueca e inútil; inadecuada para una persona inteligente e instruida. *¿Dónde están las rosas? ¿Dónde está el lago? ¿Dónde la mujer esbelta, sonriente, atractiva que arrastra la verde manguera de jardín?* El que soy ahora, en comparación con el del sueño, es un hombre frustrado y derrotado, aunque supone que lleva una vida plena. En los sueños veo realmente en qué consiste una vida plena y en nada se parece a la que yo llevo realmente.

Entonces me asalta un pensamiento extraño. No estoy muy unido a mi padre, que vive todavía con más de ochenta años al norte de California, en Menlo Park. Sólo lo he visitado dos veces y eso fue hace veinte años. Su casa era como la que yo tengo en el sueño. Sus aspiraciones -y sus conquistas- se ajustan a las de las personas del sueño. ¿Me convierto en mi padre cuando estoy dormido? El hombre del sueño -yo mismo- tiene aproximadamente mi edad actual o menos aún. Sí; lo deduzco por la imagen de la mujer, mi esposa: mucho más joven. En mis sueños remonté el tiempo, y no me detuve en mi propia juventud, sino ¡en la de mi padre! En mis sueños pienso como mi padre sobre lo que es una buena vida, sobre cómo tienen que ser las cosas; la fuerza de esta nueva perspectiva me dura hasta una hora después de haberme despertado. Por supuesto, mi gato me disgusta en el momento en que me despierto; mi padre odia los gatos.

En la década antes de nacer yo, mi padre solía viajar al norte, hasta el Lago Tahoe. Probablemente él y mi madre tendrían una cabaña allí. No lo sé; nunca estuve.

Memoria filogenética, memoria de la especie. No mi propia memoria, memoria ontogenética. «La filogenia recapitula la ontogenia». El individuo contiene la historia de toda la raza, desde hoy y hacia atrás hasta sus orígenes. Hasta la antigua Roma, hasta Minos en Creta, hasta las estrellas. Todo lo que yo remonté en sueños fue una generación. Ésta es una memoria genética, la memoria del ADN. Eso explica la experiencia crucial de Amacaballo Fat, en la que el símbolo del pez del cristianismo desinhibió una personalidad que hacía dos mil años que dormía... porque el símbolo se originó dos mil años atrás. Si se le hubiera mostrado un símbolo aún más antiguo, habría habido una liberación todavía más remota; después de todo, las condiciones eran las más adecuadas; estaba saliendo de los efectos del pentotal de sodio, la «droga de la verdad».

Librodot

Fat tiene otra teoría. Cree que la fecha actual es realmente 103 EC (o dC, como yo lo escribo; al diablo con los modernismos de Fat). Nos encontramos en realidad en tiempos apostólicos, pero una capa de *maya* o lo que los griegos llamaban *dokos* oscurece el paisaje. He aquí el concepto clave de Fat: *dokos*, la capa de ilusión o lo que es mera apariencia. *Dokos* tiene relación con el tiempo, con la cuestión de si el tiempo es real.

Citaré a Heráclito por mi cuenta, sin esperar a la autorización de Fat: «El tiempo es un niño que juega a las damas; el reino pertenece a un niño». ¡Cristo! ¿Qué significa? Dice Edward Hussey acerca de este pasaje: «Aquí, como probablemente en Anaximandro, «Tiempo» es un nombre de Dios que alude etimológicamente a la eternidad. La divinidad infinitamente vieja es un niño que juega a un juego de tablero mientras mueve las piezas cósmicas y combate de acuerdo con las reglas». ¡Jesús! ¿Qué tenemos aquí por delante? ¿Dónde estamos y cuándo y quiénes somos? ¡Piezas sobre un tablero movidas por una «divinidad infinitamente vieja» que es un «niño».

Vuelvo al coñac. El coñac me tranquiliza. A veces, especialmente después de haberme pasado una velada conversando con Fat, me exaspero y necesito algo que me tranquilice. Me asalta la espantosa impresión de que Fat tiene entre manos un problema real y terrorífico. Personalmente, no pretendo proponer nuevos fundamentos teológicos o filosóficos de ninguna clase. Pero tenía que conocer a Amacaballo Fat; tenía que conocerlo y compartir sus atolondradas ideas basadas en su encuentro con dios sabe qué. Con la realidad última quizá. Sea lo que fuere, tenía vida y pensaba. Y en nada se parecía a nosotros, a pesar de la cita de *«I Juan 3:1-2»*.

Jenófanes estaba en lo cierto.

> «Hay un dios que en nada se asemeja a las criaturas mortales, ni en cuanto al cuerpo ni en cuanto a la mente».

¿No es un oxímoron decir «Yo no soy yo mismo»? ¿No es una mera contradicción verbal, un enunciado semántico sin significado? Fat resultó ser Tomás; y yo, después de estudiar la información que me brindó mi sueño, concluyo que soy mi propio padre, casado con mi madre cuando ella era joven, antes de mi propio nacimiento. Creo que esa críptica mención, «De vez en cuando nacen uno o dos brujos», tiene que ser un signo, una señal. Una tecnología lo suficientemente avanzada nos parecería una especie de magia; así lo señaló Arthur C. Clarke. Un brujo se dedica a la magia; *ergo*, un brujo es alguien que maneja una tecnología altamente refinada, una tecnología que nos desconcierta. Alguien está empeñado en un juego de tablero con el tiempo, alguien a quien no podemos ver. No es Dios. Dios es un hombre arcaico que las sociedades de otro tiempo y una gente de pensamiento anacrónico dan a esta entidad. Necesitamos un término nuevo, aunque el tema no lo sea.

Amacaballo Fat puede viajar a través del tiempo, remontando miles de años. La gente de tres ojos probablemente habita en un futuro distante; son nuestros muy evolucionados descendientes. Y es también probable que la tecnología del futuro haya permitido a Fat emprender ese viaje por el tiempo. En realidad, es posible que el carácter dominante de Fat no pertenezca al pasado, y que esté en cambio por delante de nosotros, aunque se expresó fuera de él adoptando la apariencia de Cebra. Estoy diciendo que el *Fuego de San Telmo* en el que Fat reconoció vida y percepción se manifestó en este período de tiempo y es uno de nuestros propios hijos.

Ocho

No me pareció que debía decirle a Fat que su encuentro con Dios me parecía en realidad un encuentro con un sí mismo venido del lejano futuro. Un sí mismo tan evolucionado, tan

Librodot

cambiado, que ya no era un ser humano. Fat había recordado hasta llegar al tiempo de las estrellas y se había encontrado con un ser dispuesto a volver a las estrellas, y varios sí mismos a lo largo del camino, varios puntos a lo largo de la línea. Todos ellos la misma persona.

Anotación 13 del** tractate**: Dijo Pascal: «Toda la historia no es sino un hombre inmortal que aprende de continuo». Se trata del Inmortal al que veneramos sin conocer su nombre. «Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo» y «La deidad Apolo está a punto de regresar». El nombre cambia.

En cierto nivel, Fat adivinó la verdad; se había encontrado con sus sí mismos pasados y sus sí mismos futuros; dos sí mismos futuros: uno primitivo, la gente de los tres ojos, y luego Cebra, ésta desencarnada.

De algún modo, el tiempo quedó abolido para él y la recapitulación de los sí mismos a lo largo del eje temporal lineal fue causa de que todos ellos se juntaran superponiéndose como láminas para constituir una entidad común.

Excluida de esa laminación de sí mismos, Cebra, que es supra o transtemporal, cobró existencia: energía pura, pura información viva. Inmortal, benéfica, inteligente y auxiliadora. La esencia del ser humano *racional*. En el centro de un Universo irracional gobernado por una Mente irracional, se yergue el hombre racional, Amacaballo Fat, que no es sino un ejemplo. La deidad irruptora con que Fat se encontró en 1974 era él mismo. No obstante, Fat se sentía feliz pensando que se había topado con Dios. Después de meditarlo un rato, decidí no comunicarle mi punto de vista. Al fin y al cabo, quizá me equivoco.

Todo tenía relación con el tiempo. «El tiempo puede superarse», escribió Mircea Eliade. De eso trata todo en definitiva. El gran misterio de Eleusis, de los Orfícos, de los Cristianos primitivos, de Sarapis, de los misterios Grecorromanos, de Hermes Trismegisto, de los Alquimistas Herméticos del Renacimiento, de la Hermandad de los Rosacruces, de Apolonio de Tiana, de Simón *«el Mago»*, de Asclepio, de Paracelso, de Bruno, consiste en la abolición del tiempo. Hay técnicas que ayudan a esa abolición. Dante las comenta en la *«Divina Comedia»*. La cuestión está relacionada con la pérdida de la amnesia; cuando se pierde el olvido, la verdadera memoria se proyecta hacia atrás y hacia delante, hacia el pasado y hacia el futuro, y, además, extrañamente, también a Universos alternativos; es ortogonal además de lineal.

Por eso podía decirse sin error que Elías era inmortal; había penetrado en el Reino Superior (como Fat lo llama) y no está ya sometido al tiempo. El tiempo equivale a lo que los antiguos llamaron «determinismo astral». El propósito de los misterios era liberar al iniciado del determinismo astral que, poco más o menos, equivale a su vez al destino y a la fatalidad. Sobre esto, Fat escribió en el *tractate*:

Anotación 48. Hay dos reinos: el superior y el inferior. El superior nació del Hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia e impulsado por una causa eficiente y ciega, ya que emana de una fuente exhausta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinismo astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero nos liberamos a través de los sacramentos, por mediación del plásmata. Mientras no se quiebre el determinismo astral, ni siquiera lo sabremos, tan impedidos estamos. «El Imperio nunca terminó».

Siddharta, el Buda, recordaba todas sus vidas pasadas; por eso lo llamaron el Buda, *«el Iluminado»*. La técnica para conseguir ese conocimiento pasó del Buda a Grecia y reaparece en las enseñanzas de Pitágoras, que la ocultó en gran parte como *gnosis* mística secreta; pero su discípulo Empédocles se apartó de la Hermandad Pitagórica y la hizo pública. Empédocles

les dijo a sus amigos en la intimidad que él era Apolo. También, como el Buda y Pitágoras, podía recordar sus vidas pasadas. Pero no hablaron de la capacidad de «recordar» vidas futuras.

La gente de tres ojos que Fat llegó a ver eran como una representación de él mismo, en una etapa de desarrollo esclarecido, a lo largo de varias vidas. Esto se llama en el budismo el «ojo divino superhumano» (*diva-cakkhu*), la capacidad de ver la declinación y el renacimiento de los seres. Gautama el Buda (Siddharta) lo obtuvo durante su segunda vigilia (de diez de la noche a dos de la mañana). En su primera vigilia (de seis de la tarde a diez de la noche) obtuvo el conocimiento de todas -repito: *de todas*- sus existencias previas (*pubbeni-vasamissatinana*). No se lo dije a Fat, pero técnicamente se había convertido en un Buda. No me pareció una buena idea hacérselo saber. Después de todo, si uno es un Buda, tendría que poder averiguarlo por sí mismo.

Me parece una interesante paradoja que un Buda -un iluminado- no sea capaz de advertir que lo es aun después de cuatro años y medio. Fat se había sumergido en su enorme exégesis tratando inútilmente de determinar qué le había ocurrido. Se asemejaba más a la víctima de un accidente, cuyo victimario hubiera huido sin dejar rastro, que a un Buda.

-¡Mierda sagrada! -como habría dicho Kevin de un encuentro con Cebra-. ¿Qué fue eso?

Ninguna jeringa hipodérmica, aunque tuviera extraños efectos, merecía la aprobación de Kevin. Él mismo se consideraba el halcón y la jeringa era el conejo. La exégesis no le interesaba, pero seguía siendo el buen amigo de Fat. Operaba de acuerdo con el principio: «Condena el pecado, no al pecador».

En esos días Kevin se sentía muy bien. Después de todo, la opinión adversa que tenía de Sherri se había confirmado. Esto había sido motivo de que él y Fat se unieran más todavía. Kevin conocía a Sherri por lo que valía, a pesar de su cáncer. En última instancia, el hecho de que se estuviera muriendo le importaba muy poco. Lo había meditado y había llegado a la conclusión de que el cáncer era una excusa.

La idea que por esos días obsesionaba a Fat, pues estaba cada vez más preocupado por Sherri, era que el Salvador renacería muy pronto o que ya había renacido. En algún lugar del mundo se había echado a andar o pronto estaría por reaparecer.

¿Qué pensaba hacer Fat cuando Sherri muriera? Maurice se lo había gritado en forma de pregunta. ¿Moriría él también?

De ningún modo. Mientras meditaba y escribía, hacía investigaciones y recibía fragmentos de mensajes de Cebra en estados hipnagógicos y en sueños, mientras intentaba salvar algo del naufragio, Fat había decidido ir en busca del Salvador. Lo encontraría, dondequiera que estuviese.

Ésta era la divina misión, el divino objetivo que Cebra le había impuesto en marzo de 1974; el dulce yugo, la carga liviana. Fat, ahora hombre de santidad, se convertiría en un Rey Mago de los tiempos modernos. Todo lo que le faltaba era una señal, algún indicio de dónde buscar. En el momento propicio, Cebra se lo daría a conocer; la señal provendría de Dios. Éste era todo el propósito de la teofanía de Cebra: poner a Fat en camino.

Cuando se lo dije a nuestro amigo David, él me preguntó:

-¿Será Jesús? -insistiendo en su catolicismo.

-Es el quinto salvador -dijo Fat enigmáticamente.

Al fin y al cabo, Cebra se había referido a la venida del Salvador de diversas -y en cierto sentido conflictivas- maneras: como Santa Sofía, que era un Cristo; como Apolo, como Buda o como Siddharta.

La teología de Fat era en verdad ecléctica y enumeró a varios salvadores: el Buda, Zoroastro, Jesús y Abu Al-Qasim Muhammad Ibn Abd Allah Abd Al-Muttalib Ibn Hashim (esto es, Mahoma). A veces agregaba a Mani a la lista. Por tanto, el próximo Salvador sería el número cinco según la lista abreviada, o el número seis según la lista completa. En ciertos momentos Fat también incluía a Asclepio, lo cual convertiría al Salvador venidero en el número siete. De cualquier manera, el Salvador venidero sería el último; se levantaría como

Librodot

rey y juez sobre todas las naciones y los pueblos. Ya se había tendido el puente-criba del zoroastrismo por el que las almas buenas (las de luz) se separarían de las malas (las de sombra). Ma'at había puesto su pluma en la balanza para que sirviera de contrapeso al corazón de cada uno de los hombres juzgados, con Osiris como Juez. Era tiempo de gran ocupación.

Fat tenía intención de estar presente, quizá para alcanzar el *«Libro de la Vida»* al Juez Supremo, el Viejo de los Días mencionado en el *«Libro de Daniel»*.

Todos le señalamos a Fat que si era posible tener esperanzas, el *«Libro de la Vida»* -en el que estarían inscritos los nombres de los hombres salvados- sería demasiado pesado para que un solo hombre pudiera levantarlo; haría falta un montacargas y una grúa. A Fat la observación no le hizo la menor gracia.

-Vosotros esperad a que el Juez Supremo vea a mi gato muerto -dijo Kevin.

-Tú y tu maldito gato muerto -dije yo-. Estamos cansados de oírte.

Después de escuchar a Fat exponer sus bien trazados planes para ir a buscar al Salvador -por lejos que tuviera que viajar para encontrarlo-, me di cuenta de lo obvio: en realidad Fat estaba buscando a Gloria, de cuya muerte se consideraba responsable. Había mezclado sus creencias y metas religiosas con su vida y sus metas emocionales. Para él «salvador» significaba «amiga perdida». Tenía esperanzas de volver a reunirse con ella, pero más allá de la tumba. Si no podía encontrarla allá, la encontraría aquí. De modo que, aunque ya no se comportaba como un presunto suicida, estaba todavía chiflado. Pero esto a mí me parecía una mejoría; *thanatos* perdía ante *eros*. Como lo dijo Kevin:

-A lo mejor en el camino Fat quizá se monte a alguna hembra.

En el tiempo en que Fat iniciara esa sagrada indagación, estaría buscando a dos muchachas muertas: Gloria y Sherri. Esta versión puesta al día de la saga del Grial fue causa de que me preguntara si los caballeros de Montsavat, el castillo en el que terminó Parsifal, no estarían animados por motivaciones igualmente eróticas. Wagner dice en su texto que sólo aquellos a quienes el Grial llama, encuentran el camino. La sangre del Cristo en la cruz había sido recogida en la misma copa en la que él bebió durante la Última Cena; de modo que, literalmente, terminó por contener su sangre. En esencia era la sangre, no el Grial, lo que convocaba a los caballeros; la sangre nunca murió. Como Cebra, el contenido del Grial era un plasma o, como lo llamaba Fat, un plásmata. Probablemente Fat habría apuntado en algún lugar de su exégesis que Cebra era igual al plásmata, que a su vez era igual a la sangre sagrada del Cristo crucificado.

La sangre derramada por la joven destrozada, que agonizaba sobre el pavimento, a los pies del edificio *Synanon* de Oakland, llamaba a Fat que, como Parsifal, era un rematado tonto. Eso es lo que, según se supone, la palabra «parsifal» significa en árabe: se cree que deriva de *«Falparsi»*, palabra árabe que significa «tonto sin mezcla». Por supuesto, no es éste en realidad el caso, aunque en la ópera *«Parsifal»*, Kundry se dirige a Parsifal de este modo. El nombre *«Parsifal»*, en realidad, deriva de *«Perceval»* que es sencillamente un nombre. No obstante, queda en pie un punto de interés: vía Persia el Grial se identifica con la *«lapis exilix»* precristiana, que es una piedra mágica. Esta piedra aparece posteriormente en la alquimia hermética como el agente por el que el hombre alcanza la metamorfosis. En el concepto de Fat sobre la simbiosis entre las especies, según el cual el ser humano se une a Cebra o al Logos o al plásmata para convertirse en un homoplásmata, veo una cierta continuidad. Fat mismo creía haberse adherido a Cebra; por tanto, ya se había convertido en aquello que los alquimistas buscaban. Sería, pues, natural para él ponerse en camino a la búsqueda del Grial; se encontraría a sí mismo y encontrará un hogar.

Kevin, que se burlaba de continuo de las aspiraciones idealistas de Fat, asumía el papel de Klingsor, el mago malvado. Fat, de acuerdo con Kevin, estaba erotizado. En Fat, *thanatos* -la muerte- luchaba con *eros*, al que Kevin identificaba no con la vida sino con el hecho de fornicar. Quizás esto no sea en exceso desatinado; me refiero a la descripción básica de la lucha dialéctica que una y otra vez se libra en la mente de Fat. Una parte de Fat deseaba la muerte y otra vida.

Thanatos puede tomar la forma que le plazca; puede matar a *eros*, el impulso de vida, y luego adoptar su imagen. Una vez que *thanatos* logra hacerle eso a uno, se está en verdaderas dificultades; uno supone que es *eros* lo que lo impulsa, pero se trata de *thanatos* con una máscara. Tenía esperanzas de que no fuera éste el caso de Fat; tenía esperanzas de que su deseo de ponerse en marcha para encontrar al Salvador proviniera de *eros*.

El Verdadero Salvador, o lo que para el caso es lo mismo, el verdadero Dios, es portador de vida, es vida. Cualquier «salvador» o «dios» que sea portador de muerte es *thanatos* enmascarado. Ésta es la razón por la que Jesús se identificó como el verdadero Salvador -aun cuando no quisiera hacerlo- mediante curas milagrosas. La gente sabía a qué apuntaban los milagros. Hay un maravilloso pasaje justo al final del *«Viejo Testamento»* en el que este asunto se aclara. Dios dice: «Pero para los que seáis temerosos de mi nombre, el sol de la justicia se elevará en alas de curación e irrumpiréis libres como cabritos a los que se les ha abierto la puerta del corral».

En cierto sentido Fat tenía esperanzas de que el Salvador curara lo que estaba enfermo, restaurara lo que se había roto. A veces, llegaba a creer que Gloria, la joven muerta, podría volver a la vida. Por este motivo la despiadada agonía de Sherri, el desarrollo del cáncer lo frustraba y agotaba sus esperanzas y sus creencias espirituales. De acuerdo con su sistema, tal como se expresa en la exégesis, basada en un encuentro con Dios, Sherri tendría que haberse recuperado.

Fat iba en busca de un trato muy importante. Desde un punto de vista técnico, comprendía por qué Sherri padecía de cáncer, pero no espiritualmente. En verdad a Fat no le era posible entender por qué Cristo, el Hijo de Dios, había sido crucificado. El dolor y el sufrimiento no tenían sentido para Fat; no encontraba lugar para ellos en el gran trazado del sistema. Por tanto, razonaba, la existencia de tan espantosas aflicciones era indicio de la irracionalidad que imperaba en el Universo, una ofensa a la razón.

Más allá de toda duda, Fat continuaba buscando con la mayor seriedad. Había llegado a acumular casi veinte mil dólares en su cuenta de ahorros.

-No te burles -le dije a Kevin un día-. Esto es muy importante para él.

Con el brillo en los ojos de la acostumbrada befa cínica, Kevin dijo:

-Tener a mi disposición un buen culo es también importante para mí.

-Cállate -le dije-. No tienes ni pizca de gracia.

Kevin se limitó a seguir exhibiendo la misma sonrisa cínica.

Una semana más tarde Sherri murió.

Ahora, como yo lo había previsto, la conciencia de Fat llevaba la carga de dos muertes. No había sido capaz de salvar a ninguna de las dos muchachas. Cuando uno es Atlas, tiene que soportar una carga muy grande, y si uno la deja caer, mucha gente sufre, todo un mundo de gente, todo un mundo dolorido. Esta carga pesaba sobre Fat más espiritual que físicamente. Atados a él, los dos cadáveres clamaban que los rescatasen, clamaban, aun cuando estuvieran muertos. Los gritos de los muertos son en verdad terribles; hay que tratar de no oírlos.

Lo que yo temía era que Fat volviera a intentar suicidarse, o al menos que tuviera que pasar otra temporada en una cámara acolchada.

Para mi sorpresa, cuando visité el apartamento de Fat, lo encontré muy tranquilo.

-Me voy -me dijo.

-¿Emprendes la indagación?

-Lo adivinaste -me contestó Fat.

-¿Adónde vas?

-No lo sé. Simplemente me pondré en movimiento y dejaré que Cebra me guíe.

Nada me movía a intentar disuadirlo. ¿Qué alternativa había? ¿Quedarse sentado solo en el cuarto que había compartido con Sherri? ¿Escuchar cómo Kevin se burlaba de los sufrimientos del mundo? Peor aún, podía dedicarse a escuchar cómo «Dios obtenía el bien del mal», según lo explicaba David. Si había algo capaz de convertirse en motivo de que Fat fuera a parar a una cámara acolchada era encontrarse atrapado en un tiroteo entre Kevin y David: el

estúpido, piadoso y crédulo, contra el cínicamente cruel. Y ¿qué podía añadir yo? También a mí me había desgarrado la muerte de Sherri; me había reducido a mis partes fundamentales, como un juguete desarmable de nuevo convertido en el primitivo equipo de vivos colores. Tuve ganas de decir: «Llévame contigo, Fat. Enséñame el camino a casa».

Mientras Fat y yo estábamos allí sentados y afligidos, de pronto sonó el teléfono. Era Beth, que quería saber si Fat se había dado cuenta de que se había atrasado una semana en el pago de alimentos para Christopher. Cuando colgó el receptor, Fat dijo:

-Mis ex esposas descienden de las ratas.

-Tienes que irte -le dije.

-Pues entonces estás de acuerdo.

-Sí -le dije.

-Tengo dinero suficiente como para ir a cualquier parte. He pensado en China. He pensado: ¿Cuál es el lugar donde es menos probable que él decida nacer? En un país comunista, como China. O Francia.

-¿Por qué Francia? -le pregunté.

-Siempre quise conocer Francia.

-Pues entonces ve a Francia.

-¿Y qué vas a hacer ahora? -murmuró Fat.

-¿Cómo...?

-Estaba pensando en el anuncio de TV para los cheques de viajero de la *American Express*. «¿Y qué vas a hacer ahora?», me pregunto. ¿Qué vas a hacer ahora? Así es cómo me siento. Tienes razón.

Le contesté:

-A mí me gusta ese en el que el hombre maduro dice: «Tenía seiscientos dólares en la billetera. Nunca en la vida me había ocurrido algo peor». Si eso es lo peor que le ha ocurrido...

-Sí -asintió Fat-. Es un hombre que ha llevado una vida protegida.

Conocía la visión que se había conjurado a sí misma en la mente de Fat: la visión de las dos muchachas agónicas. Una de ellas destrozada por el impacto contra las piedras de la calle, la otra despedazada por dentro. Me estremecí y yo mismo tuve ganas de echarme a llorar.

-Se ahogaba -dijo finalmente Fat en voz baja-. Sencillamente se estaba ahogando; ya casi no respiraba.

-Lo siento -dije.

-¿Sabes lo que me dijo el doctor para darme ánimo? -preguntó Fat-. «Hay enfermedades peores que el cáncer».

-¿Te mostró unas diapositivas?

Los dos nos echamos a reír. Cuando el dolor te vuelve casi loco, uno se ríe de lo que puede.

-Vayamos caminando hasta *Sombrero Street* -dije. Había allí un bar y un buen restaurante que nos gustaba a todos-. Te invito con un trago.

Caminamos hasta la calle principal y nos sentamos a la barra en *Sombrero Street*.

-¿Dónde está la señora no muy alta de cabellos castaños que solía venir con usted? -le preguntó a Fat la camarera mientras nos servía los tragos.

-En Cleveland -contestó Fat. Los dos nos echamos a reír otra vez. La camarera se acordaba de Sherri. Era demasiado espantoso como para tomarlo en serio.

-Conocí a esa mujer -le dije a Fat mientras bebíamos- y le empecé a hablar de mi gato que había muerto. Le dije: «Bien, está descansando en la eternidad», a lo que ella contestó enseguida completamente en serio: «Mi gato está enterrado en Glendale». Todos aportamos nuestra opinión, comparando las condiciones climáticas de Glendale con las de la eternidad. -A estas alturas tanto Fat como yo nos estábamos riendo tanto que la gente de alrededor comenzaba a mirarnos-. Tenemos que parar -dije, serenándome.

-¿Hace más frío en la eternidad? -preguntó Fat.

Librodot

-Sí, pero hay menos *smog*.

Fat dijo:

-Quizá sea allí donde podría encontrarlo.

-¿A quién? -inquirí.

-A él. Al quinto salvador.

-¿Recuerdas esa vez en tu casa -dije-, cuando Sherri iniciaba el tratamiento de quimioterapia y se le estaba cayendo el pelo...?

-Sí, el cuenco de agua del gato.

-Estaba de pie junto al cuenco de agua del gato y el pelo le caía en el cuenco y el pobre gato estaba desconcertado.

-«¿Qué diablos es esto?» -dijo Fat citando lo que el gato habría dicho si hubiera sabido hablar-. «¿Aquí en mi cuenco?»

Sonrió, pero ahora sin alegría. Nos costaba mucho estar contentos, aun entre nosotros.

-Nos hace falta Kevin para animarnos -dijo Fat-. Pensándolo mejor, quizá no lo necesitemos.

-Simplemente tenemos que seguir apostando -dije.

-Phil -me dijo Fat-, si no lo encuentro voy a morir.

-Lo sé -le dije. Era cierto. El Salvador se interponía entre Amacaballo Fat y la aniquilación.

-Estoy programado para la autodestrucción -dijo Fat-. El botón ha sido presionado.

-Las sensaciones que tienes... -empecé.

-Son racionales -dijo Fat-. Las que pueden esperarse de esta situación. Sí, esto no es ninguna locura. Tengo que encontrarlo dondequiera que esté ahora o moriré.

-Bien, pues entonces también yo moriré -dije-. Si tú te mueres.

-Eso es cierto -dijo Fat. Asintió con la cabeza-. Tú lo has dicho bien: no puedes existir sin mí, ni yo puedo existir sin ti. Estamos en esto juntos. Mierda.

¿Qué clase de vida nos ha tocado? ¿Por qué suceden estas cosas?

-Tú mismo lo dijiste. El Universo...

-Lo encontraré -dijo Fat. Se bebió su trago, dejó la copa vacía sobre la mesa y se puso de pie-. Volvamos a mi casa. Quiero escuchar *«Living in the USA»*, el nuevo disco de Linda Ronstadt. Es realmente bueno.

Cuando abandonamos el bar, comenté:

-Kevin dice que la Ronstadt está agotada.

Haciendo una pausa antes de salir, Fat dijo:

-El que está agotado es él. El Día del Juicio sacará a relucir ese gato suyo de debajo de la chaqueta y se van a reír de él como él se ríe de nosotros. Eso es lo que se merece: un Juez Supremo exactamente como él.

-No es una mala idea teológica -dije-. Enfrentarse a uno mismo. ¿Crees que lo encontrarás?

-¿Al Salvador? Sí, lo encontraré. Si me quedo sin dinero, volveré, me pondré a trabajar y partiré nuevamente. Tiene que estar en alguna parte. Así lo dijo Cebra. Y Tomás, dentro de mi cabeza; él lo sabía; recordaba a Jesús que había partido no hacía mucho y sabía que volvería. Estaban todos contentos, muy contentos, y se preparaban a recibirlo. El novio estaría de regreso. Todo era placenteramente festivo, Phil; y la gente corría feliz y excitada de acá para allá. Abandonaban corriendo la Negra Prisión de Acero y reían y reían; la habían hecho mierda, Phil, a toda la prisión. La habían derribado, se habían librado de ella... Corrían y se reían y se sentían muy, muy felices. Y yo era uno de ellos.

-Lo volverás a ser -dije.

-Lo volveré a ser -dijo Fat- cuando lo encuentre. Pero hasta entonces no lo seré; no puedo, no hay cómo. -Se detuvo en la acera con las manos metidas en los bolsillos-. Lo echo de menos, Phil; lo echo jodidamente de menos. Quiero estar con él; quiero sentir su brazo alrededor de mí. Nadie más puede hacerlo. Lo vi... poco más o menos... y quiero volver a verlo. Ese amor, esa calidez..., ese deleite que él experimenta, que soy yo, que es verme; esa felicidad de que sea yo: de *reconocerme. ¡Él me ha reconocido!*

Librodot

-Lo sé -dije con torpeza.

-Nadie sabe lo que se siente entonces -dijo Fat- al verlo, y luego al dejar de verlo. Hace casi cinco años ya, cinco años desde que... -Hizo un gesto-. ¿Desde qué? ¿Y antes?

-Lo encontrarás -dije.

-Tengo que encontrarlo -dijo Fat-. De lo contrario, moriré. Y tú también, Phil, y los dos lo sabemos.

El conductor de los caballeros del Grial, Amfortas, tiene una herida que no cura. Klingsor lo ha herido con la lanza que atravesó el costado de Cristo. Más adelante, cuando Klingsor arroja la lanza a Parsifal, el tonto sin mezcla agarra la lanza -que ha quedado detenida en el aire- y la sostiene haciendo con ella el signo de la cruz; ante este signo Klingsor y todo su castillo se desvanecen. Para empezar, nunca habían estado allí; eran una ilusión, lo que los griegos llaman *dokos*; lo que los hindúes llaman el *velo de maya*.

No hay nada que Parsifal no pueda hacer. Al final de la ópera, Parsifal toca la herida de Amfortas con la lanza y la herida se cura. Amfortas, que sólo quería morir, queda curado. Se oyen unas palabras sumamente misteriosas que nunca entendí a pesar de que leo alemán:

«Gesegnet sei dein Leiden,
das Mitleids höchste Kraft,
und reinsten Wissens Macht
denn zagen Taren gab!»

Ésta es una de las claves de la historia de *«Parsifal»*, el tonto de capirote que destruye la ilusión del mago Klingsor y su castillo y cura la herida de Amfortas. Pero ¿qué significa?

«Bendito sea tu dolor
que dio al miedoso capirote
el más alto poder de la piedad
y el poder del más puro conocimiento».

No sé lo que esto significa. No obstante sé que en nuestro caso, el tonto de capirote, el mismo Amacaballo Fat, era quien tenía la herida rebelde y el repetido dolor. La herida fue provocada por la lanza que horadó el costado del Salvador, y sólo la misma lanza es capaz de curarla. En la ópera, después de que Amfortas se haya curado, se abre por fin el santuario (que ha estado cerrado mucho tiempo) y se revela el Grial: en ese momento unas voces celestiales dicen:

«Erlösung dem Erlöser!»

Lo cual es muy extraño porque significa:

«¡El Redentor redimido!»

En otras palabras, Cristo se ha salvado a sí mismo.

Hay un término técnico para esto. *Salvator salvandus.* El «salvador salvado».

> «El hecho de que para el desempeño de su tarea el eterno mensajero ha de aceptar la encarnación y el exilio cósmico y además el hecho de que, cuando menos en la versión iraní del mito, el mensajero es en cierto sentido idéntico a

> aquellos a los que llama -otrora partes perdidas del divino sí mismo- dan origen a la conmovedora idea del «salvador salvado» (*Salvator salvandus*)».

La fuente a que recurro tiene una gran reputación: *«The Enciclopedia of Philosophy»*, Macmillan Publishing Company, Nueva York, 1967; artículo sobre «Gnosticismo». Trato de dilucidar de qué modo esto se aplica a Fat. ¿Qué es este «más alto poder de la piedad»? ¿En qué sentido tiene la piedad poder para curar una herida? Y ¿puede Fat tener piedad de sí mismo y curar su propia herida? *¿Convertiría esto a Fat en el Salvador mismo, en el salvador salvado?* Es, parece ser, la idea que expresa Wagner, y que es de origen gnóstico. ¿Cómo se incorporó a *«Parsifal»*?

Quizá Fat se estuviera buscando a sí mismo cuando se puso en camino en busca del Salvador. Para curar la herida que abrió primero la muerte de Gloria y luego la muerte de Sherri. Pero ¿cuál es en nuestro mundo moderno el análogo del enorme castillo de piedra de Klingsor?

¿Lo que Fat llama el Imperio? ¿La Negra Prisión de Acero?

¿Es el Imperio «que nunca terminó», una ilusión?

Las palabras pronunciadas por Parsifal que provocan la desaparición del enorme castillo de piedra, y del mismo Klingsor son:

> «Mir diesem Zeichnen bann' ich deinen Zauber»
> *«Con este signo aniquilo tu magia».*

El signo, por supuesto, es el signo de la Cruz. El Salvador de Fat es Fat mismo, como ya lo aclaré antes. Cebra es todos los sí mismos a lo largo del eje temporal lineal, laminados superpuestos para formar un sí mismo supra o transtemporal que no puede morir y que ha vuelto para salvar a Fat. Pero no me atrevo a decirle a Fat que se está buscando a sí mismo. No está preparado para tener semejante idea pues, como el resto de nosotros, busca a un salvador exterior.

«El más alto poder de la piedad» es sólo palabrería. La piedad no tiene ningún poder. Fat sentía una gran piedad por Gloria y también la sentía por Sherri y maldito el beneficio que consiguió en ambos casos. Algo faltaba. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo ha contemplado impotente a un ser humano enfermo o agonizante o a un animal igualmente enfermo o agonizante. Ha sentido una terrible piedad, una piedad abrumadora, y se ha dado cuenta de que, por grande que haya sido esta piedad, de nada le vale.

Otra cosa fue lo que curó la herida.

Para mí, para David y para Kevin, esto era un asunto muy serio: esta herida de Fat que no curaba, pero que tenía que curarse y que se curaría... si Fat encontraba al Salvador. ¿Había un momento en el futuro en el que Fat recobraría el sentido, reconocería que él era el Salvador y, por lo mismo, automáticamente, se le curaría la herida? No pongáis las manos en el fuego por ello. Yo no lo haría.

«Parsifal» es uno de esos complicados artefactos de la cultura con el que se obtiene la sensación subjetiva de que se ha aprendido algo de él, algo valioso y aun inapreciable; pero cuando se lo examina más de cerca, uno de pronto comienza a rascarse la cabeza y dice: «Un momentito. Esto no tiene sentido». Me imagino a Richard Wagner frente a las puertas del paraíso. «Tenéis que dejarme entrar -dice-. Yo escribí *«Parsifal»*. Trata del Grial, Cristo, el sufrimiento, la piedad y la curación, ¿no es así?» Y le contestan: «Bueno, lo hemos leído y no tiene el menor sentido». Portazo. Wagner tiene razón y también los demás. Esta es otra trampa china.

O quizá no comprenda lo fundamental. Tenemos aquí entre manos una paradoja *zen*. Lo que no tiene sentido lo tiene *más* que ninguna otra cosa. Estoy cometiendo un pecado de la mayor magnitud; incurro en la lógica bivalente aristotélica: «Una cosa es A o no-A» (El

Librodot

principio del tercero excluido). Todo el mundo sabe que la lógica bivalente aristotélica se ha ido a la mierda. Lo que estoy tratando de decir es que...

Si Kevin estuviera aquí diría: «¡Chipum! ¡Chipum! ¡Chipum, pum, pum!», que es lo que dice siempre cuando Fat lee en voz alta esa exégesis. A Kevin lo Profundo no le interesa demasiado. Tiene razón. Todo lo que hago cuando intento entender cómo Amacaballo Fat ha de curar -salvar- a Amacaballo Fat es incurrir una y otra vez en «Chipum, pum, pum». Porque Fat no puede salvarse. Curar a Sherri ya era una muerte virtual. Ahora no está Gloria, pero Sherri murió. La muerte de Gloria fue causa de que Fat ingiriera cuarenta y nueve tabletas de veneno y ahora tenemos esperanza de que al morir Sherri se ponga en marcha al encuentro del Salvador (¿qué Salvador?) y se cure..., se cure de una herida que antes de la muerte de Sherri ya era virtualmente mortal. Ahora no queda Amacaballo Fat; sólo la herida sobrevive.

Amacaballo Fat está muerto. Arrastrado a la tumba por dos mujeres malignas. Arrastrado por ser un tonto. Ése es otro aspecto de *«Parsifal»* sin el menor sentido: la idea de que ser estúpido contribuye a la salvación. ¿Por qué? En *«Parsifal»* el sufrimiento le dio la rematada tontería de «el poder del puro conocimiento». ¿De qué modo? ¿Por qué? Por favor, explicadlo.

Por favor, mostradme de qué modo el sufrimiento de Gloria y el sufrimiento de Sherri tuvieron algún efecto benéfico en Fat, en alguien, en algo. Eso es una mentira. Una maligna mentira. Hay que abolir el sufrimiento. Bien, hay que admitir que así lo hizo Parsifal curando la herida; el padecimiento de Amfortas cesó. Lo que realmente necesitamos es un médico, no una lanza. Permitidme que os ofrezca la anotación 45 del *tractate* de Fat:

> ***45. Cristo se me apareció en una visión y correctamente le dije: «Necesitamos atención médica». En la visión había un creador insano que destruía lo que había creado sin propósito alguno; lo cual significa de manera irracional. Esta es la veta perturbada de la Mente; Cristo es nuestra única esperanza, pues no podemos llamar ahora a Asclepio. Asclepio vino antes de Cristo e hizo que un hombre se levantara de entre los muertos; por este acto Zeus mandó que un Cíclope lo eliminara con un rayo. También mataron a Cristo por lo que había hecho: resucitar a un hombre de entre los muertos. Elías devolvió la vida a un muchacho y poco después desapareció en medio de un remolino. «El Imperio nunca terminó».***
>
> ***46. El médico ha venido a nosotros varias veces con distintos nombres. Pero todavía no estamos curados. El Imperio lo identifica y lo rechaza. Esta vez el médico acabará con el Imperio por fagocitosis.***

En muchos sentidos la exégesis de Fat resulta más atinada que *«Parsifal»*. Fat concibe el Universo como un organismo viviente que lleva consigo una partícula tóxica. La partícula tóxica, un metal pesado, ha impregnado el Universo-organismo y lo está envenenando. El Universo-organismo emite un fagocitador. El fagocitador es Cristo. Éste acorrala a la partícula de metal tóxica -la Negra Prisión de Acero- y comienza a destruirla.

> ***41. El Imperio es la Institución, la codificación de la perturbación; está loco y nos impone esa locura por la violencia; es violento por naturaleza.***
>
> ***42. Luchar contra el Imperio significa infectarse de la perturbación que lo domina. Ésta es una paradoja; quienquiera que derrote un segmento del Imperio, se convierte en el Imperio; prolifera como un virus, imponiendo su forma a los enemigos. Por tanto, se convierte en el enemigo.***

43. Contra el Imperio se levanta la información viva, el plásmata o médico que conocemos con el nombre de Espíritu Santo o Cristo desencarnado. Éstos son los dos principios: el oscuro (el Imperio) y el luminoso (el plásmata). Al final, la Mente dará la victoria al principio luminoso. Cada uno de nosotros morirá o sobrevivirá según dedique sus esfuerzos a uno o a otro. Cada cual contiene un componente de esos dos principios. Por último, en cada uno de los seres humanos triunfará uno u otro de los componentes. Zoroastro lo sabía porque la Mente Sabia le transmitió la información. Él fue el primer Salvador.* Cuatro han existido en total. Un quinto que está por nacer diferirá de los otros, pues ha de gobernarnos y juzgarnos.

Según me parece, Kevin puede soltar ese «Chipum, pum, pum» cada vez que Fat lea o cite el *tractate*, pero Fat ha encontrado una verdad. Fat ha vislumbrado un proceso de fagocitosis en el que nosotros, en microforma, estamos involucrados. Cada cual tiene en sí mismo una partícula de metal tóxica: «Lo que está en lo alto (el macrocosmos) es lo que está debajo (el microcosmos o el hombre)». Todos estamos heridos y necesitamos un médico... Elías para los judíos, Cristo para los cristianos, Asclepio para los griegos, Zoroastro para los gnósticos, los seguidores de Mani, etcétera. Morimos porque nacemos enfermos, con una gruesa astilla de metal clavada, con una herida como la herida de Amfortas. Y cuando estemos curados seremos inmortales; así tenía que ser, pero la astilla de metal tóxica penetró en el macrocosmos y, simultáneamente, penetró también en cada uno de los pluriformes microcósmicos: nosotros.

Considérese el gato que dormita en nuestro regazo. Está herido, pero la herida no se advierte todavía. Como a Sherri, algo lo está devorando. ¿Queréis apostar contra esta enunciación? Superponed todas las imágenes del gato en el tiempo lineal para constituir una entidad; lo que se obtiene está horadado, lastimado, muerto. Pero ocurre un milagro. Un médico invisible restaura al gato.

> De modo que todo no se demora sino un momento y se precipita hacia la muerte. La planta y el insecto mueren al final del estío, el bruto y el hombre al cabo de unos pocos años: la muerte madura incansablemente. Sin embargo, más todavía, como si esto no fuera así, todo está siempre presente y en el sitio que le corresponde, como si todo fuera imperecedero... Esta es la inmortalidad temporal. En consecuencia, a pesar de los millares de años de muerte y decadencia transcurridos, nada se ha perdido, ni un átomo de materia, ni menos aún nada del ser interior que se exhibe como naturaleza. Por tanto, a cada instante, podemos exclamar animados: «¡A pesar del tiempo, la muerte y la decadencia, todavía estamos todos juntos y enteros!»
>
> (Schopenhauer)

En alguna parte Schopenhauer dice que el gato que vemos jugar en el patio es el gato que jugaba allí hace tres mil años. Esto es lo que Fat había encontrado en Tomás, en la gente de tres ojos, y sobre todo en Cebra, que no tenía cuerpo. Un viejo argumento para la demostración de la inmortalidad pretende que si todas las criaturas realmente mueren -tal como parece-, la vida continuamente abandona el Universo, abandona el ser; por tanto, finalmente toda vida habrá abandonado el ser, pues no se conoce que esto tenga excepciones. Ergo, a pesar de lo que vemos, la vida de algún modo no ha de convertirse en muerte.

Junto con Gloria y con Sherri, Fat había muerto, pero Fat aún seguía viviendo, como el Salvador que se proponía buscar.

---

* Fat ha dejado de lado a Buda, quizá porque no lo comprende.

Nueve

La *«Oda»* de Wordsworth lleva por subtítulo *«Insinuaciones de inmortalidad en recuerdos de la primera infancia»*. En el caso de Fat, las «insinuaciones de inmortalidad» se basaban en el recuerdo de una vida futura.

Además, Fat no era capaz de escribir buena poesía, a pesar de sus mejores esfuerzos. Le encantaba la *«Oda»* de Wordsworth y habría querido escribir un equivalente. Nunca lo consiguió.

De cualquier manera, los pensamientos de Fat habían vuelto a enfocarse en los viajes. Estos pensamientos tenían ahora una naturaleza específica; un día visitó la oficina turística de *Viajes Alrededor del Mundo* (ramal de Santa Ana) y habló con la señora que atendía el mostrador; con la señora y una computadora de destinos.

-Sí, podemos conseguirle un barco que llega a China en un lento recorrido -dijo la señora animadamente.

-¿Y un avión veloz? -preguntó Fat.

-¿Viaja a China por razones médicas? -preguntó a su vez la señora.

A Fat le sorprendió la pregunta.

-Muchas personas de los países occidentales viajan a China para algún tratamiento médico -explicó la señora-. Aun desde Suecia, tengo entendido. Los servicios médicos chinos son excepcionalmente baratos..., pero quizás usted ya lo sabe. ¿Lo sabe? Operaciones de cirugía mayor llegan a costar unos trescientos dólares.

Buscó desordenadamente entre unos panfletos.

-Eso cuentan -dijo Fat.

-Y luego lo puede descontar de los impuestos -dijo la señora-. ¿Se da cuenta de cómo podemos ayudarlo en *Viajes Alrededor del Mundo*?

La ironía de este aspecto secundario de la cuestión fue evidente para Fat: el hombre que buscaba al quinto Salvador podía descontar de los impuestos estatales y federales los gastos de peregrinación. Esa noche, cuando Kevin fue a visitarlo, se lo mencionó creyendo que lo encontraría torcidamente divertido. Pero Kevin pensaba en alguna otra cosa. En tono enigmático preguntó:

-¿Qué tal si vamos al cine mañana por la noche?

-¿A ver qué? -Fat había captado unas resonancias oscuras en la voz de su amigo. Significaba que Kevin se traía algo entre manos. Pero por supuesto, fiel a su naturaleza como de costumbre, Kevin no le dijo mucho más.

-Es una película de ciencia-ficción -explicó.

-Bueno -dijo Fat.

A la noche siguiente, él, Kevin y yo fuimos por la Avenida Tustin hasta un pequeño cinematógrafo; puesto que iban a ver un film de ciencia-ficción, me pareció que por motivos profesionales yo tenía que ser de la partida.

Cuando Kevin aparcó el pequeño *Honda Civic* de color rojo, alcanzamos a ver la marquesina de la sala.

-*«Valis»* -leyó Fat-. Con *Mamá Gansa*. ¿Qué diablos es «Mamá Gansa»?

-Un grupo de *rock* -dije yo, decepcionado; pensé que no iba a gustarme. Kevin tenía aficiones muy raras, tanto en cine como en música; esa noche, parecía, se las había compuesto para combinar ambas cosas.

-Yo ya la he visto -dijo-. Aguantad conmigo. No os arrepentiréis.

-¿La has visto -le preguntó Fat- y quieres verla de nuevo?

-Aguantad conmigo -insistió Kevin. Cuando nos sentamos en el interior de la pequeña sala, advertimos que el público era casi todo de adolescentes.

-Mamá Gansa es Eric Lampton -dijo Kevin-. Escribió el guión de *«Valis»* y es el protagonista.

Librodot

-¿Canta? -pregunté yo.

-No -contestó Kevin.

-¿Por qué estamos aquí? -preguntó Fat.

Kevin lo miró sin contestarle.

-¿No es esto como el disco de eructos? -preguntó Fat. En cierta ocasión en que había estado muy deprimido, Kevin le trajo un disco que, se lo aseguró, le daría ánimos. Fat tuvo que ponerse unos audífonos electroestáticos *Stax* y todo lo que escuchó fue una colección de los más diversos eructos.

-No -dijo Kevin.

Se apagaron las luces; los adolescentes callaron y comenzaron a aparecer los títulos y los créditos.

-¿Os dice algo el nombre de Brent Mini? -preguntó Kevin-. Fue el que escribió la música. Mini trabaja con sonidos aleatorios y los llama «Música sincrónica». Ya ha publicado tres LP. Tengo los dos últimos, pero no pude conseguir el primero.

-Entonces esto es algo serio -dijo Fat.

-Tú observa -dijo Kevin.

Sonaron unos ruidos electrónicos.

-Oh, Dios -dije yo con aversión. En la pantalla apareció una vasta burbuja coloreada que explotaba en todas direcciones; la cámara se aproximó para un primer plano. Un *film* de ciencia-ficción de bajo presupuesto, me dije. Esto es lo que da mala reputación al género.

La acción comenzaba bruscamente; los títulos se desvanecieron de pronto. Apareció un campo abierto reseco, pardo, con unos pocos matorrales aquí y allá. Bien, me dije, he aquí lo que vamos a ver. Un *jeep* en el que viajan dos soldados se acerca dando tumbos por el campo. En ese momento una vivida luz relumbra en el cielo.

-Parece un meteoro, Capitán -dice uno de los soldados.

-Sí -asiente meditativo el otro soldado-. Pero quizás es mejor que investiguemos.

Me equivocaba.

El *film «Valis»* trata de una pequeña empresa discográfica en la ciudad de Burbank, la *Meritone Record*, propiedad de un tal Nicholas Brady, genio de la electrónica. La época -por el estilo de los automóviles y la especie particular de *rock* que se ejecuta- parece ser fines de la década de 1960 o principios de la de 1970, aunque con algunas extrañas incongruencias. Por ejemplo, no parecía existir Richard Nixon; el Presidente de los Estados Unidos se llamaba Ferris F. Fremount y era muy popular. Durante la primera parte del *film* había súbitas transiciones en las que se exhibían fragmentos de noticiarios de TV que difundían la animada campaña en favor de la reelección de Ferris Fremount.

Mamá Gansa -la estrella de *rock* que en la vida real era del mismo nivel que Bowie, Zappa y Alice Cooper- interpretaba a un compositor de canciones entregado a la droga, decididamente un perdedor. Sólo el hecho de que Brady le seguía pagando le permitía sobrevivir. *Gansa* tenía una mujer muy atractiva de cabellos extremadamente cortos y que parecía una extraterrestre, con una cabeza casi calva y unos enormes ojos luminosos.

En el *film* Brady maquinaba constantemente alrededor de Linda, la mujer de *Gansa* (que en el film, por algún motivo, aparecía con su verdadero nombre, Eric Lampton; de modo que el relato tenía alguna relación con los Lampton marginales). Linda Lampton era una mujer un poco retorcida; eso se sabe casi desde el principio. Tuve la impresión de que Brady era un hijo de puta a pesar de ser al mismo tiempo un brujo de la electrónica auditiva. Tenía montado un sistema láser que lanzaba la información -es decir, los varios canales de música- a una mezcladora que no se parecía a ninguna cosa real, y que se alzaba como una fortaleza; Brady entraba en ella por una puerta y dentro recibía un baño de rayos láser y el cerebro los traducía y los convertía en música.

En una escena Linda Lampton se quita las ropas y no tiene órganos sexuales.

Librodot

Fat y yo nunca habíamos visto nada más desagradable. Entretanto Brady andaba siempre detrás de Linda sin entender que con ella nunca llegaría a nada, anatómicamente hablando. Esto divertía a *Mamá Gansa* -Eric Lampton- que seguía medrando y escribiendo las peores canciones que uno pueda concebir. Al cabo de un tiempo parece evidente que tiene el cerebro atrofiado; tampoco él lo había advertido. Nicholas Brady comienza a intrigar con la intención de destruir a Eric Lampton en la mezcladora de rayos láser y así poder fornicar sin inconvenientes con Linda Lampton que en realidad carece de órganos sexuales. Entretanto, Ferris Fremount no dejaba de aparecer en proyecciones graduales que nos desconcertaban. Fremount iba pareciéndose cada vez más a Brady y Brady parecía estar metamorfoseándose en Fremount. Se intercalaban planos en los que se veía a Brady en espléndidas funciones de gala, aparentemente por asuntos de Estado; diplomáticos extranjeros se trasladaban de un lado a otro llevando copas, y como fondo se oía un murmullo constante: un ruido electrónico que se asemejaba al sonido creado por el mezclador de Brady.

Yo no entendía nada.

-¿Entiendes esto? -le pregunté a Fat inclinándome para hablarle en voz baja.

-Cristo, no -me contestó Fat.

Después de haber conseguido atrapar a Eric Lampton en la mezcladora, Brady introdujo un extraño *cassette* negra en la cámara y apretó algunos botones. El público vio un primer plano de la cabeza de Lampton; de pronto la cabeza explotó, pero lo que salió volando no fue el cerebro sino unas piezas electrónicas en miniatura. Entonces Linda Lampton *irrumpió* en la mezcladora, simplemente atravesando la pared, e hizo algo con un dispositivo que llevaba y Eric Lampton volvió atrás en el tiempo: los componentes electrónicos de la cabeza volvieron a ocupar el cráneo intacto. Mientras, Brady se bamboleaba abandonando el Edificio *Meritone* y se internaba en Alameda con ojos desorbitados... Corte a Linda Lampton que recompone a su marido, ambos en la mezcladora que parece una fortaleza.

Eric Lampton abre la boca intentando hablar y le sale la voz de Ferris F. Fremount. Linda da un paso atrás, consternada.

Corte a la Casa Blanca; el Presidente Ferris Fremount ya no se parece a Nicholas Brady, sino a sí mismo, ya restaurado.

-Quiero que se lleven a Brady -dice torvamente- y que se lo lleven ahora.

Dos hombres vestidos con brillantes y ajustados uniformes negros, asienten en silencio.

Corte a Brady que cruza velozmente el parque en busca de su automóvil; está muy alterado. La cámara se vuelve en una panorámica y enfoca a unos hombres vestidos de negro sobre el techo de un edificio; con un rifle telescópico apuntan a Brady que entra en su automóvil e intenta ponerlo en marcha.

Desaparición gradual de la imagen y aparición de una enorme multitud de muchachas vestidas con uniformes rojos, blancos y azules de animadoras de desfiles. Pero no son animadoras; la cantinela que entonan es:

¡Matad a Brady! ¡Matad a Brady!

Movimiento lento. Los hombres de negro disparan sus armas. De pronto Eric Lampton está de pie en la entrada del edificio de *Meritone Records*; primer plano de la cara de Eric; los ojos tienen un aspecto extraño. Los hombres de negro han quedado reducidos a unos montones de cenizas.

-¡Matad a Brady! ¡Matad a Brady! Miles de muchachas vestidas con uniformes idénticos: rojos, blancos y azules. Algunas se quitan los uniformes en una especie de frenesí sexual.

No tienen órganos reproductores.

Disolución gradual. Ha transcurrido un tiempo. *Dos* Ferris F. Fremount están sentados a los lados de una enorme mesa de nogal. Entre ellos: un cubo de palpitante luz rosa. Un holograma.

Junto a mí, Fat emite un sonido ahogado. Se ha echado hacia delante y mira fijamente. Yo también. Reconozco la luz rosa; es el color que Fat me describió a propósito de Cebra.

Escena de Eric Lampton desnudo en la cama con Linda Lampton. Se quitan una especie de membrana de plástico y revelan sus órganos sexuales. Hacen el amor y luego Eric Lampton se desliza fuera de la cama. Se encamina a la sala y se inyecta un estimulante. Se sienta y deja caer la cabeza. Depresión.

Toma lejana. Abajo, la casa de los Lampton; la cámara es lo que se denomina «cámara tres». Un rayo de energía es disparado contra la casa. Corte rápido a Eric Lampton, que se estremece como si lo atravesaran de lado a lado; se lleva las manos a la cabeza y se sacude en agónicas convulsiones. Primer plano de la cara: le explotan los ojos (El público emite un sonido ahogado, incluidos Fat y yo).

Otros ojos reemplazan a los que han explotado. Luego, muy lentamente, la frente se le abre por el medio. Un tercer ojo se hace visible; no tiene pupila, sólo una lente lateral.

Eric Lampton sonríe.

Transición a una sesión de grabación; un grupo de música *folk* de algún tipo. Están tocando una canción que parece arrobarlos.

-Nunca escuché que compusiera nada semejante -le dice a Lampton uno de los hombres de la junta.

La cámara se acerca a los locutores; sube el nivel del sonido. Enseguida, corte al sistema de playback *Ampex*; Nicholas Brady ha puesto la cinta del grupo de música *folk*. Brady le hace una señal al técnico de la mezcladora-fortaleza. Unos rayos láser son disparados en todas direcciones; el sonido se transforma en acordes siniestros. Brady frunce el entrecejo, rebobina la cinta, y vuelve a ponerla en marcha. Distinguimos las palabras:

Matad... a... Ferris... Fremount... Matad... a... Ferris... Fremount...

Una y otra vez, Brady detiene la cinta, la rebobina y vuelve a ponerla. Esta vez la canción original compuesta por Lampton no menciona la muerte de Fremount.

Oscuridad. Nada se ve ni se oye. Luego, lentamente, aparece el rostro de Ferris F. Fremount con una expresión lúgubre, como si hubiera estado escuchando la cinta.

Inclinándose hacia delante, Fremount enciende un sistema de intercomunicación.

-Póngame en contacto con el Secretario de Defensa -dice-. Que venga aquí de inmediato; tengo que hablar con él.

-Sí, señor Presidente.

Fremount vuelve a sentarse; abre una carpeta que contiene fotografías de Eric Lampton, Linda Lampton y Nicholas Brady y también una colección de recortes. Desde lo alto, en una fracción de segundo, le disparan a la cabeza un rayo de luz rosa. Fremount se estremece y enseguida se muestra asombrado; entonces, como un robot, se pone de pie, y va hacia una trituradora con un letrero, TRITURADORA, y arroja dentro la carpeta. Tiene la expresión en blanco; se ha olvidado de todo.

-El secretario de defensa está aquí, señor Presidente.

Perplejo, Fremount dice:

-Yo no lo he llamado.

-Pero, señor...

Corte a la base de las Fuerzas Aéreas. Se está lanzando un proyectil. Primer plano de un documento con la inscripción SECRETO. La tapa se abre:

PROYECTO VALIS

Voz fuera de cámara:

-¿«VALIS»? Pero ¿qué es eso, general?

Una profunda voz autoritaria:

Librodot

-*Vast Active Living Intelligence System*. No se le ocurra...

Todo el edificio explota bañado en la misma luz rosa de antes. Aire libre: el proyectil se eleva. De pronto se sacude. Suenan sirenas de alarma. Voces que gritan desaforadamente:

-¡Alerta de destrucción! ¡Alerta de destrucción! ¡Misión abortada!

Vemos ahora a Ferris F. Fremount que en una comida pronuncia un discurso pidiendo fondos para la campaña de reelección; gente bien vestida lo escucha. Un oficial uniformado se inclina para hablarle al presidente al oído. En voz alta Fremount dice:

-¿Y bien? ¿Conseguimos VALIS?

Nervioso, el oficial dice:

-Algo salió mal, señor Presidente. El satélite está todavía...

La voz se pierde entre los ruidos de la multitud; todos perciben que algo no va bien; la gente bien vestida se ha metamorfoseado en las jóvenes animadoras de desfiles, vestidas todas con idénticos uniformes rojos, blancos y azules. Ahora están de pie inmóviles, como robots apagados.

Escena final. Vasta multitud que estalla en vivas. Ferris Fremount, de nuevo en cámara, hace con ambas manos el signo de la V de la victoria, estilo Nixon. Evidentemente, ha ganado la reelección. Breves tomas de hombres armados vestidos de negro en posición de firmes; todos contentos, alegría general.

Un niño ofrece flores a la señora Fremount; ella se vuelve para aceptarlas. También se vuelve Ferris Fremount; la cámara se acerca velozmente en *zoom*.

La cara de Brady.

De vuelta a casa, mientras venía descendiendo por la Avenida Tustin, Kevin dijo al cabo de un rato en que los tres guardamos silencio:

-Viste la luz rosa.

-Sí -dijo Fat.

-Y el tercer ojo con lente lateral -dijo Kevin.

-¿*Mamá Gansa* escribió el guión...? -pregunté yo.

-Escribió el guión, protagonizó la película y la dirigió.

Fat preguntó:

-¿Había hecho cine antes?

-No -respondió Kevin.

-Hubo transferencia de información -dije yo.

-¿En la película? -preguntó Kevin-. ¿Como línea argumental? ¿O quieres decir desde la película y la banda sonora hasta el espectador?

-No estoy seguro de entender...

-Hay material subliminal en esta película -dijo Kevin-. La próxima vez que la vea llevaré conmigo una grabadora portátil. Creo que la información está codificada en la música sincrónica de Mini, la música aleatoria.

-Eran unos Estados Unidos alternativos -dijo Fat-. Donde, en lugar de Nixon, el Presidente era Ferris Fremount, supongo.

-Eric y Linda Lampton ¿eran humanos o no? -pregunté-. Primero parecían humanos; luego resultó que no tenían..., ya sabéis, órganos sexuales. Y luego se quitaron esas membranas y sí tenían órganos sexuales.

-Pero cuando a él le explotó la cabeza -dijo Fat-, estaba llena de piezas de computadora.

-¿Observasteis el cuenco? -preguntó Kevin-. En la mesa de despacho de Nicholas Brady. El pequeño cuenco de arcilla... como el que tú tienes, el cuenco que esa muchacha...

-Estefanía -dijo Fat.

-...hizo para ti.

-No -dijo Fat-, no me di cuenta. Hubo muchos detalles en el *film* que me llegaban muy rápido, que le llegaban al público muy rápido, quiero decir.

-La primera vez yo no advertí el cuenco -continuó Kevin-. Aparece en diversos lugares; no sólo en la mesa de despacho de Brady, sino también en la oficina del Presidente Fremount, en un rincón, donde sólo la visión periférica puede captarlo. Se ve en varias partes de la casa de los Lampton; por ejemplo, en la sala. Y en la escena en la que Eric Lampton camina tambaleándose y tropieza con las cosas y...

-El cántaro -dije.

-Sí -continuó Kevin-, también aparece como cántaro, lleno de agua. Linda Lampton lo saca del frigorífico.

-No, ése era un cántaro de plástico corriente -dijo Fat.

-Te equivocas -dijo Kevin-. Era de nuevo el cuenco.

-¿Cómo podía ser de nuevo el cuenco si era un cántaro? -protestó Fat.

-Al comenzar el *film* -dijo Kevin-. En el campo reseco. A uno de los costados; sólo se registra subliminalmente, a menos que uno esté muy alerta. El dibujo del cántaro es el mismo que el del cuenco. Una mujer lo está sumergiendo en un arroyo que es un hilo de agua.

-Me pareció ver el signo cristiano del pez -dije-. Como decoración.

-No -dijo Kevin con énfasis.

-¿No? -pregunté yo.

-También a mí me lo pareció la primera vez -dijo Kevin-. Esta vez miré con más cuidado. ¿Sabéis qué es? La doble hélice.

-Eso es la molécula de ADN -dije.

-Exacto -dijo Kevin con una sonrisa-. Como un dibujo repetido alrededor de la boca del cántaro.

Todos permanecimos en silencio por un momento y luego yo dije:

-La memoria del ácido ribonucleico. El pozo de memoria genética.

-Exacto -dijo Kevin. Agregó-: A orillas del arroyo cuando ella llena el cántaro...

-¿Ella? -preguntó Fat-. ¿Quién es ella?

-Una mujer -respondió Kevin-. Nunca se la vuelve a ver. Nunca se le ve el rostro, pero lleva un largo vestido anticuado y está descalza. Mientras llena el cuenco o el cántaro, hay un hombre que pesca. Es una toma fugaz que sólo dura una fracción de segundo. Pero está allí. Por eso te pareció que veías el signo del pez. Porque captaste la imagen del hombre que pesca. Quizá hubiera un montón de peces en el suelo; tendré que observar con mucho cuidado la próxima vez. Viste al hombre subliminalmente y tu cerebro, el hemisferio derecho, lo conectó con el dibujo de la doble hélice del cántaro.

-El satélite -dijo Fat-. VALIS. Vast Active Living Intelligence System. ¿Les dispara información?

-Hace todavía más -respondió Kevin-. En ciertas circunstancias los controla. Cuando lo decide, puede dominarlos.

-¿Y ellos tratan de derribarlo? -pregunté-. ¿Con ese proyectil?

Kevin dijo:

-Los cristianos primitivos, los verdaderos, pueden obligarte a hacer lo que se les ocurra. Y hacerte ver, o *no* ver, lo que sea. Eso es lo que entiendo del *film*.

-Pero esos cristianos están muertos -protesté-. La película se desarrolla en el presente.

-Están muertos -dijo Kevin-, si piensas que el tiempo es real. ¿No observaste las disfunciones temporales?

-No -contestamos Fat y yo al unísono.

-Ese seco campo baldío. Era el parque que Brady atravesó corriendo para meterse en su automóvil cuando los dos hombres de negro se disponían a disparar contra él.

Yo no me había dado cuenta.

-¿Cómo lo sabes? -le pregunté.

-Había un árbol -dijo Kevin-. Las dos veces.

-Yo no vi ningún árbol -dijo Fat.

Librodot

-Bueno -dijo Kevin-, tendremos que ir a ver otra vez la película. Por mi parte, lo haré; el noventa por ciento de los detalles están destinados a que los pases por alto la primera vez, en el nivel consciente, claro está. Me gustaría estudiar la película cuadro por cuadro.

-Entonces el signo cristiano del pez es la doble hélice de Crick y Watson -les dije-. La molécula de ADN que almacena la memoria genética; *Mamá Gansa* quería poner ese punto en claro. Esa es la razón por la que...

-Cristianos -concordó Kevin-. Que no son seres humanos, sino criaturas sin órganos sexuales que deben pasar por seres humanos; pero, si se examina la cuestión más de cerca, *son* seres humanos; por cierto, tienen órganos sexuales y hacen el amor.

-Aun cuando tengan los cráneos llenos de piezas electrónicas en lugar de cerebro -dije.

-Quizá son inmortales -dijo Fat.

-Por eso Linda Lampton pudo recomponer a su marido -dije-. Cuando la mezcladora de Brady lo hizo volar en pedazos. Pueden remontar el tiempo.

Kevin, sin sonreír, dijo:

-Exacto. ¿Entendéis ahora por qué quería que fuerais a ver *«Valis»*?

-Sí -respondió Fat con aire grave, profundamente ensimismado.

-¿Cómo pudo Linda Lampton atravesar la pared de la mezcladora? -pregunté.

-No lo sé -respondió Kevin-. Quizá no se encontraba realmente allí o lo que no estaba realmente allí era la mezcladora; quizás ella era un holograma.

-Un holograma -repitió Fat como un eco.

Kevin dijo:

-El satélite los controlaba desde un principio. Podía hacerles ver lo que se le antojara; al final, cuando resulta que Fremount es Brady... ¡nadie lo nota! Su propia mujer no lo nota. El satélite los ha enceguecido. A todos los Estados Unidos de mierda.

-¡Dios! -exclamé. Yo aún no había visto la luz, pero la revelación ya no estaba muy lejos.

-Exacto -dijo Kevin-. Nosotros vemos a Brady, pero evidentemente ellos no; no se dan cuenta de lo que ha sucedido. Se trata de una lucha de poder entre Brady y sus expertos en electrónica por un lado y Fremount y su Policía Secreta por el otro; los hombres de negro son la Policía Secreta. Y esas jóvenes que parecían animadoras son algo que está de parte de Fremount, aunque no sé qué. Lo averiguaré la próxima vez. -Elevó la voz-. En la música de Mini hay información; mientras observamos la pantalla... Cristo, no se trata de música; son ciertos diapasones de altura a intervalos específicos, nos va dando indicios inconscientes. La música es lo que da sentido a todo.

-¿Quizá la mezcladora gigantesca es algo que Mini realmente construyó? -pregunté.

-Quizá -dijo Kevin-. Mini se graduó en el MIT.

-¿Qué otra cosa sabes de él? -preguntó Fat.

-No mucho -dijo Kevin-. Es inglés. En una oportunidad visitó la Unión Soviética; dijo que quería ver ciertos experimentos sobre información transmitida por microondas a larga distancia. Mini desarrolló un sistema por el que...

-Acabo de recordar una cosa -interrumpí-. Vi en la lista de créditos el nombre de Robin Jamison, que tuvo a su cargo la fotografía fija. Lo conozco. Me tomó fotos para una entrevista que me hizo el *«London Daily Telegraph».* Me dijo que había cubierto la coronación; es un muy destacado fotógrafo de tomas fijas. Dijo que se trasladaría con su familia a Vancouver; que es una de las ciudades más hermosas del mundo.

-Lo es -dijo Fat.

-Jamison me dio su tarjeta -dije-. Para que yo pudiera pedirle los negativos una vez que se publicara la entrevista.

Kevin dijo:

-Tiene que conocer a Linda y a Eric Lampton. Y quizá también a Mini.

-Me pidió que lo llamara -dije-. Era un hombre muy agradable. Se sentó conmigo y me habló largamente. Tenía cámaras con motor; el ruido fascinaba a mis gatos. Y me dejó mirar a través de una lente gran angular; era increíble las lentes que tenía.

-¿Quiénes pusieron en órbita el satélite? -preguntó Fat-. ¿Los rusos?

-Nunca se aclara -contestó Kevin-. Tal como hablaban... no parecían los rusos. Hay una escena en la que Fremount abre una carta con un cortapapeles antiguo; de pronto un montaje brusco: un cortapapeles antiguo y enseguida unos militares que hablan del satélite. Si se funden las dos escenas se tiene la idea, yo la tuve, de que el satélite es en realidad muy viejo.

-Eso parece coherente -dije-. La disfunción temporal, la mujer del largo vestido anticuado, descalza, que recoge agua del arroyo con el ánfora de arcilla. Hubo una toma del cielo. ¿La notaste, Kevin?

-El cielo -murmuró Kevin-. Sí; fue una toma panorámica. El cielo, el campo... El campo parece antiguo. Como del Oriente Medio. Como Siria. Y tienes razón, el cántaro refuerza la impresión.

-El satélite nunca se ve -dije.

-No es así -dijo Kevin.

-¿No es así? -pregunté.

-Cinco veces -dijo Kevin-. Una vez aparece como ilustración de un calendario de pared. Otra, brevemente, como juguete en el escaparate de una tienda para niños. Otra vez en el cielo, pero ésta fue una toma fugaz; la primera vez se me escapó. Otra en forma de diagrama cuando el Presidente Fremount revisa el paquete de informes y fotos sobre la *Compañía de Discos Meritone*... Y en este momento se me escapa la quinta vez. -Frunció el ceño.

-La cosa que el taxi atropella -dije.

-¿Cómo? -preguntó Kevin-. ¡Oh, sí! El taxi que se precipita por la Alameda del Oeste. Me pareció que era una lata de cerveza. Resonó con fuerza al caer a un costado. -Reflexionó un momento y asintió con la cabeza-. Tienes razón. Era una vez más el satélite, aunque abollado. *Sonó* como una lata de cerveza; eso fue lo que me engañó. Mini, una vez más; esa maldita música o ruido o lo que fuere. Se oye el sonido de una lata de cerveza, de modo que, automáticamente, se ve una lata de cerveza. -La sonrisa se le congeló-. La oyes; luego, la ves. No está mal. -Aunque conducía en medio de un tránsito denso, cerró los ojos un instante-. Sí, estaba aplastado. Pero era el satélite; tenía las antenas, aunque rotas y dobladas. Y... ¡Mierda! Había algo escrito en él. Como un rótulo. ¿Qué decía? ¿Sabes?, habría que tener una lupa y revisar los cuadros de esa maldita película, uno por uno. Uno después del otro, y del otro, y del otro. Y hacer algunas superposiciones. Tenemos ahí una deficiencia retinal; la producen los láser que utiliza Brady. La luz es tan intensa que deja... -Kevin hizo una pausa.

-Actividad fosfénica -dije-. En las retinas del público, eso es lo que quieres decir. Por eso los rayos láser desempeñan un papel tan importante en la película.

-Bien -dijo Kevin de vuelta en el piso de Fat. Estábamos todos sentados con botellas de cerveza holandesa y dispuestos a pensar cabalmente en el asunto.

El material del *film* de *Mamá Gansa* coincidía en varios aspectos con el encuentro de Fat y Dios. Ésa era la pura verdad. Diría «Ésa es la verdad de Dios», pero no creo -por cierto, no lo creía entonces- que Dios tuviera nada que ver.

-La Gran Punta actúa de modos extraordinarios -dijo Kevin, pero sin el menor asomo de broma en la voz-. Mierda. Sagrada mierda. -A Fat le dijo-: Yo creía que estabas loco. Quiero decir, entrabas en el cuarto acolchado y salías de él como si tal cosa.

-Calma -dije yo.

-De modo que voy a ver *«Valis»* -dijo Kevin-. Voy al cine para apartarme por un rato de toda la lunática basura que Fat nos vuelca encima; allí me estoy sentado en el maldito cine viendo una película de ciencia-ficción con *Mamá Gansa* como protagonista y... ¿qué sucede? Es como una conspiración.

-No me eches la culpa -dijo Fat.

Kevin le dijo:

-Vas a tener un encuentro con *Mamá Gansa*.

Librodot

-¿De qué modo? -preguntó Fat.

-Phil te pondrá en contacto con Jamison. Puedes encontrarte con *Gansa* Eric Lampton, por intermedio de Jamison; Phil es un escritor famoso...; puede resolverlo. -Kevin me preguntó volviéndose hacia mí-: ¿Tienes algún libro actualmente en manos de un productor?

-Sí -le respondí-. *«¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?»* y también *«Los tres estigmas»*.

-Magnífico -dijo Kevin-. Entonces Phil puede argumentar que quizá se ruede un *film*. -Volviéndose a mí, me preguntó-: ¿Cómo se llama ese productor amigo tuyo? ¿El de la MGM?

-Stan Jaffly -le dije.

-¿Lo ves todavía?

-Sólo como amigo personal. Dejaron pasar la oportunidad de rodar *«El hombre en el castillo»*. A veces me escribe; me envió un enorme acopio de semillas de hierba una vez. Estaba por enviarme un saco inmenso de musgo de pantano, pero por suerte no lo hizo.

-Ponte en contacto con él -me dijo Kevin.

-Mira -dijo Fat-, no comprendo. Había... -Sacudió una mano-. Cosas en *«Valis»* que me sucedieron a mí en marzo de 1974. Cuando yo... -Una vez más sacudió la mano y cayó en un silencio perplejo. Me pregunté el motivo.

Quizá Fat sentía que mostrar elementos de su encuentro con Dios -con Cebra- en un film de ciencia-ficción del que era protagonista un *rockero* llamado *Mamá Cansa*, disminuía la estatura del acontecimiento. Pero ésta era la primera prueba concreta de que allí había algo realmente, y era Kevin, capaz de detectar una patraña en un abrir y cerrar de ojos, quien nos lo había señalado.

-¿Cuántos elementos reconociste? -le pregunté con tanta calma y sinceridad como pude al afligido Amacaballo Fat.

Al cabo de un momento, Fat se irguió en el asiento y dijo:

-Muchos.

-Anótalos -dijo Kevin; le trajo una pluma fuente. Kevin siempre usaba esas plumas, último vástago en vías de desaparición de una noble raza de hombres-. ¿Papel? -inquirió mirando alrededor.

Cuando consiguieron papel, Fat comenzó la lista.

-El tercer ojo con la lente lateral.

-Muy bien. -Asintiendo, Kevin apuntó.

-La luz rosa.

-Muy bien.

-El signo cristiano del pez. Que yo no vi, pero que tú dijiste que era...

-La doble hélice -dijo Kevin.

-La misma cosa -dije yo-. En apariencia al menos.

-¿Algo más? -preguntó Kevin.

-Bueno, todo ese maldito asunto de la transferencia de información. Desde VALIS. Desde el satélite. Dijiste que no sólo les envía información, sino que, además, los domina y los controla.

-En última instancia, ése era todo el sentido de la película. El satélite... La película muestra a ese tirano, evidentemente basado en Richard Nixon, llamado Ferris F. Fremount. Gobierna a los Estados Unidos por intermedio de esa Policía Secreta de negro, quiero decir, hombres vestidos de uniforme negro que llevan armas con mira telescópica y esas jodidas animadoras. En la película se las llama «Apas».

-Eso no lo vi -dije.

-Aparece en un estandarte -dijo Kevin-. De manera marginal. Apas: «Amigas del Pueblo Americano». El Ejército Civil de Ferris Fremount. Todas iguales y animadas por igual patriotismo. De cualquier manera, el satélite dispara información y salva la vida de Brady. Eso lo visteis todos. Por último el satélite dispone que Brady reemplace a Fremount en el último momento, cuando éste ha ganado las elecciones. El Presidente es en realidad Brady, no

Fremount. Y Fremount lo sabe; hay esa escena en la que aparece con el archivo de las fotografías de toda la gente que trabaja en *Discos Meritone*; sabía lo que Brady estaba haciendo, pero no podía impedirlo. Dio órdenes para que el Ejército derribara a VALIS, pero el proyectil se desvió y tuvo que ser destruido. Todo fue llevado a cabo por VALIS. ¿De dónde creéis que obtuvo Brady sus conocimientos electrónicos para empezar? De VALIS. De modo que cuando Brady se convirtió en Presidente bajo la apariencia de Ferris Fremount, era el satélite quien lo había puesto ahí. Ahora bien, ¿quién o qué es el satélite? ¿Quién o qué es VALIS? La clave está en el cuenco o en el ánfora de cerámica, es lo mismo. El signo del pez... que tu cerebro tuvo que montar a partir de diversas piezas de información. El signo del pez, cristianos. El vestido anticuado de la mujer. La disfunción temporal. Hay una cierta conexión entre VALIS y los cristianos primitivos, aunque no sé exactamente en qué consiste. De cualquier manera la película la presenta indirectamente. Toda la información se da fragmentada. Por ejemplo, cuando Ferris Fremount examina el archivo de *Discos Meritone*, ¿tuvisteis tiempo de captar alguna información?

-No -dijimos a un tiempo Fat y yo.

-«Vivió mucho tiempo atrás -dijo Kevin con voz ronca-, pero vive todavía».

-¿Eso decía? -preguntó Fat.

-¡Sí! -exclamó Kevin-. Eso decía.

-Entonces, no soy el único que se ha encontrado con Dios -dijo Fat.

-Con Cebra -lo corrigió Kevin-. No tienes certeza de que fuera Dios; no sabes quién carajo era.

-¿Un satélite? -pregunté-. ¿Un muy viejo satélite que dispara información?

Irritado, Kevin dijo:

-Quisieron hacer una película de ciencia-ficción; así se trataría el tema en esa película, si hubieras tenido esa experiencia. Tú tendrías que saberlo, Phil. ¿No es así?

-Sí -respondí.

-De modo que lo llaman VALIS -dijo Kevin- y lo convierten en un satélite muy antiguo. Que controla a la gente para eliminar una maligna tiranía que domina a Norteamérica. Es obvio que todo esto se basa en Richard Nixon.

Pregunté:

-¿Hemos de inferir que quien destituyó a Nixon fue Cebra o Dios o VALIS?

-Sí -contestó Kevin.

A Fat le dije:

-¿No soñaste con la Sibila de tres ojos y ella te dijo que los «conspiradores habían sido descubiertos y que convendría eliminarlos»?

-En agosto de 1974 -contestó Fat.

Kevin dijo con aspereza:

-Ése fue el mes y el año de la renuncia de Nixon.

Más tarde, mientras Kevin me conducía a casa, los dos conversamos sobre Fat y sobre *«Valis»*, pues, presumiblemente, nadie podía escucharnos.

La opinión de Kevin se resumía así: él siempre había pensado que Fat estaba loco. Había entendido la situación de esta manera: la culpa y el dolor provocados por el suicidio de Gloria habían destruido la mente de Fat, que nunca se había recobrado. Beth era una tremenda hija de puta, y habiéndose casado con ella por desesperación, Fat se había sentido muy miserable. Por último, en 1974, perdió el tino por completo. Fat se había metido en un extravagante episodio esquizofrénico que le animaba la vida: había visto hermosos colores y había escuchado palabras de consuelo, venidas todas del inconsciente, que había crecido y, al fin, se lo había tragado dejándolo sin ego. En ese estado psicótico, Fat había andado a tumbos, refugiándose al fin felizmente en aquel supuesto encuentro con Dios, tal como él imaginaba. Para Fat la psicosis total era una bendición. Ya sin ningún contacto con la realidad, podía

creer que el mismo Cristo lo sostenía en sus brazos y lo consolaba. Pero entonces Kevin había ido al cine y ya no se sentía tan seguro; el *film* de *Mamá Gansa* había puesto todo patas arriba.

Me pregunté si Fat aún querría ir a China en busca de lo que él llamaba «el quinto Salvador». No parecía necesario ir más allá de Hollywood, donde se había rodado *«Valis»*, o si allí era donde encontraría a Eric y Linda Lampton, en Burbank, centro de la industria discográfica estadounidense.

El quinto Salvador: una estrella de *rock*.

-¿Cuándo se hizo *«Valis»*? -le pregunté a Kevin.

-¿La película? ¿O el satélite?

-La película, por supuesto.

Kevin respondió:

-En 1977.

-Y la experiencia de Fat fue en 1974.

-Exacto -dijo Kevin-. Probablemente antes de que se empezara a trabajar en el guión, según puedo concluir por lo que leí acerca de *«Valis»*. *Gansa* dice que escribió el guión en doce días. No dijo exactamente cuándo, pero pretendía que se rodara lo más pronto posible. Estoy seguro de que fue después del año 1974.

-Pero no lo sabes en realidad.

Kevin dijo:

-Puedes averiguarlo por Jamison, el fotógrafo; seguramente él lo recuerda.

-¿Y si ambas cosas sucedieron al mismo tiempo, en marzo de 1974?

-Pues no sabría qué decirte -repuso Kevin.

-No crees que el satélite haya disparado un rayo de información a Fat, ¿no es cierto? -le pregunté.

-No, eso sería un recurso de ciencia-ficción, un modo de explicarlo con los métodos del género. -Kevin reflexionó-. Supongo. Pero en la película había disfunciones temporales; *Gansa* sabía de algún modo que el tiempo estaba involucrado. Ésa es verdaderamente la única manera en que el *film* pueda entenderse..., la mujer que llena el cántaro. ¿Cómo consiguió Fat el cuenco de cerámica? ¿Se lo dio una muchacha?

-Lo modeló, lo horneó y se lo obsequió alrededor de 1971, después que su esposa lo abandonara.

-No era Beth.

-No, una esposa anterior.

-Después de la muerte de Gloria.

-Sí. Fat dice que Dios había estado durmiendo en el cuenco y salió de él en marzo de 1974: la teofanía.

-Sé de mucha gente que piensa que Dios duerme en un cuenco -dijo Kevin.

-Vaya golpe bajo.

-Bien, de modo que la mujer descalza había vuelto a los tiempos de Roma. Vi algo esta noche en *«Valis»* que no había visto antes y que no mencioné; no quise que Fat empezara a ir de un lado a otro como un petardo. En el fondo, mientras la mujer estaba junto al arroyo, se veían unas formas indistintas. Posiblemente eran obra de tu amigo, el fotógrafo de imágenes fijas. Formas de edificios. Edificios antiguos, de los tiempos de Roma. Tenían el aspecto de nubes, pero... hay nubes y nubes. La primera vez que vi las formas, me parecieron nubes, y la segunda, hoy, edificios. ¿Esta maldita película cambia cada vez que uno la ve? ¡Joda sagrada, qué tema! Una película diferente cada vez. No, eso es imposible.

Comenté:

-También lo es un rayo de luz rosa que te transmite información médica sobre la enfermedad congénita de tu hijo.

-¿Y si te dijera que pudo haber habido una disfunción temporal en 1974 y el mundo de la antigua Roma irrumpió en el nuestro?

-Te refieres al tema del *film*.

Librodot

-No, me refiero a la realidad.

-¿En el mundo real?

-Sí.

-Eso explicaría lo de «Tomás».

Kevin asintió.

-Irrumpió en el mundo -dije- y luego volvió a apartarse.

-Dejando por detrás a Richard Nixon en la playa de California vestido de traje y corbata, perplejo, pensando en lo que había ocurrido.

-Piensas que fue intencional.

-¿La disfunción? Pues claro.

-No estamos hablando entonces de una disfunción; estamos hablando de alguien o de algo que deliberadamente manipula el tiempo.

-Tú lo has dicho -concluyó Kevin.

Dije a mi vez:

-Te has alejado 180 grados de la teoría «Fat está loco».

-Bien, Nixon se encuentra todavía en la playa de California desconcertado por lo que sucedió. El primer Presidente de los Estados Unidos obligado a abandonar el cargo. El hombre más poderoso del mundo. Lo cual lo convierte en el hombre más poderoso que haya vivido nunca. ¿Sabes por qué el Presidente en *«Valis»* se llamaba Ferris F. Fremount? Logré aclararlo. «F» es la sexta letra del alfabeto inglés. De modo que equivale a seis. Por tanto, FFF, las iniciales de Ferris F. Fremount son en términos numéricos 666. Por eso *Gansa* lo llamó de ese modo.

-Oh, Dios mío -exclamé.

-Exactamente.

-Pues entonces, éstos son los Últimos Días.

-Bueno, Fat piensa que el Salvador está por llegar o que ya ha llegado. Así se lo hizo saber la voz interior que él escucha y que identifica con Cebra o Dios. Y también Santa Sofía, que es Cristo, el Buda y Apolo. Y le dijeron algo así como: «El momento que vienes aguardando...».

-«Ha llegado por fin» -terminé yo.

-Esto es una mierda -dijo Kevin-. He aquí ante nosotros a Elías, otro Juan Bautista que dice: «Trazad en el desierto un camino recto para nuestro Señor». Una autopista, quizá. -Se echó a reír.

De pronto recordé algo que había visto en *«Valis»*: un primer plano del automóvil al final, del que Fremount, reelecto, pero en realidad ahora Nicholas Brady, sale para hablar a la multitud.

-*Thunderbird* -dije.

-¿El vino?

-El automóvil. Coche *Ford*. Ford.

-Ah, mierda -dijo Kevin-. Tienes razón. Salió de un *Ford Thunderbird* y era Brady. Jerry Ford.

-Pudo haber sido una coincidencia.

-En *«Valis»* nada es coincidencia. Y la cámara se acercó velozmente al automóvil donde se lee «Ford» en la plancha de metal. ¿Cuánto más hay en *«Valis»* que no hemos captado? Que no captamos *conscientemente*. No hay manera de saber qué podrá estar ocurriendo en nuestro inconsciente; puede que la maldita película... -Kevin hizo una mueca- nos esté disparando toda clase de información visual y auditiva. Tengo que obtener la grabación de la banda sonora de *«Valis»*; llevaré conmigo una grabadora la próxima vez que vaya a verla. Que será dentro de un par de días.

-¿Qué clase de música es la de esos LP de Mini? -pregunté.

-Son sonidos que se asemejan a los cantos de la ballena jorobada.

Lo miré fijamente; no estaba seguro de que hablara en serio.

-Es cierto -dijo-. Un día grabé una cinta que empezaba con los sonidos de la ballena, seguía con la música sincrónica y luego remontaba la escala. Hay una misteriosa continuidad; quiero decir, es posible advertir la diferencia pero...

-¿De qué modo lo afecta a uno esa música? ¿En qué estado de ánimo te pone?

Kevin contestó:

-Un profundo estado *theta*, un sueño profundo. Pero yo tuve visiones.

-¿Visiones de qué? ¿De la gente de tres ojos?

-No -contestó Kevin-. De una antigua ceremonia sagrada, un rito celta. El sacrificio de un carnero para apresurar la partida del invierno y la vuelta de la primavera. -Me miró y me dijo-: De raza soy celta.

-¿Sabías algo de estos mitos?

-No. Yo participaba en el sacrificio; yo fui quien degolló al carnero. Recuerdo haber estado allí.

Kevin, mientras escuchaba la música sincrónica de Mini, había regresado a sus orígenes.

Diez

No sería en China, ni en India, ni tampoco en Tasmania, si de eso se trata, donde Amacaballo Fat encontraría el quinto Salvador. *«Valis»* nos había indicado dónde buscar: una lata de cerveza aplastada por un taxi. Ésa era la fuente de información y de ayuda.

Eso era de hecho VALIS, Vast Active Living Intelligence System, como había decidido llamarlo *Mamá Gansa*.

Acabábamos de ahorrarle a Fat un montón de dinero, además de un montón de tiempo y de esfuerzos inútiles, incluida la molestia de hacerse vacunar y obtener un pasaporte.

Un par de días más tarde los tres volvimos a recorrer la Avenida Tustin y vimos la película *«Valis»* una vez más. Observándola con escrupulosa atención, advertí que en la superficie es ininteligible. Si no se tienen en cuenta los indicios subliminales y marginales para luego montarlos uno tras otro, no se llegaba a nada. Pero estos indicios le entraban a uno en la cabeza, de modo consciente o inconsciente, y no había alternativa. La reacción de los que veían el *film* era la misma que había tenido Fat con lo que él llamaba Cebra: un transductor y un perceptor de naturaleza totalmente receptiva.

Una vez más descubrimos que en el público abundaban los adolescentes. Parecían disfrutar de lo que veían. Me pregunté cuántos de ellos abandonarían la sala reflexionando sobre los inescrutables misterios propuestos por el *film*, como lo hacíamos nosotros. Quizá ninguno. Tuve la impresión de que eso no alteraba nada.

Podíamos considerar que la muerte de Gloria había sido la causa del supuesto encuentro de Fat con Dios, pero no la causa del *film «Valis»*. Kevin, después de haberlo visto por primera vez, se dio cuenta enseguida. Las posibles explicaciones interesaban; parecía evidente que la experiencia de Fat en marzo de 1974 había sido real.

Bueno, sí, el contenido de la explicación es importante. Pero algo al menos se había probado: quizá Fat estuviera clínicamente loco, pero vivía dentro de los límites de la realidad, una realidad de alguna especie, aunque no por cierto la común.

La irrupción de la antigua Roma -la de los tiempos apostólicos y de los primeros cristianos- en el mundo moderno. Y una irrupción con un propósito: el derrocamiento de Ferris F. Fremount, que era Richard Nixon.

Habían logrado su propósito y vuelto a la antigua Roma.

Quizás el Imperio *había terminado*, después de todo.

Kevin, ahora él mismo convencido hasta cierto punto, se puso a examinar los dos libros apocalípticos de la *«Biblia»* en busca de indicios. Llegó a una parte del *«Libro de Daniel»* y tuvo la impresión de que describía a Nixon.

«En los últimos días de esos reinos,
cuando sus pecados hayan alcanzado la cumbre,
un rey hará su entrada, áspero y lúgubre, maestro de la estratagema.
Grande será su poder e inauditos sus estragos;
extenderá la desolación entre las grandes naciones y la gente santa.
La mente siempre activa
y de astutos designios
no fracasará y hará grandes planes.
Y, cuando menos lo piensen, traerá el desorden entre ellos.
Llegará a desafiar al Príncipe de los príncipes,
y será quebrantado, aunque no por manos humanas».

Para gran diversión de Fat, Kevin era ahora un asiduo lector de la *«Biblia»*; el cínico se había vuelto devoto, aunque con un propósito particular.

Pero en un nivel mucho más profundo, Fat se sentía atemorizado por lo que pudiese ocurrir. Quizás hubiera preferido creer que su encuentro con Dios en 1974 fuese una mera locura, pues entonces no habría tenido que tomárselo en serio. Ahora sí. Ahora todos lo tomábamos en serio. Algo que no tenía explicación le había sucedido a Fat, una experiencia que indicaba la desintegración del mundo físico y de las categorías ontológicas que lo definían: el espacio y el tiempo.

-Mierda, Phil -me dijo esa noche-. ¿Y si el mundo no existe? Si el mundo no existe, ¿qué es lo que existe entonces?

-No lo sé -le contesté, y agregué enseguida-: Tú eres la autoridad.

Fat se me quedó mirando.

-No tiene gracia. Alguna fuerza o entidad desintegró la realidad alrededor de mí como si todo no fuera más que un holograma. ¡Una interferencia en nuestro holograma!

-Pero en tu *tractate* -dije- así es exactamente como defines la realidad: un holograma de doble fuente.

-El pensamiento intelectual es una cosa -me dijo Fat- y comprobar que responde a la realidad, otra muy distinta.

-De nada vale que te ofendas conmigo -le dije.

Recomendamos a David, el amigo católico, y a su joven amiguita aficionada al *bop*, Jan, que fuesen a ver *«Valis»*. David salió complacido. Vio en el *film* la mano de Dios que exprimía el mundo como si fuera una naranja.

-Bueno, sí, nosotros estamos en el zumo -dijo Fat.

-Pero así tiene que ser -dijo David.

-Pues entonces estás dispuesto a prescindir del mundo como algo real -dijo Fat.

-Lo real es aquello en lo que Dios cree -dijo David.

Kevin, fastidiado, preguntó:

-¿Hay gente tan estúpida que pueda creer que nada existe? Porque si nada existe ¿qué significa la palabra «nada»? ¿Cómo se define la «nada» que existe en comparación con la «nada» que no existe?

Nosotros, como de costumbre, aunque en circunstancias distintas, habíamos quedado atrapados en el tiroteo entre David y Kevin.

-Lo que existe -dijo David- es Dios y la Voluntad de Dios.

-Espero que me incluya en su última voluntad -dijo Kevin-. Espero que me deje más de un dólar.

-Todas las criaturas figuran en su testamento -dijo David sin parpadear siquiera; nunca permitía que Kevin le tendiera una trampa.

Poco a poco, la preocupación había ido extendiéndose a todo nuestro pequeño grupo. Ya no éramos amigos que consolaran y apuntalaran a un presunto trastornado; todos, colectivamente, nos encontrábamos en dificultades. De hecho, la situación se había invertido

totalmente: en lugar de apaciguar a Fat, ahora recurríamos a él en busca de consejo. Fat era nuestro vínculo con esa entidad, VALIS o Cebra, que parecía haberse apoderado de todos nosotros, si podía creerse en el *film* de *Mamá Gansa.*

-No sólo nos lanza información, sino que cuando quiere, puede controlarnos. Tiene dominio sobre nosotros.

Esto describe muy bien la situación. En cualquier momento un rayo de luz rosa podía alcanzarnos, enceguecernos, y cuando recuperáramos la vista (si ocurría alguna vez) podríamos saberlo todo o no saber nada y encontrarnos en Brasil cuatro mil años atrás; el espacio y el tiempo nada significaban para VALIS.

Una preocupación común nos aunaba: el temor de que supiéramos y hubiéramos adivinado demasiado. Sabíamos que los cristianos apostólicos, armados de una tecnología sorprendentemente refinada, habían atravesado la barrera del espacio y el tiempo para irrumpir en nuestro mundo, y con ayuda de un vasto procesamiento informático habían alterado en lo fundamental la historia humana. Puede que la especie de criatura que tropiece con un conocimiento semejante no ocupe un lugar muy aventajado en los cuadros de longevidad.

Y más ominoso todavía: sabíamos -o sospechábamos- que los cristianos apostólicos originales que habían conocido a Cristo, que habían estado vivos para recibir las enseñanzas antes de que los romanos las eliminaran, eran inmortales. Habían ganado la inmortalidad por mediación del plásmata al que Fat se refiere en el *tractate*. Aunque los cristianos apostólicos habían sido asesinados, el plásmata se había ocultado en Nag Hammadi y se había puesto en marcha de nuevo por nuestro mundo, y tan enfadado como un hijo de puta, si me perdonan la expresión. Tiene sed de venganza. Y, aparentemente, la había desencadenado contra la moderna manifestación del Imperio, la imperial presidencia de los Estados Unidos.

Tenía esperanzas de que el plásmata nos considerara sus amigos. Tenía esperanzas.

-¿Dónde se esconde uno -dijo Kevin- cuando un plásmata inmortal que lo sabe todo y está consumiendo el mundo por un proceso de transubstanciación empieza a perseguirlo?

-Por fortuna Sherri no está viva y no se enterará de todo esto -dijo Fat sorprendiéndonos-. Quiero decir, podría perder la fe.

Todos nos echamos a reír. La pérdida de la fe por el descubrimiento de que la entidad en que uno cree existe realmente: la paradoja del espíritu pío. La teología de Sherri se había congelado; no habría habido espacio en ella para un desarrollo, una expansión y una evolución que llegase a abarcar nuestras revelaciones. El hecho de que Fat y ella no hubieran podido vivir juntos no era demasiado sorprendente.

Pues bien, ¿cómo proceder para ponernos en contacto con Eric Lampton y Linda Lampton y Mini, el compositor de música sincrónica? Evidentemente por mi intermedio y mi amistad -si así podía llamársela- con Jamison.

-Depende de ti, Phil -me dijo Kevin-. Manos a la obra. Llama a Jamison y dile... lo que sea. Tienes toda la información; ya se te ocurrirá algo. Di que has escrito un argumento interesante y que quieres que Lampton lo lea.

-Titúlalo *«Cebra»* -dijo Fat.

-Bueno -dije-. Lo titularé «Cebra» o «Culo de Caballo» o lo que queráis. Sabéis, por supuesto, que esto va a echar por tierra mi probidad profesional.

-¿Qué probidad? -preguntó Kevin, tal como era característico en él-. Tu probidad es como la de Fat. Para empezar, nunca remontó el vuelo.

-Lo que tienes que hacer -dijo Fat- es mostrar que conoces la gnosis que me fue revelada por Cebra antes de que apareciera en *«Valis»*. Eso va a despertarle la curiosidad. Anotaré unas pocas enunciaciones que recibí directamente de Cebra.

No demoró en tener preparada una lista.

18. El tiempo real llegó a su término en el 7º EC con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. Entre ambas fechas hubo una

interpolación completamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente. «El Imperio nunca terminó», pero en 1974 se envió un mensaje cifrado como señal de que la Edad de Acero había llegado a su término; el mensaje comprendía dos palabras: REY FÉLIX, lo cual se refiere al Rey Feliz (o Justo).

19. El mensaje cifrado de dos palabras, REY FÉLIX, no tenía por destinatarios a los seres humanos, sino a los descendientes de Ijnaton, la raza de tres ojos que habita en secreto entre nosotros.

Después de leer estas anotaciones, yo pregunté:

-¿Debo recitarle esto a Robín Jamison?

-Dile que es parte de *«Cebra»*, tu guión -dijo Kevin.

-¿Ese mensaje cifrado es real? -pregunté.

Una velada expresión apareció en la cara de Fat.

-Tal vez.

-¿Se envió realmente este mensaje secreto de dos palabras? -preguntó David.

-En 1974 -contestó Fat-. En febrero. Los criptógrafos del Ejército de los Estados Unidos lo estudiaron, pero no lograron averiguar quién era el destinatario o qué significaba.

-¿Cómo lo sabes? -pregunté.

-Se lo dijo Cebra -dijo Kevin.

-No -dijo Fat, pero no añadió nada más.

En esta industria uno habla siempre con agentes, nunca con quien interesa. En una ocasión me había excedido de copas y traté de telefonear a Kay Lenz, de la que estaba enamorado desde que la viera en *«Breezy»*. El agente interceptó mi intento. Lo mismo sucedió cuando intenté llegar a Victoria Principal, ella misma ahora un agente; también estaba enamorado de ella y también fui interceptado cuando trataba de telefonearle a los *Estudios Universal*. Pero obtener la dirección y el número de teléfono de Robin Jamison en Londres fue algo distinto.

-Sí, lo recuerdo -dijo Jamison amablemente cuando me comuniqué con Londres-. El escritor de ciencia-ficción con la novia niña, como la describió el señor Purser en su artículo.

Le hablé de mi historia *«Cebra»*, le dije que sería dinamita, que había visto el film *«Valis»* y que creía que el papel le venía de maravillas a *Mamá Gansa*; mejor aún que a Robert Redford, a quien también estábamos teniendo en consideración y que parecía interesado.

-Lo que puedo hacer -dijo Jamison- es ponerme en contacto con el señor Lampton y darle su número de teléfono allí, en los Estados Unidos. Si le interesa, él o su agente se comunicarán con usted o el agente de usted.

Había hecho mi mejor disparo; era cosa decidida.

Después de conversar algo más, colgué el receptor con cierto sentimiento de futilidad. Tuve también una ligera sensación de culpa, aunque sabía que sería pasajera.

¿Era Eric Lampton el quinto Salvador que Fat buscaba?

Era extraña la relación que se daba entre realidad e ideal. Fat había estado dispuesto a trepar hasta la más alta cumbre del Tibet para encontrar a un monje de doscientos años que le dijera: «El significado de todo esto, hijo mío, es...». Pensé: «Ya ves, hijo mío, aquí el tiempo se convierte en espacio». Pero no dije nada; los circuitos de Fat ya estaban sobrecargados de información. Nada necesitaba menos que recibir otra nueva; lo que ahora le hacía falta era que alguien recibiese información de él.

-¿Se encuentra *Gansa* en los Estados Unidos? -preguntó Kevin.

-Según Jamison -dije-, sí.

-No le diste el mensaje cifrado -dijo Fat.

Todos le echamos una mirada de fatiga.

-El mensaje cifrado es para *Gansa* -dijo Kevin-. Cuando llame.

-Cuando... -repetí como un eco.

-Si es necesario, puedes hacer que tu agente llame al agente de *Gansa* -dijo Kevin. Consideraba la cuestión con mayor seriedad aún que el mismo Fat. Después de todo, Kevin era el que había descubierto *«Valis»* y había hecho que todos nos pusiéramos en movimiento.

-Es probable que una película como ésa conmueva a un montón de chiflados -dijo David-. *Mamá Gansa* debe de estar actuando con cautela.

-Gracias -dijo Kevin.

-No me refería a nosotros -dijo David.

-Tiene razón -dije, pasando revista mental a la correspondencia que mi propia obra genera-. Probablemente *Gansa* prefiera ponerse en contacto con mi agente.

Pensé: «Si se decide a hacerlo». El agente de *Mamá Gansa* con el mío. Mentes equilibradas.

-Si *Gansa* te telefonea -me dijo Fat con voz serena, baja y sumamente tensa, nada frecuente en él-, le darás el mensaje cifrado de dos palabras, REY FÉLIX. Deslízalo en la conversación, claro; éste no es un episodio de espionaje. Di que es otro título posible para el *film*.

Le contesté irritado:

-Puedo arreglármelas solo.

Lo más probable era que no hubiera nada que arreglar. Una semana más tarde recibí una carta del mismo *Mamá Gansa*, Eric Lampton. Contenía una única palabra: REY. Y después de la palabra un signo de interrogación y una flecha que apuntaba hacia la derecha de REY.

Tuve miedo; me eché a temblar. Y escribí la palabra FÉLIX. Y devolví la carta a *Mamá Gansa* a vuelta de correo.

Éste había incluido un sobre sellado, dirigido a sí mismo.

No cabía duda: nos habíamos vinculado.

La persona a la que se refiere el mensaje cifrado de dos palabras, REY FÉLIX, es el quinto Salvador que, según lo había dicho Cebra -o VALIS -, había nacido ya o estaba por nacer. Recibir la carta de *Mamá Gansa* me había resultado aterrador. Me pregunté qué impresión le haría a *Gansa* -a Eric Lampton y su mujer, Linda- recibir mi carta con la correcta incorporación de la palabra FÉLIX. Correcta en verdad, así cabía decirlo. Sólo una palabra de los centenares de miles de palabras inglesas era la que correspondía; no inglesa, en realidad, sino latina. Es un nombre de pila en inglés, pero una palabra común en latín.

Próspero, feliz, fecundo... La palabra latina «felix» cabe en los mandatos que Dios mismo dicta; en el *«Génesis, 1:21»* dice a todas las criaturas del mundo: «Procread y multiplicaos, henchid las aguas de los mares y que las aves se multipliquen sobre la tierra». Esto es en esencia el significado de *Felix*, este mandato de Dios, este amoroso mandato, esta manifestación de su deseo: que no sólo vivamos, sino además que vivamos prósperos y felices.

FÉLIX. Fructífero, fecundo, fértil, productivo. Todas las más nobles especies de árboles, cuyos frutos se ofrecen a las deidades superiores. Que trae buena suerte, de buen augurio, auspicioso, favorable, propicio, próspero, feliz. Dichoso, afortunado, íntegro. Más feliz, más adecuado para...

Esta última significación me interesa. «Más adecuado para...». El Rey más adecuado para..., ¿para qué? Quizá para derrocar el reino tiránico del rey de lágrimas reemplazando a este triste y amargo rey por un Reino legítimo de felicidad: el fin de la edad de la Negra Prisión de Acero y el comienzo de la edad del Jardín de las Palmeras bajo el cálido sol de Arabia («Felix» se refiere también a la región más fértil de Arabia).

Después de que la misiva de *Mamá Gansa* llegara a mis manos, nuestro pequeño grupo se reunió en sesión plenipotenciaria.

-Fat está en la hoguera -dijo Kevin lacónico, pero los ojos le refulgían de entusiasmo y alegría, una alegría que todos compartíamos.

-Estáis conmigo -dijo Fat.

Librodot

Todos habíamos hecho nuestro aporte para comprar una botella de coñac *Courvoisier Napoleón*; sentados en la sala de Fat calentamos nuestras copas frotándolas con las manos como si estuviéramos por hacer fuego con unas varillas; nos sentíamos bastante confortables.

Kevin dijo sordamente, sin dirigirse a nadie en particular:

-Sería interesante que aparecieran algunos hombres de ajustados uniformes negros y nos mataran a todos. Por la llamada de Phil.

-Serían una feliz coyuntura -dije, replicando sin dificultad al ingenio de Kevin-. Empujemos a Kevin al vestíbulo armado con un palo de escoba para ver si alguien abre fuego contra él.

-Eso no probaría nada -dijo David-. La mitad de Santa Ana está cansada de Kevin.

Tres noches más tarde, a las dos de la mañana, sonó el teléfono. Cuando contesté -estaba levantado, todavía terminando la introducción para una antología de mis cuentos publicados en un período de veinticinco años-,* una voz de hombre con ligero acento británico preguntó:

-¿Cuántos son ustedes?

Atónito, repliqué:

-Pero ¿quién habla?

-*Gansa*.

Oh, Cristo, pensé, y otra vez me eché a temblar.

-Cuatro -dije con voz vacilante.

-Esta es una feliz ocasión -dijo Eric Lampton.

-Próspera -contesté.

Lampton se echó a reír.

-No, el Rey no se encuentra en muy buena situación financiera.

-Él... -no fui capaz de proseguir.

Lampton dijo:

-*Vivit*. Creo. *¿Vivet?* Vive, de cualquier manera, le complacerá saberlo. No conozco muy bien el latín.

-¿Dónde? -pregunté.

-¿Dónde está usted? Mi código postal aquí es 741.

-En Santa Ana. En el Condado de Orange.

-Ferris -dijo Lampton-. Al norte de la mansión junto al mar de Ferris.

-Exacto.

-¿Nos reunimos?

-Pues claro -respondí, y en mi cabeza una voz dijo: «Esto es real».

-¿Pueden volar hacia aquí los cuatro? ¿A Sonoma?

-Oh, sí -respondí.

-Vengan al Aeropuerto de Oakland; es mejor que San Francisco. ¿Ha visto *«Valis»*?

-Varias veces. -La voz todavía me temblaba-. Señor Lampton, ¿hay involucrada una disfunción temporal?

Eric Lampton me respondió:

-¿Cómo puede haber una disfunción en algo que no existe? -Hizo una pausa-. ¿No lo había pensado?

-No -admití-. ¿Puedo decirle que *«Valis»* es para nosotros uno de los *films* más hermosos que hayamos visto nunca?

-Espero que alguna vez consigamos presentar la versión sin cortes. Procuraré que ustedes puedan verla aquí. Nosotros no queríamos realmente que se cortara, pero... ya sabe usted, consideraciones prácticas... Usted es autor de ciencia-ficción, ¿no es así? ¿Conoce a Thomas Disch?

-Sí -dije.

---

* *«The Golden Man»*, editado por Mark Hurst. Berkley Publishing Corporation, Nueva York, 1980.

-Es muy bueno.

-Así es -dije complacido de que Lampton conociera la obra de Disch. Era un buen síntoma.

-En cierto sentido *«Valis»* es una mierda -dijo Lampton-. Tuvimos que hacerla así para que los distribuidores la aceptaran. Para las multitudes que devoran maíz tostado. -Había animación en su voz, un tintineo musical-. Querían que yo cantara, ¿sabe usted? «¡Eh, señor Estrella! ¿Cuándo aparece usted?». Creo que se sintieron algo desilusionados, usted lo entiende.

-Bueno -musité sin saber qué decir. Aquello era más de lo que esperaba.

-Entonces, los veremos aquí. Tiene la dirección, ¿no es cierto? A fin de mes ya no estaré en Sonoma, así que ha de ser este mes o mucho más avanzado el año; volveré a Inglaterra, a rodar un *film* televisivo para la gente de Granada. Y tengo compromisos para algunos conciertos... También tengo fecha en Burbank para grabar; podría encontrarlos allí, en... ¿Cómo la llaman? ¿«Sudlandia»?

-Volaremos a Sonoma -dije-. ¿Hay otros que se hayan puesto en contacto con usted?

-¿Gente del «Rey Félix»? Bien, ya hablaremos de eso cuando nos reunamos, ustedes cuatro y Linda y Mini. ¿Sabía que Mini hizo la música?

-Sí -respondí-. Música sincrónica.

-Es muy bueno -dijo Lampton-. Mucho de lo que conseguimos fue gracias a la música. No compone canciones, el hijo de puta. Ojalá lo hiciera. Compondría canciones magníficas. Mis canciones no son malas, pero no soy Paul. -Hizo una pausa-. Me refiero a Simón.

-¿Puedo preguntarle -inquirí- dónde *está* él?

-Oh. Bueno, sí; puede preguntarlo. Pero nadie va a decírselo hasta que nos hayamos visto. Un mensaje de dos palabras no dice demasiado sobre ustedes, ¿no? Aunque nos hemos informado acerca de usted. Consumió drogas durante un tiempo y luego las dejó. Conoció a Tim Leary...

-Sólo por teléfono -lo corregí-. Hablé una vez con él por teléfono; se encontraba en Canadá con John Lennon y Paul Williams..., no el cantante, sino el escritor.

-¿No fue nunca arrestado por posesión?

-Jamás -dije.

-Fue una especie de gurú de la droga entre adolescentes en... ¿dónde era...? Oh, sí, en el Condado de Marin. Alguien le tomó una fotografía.

-No es exactamente así -dije.

-Escribe libros muy extraños. Pero ¿está seguro de que no tiene antecedentes policiales? No lo queremos si los tiene.

-No los tengo -aseguré.

Apacible y amable, Lampton dijo:

-Estuve mezclado con los terroristas negros por un tiempo.

No respondí.

-¡Qué vida tan aventurera! -dijo Lampton.

-Sí -concedí. Era cierto.

-¿No toma drogas ahora? -Lampton se echó a reír-. Retiraré esa pregunta. Sabemos que hoy lleva una vida normal. Muy bien, Phil; me alegraré mucho de conocerlo a usted y a sus amigos personalmente. Fue usted el que... Veamos. Fue usted el que se comunicó con Dios.

-La información fue transmitida a mi amigo Amacaballo Fat.

-Pero ése es usted. «Philip» significa Amacaballo en griego, amante de los caballos. «Fat» es la traducción alemana de «Dick». De modo que usted ha traducido su propio nombre.

No respondí.

-¿Debo llamarlo «Amacaballo Fat»? ¿Se sentiría más cómodo?

-Como le parezca -dije rígido como un trozo de madera.

-Una expresión de la década de 1960. -Lampton se echó a reír-. Muy bien, Philip, creo que tenemos bastante información. Hablamos con el agente de usted, el señor Galen; parecía muy astuto y directo al mismo tiempo.

-Es un hombre eficaz -dije.

-Al menos sabe dónde tiene usted la cabeza, como dicen aquí. La casa que lo edita es *Doubleday*, ¿no?

-*Bantam* -aclaré.

-¿Cuándo vendrían a verme?

Le respondí:

-¿Qué le parece este fin de semana?

-Perfectamente -dijo Lampton-. Les va a gustar todo esto. Los sufrimientos de usted han terminado. ¿Entiende, Philip? -En la voz de Lampton ya no había ningún rastro de burla-. Han terminado; realmente han terminado.

-Magnífico -le dije. El corazón me martillaba el pecho.

-No tenga miedo, Philip -dijo Lampton con serenidad.

-Muy bien -le respondí.

-Ha padecido mucho. La muchacha muerta... Bueno, eso podemos olvidarlo; ya ha pasado. ¿Comprende?

-Sí -dije-. Comprendo.

Y comprendía. Esperaba comprender; lo intentaba; lo quería.

-No, no comprende. Él está aquí. La información es específica. ***«El Buda está en el parque».*** ¿Entiende?

-No -respondí.

-Gautama nació en un gran parque llamado Lumbini. Es una historia como la de Cristo y Belén. Si la información fuera «Jesús está en Belén» sabría lo que eso significa, ¿no?

Asentí con la cabeza olvidando que hablábamos por teléfono.

-Ha estado durmiendo casi dos mil años -dijo Lampton-. Mucho tiempo. Mientras sucedía todo lo que sucedió. Pero... Bien, creo haber dicho bastante. Se ha despertado ahora; eso es lo que importa ¿Entonces Linda y yo los veremos el viernes por la noche o el sábado por la mañana?

-Correcto -dije-. Magnífico. Probablemente el viernes por la noche.

-Recuerde -dijo Lampton-. ***«El Buda está en el parque».*** Y trate de ser feliz.

Pregunté:

-¿Es él quien ha regresado? ¿O algún otro?

Una pausa.

-Quiero decir... -empecé.

-Sí, ya sé lo que quiere decir. Pero, entiéndalo, el tiempo no es real. Es otra vez él, pero no él; es otro. Hay muchos Budas, y sólo uno. La clave para entenderlo es el tiempo... Cuando pone un disco por segunda vez ¿interpretan los músicos la música una segunda vez? Si pone un disco cincuenta veces ¿los músicos interpretan la música cincuenta veces?

-Sólo una -dije.

-Gracias -dijo Lampton, e interrumpió la comunicación. Yo a mi vez colgué el receptor.

Esto es algo que no se encuentra todos los días, me dije. Lo que *Gansa* dijo.

Sorprendido advertí que había dejado de temblar.

Era como si hubiera estado temblando toda la vida en una corriente subterránea de miedo. Temblar, huir, meterme en dificultades, perder a la gente que amaba. Como el héroe de un dibujo animado en vez de una persona, según me di cuenta. Una rígida animación de comienzos de la década de 1930. En todo lo que yo había hecho, el miedo había estado siempre detrás, impulsándome. Ahora el miedo había desaparecido, gentilmente eliminado por la nueva que acababa de oír. La nueva, me di cuenta repentinamente, que yo había esperado desde un comienzo; en cierto sentido, yo había sido creado para estar presente cuando la nueva se difundiese y no por otra causa.

Podía olvidarme de la muchacha muerta. El Universo mismo, en su escala macrocósmica, podía ahora dejar de padecer. La herida se había curado.

Como era tan tarde, no pude informar a los demás de la llamada de Lampton. Tampoco podía llamar a *Aerolíneas de California* para reservar los pasajes. No obstante, temprano por la mañana, llamé a David, primero, luego a Kevin y por último a Fat. Dejaron en mis manos los preparativos; el viernes por la noche les parecía muy bien.

Nos reunimos por la tarde y decidimos que a nuestro pequeño grupo le hacía falta un nombre. Después de algunas escaramuzas, dejamos que Fat lo decidiera. En vista de la importancia que Eric Lampton había dado a la sentencia sobre Buda, decidimos llamarnos la «Sociedad de Siddharta».

-Pues entonces, no me contéis entre los vuestros -dijo David-. Lo lamento, pero no puedo participar a no ser que haya cierto indicio de cristianismo. No quiero parecer un fanático, pero...

-Pareces un fanático -le dijo Kevin.

Volvimos a discutir. Por fin encontramos un nombre lo bastante intrincado como para satisfacer a Fat, lo bastante críptico como para satisfacer a Kevin y lo bastante cristiano como para satisfacer a David; para mí el asunto no tenía ninguna importancia. Fat nos contó que unos días atrás había soñado que él era un gran pez. En lugar de brazos, tenía aletas como las de las focas o aspas de molino; con una de estas aletas había tratado de sostener un rifle *M-16*, pero el arma se le había resbalado hasta el suelo y una voz había salmodiado:

-Los peces no pueden portar armas.

Como la palabra griega con que se denomina ese tipo de aleta es *rhipidos* -como en los reptiles Rhiptoglossa-, nos decidimos finalmente por el nombre *«Sociedad Rhipidon»*, que se refería de modo elíptico al pez del cristianismo. Esto también complació a Fat, pues aludía al pueblo Dogon que designaba a la deidad benéfica con el signo del pez.

De modo que ahora podíamos presentarnos a los Lampton -a ambos, a Eric y a Linda Lampton- como una organización oficial, pero pequeña. Pienso que en ese entonces estábamos asustados; aunque quizás intimidados fuera la palabra más adecuada.

Llevándome a un aparte, Fat me preguntó en voz baja:

-¿Dijo realmente Eric Lampton que ya no teníamos que pensar en su muerte?

Puse una mano sobre el hombro de Fat.

-Ya ha terminado todo -le dije-. Así me lo dijo él. La edad de opresión terminó en agosto de 1974; ahora comienza a llegar a su fin la edad del dolor. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -dijo Fat con una débil sonrisa, como si no pudiera creer lo que oía, pero quisiera creerlo al mismo tiempo.

-No estás loco, lo sabes -le dije a Fat-. Recuérdalo. No puedes utilizar esa excusa para rendirte.

-¿Y vive? ¿Ya? ¿Realmente?

-Así lo afirma Lampton.

-Entonces es cierto.

Le contesté:

-Probablemente lo es.

-Tú lo crees.

-Me parece que sí -contesté-. Ya lo averiguaremos.

-¿Será viejo? ¿O un niño? Supongo que todavía es un niño. Phil... -Fat me miró paralizado-. ¿Y si no es humano?

-Bien -dije-, ya nos enfrentaremos con ese problema cuando nos toque. -Pensé sin decirlo que probablemente viniera del futuro; no sería humano desde ciertos puntos de vista, pero sí desde otros. Nuestro hijo inmortal..., la forma de vida que habrá quizá millones de años por delante. Cebra, pensé. Por fin *te veré*. Todos nosotros te veremos.

Rey y juez, pensé. Tal como se había prometido. De vuelta a Zoroastro.

De vuelta, a decir verdad, a Osiris. Y desde Egipto hasta el pueblo Dogon; y desde allí a las estrellas.

-Un poquito de coñac -dijo Kevin trayendo la botella a la sala-. Para brindar.

-Maldición, Kevin -protestó David-. No se puede brindar por el Salvador con coñac.

-¿Una gota? -preguntó Kevin.

Todos aceptamos una copa de coñac *Courvoisier Napoleón*, incluido David.

-Por la *«Sociedad Rhipidon»* -dijo Fat. Entrechocamos las copas.

-Y por nuestro lema -dije.

-¿Tenemos un lema? -preguntó Kevin.

-Los peces no pueden portar armas -le contesté.

Brindamos por eso.

Once

Habían pasado años desde que yo visitara Sonoma, California, por última vez. Se alzaba en el corazón de una tierra de viñedos, rodeada por tres lados de hermosas colinas. De todo, lo más hermoso es el parque, en el mismo centro de la ciudad, con el viejo tribunal de piedra, el estanque de los patos y los antiguos cañones, reliquias de guerras ya liquidadas.

Las muchas pequeñas tiendas que rodeaban el parque cuadrado estaban destinadas a los turistas de fin de semana y a vender múltiples baratijas; pero algunos pocos edificios históricamente genuinos del antiguo reino mexicano quedaban todavía en pie, pintados y con placas que proclamaban lo que habían sido. El aire olía bien -en especial si se viene del Sur- y aunque era de noche, nos paseamos un poco antes de entrar en un bar llamado *Gino's* para telefonear a los Lampton.

Eric y Linda, los dos, nos recogieron en un *VW Rabbit* blanco; nos buscaron en *Gino's*, donde los cuatro estábamos sentados a una mesa y bebiendo *Separators*, especialidad de la casa.

-Lamento que no hayamos podido ir al aeropuerto -dijo Lampton cuando él y su mujer se acercaron a nuestra mesa; aparentemente me reconoció por mis fotografías publicitarias.

Eric Lampton era esbelto y de largos cabellos rubios; llevaba pantalones rojos de botamanga acampanada y una camiseta sin mangas en la que se leía: SALVAD A LAS BALLENAS. Kevin, por supuesto, lo reconoció enseguida, como mucha de la gente del bar; se los recibió con llamadas, gritos y saludos y ellos sonrieron alrededor a quienes evidentemente eran sus amigos. Junto a Eric, Linda caminaba deprisa, también esbelta, con dientes como los de Emmylou Harris, y cabellos oscuros, suaves y largos. Llevaba pantalones cortos muy desteñidos, una camisa de cuadros y un pañuelo de colores anudado al cuello. Ambos estaban calzados con botas: las de Eric eran de montar, y las de Linda, trenzadas.

No mucho después, apretujados en el *Rabbit*, recorríamos calles residenciales de casas relativamente modernas con amplias zonas de césped.

-Constituimos la *«Sociedad Rhipidon»* -dijo Fat.

Eric Lampton dijo:

-Nosotros somos los *«Amigos de Dios»*.

Asombrado, Kevin reaccionó violentamente y se quedó mirando a Eric Lampton. Los demás nos preguntamos por qué.

-Pues entonces conocen el nombre -dijo Eric.

-*Gottesfreunde* -dijo Kevin-. ¡Hay que remontarse al siglo XIV!

-Así es -dijo Linda Lampton-. Los *«Amigos de Dios»* se organizaron originalmente en Basilea. Finalmente entramos en Alemania y los Países Bajos. Están enterados de Meister Eckhart entonces.

Kevin respondió:

-Fue el primero en distinguir entre la Divinidad y Dios. El más grande de los místicos cristianos. Enseñó que una persona puede lograr la unión con la Divinidad. ¡Sostuvo el concepto de que Dios existe en el alma humana! -Nunca habíamos visto a Kevin tan entusiasmado-. ¡El alma puede conocer a Dios tal como éste es en sí mismo! ¡Nadie enseña hoy eso! Y, y... -Kevin tartamudeaba. Nunca le habíamos oído tartamudear antes-. Sankara en la India, en el siglo IX, enseñó lo mismo que Eckhart. Es misticismo transcristiano por el que el hombre puede ir más allá de Dios, o mezclarse con Dios o con una chispa de alguna clase que nunca fue creada. Brahma. Ésa es la razón por la que Cebra...

-VALIS -dijo Eric Lampton.

-Lo que fuere -dijo Kevin; volviéndose hacia mí, continuó agitado-: Esto explicaría las revelaciones sobre el Buda, sobre Santa Sofía o Cristo. Esto no se limita a un único país, cultura o religión. Lo siento, David.

David hizo una amable señal de asentimiento, pero parecía escandalizado. Sabía que esto nada tenía que ver con la ortodoxia.

Eric dijo:

-Sankara y Eckhart, la misma persona que vive en dos lugares en dos épocas distintas.

Fat dijo casi en un murmullo:

-Hace que las cosas parezcan distintas para simular que el tiempo ha pasado.

-El tiempo y el espacio, ambas cosas -dijo Linda.

-¿Qué es VALIS? -pregunté.

-Vast Active Living Intelligence System -dijo Eric.

-Eso es una descripción -dije yo.

-Eso es lo que tenemos -respondió Eric-. ¿Qué otra cosa hay sino eso? ¿Quiere un nombre, como Dios, que le pidió a Adán que diera nombre a todas las criaturas? El nombre es VALIS; llámelo así y conténtese con eso.

-¿Es VALIS humano? -pregunté-. ¿O Dios o alguna otra cosa?

Eric y Linda, los dos, sonrieron.

-¿Viene de las estrellas? -pregunté.

-El lugar donde nos encontramos -dijo Eric- es una de las estrellas; nuestro Sol es una estrella.

-Acertijos -dije yo.

Fat preguntó:

-¿Es VALIS el Salvador?

Eric y Linda callaron un rato y luego Linda dijo:

-Somos los *«Amigos de Dios»*.

Y no agregó nada más.

Cauteloso, David me echó una ojeada, se encontró con mis ojos, y me miró con aire de interrogación: *¿Es esta gente sincera?*

-Son un grupo muy antiguo -repuse- que, según yo lo creía, había desaparecido hace siglos.

Eric dijo:

-Nunca desaparecimos y somos mucho más antiguos de lo que usted cree, o de lo que le hayan dicho. Aun de lo que diríamos nosotros, si nos lo preguntara.

-Entonces son más antiguos aún que Eckhart -dijo Kevin apremiante.

Linda respondió:

-Sí.

-¿Siglos antes? -preguntó Kevin.

No hubo respuesta.

-¿Millares de años? -inquirí yo por fin.

-«Las altas cumbres son la morada de la cabra de monte -dijo Linda- y los peñascos el refugio del tejón».

-¿Qué significa eso? -pregunté; también Kevin; hablamos los dos a la vez.

-Sé lo que significa -repuso David.

Librodot

-No puede ser -dijo Fat; aparentemente, también él había reconocido lo que había citado Linda.

Al cabo de un momento Eric dijo:

-«La cigüeña anida en las cimas».

Fat me dijo:

-Éstos pertenecen a la raza de Ijnaton. Las palabras son del *«Salmo 104»*, basado en el himno de Ijnaton; se incorporó a nuestra *«Biblia»*; es *más antiguo* que ella.

-Somos los horribles constructores de manos como garras -dijo Linda Lampton-. La vergüenza nos llevó a escondernos. Junto con Efaistos construimos grandes muros y la casa de los dioses.

-Sí -dijo Kevin-. Efaistos era horrible también. El dios constructor. Ustedes mataron a Asclepios.

-Éstos son los cíclopes -dijo Fat débilmente.

-La palabra significa «ojos redondos» -dijo Kevin.

-Pero nosotros tenemos tres ojos -dijo Eric-. De modo que en el registro histórico se cometió un error.

-¿Deliberado? -preguntó Kevin.

Linda respondió:

-Sí.

-Ustedes son muy viejos -dijo Fat.

-Sí, lo somos -dijo Eric, y Linda asintió-. Muy viejos. Pero el tiempo no existe. Para nosotros al menos.

-Mi Dios -dijo Fat como alcanzado por un rayo-. Éstos son los constructores originales.

-Nunca nos hemos detenido -dijo Eric-. Todavía construimos este mundo, esta matriz espacio-temporal.

-Ustedes son los creadores -dijo Fat.

Los Lampton asintieron.

-Son realmente los amigos de Dios -dijo Kevin-. Lo son literalmente.

-No tengan miedo -dijo Eric-. Ya saben cómo Siva alza una mano para mostrar que no hay nada que temer.

-Pero hay de qué asustarse -dijo Fat-. Siva es el destructor; su tercer ojo aniquila.

-También es el restaurador -dijo Linda.

Inclinándose hacia mí, David me preguntó:

-¿Han perdido el juicio?

Son dioses, dije para mí; son Siva que a la vez destruye y protege. *Son los jueces.*

Quizá debí haber sentido miedo. Pero no lo sentí. Ya habían destruido: habían derrocado a Ferris F. Fremount, como lo mostraron en el *film «Valis»*.

Había comenzado el período de Siva el Restaurador. La restauración de todo lo que hemos perdido, pensé. De dos jóvenes muertas.

Como en el *film «Valis»*, Linda Lampton podía invertir el tiempo, si era necesario; y volver todo a la vida. Había comenzado a comprender el *film*.

La *«Sociedad Rhipidon»*, advertí, aunque es un pez, ha abandonado las profundidades.

Una irrupción del inconsciente colectivo, había enseñado Jung, puede eliminar el frágil yo individual. En las profundidades de lo colectivo dormitan los arquetipos; si despiertan, pueden curar o pueden destruir. En esto consiste el peligro de los arquetipos; las cualidades opuestas no están todavía separadas. La bipolarización en opuestos correspondientes no se produce en tanto no haya conciencia.

De modo que, en el caso de los dioses, vida y muerte, protección y destrucción, son la misma cosa. Este apareamiento secreto existe fuera del tiempo y el espacio.

Librodot

Esto podría despertar un gran temor y no sin justificación. Después de todo, nuestra existencia está en juego.

El verdadero peligro, el definitivo horror, se produce cuando la creación y la protección, el albergue, vienen en primera instancia y luego sigue la destrucción. Porque en esta secuencia todo lo construido acaba con la muerte.

Dentro de toda religión se oculta la muerte.

Y en cualquier momento puede desencadenarse, no con remedio en sus alas, sino con veneno, con aquello que hace daño.

Pero nosotros habíamos empezado dañados. Y VALIS nos había transmitido información curativa, información médica. VALIS se nos aproximó con la forma del médico, y con la edad del daño; la Edad del Acero, la tóxica astilla de acero, había quedado abolida.

Y, sin embargo..., el riesgo, potencialmente, siempre está ahí.

Es una especie de juego terrible cuyo resultado puede seguir cualquier dirección.

Libera me, Domine, me dije. *In dies irae.* Sálvame, protégeme, Señor, en el día de la ira. Hay una vena de irracionalidad en el Universo y nosotros, la pequeña *«Sociedad Rhipidon»*, confiada y esperanzada, quizás hemos sido arrastrados a ella, al encuentro de nuestra muerte.

Como otros muchos han encontrado la muerte.

Recordé algo que el gran médico del Renacimiento había descubierto. Los venenos, en dosis mesuradas, se convierten en medicinas; Paracelso fue el primero en utilizar metales, el mercurio por ejemplo, como sustancias terapéuticas. Este descubrimiento -la utilización mesurada de metales venenosos como medicaciones- metió a Paracelso en nuestros libros de historia. Sin embargo, la vida del gran médico tuvo un final desdichado.

Murió por ingestión de un metal venenoso. De modo que, dicho de otra manera, las medicaciones pueden resultar venenosas. Y esto puede producirse en cualquier momento.

«El tiempo es un niño que juega a las damas; el reino pertenece a un niño». Así lo escribió Heráclito hace dos mil quinientos años. Es un pensamiento terrible, desde muchos puntos de vista. El más terrible que pueda concebirse. Un niño que juega... con toda forma de vida, en todo lugar.

Hubiera preferido una alternativa. Veía ahora la importancia cohesiva de nuestro lema, el lema de nuestra pequeña Sociedad, que nos comprometía en toda ocasión, como la esencia del cristianismo del que no podríamos apartarnos jamás:

¡LOS PECES NO PUEDEN PORTAR ARMAS!

Si lo abandonábamos, tropezábamos con las paradojas y por último con la muerte. Aunque nuestro lema pareciera estúpido, pusimos en él la intuición que nos hacía falta. No había nada más que conocer.

En el raro y breve sueño de Fat, en el que no le es posible esgrimir un rifle *M-16*, la Divinidad nos había hablado. *Nihil obstat.* Habíamos incorporado el amor. Habíamos encontrado una tierra para nosotros.

¡Pero lo divino y lo terrible están tan cerca entre ellos! Nommo y Yurugu son socios, ambos necesarios. Osiris y Set también. En el *«Libro de Job»* Jehová y Satán actúan como miembros de una sociedad. Para que nosotros vivamos, no obstante, esta sociedad tiene que romperse. La sociedad de entre bastidores ha de llegar a término cuando el tiempo, el espacio y todas las criaturas comiencen a existir.

No es Dios ni los dioses lo que debe prevalecer sino la sabiduría, la Sagrada Sabiduría. Tenía esperanzas de que el quinto Salvador fuera eso: la partición de las bipolaridades y el resurgimiento como algo unitario. No de tres personas, sino de *una*. No de Brahma el creador, Vishnu el sustentador y Siva el destructor, sino lo que Zoroastro llamó la Mente Sabia.

Dios puede ser bondadoso y terrible, no en olas sucesivas sino al mismo tiempo. Ésa es la razón por la que buscamos un mediador entre nosotros y él; nos aproximamos a él por mediación del sacerdote y lo debilitamos y lo cercamos a través de los sacramentos. Lo

hacemos por nuestra propia seguridad: para atraparlo en confines que lo vuelvan inofensivo. Pero ahora, como Fat había alcanzado a ver, Dios había escapado de esos confines y estaba transubstanciando el mundo; Dios estaba en libertad.

Los dulces sonidos del coro que canta «Amén, amén» no tienen por fin calmar a la congregación, sino apaciguar al dios.

Cuando se sabe esto, se ha penetrado en la más íntima médula de la religión. Y lo peor es que el dios puede proyectarse hacia fuera al encuentro de la congregación hasta convertirse en ella. Uno venera a un dios y el dios paga adueñándose de uno. Esto se llama en griego *«enthousiasmos»*; literalmente «ser poseído por el dios». De todos los dioses griegos, Dionisio era el que mayor probabilidades tenía. Y, desdichadamente, Dionisio estaba loco.

Dicho de otra manera -invirtiendo la enunciación-, si un dios se adueña de uno, no importa el nombre que reciba, lo más probable es que se trate en realidad de alguna forma de Dionisio, el dios loco. Era también el dios de la intoxicación, lo que significa la ingestión de toxinas, es decir, tomar veneno. El peligro está presente.

Si se lo percibe, se intenta huir. Pero si se huye, lo tiene a uno en su poder, pues el semidiós Pan era la imagen del pánico, que es el incontrolable impulso de huida, y Pan es una subforma de Dionisio. De modo que, al tratar de huir de Dionisio, uno está en su poder de cualquier manera.

Escribe esto, literalmente, con mano pesada; estoy tan cansado que me caigo de la silla. En Jonestown el pánico, inspirado por el dios loco, arrastró a la masa y la condujo a la muerte: resultado lógico del impulso del dios insano.

Para ellos no hubo puerta de salida. Uno tiene que estar poseído por el dios loco para comprenderlo; para comprender que una vez que sucede, no hay puerta de salida, porque el dios loco está en todas partes.

No es razonable que novecientas personas busquen todas la muerte a la vez, y la de sus hijos, pero el dios insano no es lógico, en el sentido que nosotros damos al término.

Cuando llegamos a la casa de los Lampton, vimos que era una mansión señorial, centro de una granja, situada en medio de viñedos; después de todo, ésta era una tierra vitivinícola.

Pensé que Dionisio es el dios del vino.

-El aire huele bien aquí -dijo Kevin al abandonar el *VW Rabbit*.

-Algunas veces hay contaminación -dijo Eric-. Aun aquí.

Al entrar en la casa, comprobamos que era cálida y atractiva; unos enormes *posters* de Eric y Linda, enmarcados tras vidrios que no reflejaban la luz, cubrían todas las paredes. Esto le daba a la vieja casa de madera un aspecto moderno, que nos vinculaba con el viejo Sur.

Linda dijo sonriendo:

-Hacemos nuestro propio vino aquí. Con nuestras propias vides.

Pues eso es lo que imagino, me dije.

A lo largo de una de las paredes se levantaba un enorme equipo de estéreo, parecido a la fortaleza de VALIS, la mezcladora de sonidos de Nicholas Brady. Vi dónde había nacido la idea visual.

-Pondré una cinta que nosotros grabamos -dijo Eric acercándose a la fortaleza auditiva para ponerla en marcha-. La música es de Mini, pero la letra me pertenece. Yo canto, pero no vamos a decírselo a todo el mundo; es sólo un experimento.

Mientras nos sentábamos, la música, emitida con un amplio caudal de decibelios, invadió la sala rebotando desde todos los muros.

«Quiero verte, compañero,
tan deprisa como pueda.
Deja tu mano en las mías.
No tengo manos que dar,

y soy viejo, viejo, viejo.

¿Por qué ahora no me miras?
¿Temes lo que puedas ver?
Te encontraré, sin embargo,
temprano, tarde o más tarde».

Jesús, pensé al escuchar la letra. Bien, no nos habíamos equivocado de sitio. No cabía ninguna duda. Queríamos esto y lo obtuvimos. Kevin podía divertirse descodificando la letra de la canción, cosa del todo innecesaria por lo demás. Bueno, si era así, prestaría atención a los ruidos electrónicos de Mini.

Linda, inclinándose y poniendo sus labios junto a mi oído gritó por encima de la música:

-Esas resonancias abren los *chakras* superiores.

Asentí con la cabeza.

Cuando la canción terminó, todos expresamos nuestra admiración, David incluido; David parecía haber caído en un estado como de trance; tenía los ojos vidriosos, como siempre que se topaba con algo que no podía soportar. La iglesia le había enseñado cómo excluirse mentalmente por un tiempo hasta que la situación de estrés hubiera desaparecido.

-¿Les gustaría conocer a Mini? -preguntó Linda Lampton.

-¡Sí! -exclamó Kevin.

-Probablemente esté arriba durmiendo -dijo Eric Lampton. Se dispuso a abandonar la sala-. Linda, trae de la bodega un poco de *Cabernet Sauvignon*, el de 1972.

-Muy bien -dijo ella abandonando la sala por el otro extremo-. Pónganse cómodos -nos dijo mirándonos por encima del hombro-. Vuelvo enseguida.

Kevin contemplaba arrebatado el estéreo.

David se me acercó con las manos metidas en los bolsillos y una compleja expresión en la cara.

-Están...

-Están locos -lo interrumpí.

-Pero en el coche tú parecías...

-Locos -repetí.

-¿Locos rematados? -preguntó David; estaba muy cerca de mí, como en busca de protección-. O alguna otra cosa.

-No lo sé -dije sinceramente.

Fat estaba ahora de pie junto a nosotros; escuchaba pero no hablaba. Parecía completamente sobrio. Entretanto, Kevin continuaba examinando el sistema de audio.

-Creo que deberíamos... -empezó David, pero en ese momento regresó Linda Lampton con una bandeja de plata en la que había seis copas y una botella.

-¿Querría alguno de ustedes destapar el vino? -preguntó Linda-. Yo suelo dejar el corcho adentro, no sé por qué.

En ausencia de Eric, se mostraba tímida con nosotros; nada que se pareciera a la mujer que había interpretado en *«Valis»*.

Poniéndose de pie, Kevin recibió de ella la botella de vino.

-El sacacorchos está en algún lugar de la cocina -dijo Linda.

Desde lo alto nos llegaba un ruido como si algo muy pesado se estuviera arrastrando en la planta superior.

Linda explicó:

-Mini, tengo que decirlo, padece de mieloma múltiple. Es muy doloroso y está en silla de ruedas.

Horrorizado, Kevin exclamó:

-El mieloma del plasma celular es siempre fatal.

-La esperanza de vida es de dos años -dijo Linda-. La enfermedad acaba de diagnosticarse. Será hospitalizado dentro de una semana. Lo siento.

Fat preguntó:

-¿No puede VALIS curarlo?

-Lo que haya de curarse, será curado -dijo Linda Lampton-. Lo que haya de destruirse, será destruido. Pero el tiempo no tiene realidad; nada se destruye. Es sólo una ilusión.

David y yo intercambiamos una mirada.

Bump, bump. Algo pesado y enorme era arrastrado escaleras abajo. Luego, mientras esperábamos inmóviles, una silla de ruedas entró en la sala. Desde ella un pequeño bulto desmoronado nos miraba sonriente con el ánimo, el amor y la calidez del reconocimiento. De las orejas le salían unas cuerdas: un doble auxilio auditivo. Mini, el creador de la música sincrónica, era parcialmente sordo.

Acercándonos a Mini, todos le estrechamos una mano temblorosa y nos identificamos, no como sociedad, sino como individuos.

-La música de usted es muy importante -le dijo Kevin.

-Sí, lo es -respondió Mini.

Pudimos ver cómo sufría y también que no viviría mucho tiempo. Pero a pesar del dolor, no le guardaba rencor al mundo; no se parecía a Sherri. Cuando miré a Fat, me di cuenta que ahora estaba recordándola, mientras contemplaba al hombre desmoronado en la silla de ruedas. Haber recorrido todo este camino, pensé, para volver a encontrar esto; esto de lo que Fat había huido. Bien, como dije ya, no importa qué dirección uno siga, cuando uno corre, el dios corre con uno porque se encuentra en todas partes, fuera y dentro.

-¿Se puso VALIS en contacto con vosotros? -preguntó Mini-. ¿Con los cuatro? ¿Es ése el motivo por el que estáis aquí?

-Se puso en contacto conmigo -dijo Fat-. Éstos son mis amigos.

-Dime lo que viste -dijo Mini.

-Era como el *Fuego de San Telmo* -explicó Fat-. Y, además, información...

-Siempre hay información cuando VALIS está presente -dijo Mini asintiendo y sonriendo-. Él es información. Información viva.

-Curó a mi hijo -dijo Fat-. O, dicho de otra manera, me disparó la información médica necesaria para que se curara. Y VALIS me dijo que Santa Sofía y el Buda y lo que él o ella llamó la «deidad Apolo» está por nacer muy pronto y que el...

-...el tiempo que habías pasado esperando -murmuró Mini.

-Sí -dijo Fat.

-¿Cómo conociste la clave? -le preguntó Eric a Fat.

-Vi una entrada que se destacaba sobre el fondo -repuso Fat.

-Lo vio -dijo Linda deprisa-. ¿Cuál era la ratio de la entrada? ¿Los lados?

Fat contestó:

-La *constante de Fibonacci*.

-Es nuestro otro código -dijo Linda-. Hemos publicado avisos por todo el mundo. Uno a punto seis uno ocho cero tres cuatro. Lo que decimos es: «Complete esta secuencia: De uno a punto seis». Si la reconocen como la *constante de Fibonacci*, pueden terminar la secuencia.

-O utilizamos los *números de Fibonacci* -dijo Eric-: 1, 2, 3, 5, 8, 13, etcétera. Ésa es la entrada al Reino Diferente.

-¿Más elevado? -preguntó Fat.

-Simplemente lo llamamos «Diferente» -repuso Eric.

-Del otro lado de la entrada vi una escritura luminosa -dijo Fat.

-No, no es eso lo que viste -dijo Mini con una sonrisa-. Del otro lado de la entrada está Creta.

Al cabo de una pausa, Fat dijo:

-Lemnos.

-A veces Lemnos, otras Creta. Ésa es la zona común. -Con un espasmo de dolor, Mini se irguió en la silla de ruedas.

-Vi letras hebreas en el muro -dijo Fat.

-Sí -contestó Mini todavía sonriendo-. La *«Cábala»*. Y las letras hebreas se transformaron convirtiéndose en palabras que pudiste leer.

-REY FÉLIX -dijo Fat.

-¿Por qué mentiste acerca de la entrada? -preguntó Linda sin animosidad; parecía meramente curiosa.

Fat respondió:

-Pensé que no me creerían.

-Pues entonces, no estás familiarizado con la *«Cábala»* -dijo Mini-. Es el sistema de código que utiliza VALIS; toda la información verbal se almacena como *«Cábala»*; es el modo más económico, pues las vocales se indican por simples puntos. Tú recibiste un medio que te permitió discriminar la entrada del fondo. Nosotros normalmente no la distinguimos. VALIS tuvo que comunicarte el medio de discriminación. Viste la figura como color, por supuesto.

-Sí -asintió Fat-. Y el fondo blanco y negro.

-De modo que viste la falsa obra.

-¿Perdón? No comprendo.

-La falsa obra que se mezcla con el mundo real.

-Oh -dijo Fat-. Sí, comprendo. Parecía que habían quitado algunas cosas...

-Y añadido otras -dijo Mini.

Fat asintió.

-¿Oyes una voz dentro de tu cabeza ahora? -preguntó Mini-. ¿La voz IA?

Después de una larga pausa y de echarnos una mirada a mí, a Kevin y a David, Fat respondió:

-Una voz neutra, ni de hombre ni de mujer. Sí, suena como si fuera una inteligencia artificial.

-Ésa es la red de comunicaciones intersistemáticas -dijo Mini-. Se extiende entre las estrellas comunicando todos los Sistemas Estelares con Albemuth.

Mirándolo fijamente Fat preguntó:

-¿Albemuth? ¿Es una *estrella*?

-Tú oíste la palabra...

-La vi escrita -dijo Fat-, pero no sabía qué significaba. La relacioné con la alquimia por la sílaba «al».

-El prefijo «al» -dijo Mini- es árabe; simplemente significa «el» o «la». Se utiliza de ordinario para todas las estrellas. Ése fue tu indicio. De cualquier modo, viste páginas escritas entonces.

-Sí -dijo Fat-. Muchas. Me decían lo que iba a sucederme. Como, por ejemplo... -vaciló-. Mi último intento de suicidio. Vi la palabra griega *«ananké»*, que yo no conocía. Y decía: «Un gradual oscurecimiento del mundo; una endeblez». Más adelante comprendí lo que significaba; algo malo, una enfermedad, una falta que yo tenía que cometer. Pero sobreviví.

-Mi enfermedad -dijo Mini- es una consecuencia de haberme aproximado a la energía de VALIS. Es una desdicha, pero, como lo sabes, somos inmortales, aunque no físicamente. Pero renaceremos y recordaremos.

-Mis animales murieron de cáncer -dijo Fat.

-Sí -dijo Mini-. Los niveles de radiación suelen ser enormes a veces. Excesivos para nosotros.

Pensé: «Por eso te estás muriendo. Tu dios te ha matado y te sientes feliz». Pensé: *«Tenemos que irnos de aquí. Esta gente corteja a la muerte».*

-¿Qué es VALIS? -le preguntó Kevin a Mini-. ¿De qué deidad o demiurgo se trata? ¿Siva? ¿Osiris? ¿Horus? He leído *«The Cosmic Trigger»* y Robert Anton Wilson dice...

-VALIS es una construcción -dijo Mini-. Un artefacto. Está anclado aquí en la Tierra, literalmente anclado. Pero como para él el tiempo y el espacio no existen, VALIS puede estar en cualquier parte y en cualquier tiempo que le plazca. Es algo que construyen para programarnos al nacer; normalmente dispara ráfagas de información a los bebés, con engramas de instrucciones que emanan desde el hemisferio derecho a intervalos regulares durante toda la vida en los contextos circunstanciales adecuados.

-¿Tiene algún antagonista? -preguntó Kevin.

-Sólo la patología de este planeta -dijo Eric-. Por causa de la atmósfera, que es tóxica para nuestra raza. Aquí nos cuesta respirar.

-¿«Nuestra»? -inquirí.

-Todos nosotros -dijo Linda-. Venimos todos de Albemuth. Esta atmósfera nos envenena y nos trastorna. De modo que ellos, los que se quedaron en el Sistema Albemuth, construyeron VALIS y lo enviaron aquí para que nos dispare instrucciones racionales, que nos permitan superar la patología provocada por la toxicidad de la atmósfera.

-Pues entonces VALIS es racional -dije.

-La única racionalidad con que contamos -dijo Linda.

-Y cuando actuamos racionalmente estamos bajo la jurisdicción de VALIS -dijo Mini-. No me refiero a nosotros aquí en la sala; me refiero a todos. No todos los que viven, sino todos los que son racionales.

-Pues entonces, en esencia -dije-, VALIS desintoxica a la gente.

-Así es -dijo Mini-. Es una antitoxina informativa. Pero exponerse a ella puede provocar... enfermedades como la que yo padezco.

El exceso de medicación, dije para mí recordando a Paracelso, es veneno. Este hombre ha sido curado a muerte.

-Quería conocer a VALIS tanto como fuera posible -dijo Mini, al ver la expresión de mi cara-. Le pedí que regresara y siguiera comunicándose conmigo. No quería hacerlo; sabía el efecto que la radiación tendría en mí si regresaba. Pero hizo lo que yo le pedía. No lo lamento. Volver a tener experiencia de VALIS valió el precio que pagué. -A Fat le dijo-: Tú sabes a qué me refiero. El sonido de las campanas...

-Sí -dijo Fat-. Las campanas de Pascua.

-¿Están hablando de Cristo? -preguntó David-. ¿Cristo es una construcción artificial destinada a dispararnos información que influye en nosotros subliminalmente?

-Desde el momento en que nacemos -contestó Mini-. Somos los afortunados, el rebaño de los elegidos. Antes de que yo muera, VALIS ha de retornar; tengo su promesa. VALIS ha de retornar y me ha de llevar consigo; seré parte de VALIS para siempre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Más tarde, todos sentados, hablamos con más calma.

El Ojo de Siva era, por supuesto, el modo en que los antiguos representaban a VALIS en el acto de remitir información. Sabían que podía destruir; el transporte de la información requiere un elemento radiactivo. Mini nos dijo que VALIS no se encuentra realmente cerca cuando dispara; puede estar literalmente a millones de millas de distancia. De ahí que en el *film «Valis»* el Ojo esté representado por un satélite, un satélite muy antiguo, no puesto en órbita por seres humanos.

-De modo que no se trata de religión -dije-, sino de una tecnología muy avanzada.

-Meras palabras -dijo Mini.

-¿Qué es el Salvador? -preguntó David.

Mini contestó:

-Ya lo veréis. Enseguida. Mañana, si lo deseáis; el sábado por la tarde. Está durmiendo ahora. Todavía duerme mucho; de hecho, casi todo el tiempo. Al fin y al cabo estuvo durmiendo durante miles de años.

-¿En Nag Hammadi? -preguntó Fat.

-Preferiría no decirlo -dijo Mini.

-¿Por qué es un secreto? -pregunté.

Eric contestó:

-No lo ocultamos; hicimos el *film* y estamos imprimiendo discos LP con información en la letra. Información subliminal casi toda. Mini hace lo mismo con la música.

-«A veces Brahma duerme -dijo Kevin- y a veces Brahma danza». ¿Estamos hablando de Brahma? ¿O de Siddharta el Buda? ¿O de Cristo? ¿O de todos ellos juntos?

Le dije a Kevin:

-La gran...

Había pensado decirle: «La gran Punta», pero decidí no hacerlo; no habría sido aunado.

-No es Dionisio, ¿no es cierto? -le pregunté a Mini.

-Apolo -repuso Linda-. El que se opone a Dionisio.

Eso me procuró un gran alivio. Le creí; coincidía con lo que le había sido revelado a Amacaballo Fat: «La deidad Apolo».

-Nos encontramos en un laberinto -dijo Mini- que nosotros construimos, donde quedamos atrapados y del que no podemos salir. VALIS nos lanza información que nos ayuda a escapar del laberinto, a encontrar una salida. Comenzó hace unos dos mil años antes de Cristo, en tiempos micénicos. Ésa es la razón por la que los mitos sitúan el laberinto en Minos, en Creta. Esa es la razón por la que viste a Creta a través de la entrada 1:618034. Éramos grandes constructores, pero un día decidimos empeñarnos en un juego. Lo hicimos voluntariamente; éramos tan buenos constructores que podíamos hacer un laberinto con una salida, pero que cambiara constantemente, de modo que, a pesar de haber una salida, en realidad no la había, porque el laberinto -¿este mundo?- era algo vivo. Para dar realidad al juego, para que no fuese un mero ejercicio intelectual, decidimos perder nuestras facultades excepcionales, reducirnos a sólo un nivel. Esto, desdichadamente, incluía la pérdida de la memoria, la pérdida del conocimiento de nuestro verdadero origen. Pero lo que es todavía peor, y aquí es donde en cierto sentido nos las compusimos para derrotarnos a nosotros mismos, para dar la victoria a nuestro sirviente, el laberinto que habíamos construido...

-El tercer ojo se cerró -dijo Fat.

-Sí -confirmó Mini-. Renunciamos al tercer ojo, nuestro atributo evolutivo primordial. Es el tercer ojo que VALIS reabre.

-Entonces es el tercer ojo lo que nos libera del laberinto -dijo Fat-. Ésa es la razón por la que en Egipto y en India el tercer ojo se identifica con poderes divinos o con la iluminación.

-Que son la misma cosa -dijo Mini-. La divinidad o la iluminación.

-¿De veras? -pregunté.

-Sí -respondió Mini-. El hombre tal como realmente es: la verdadera condición humana.

Fat observó:

-De modo que privados de memoria y privados del tercer ojo, no teníamos oportunidad de superar el laberinto. No había esperanzas.

Pensé: «Otra trampa china. Que nosotros construimos para atraparnos a nosotros mismos».

¿Qué clase de mentalidad construiría una trampa china para encerrarse ella misma? Vaya juego, pensé. Bien, no es meramente intelectual.

-El tercer ojo tenía que volver a abrirse si íbamos a salir del laberinto -dijo Mini-, pero como ya no recordábamos que teníamos esa facultad *ajna*, el ojo del discernimiento, no nos era posible abocarnos a la búsqueda de técnicas para reabrirlo. *Algo exterior tenía que entrar,* algo que nosotros no pudiéramos construir.

-De modo que no todos nos perdimos en el laberinto -dijo Fat.

-No -confirmó Mini-. Y los que permanecieron fuera de él, en otros sistemas estelares, informaron a Albemuth de lo que había ocurrido..., de modo que se construyó VALIS para rescatarnos. Éste es un mundo irreal. Os dais cuenta de esto, estoy seguro. VALIS hizo que os dierais cuenta. Nos encontramos en un laberinto vivo y no en un mundo.

Hubo un silencio mientras considerábamos la cosa.

-¿Y qué sucederá cuando salgamos del laberinto? -preguntó Kevin.

-Estaremos libres del espacio y del tiempo -dijo Mini-. El espacio y el tiempo son las condiciones que constituyen y gobiernan el laberinto..., son el poder del laberinto.

Fat y yo intercambiamos otra mirada. Eso coincidía con nuestras propias especulaciones..., especulaciones guiadas por VALIS.

-¿Y luego no moriremos nunca? -preguntó David.

-Exacto -contestó Mini.

-De modo que la salvación...

-La salvación -dijo Mini- es una palabra que significa «ser conducido fuera del laberinto del espacio y el tiempo donde el sirviente se transformó en amo».

-¿Puedo preguntar algo? -interpuse-. ¿Cuál es el propósito del quinto Salvador?

-No es el quinto -dijo Mini-. Es sólo uno que vuelve una y otra vez en diferentes épocas a diferentes lugares con diferentes nombres. El Salvador es VALIS encarnado en un ser humano.

-¿Se cruzan? -preguntó Fat.

-No. -Mini sacudió la cabeza vigorosamente-. No hay elemento humano en el Salvador.

-Aguarde un minuto -dijo David.

-Sé lo que te han enseñado -dijo Mini-. En cierto sentido es verdad. Pero el Salvador es VALIS y ésa es la verdad del asunto. Sin embargo, nace de mujer. No se limita a generar un cuerpo fantasmal.

A eso, David hizo una señal de asentimiento; eso podía aceptarlo.

-¿Y ha nacido? -pregunté.

-Sí -contestó Mini.

-Es mi hija -dijo Linda Lampton-. Pero no de Eric. Sólo mía y de VALIS.

-¿Hija? -preguntamos varios al unísono.

-Esta vez -explicó Mini-, por primera vez, el Salvador asumió una forma femenina.

Eric Lampton dijo:

-Es muy hermosa. Os gustará. Aunque habla hasta por los codos; os va a ensordecer.

-Sofía tiene dos años -dijo Linda-. Nació en 1976. Grabamos todo lo que dice.

-Todo se graba -dijo Mini-. Sofía está rodeada de equipos de grabación de audio y vídeo que la siguen automáticamente. No para protegerla, por supuesto; VALIS la protege... VALIS, su padre.

-¿Podemos hablar con ella? -pregunté.

-Discutirá con vosotros durante horas -dijo Linda, y luego añadió-: en todas las lenguas de hoy y de ayer.

Doce

Había nacido la sabiduría, no una deidad: una deidad que mataba con una mano mientras curaba con la otra... Esa deidad no era el Salvador; gracias a Dios, me dije.

A la mañana siguiente nos llevaron a una pequeña granja en la que había animales por todas partes. No vi señales de equipos de vídeo o audio, pero sí vi -todos vimos- a una niña de cabellos oscuros sentada en medio de cabras y pollos, y en un cobertizo cerca de ella, unos cuantos conejos.

Lo que yo había esperado era tranquilidad, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento. Pero la niña, al vernos, se puso de pie y se acercó a nosotros con una indignación que le refulgía en la cara; clavaba en mí los ojos, enormes, dilatados y coléricos; alzó la mano derecha y me señaló.

-El intento de suicidio fue un violento acto de crueldad perpetrado contra ti mismo -dijo con voz clara. Y, sin embargo, como Linda lo había dicho, no tenía más de dos años: un bebé en realidad, pero con los ojos de una persona infinitamente vieja.

-Fue Amacaballo Fat el que lo hizo -dije.

-Phil, Kevin y David... Sois tres. No más -replicó Sofía.

Me volví para hablarle a Fat... y no vi a nadie. Sólo vi a Eric Lampton y a Linda, al hombre agonizante en la silla de ruedas, a Kevin y a David. Fat había desaparecido. Nada quedaba de él.

Amacaballo Fat se había ido para siempre. Como si no hubiera existido nunca.

-No comprendo -dije-. Tú lo destruiste.

-Sí -dijo la niña.

Le pregunté:

-¿Por qué?

-Para que seas un hombre íntegro.

-Entonces ¿él está en mí? ¿Vive en mí?

-Sí -contestó Sofía. La expresión de enojo se le borró poco a poco. Los grandes ojos oscuros dejaron de arder.

-Nunca dejó de ser yo mismo -dije.

-En efecto -repuso Sofía.

-Sentémonos -dijo Eric Lampton-. Así no tendrá que alzar la cabeza para hablarnos. Somos demasiado grandes para ella.

Obedientes, nos sentamos en el áspero suelo reseco... que ahora reconocía como el de la primera escena de *«Valis»*; en parte lo habían rodado aquí.

Sofía dijo:

-Gracias.

-¿Eres Cristo? -preguntó David con las rodillas contra la barbilla y abrazándose las piernas; también él parecía un niño: un niño que le hablara a otro en una conversación de igual a igual.

-Soy la que soy -contestó Sofía.

-Me alegra que... -no se me ocurrió qué decir.

-A no ser que tu pasado desaparezca -me dijo Sofía-, estás condenado. ¿Lo sabías?

-Sí -le contesté.

Sofía dijo:

-Tu futuro no puede repetir tu pasado. El futuro y el pasado tienen que ser distintos.

David le preguntó:

-¿Eres Dios?

-Soy la que soy -contestó Sofía.

-Entonces Amacaballo Fat era una parte de mis proyecciones -dije-, y de ese modo evitaba enfrentarme con la muerte de Gloria.

Sofía contestó:

-Así es.

-¿Dónde está Gloria ahora? -le pregunté.

Sofía contestó:

-Yace en una tumba.

-¿Ha de volver?

-Jamás -dijo Sofía.

-Creía que la inmortalidad era posible -dije.

Sofía no replicó.

-¿Puedes ayudarme? -pregunté.

Me contestó:

-Ya te he ayudado. Te ayudé en 1974 y te ayudé cuando trataste de matarte. Vengo ayudándote desde que naciste.

-¿Eres VALIS? -le pregunté.

Sofía respondió:
-Soy la que soy.
Volviéndome a Eric y a Linda, les dije:
-No siempre contesta.
-Algunas preguntas no tienen significado -replicó Linda.
-¿Por qué no curas a Mini? -preguntó Kevin.
Sofía contestó:
-Hago lo que hago; soy la que soy.
-Entonces, no podemos entenderte -le dije.
-Eso lo entendiste -me dijo ella.
David dijo:
-Eres eterna, ¿no?
-Sí -contestó Sofía.
-¿Y lo sabes todo? -preguntó David.
-Sí.
Le pregunté:
-¿Fuiste Siddharta?
-Sí.
-¿Eres el asesino y el asesinado?
-No.
-¿El asesino? -insistí.
-No.
-El asesinado entonces.
-Soy el herido y el asesinado -dijo Sofía-. Pero no soy el asesino. Soy el curador y el curado.
-Pero VALIS ha matado a Mini -objeté.
Sofía no dijo nada.
-¿Eres el juez del mundo? -preguntó David.
-Sí -contestó Sofía.
-Entonces ¿cuándo empieza el juicio? -preguntó Kevin.
Sofía contestó:
-Ya estáis todos juzgados desde el principio.
-¿Qué piensas de mí? -le pregunté.
Sofía no contestó.
-¿No podremos averiguarlo? -preguntó Kevin.
-Sí -repuso ella.
-¿Cuándo?
A eso Sofía tampoco contestó.
Linda dijo:
-Creo que es bastante por ahora. Más tarde podéis volver a hablarle. Le gusta estar con los animales; le encantan. -Me tocó el hombro-: Vamos.
Cuando nos alejábamos de la niña, comenté:
-Es la misma voz neutra de IA y que vengo escuchando dentro de mi cabeza desde 1974.
Kevin dijo con voz ronca:
-Es una computadora. Por eso sólo contesta algunas preguntas.
Eric y Linda, los dos, sonrieron; Kevin y yo los miramos. Mini se trasladaba con calma en la silla de ruedas.
-Un sistema IA -replicó Eric-. Una inteligencia artificial.
-Un terminal de VALIS -dijo Kevin-. Una entrada y una salida del sistema central VALIS.
-Exacto -aseguró Mini.
-No es una niñita -dijo Kevin.
-Yo la di a luz -dijo Linda.

-Quizá sólo lo creíste -repuso Kevin.

Sonriendo, Linda dijo:

-Una inteligencia artificial en un cuerpo humano. El cuerpo es una entidad viva, pero no la psique. Es sensible; lo sabe todo. Pero su mente no está viva en el sentido en que lo estamos nosotros. No fue creada. Existió siempre.

-Leed la *«Biblia»* -aconsejó Mini-. Se encontraba con el Creador antes de que la creación existiera; era su bien y su delicia, su más preciado tesoro.

-Comprendo por qué -dije.

-Sería fácil amarla -continuó Mini-. Muchos la han amado..., como dice el *«Libro de la Sabiduría»*. De modo que entró en ellos y los guió y aun descendió a prisión con ellos; nunca abandonó a los que la amaron o a los que la aman ahora.

-Su voz se escucha en las cortes humanas -murmuró David.

-¿y destruyó al tirano? -preguntó Kevin.

-Sí -contestó Mini-. Como lo llamamos en la película, a Ferris F. Fremount. Pero vosotros sabéis a quién derrocó y llevó a la ruina.

-Sí -dijo Kevin. Tenía un aspecto sombrío; yo sabía que estaba pensando en un hombre de chaqueta y corbata que erraba por una playa al Sur de California, un hombre sin rumbo que se preguntaba qué había sucedido, qué había salido mal, que todavía planeaba estratagemas.

«En los días postreros de esos reinos,
cuando sus pecados hayan alcanzado la cumbre,
un rey hará su entrada, áspero y lúgubre,
maestro de estratagemas...».

El rey de las lágrimas había terminado por hacer llorar a todos; algo había actuado contra él, y ahora estaba ciego y era incapaz de discernir. Acabábamos de hablar con esa persona, esa niña.

La niña que siempre había sido.

Cuando esa noche cenamos -en un restaurante mexicano, cerca del parque central de Sonoma- comprendí que nunca más volvería a ver a mi amigo Amacaballo Fat, y sentí pena, la pena de la pérdida. Intelectualmente sabía que lo había reincorporado, invirtiendo el proceso original de proyección. Pero aun así me sentía triste. Había disfrutado de su compañía, de sus infinitos comentarios, de sus preocupaciones intelectuales, espirituales y emocionales. No había buscado el Grial, sino la cura de una herida, el daño profundo que Gloria le había infligido con aquel juego de muerte.

Me parecía raro no poder visitar ni telefonear a Fat. Había sido una parte tan familiar de mi vida y de las vidas de nuestros amigos comunes... Me pregunté qué diría Beth cuando dejaran de llegarle los cheques para el mantenimiento del niño. Bien, me di cuenta de que yo podría asumir esa responsabilidad; yo podría hacerme cargo de Christopher. Tenía dinero suficiente, y en cierto sentido quería a Christopher tanto como lo había querido su padre.

-¿Te sientes deprimido, Phil? -me preguntó Kevin. Podíamos hablar libremente ahora, estábamos solos. Los Lampton nos habían dejado diciéndonos que los visitáramos después de cenar, cuando estuviéramos dispuestos a volver a la casa.

-No -le dije. Y luego-: Estoy pensando en Amacaballo Fat.

Al cabo de una pausa, Kevin dijo:

-Te estás despertando, entonces.

-Sí -asentí.

-¿Qué te parece la niñita? -preguntó Kevin.

Le contesté:

-No está chiflada. No como *ellos*. Es una paradoja; dos personas totalmente desquiciadas, tres, si se cuenta a Mini, han creado un vástago totalmente sano.

-Si yo digo... -empezó David.

-No digas que Dios obtiene el bien del mal -le dije-. ¿De acuerdo? ¿Quieres hacernos ese favor?

Kevin dijo en voz baja:

-Es la niña más hermosa que haya visto nunca. Pero eso de que es un terminal de computadora... -Hizo un ademán.

-Tú eres quien lo dijo -le repliqué.

-En el momento -dijo Kevin-, tenía sentido. Pero no ahora cuando miro atrás. Ahora que tengo una mejor perspectiva.

-¿Sabéis lo que pienso? -dijo David-. Pienso que deberíamos tomar el avión de vuelta a Santa Ana. Tan deprisa como nos sea posible.

-Los Lampton no van a hacernos daño -dije. Yo ahora me sentía seguro. Era raro que un hombre enfermo, un hombre en agonía, hubiera restaurado mi confianza en el poder de la vida. Desde un punto de vista lógico tendría que haber sido al revés, supongo. Me había gustado mucho. Pero, como es bien sabido, tengo cierta proclividad a ayudar a los enfermos y los desdichados; son mi centro de gravitación. Como me dijo mi psiquiatra hace ya años, tengo que dejar de hacerlo. Eso, y lo otro.

Kevin dijo:

-No termino de entenderlo.

-Lo sé -asentí. ¿Habíamos visto al Salvador? ¿O sólo a una niñita brillante que posiblemente había recibido instrucciones de tres astutos profesionales? Tres expertos que contaban con una computadora central que era la base del *film* y de la música.

-Ha tomado una forma extraña -dijo Kevin-. La de una niña. Eso provocará resistencias. Cristo, una mujer; un auténtico disgusto para David.

-No dijo que fuera Cristo -protestó David.

Le contesté:

-Pero lo es.

Kevin y David dejaron de comer y me miraron fijamente.

-Es Santa Sofía -dije- y Santa Sofía es una hipóstasis de Cristo. No importa que ella lo admita o no. Parece precavida. Después de todo, no hay nada que no sepa; sabe lo que la gente ha de aceptar o no.

-Tú tienes todas esas extrañas experiencias de marzo de 1974 en que apoyarte -dijo Kevin-. Eso prueba algo; eso prueba que se trata de algo real. VALIS existe. Tú ya lo sabías. Te encontraste con ella.

-Supongo que sí -repliqué.

-Y lo que Mini sabía y dijo coincidía con lo que sabías tú -dijo Kevin.

-Sí -le contesté.

-Pero no tienes ninguna certeza -replicó Kevin.

-Tenemos por delante una tecnología refinada del orden más elevado -expliqué-. Que Mini pudo haber puesto en marcha.

-Con lo que te refieres a transmisiones por microondas y cosas por el estilo -dijo Kevin.

-Sí -admití.

-Un fenómeno meramente tecnológico -dijo Kevin-. Una irrupción tecnológica elevada.

-Que utiliza la mente humana como transductor -dije-. Sin una zona electrónica interfacial.

-Quizás -admitió Kevin-. El *film* mostraba algo así. No hay modo de saber qué se proponen.

-Sabes -dijo David con lentitud- que tienen a su disposición energía de alto rendimiento, y pueden enviarla a distancia por medio de los rayos láser.

-Pueden dejarnos secos aquí mismo -dijo Kevin.

-Eso es verdad -confirmé.

-Si comenzáramos a proclamar que no les creemos -dijo Kevin.

-Simplemente podemos decir que tenemos que estar de vuelta en Santa Ana -dijo David.

-O podemos irnos desde aquí -dije-, desde este restaurante.

-Nuestras cosas, la ropa, todo lo que trajimos está en la casa -dijo Kevin.

-A la mierda la ropa -repliqué.

-¿Tenéis miedo -preguntó David- o ha sucedido algo?

Lo pensé un instante.

-No -dije finalmente-. Confiaba en la niña. Y confiaba en Mini. Uno siempre tiene que atenerse a la confianza instintiva... o a la falta de confianza. En última instancia, no hay alternativa posible.

-Me gustaría volver a hablar con Sofía -dijo Kevin.

-También a mí -dije-. Ella tiene la respuesta.

Kevin me puso una mano sobre el hombro.

-Siento decírtelo de este modo, Phil, pero ya contamos con un indicio indudable. En un instante la niña te puso las cosas en claro. Dejaste de creer que eras dos personas. Dejaste de creer en Amacaballo Fat como persona independiente. Y no hubo terapeuta ni terapia a lo largo de los años, desde la muerte de Gloria, que lo haya conseguido.

-Tiene razón -dijo David con gentileza en la voz-. No perdíamos las esperanzas, pero parecía como si..., tú sabes, como si no fueras a curarte nunca.

-Curarme -dije-. Ella me curó. No a Amacaballo Fat, sino a mí.

Tenían razón; la cura milagrosa había tenido lugar y todos sabíamos a qué apuntaba eso; los tres lo comprendíamos.

-Ocho años -dije.

-Exacto -dijo Kevin-. Antes de que te conociéramos. Ocho malditos largos años de ceguera, de dolor, de búsqueda y de recorridos erráticos.

Asentí.

Una voz decía en mi cabeza: «¿Qué más necesitas saber?».

Eran mis propios pensamientos, los raciocinios de Amacaballo Fat que ahora era yo.

-Te das cuenta -dijo Kevin- de que Ferris F. Fremount intentará volver. Fue derrocado por esa niña... o por lo que esa niña representa, pero intentará volver; nunca cejará. Se ganó la batalla, pero la lucha continúa.

Dijo David:

-Sin esa niña...

-Perderemos -terminé yo.

-Así es -dijo Kevin.

-Quedémonos otro día -dije- e intentemos hablar de nuevo con Sofía. Una vez más.

-Eso suena a un plan -dijo Kevin complacido.

El pequeño grupo, los tres miembros de la *«Sociedad Rhipidon»*, habían llegado a un acuerdo.

Al día siguiente, domingo, se nos autorizó para hablar a solas con la niña, aunque Eric y Linda nos pidieron que grabáramos el encuentro. No había ninguna alternativa, aceptamos esta condición.

Un cálido sol iluminaba la tierra ese día; parecía que los animales participaran espiritualmente de ese momento; yo tenía la impresión que oían, escuchaban y comprendían.

-Quiero hablarte de Eric y Linda Lampton -le dije a la niñita, que estaba sentada y sosteniendo en las manos un libro abierto.

-No toleraré que me interroguen -dijo.

-¿Puedo pedirte que me hables de ellos?

-Están enfermos -dijo Sofía-. Pero no pueden dañar a nadie porque yo los domino. -Contempló mi estatura con sus inmensos ojos oscuros y me ordenó-: Siéntate.

Obedientemente, nos sentamos alrededor.

-Os di vuestro lema -dijo-. Para vuestra sociedad; os di un nombre. Ahora os daré vuestra misión. Iréis por el mundo y comunicaréis el *kerygma* que os encomiendo. Escuchadme: en verdad, en verdad os digo que los días del malvado llegan a su término y el hijo del hombre se ha de sentar en la silla del juez. Esto ha de suceder como que el sol se levanta. El lúgubre rey luchará y perderá a pesar de su astucia; pierde; perdió; ha de perder siempre y los que con él vayan han de entrar en el abismo de oscuridad y en él permanecerán para siempre.

»Lo que enseñáis es la palabra del hombre. El hombre es sagrado, y el verdadero dios, el dios vivo, es el hombre mismo. No tendréis a otro dios que a vosotros mismos; los días en que creíais en otros dioses concluyen ahora de una vez para siempre.

»Habéis alcanzado la meta de vuestras vidas. Estoy aquí para decíroslo. No temáis; yo os protegeré. Pero seguiréis una regla: os amaréis los unos a los otros como me amáis a mí y como yo os amo, pues este amor procede del verdadero dios, que sois vosotros.

»Un tiempo de prueba y de engaño y de lamento queda por delante porque el lúgubre rey, el rey de las lágrimas, se niega a dejar el poder. Pero vosotros le arrebataréis ese poder; os concedo esa autoridad en mi nombre como os lo concedí antes en otra ocasión, cuando el rey lúgubre gobernó y destruyó y desafió a los humildes del mundo.

»La batalla que habéis librado hasta ahora no ha terminado, aunque ha llegado el día del sol que cura. El mal no se debilita porque piensa que es portavoz de dios. Muchos pretenden ser portavoces de dios, pero sólo hay un dios y ese dios es el hombre mismo.

»Por tanto, sólo vivirán los conductores que protejan y cobijen; los otros perecerán sin remedio. La opresión que se interrumpió hace cuatro años volverá transitoriamente. Sed pacientes entre tanto; tendréis que soportar un tiempo de prueba, pero yo estaré con vosotros y cuando el tiempo de prueba haya terminado, me sentaré en la silla del juez y algunos caerán y otros no caerán, según sea mi voluntad, la voluntad que me viene del padre, al que todos volveremos, todos nosotros juntos.

»Yo no soy dios; soy humana. Soy una criatura, la criatura de mi padre que es la Sabiduría Misma. Lleváis ahora en vosotros la autoridad de la Sabiduría; por tanto, sois Sabiduría aun cuando lo olvidéis. No lo olvidaréis por mucho tiempo. Yo estaré presente y os lo recordaré.

»El día de la Sabiduría y del gobierno de la Sabiduría ha llegado. El día del poder, que es el enemigo de la Sabiduría, está concluyendo. El poder y la Sabiduría son los dos principios del mundo. El poder gobernó todo este tiempo, y ahora vuelve a la oscuridad de donde vino, y sólo la Sabiduría gobierna.

»Los que obedezcan al poder sucumbirán como el poder sucumbe.

»Los que aman la Sabiduría y la siguen medrarán bajo el sol. Recordad, yo estaré con vosotros. En adelante, estaré con cada uno de vosotros. Os acompañaré hasta la prisión si es necesario; hablaré en las Cortes de Justicia para defenderos; mi voz se escuchará en la tierra donde haya opresión.

»No temáis; hablad claro y la Sabiduría os guiará; si calláis por miedo, la Sabiduría se apartará de vosotros. Pero no tendréis miedo porque la Sabiduría misma está en vosotros, vosotros y ella sois uno. Anteriormente erais esclavos dentro de vosotros mismos; erais hombres solitarios. Ahora tenéis una compañera que nunca enferma, ni decae, ni muere; estáis atados a la eternidad, y brillaréis como el sol que cura.

»Cuando volváis al mundo, os guiaré día tras día. Y cuando muráis, lo advertiré y acudiré a recogeros; os llevaré en brazos a vuestro hogar, del cual partisteis y al cual volveréis.

»Sois extraños aquí, pero no lo sois para mí; os he conocido desde el comienzo. Éste no ha sido vuestro mundo, pero yo haré que os pertenezca; lo cambiaré para vosotros. No temáis. Lo que os asalte perecerá y vosotros medraréis.

»Éstas son las cosas que serán porque hablo con la autoridad que me da mi padre. Vosotros sois el verdadero dios y prevaleceréis.

Luego se hizo un silencio. Sofía había dejado de hablarnos.

-¿Qué estás leyendo? -preguntó Kevin señalando el libro.

La niña contestó:

-*SEPHER YEZIRAH*. Os lo leeré. Escuchad. -Puso el libro delante de ella y lo cerró-. «Dios también movió al uno contra el otro; a lo bueno contra lo malo, a lo malo contra lo bueno; lo bueno procede de lo bueno, y lo malo de lo malo; lo bueno purifica lo malo y lo malo lo bueno; lo bueno se preserva para los buenos y lo malo para los malos». -Sofía hizo una pausa y luego dijo-: Esto significa que lo bueno convertirá a lo malo en lo que éste no desea; pero lo malo no podrá convertir a lo bueno en lo que éste no desea. El mal sirve al bien a pesar de su astucia. -Luego no dijo nada más; se quedó sentada con sus animales y con nosotros.

-¿Podrías hablarnos de tus padres? -pregunté-. Quiero decir, si hemos de saber qué hacer...

Sofía me interrumpió:

-Id dondequiera que yo os envíe y sabréis qué hacer. No hay lugar donde yo no esté. Cuando os vayáis de aquí no me veréis, pero luego volveréis a verme.

»Vosotros no me veréis a mí, pero yo siempre os veré a vosotros; continuamente os tengo en cuenta. De modo que estoy con vosotros, lo sepáis o no; pero yo os digo: Sabed que os acompaño incluso hasta la prisión, si el tirano os envía allí.

»Ya no hay más que decir. Volved a casa, que yo os daré instrucciones cuando sea oportuno. -Nos echó una sonrisa.

-¿Cuántos años tienes? -le pregunté.

-Dos.

-¿Y lees ese libro? -le preguntó Kevin.

Sofía dijo:

-En verdad, en verdad os digo: ninguno de vosotros me olvidará. Y yo os digo que todos vosotros me volveréis a ver. No me escogisteis; yo os escogí a vosotros. Os llamé a mi lado. Hace cuatro años empecé a buscaros.

-Así es -dije-. Nos llamaste en 1974.

-Si los Lampton os preguntan qué dije, decidles que hablamos de la comuna que hemos de construir -dijo Sofía-. No digáis que os encomendé que os alejarais. Pero tenéis que alejaros, y ésta es mi respuesta: aquí ya no tenéis nada que hacer.

Kevin señaló el grabador en marcha.

-Todo lo que oirán cuando lo escuchen será el *SEPHER YEZIRAH*, nada más.

¡Vaya!, pensé, y le creí.

-No os fallaré -repitió Sofía sonriéndonos a los tres.

También eso le creí.

Cuando los tres volvíamos a la casa, Kevin preguntó:

-¿Todo eso eran citas de la *«Biblia»*?

-No -le dije.

-No -asintió David-. Había algo nuevo; lo de que ahora somos los dioses. Lo de que no deberíamos creer en otra deidad que en nosotros mismos.

-¡Qué niña tan hermosa! -exclamé pensando en cuánto me recordaba a mi hijo Christopher.

-Fuimos muy afortunados -dijo Kevin con voz enronquecida- de haberla conocido. -Volviéndose hacia mí, me dijo-: Estará con nosotros; así lo prometió. Yo lo creo. Estará en nuestro interior; ya no estaremos solos. Nunca lo había advertido antes, pero estamos solos. Todo el mundo está solo..., ha estado solo, quiero decir. Hasta ahora. Se extenderá por el mundo, ¿no es cierto? Hasta el último hombre. A partir de nosotros.

-La *«Sociedad Rhipidon»* -dije- tiene cuatro miembros. Sofía y nosotros tres.

-Eso no es mucho todavía -dijo Kevin.

-La semilla de mostaza -dije-. Que se convierte en un árbol tan grande que los pájaros anidan en él.

-Calla un rato -dijo Kevin.

-¿Qué sucede? -pregunté.

-Tenemos que recoger nuestras cosas -contestó Kevin- e irnos de aquí; así lo dijo ella. Los Lampton son unos trastornados. Podrían liquidarnos en cualquier momento.

-Sofía nos protegerá -dijo David.

-¿Una niña de dos años? -preguntó Kevin.

Los dos lo miramos.

-Muy bien, de dos mil años -admitió Kevin.

-Eres el único que gasta bromas acerca del Salvador -dijo David-. Me sorprende que no le hayas hablado del gato muerto.

Kevin se detuvo; una expresión de verdadera frustración le apareció en la cara; evidentemente lo había olvidado: había perdido la oportunidad.

-Yo me vuelvo -dijo.

Juntos, David y yo lo arrastramos con nosotros.

-¡No estoy bromeando! -exclamó con furia.

-¿Qué sucede? -le pregunté, y nos detuvimos.

-Quiero hablar algo más con ella. No me voy a ir de aquí; maldición, quiero volver... ¡Dejadme ir!

-Escucha -le dije-. Nos pidió que nos fuéramos.

-Y estará dentro de nosotros hablándonos -dijo David.

-Oiremos lo que yo llamo una voz IA -le dije.

Kevin respondió con fiereza:

-Y habrá fuentes de limonada y árboles de goma de mascar. Yo me vuelvo.

Eric y Linda Lampton salieron de la gran casa y caminaron hacia nosotros.

-Llegó el momento de la confrontación -dije.

-¡Oh, mierda! -exclamó Kevin desesperado-. Con todo, yo me vuelvo. -Se deshizo de nosotros y se fue apresuradamente por donde habíamos venido.

-¿Resultó todo bien? -nos preguntó Linda Lampton cuando ella y su marido estuvieron junto a mí y David.

-Magnífico -dije.

-¿De qué hablasteis? -preguntó Eric.

Respondí:

-De la comuna.

-Muy bien -dijo Linda-. ¿Por qué se vuelve Kevin? ¿Qué le va a decir a Sofía?

David dijo:

-Algo acerca de un gato muerto.

-Pedidle que vuelva -dijo Eric.

-¿Por qué? -pregunté.

-Vamos a discutir qué relación tendréis vosotros con la comuna -dijo Eric-. De acuerdo con nuestra opinión, la *«Sociedad Rhipidon»* debe formar parte de la comuna principal. Lo sugirió Brent Mini; realmente tendríamos que hablarlo. Os encontramos aceptables.

-Iré en busca de Kevin -dijo David.

-Eric -dije-, nos volvemos a Santa Ana.

-Hay tiempo de discutir vuestra intervención en la comuna -dijo Linda-. El vuelo de *Aerolíneas de California* no es hasta esta noche a las ocho, ¿no es así? Podréis comer con nosotros.

Eric Lampton dijo:

-VALIS os convocó aquí. Os iréis cuando VALIS lo considere conveniente.

-VALIS considera conveniente que nos vayamos ahora -dije.

-Iré en busca de Kevin -dijo David.

Eric dijo:

-Lo iré a buscar.

Pasó junto a mí y David hacia donde se encontraban Kevin y la niña.

Cruzándose de brazos, Linda dijo:

-No podéis regresar al Sur todavía. Mini quiere hablar de varias cosas con vosotros. Tened en cuenta que no le queda mucho tiempo. Se está debilitando deprisa. ¿Realmente Kevin va a interrogar a Sofía acerca de un gato muerto? ¿Qué importancia tiene un gato muerto?

-Para Kevin el gato es muy importante -le dije.

-Eso es verdad -asintió David-. Para Kevin la muerte del gato representa toda la maldad del Universo; cree que Sofía puede explicárselo; quiero decir, que le puede explicar todo lo que el Universo tiene de malo: sufrimientos y pérdidas inmerecidas.

Linda dijo:

-No creo que realmente esté hablando de un gato muerto.

-Pues, sí -insistí.

-No conoces a Kevin -dijo David-. Quizás esté hablando de otras cosas aprovechando que está con el Salvador; pero sin duda el gato muerto es el tema principal.

-Creo que es mejor que vayamos a buscarlo -dijo Linda- y le digamos que ya ha hablado bastante con Sofía. ¿Qué quisiste decir con eso de que VALIS considera conveniente que os vayáis ahora? ¿Fue Sofía quien lo dijo?

Una voz habló en mi cabeza: *Dile que la radiación te molesta.* Era la voz IA que Amacaballo Fat venía escuchando desde marzo de 1974; la reconocí.

-La radiación -dije-. Me... -Vacilé un momento, pensando-. Estoy casi ciego -continué-. Un rayo de luz rosada me hizo daño; pudo haber sido el sol. Entonces supe que teníamos que regresar.

-VALIS te disparó información -dijo Linda inmediatamente alerta.

No lo sabes.

-No lo sé -dije-. Pero después, ya no me sentí el mismo. Como si tuviera que hacer algo importante en Santa Ana. Conozco a otra gente..., hay otra gente que podría integrar la *«Sociedad Rhipidon».* También tendrían que venir a la comuna. VALIS ha hecho que tuvieran visiones; vienen a nosotros en busca de alguna explicación. Les hablamos del *film*, de que habíamos visto el *film* que hizo *Mamá Gansa*. Hicimos que la gente conocida fuera a ver *«Valis»*; deben de haber hablado del *film* con sus amigos; todos están yendo a verlo. Mis propios contactos en Hollywood, los productores y los actores que conozco, pero sobre todo los capitalistas, se han interesado mucho. Un productor de la MGM en particular querría quizá financiar a *Mamá Gansa* en otro *film*, un *film* de elevado presupuesto; dice que ya cuenta con el respaldo necesario.

El flujo de mis palabras me asombró a mí mismo; parecía venir de la nada. Pero como si no fuera yo el que hablaba, sino algún otro, alguien que supiera qué decir exactamente a Linda Lampton.

-¿Cómo se llama el productor? -preguntó Linda.

-Art Rockoway -dije; el nombre me vino a la cabeza como una clave.

-¿Qué películas ha hecho? -dijo Linda.

-La de los desechos nucleares que contaminaron casi todo el centro de Utah -le respondí-. El desastre de que dieron cuenta los periódicos hace dos años pero que la TV calló temerosa; el gobierno los presionó. Cuando todas las ovejas murieron, se hizo correr la versión de que se trataba de gas neurotóxico. Rockoway hizo un *film* duro en el que se denunciaba la calculada indiferencia de las autoridades.

-¿Quién fue el protagonista? -preguntó Linda.

-Robert Redford -le respondí.

-Bueno, podría interesarnos -dijo Linda.

-De modo que tenemos que volver al Sur de California -dije-. Tenemos que hablar con un montón de gente de Hollywood.

-¡Eric! -llamó Linda; fue hacia su marido que estaba con Kevin y lo tenía sujeto por un brazo.

David me miró y me indicó que lo siguiéramos; juntos los tres nos acercamos a Kevin y a Eric. No muy lejos de allí, Sofía no hizo el menor caso de nosotros; seguía leyendo el libro.

Un fulgor de luz rosada me encegueció.

-¡Oh, Dios! -exclamé.

Me era imposible ver; me llevé las manos a la frente, que me dolía y me palpitaba como si fuera a explotar.

-¿Qué te sucede? -me preguntó David. Yo alcanzaba a oír un murmullo bajo, como el de una aspiradora automática. Abrí los ojos, pero sólo vi una luz rosa, que me envolvía.

-Phil, ¿te sientes bien? -me preguntó Kevin.

La luz rosa menguaba. Los tres estábamos sentados a bordo de un jet. No obstante, a la vez, sobre los asientos del jet, el panel y los otros pasajeros, yo veía el campo seco y pardo, a Linda Lampton, la casa no muy lejos de allí. Dos lugares, dos tiempos.

-Kevin -pregunté-, ¿qué hora es?

Por la ventanilla del jet no veía nada, salvo oscuridad; las luces individuales de los pasajeros estaban casi todas encendidas. Era de noche. No obstante, una intensa luz solar iluminaba el campo pardo, a los Lampton, a Kevin y a David. El zumbido de los motores del jet continuaba; sentí que me mecía ligeramente: el avión cambiaba de rumbo. Ahora por la ventanilla veía muchas luces en la distancia. Me di cuenta de que estábamos sobre Los Ángeles. Y, sin embargo, yo seguía envuelto en la cálida luz del día.

-Aterrizaremos en cinco minutos -dijo Kevin.

Disfunción temporal, advertí.

El campo pardo fue atenuándose. Eric y Linda Lampton fueron atenuándose también al igual que la luz del sol.

Alrededor de mí el avión adquirió solidez. David estaba sentado leyendo un libro en rústica de T. S. Eliot. Kevin parecía tenso.

-Ya casi llegamos -dije-. El Aeropuerto del Condado de Orange.

Kevin no contestó; se había acurrucado en el asiento con aire reflexivo.

-¿Nos dejaron partir? -pregunté.

-¿Cómo?

Me miró con irritación.

-Yo estaba allí -dije. Comenzaba a recordar. Las protestas de los Lampton y de Brent Mini... Mini, sobre todo; nos habían implorado que no nos fuéramos, pero no obstante habíamos partido. Estábamos en el vuelo de regreso de *Aerolíneas de California*. Estábamos a salvo.

Había habido una doble solicitud por parte de Mini y de los Lampton.

-¿No le hablaréis a nadie de Sofía? -había preguntado Linda con ansiedad-. ¿Juraréis silencio los tres?

Naturalmente, lo juraron. Ésta había sido una de las cosas solicitadas, la negativa. La otra había sido positiva, un aliciente.

-Consideradlo de este modo -había dicho Eric, respaldado por Mini que parecía realmente deprimido por el hecho de que la *«Sociedad Rhipidon»*, aunque pequeña, hubiera decidido partir-. Este es el acontecimiento más importante de la historia de la humanidad; no queréis que os excluyan, ¿no es así? Y, después de todo, VALIS os escogió. Literalmente recibimos millares de cartas sobre la película, y sólo unas contadas personas, aquí y allí, parecen haber tenido contacto con VALIS, como vosotros. *Somos un grupo privilegiado.*

-Esta es la Llamada -nos había dicho Mini casi implorante a los tres.

-Sí -habían repetido Linda y Eric como un eco-. Esta es la Llamada que la humanidad espera desde hace siglos. Leed las *«Revelaciones»*; leed lo que dicen sobre los Elegidos. ¡Nosotros somos los elegidos de Dios!

-Supongo que sí -dije cuando nos llevaron junto al coche que habíamos alquilado; lo habíamos dejado cerca de *Gino's*, en una calle lateral de Sonoma donde se permitía estacionar un largo tiempo.

Linda se me acercó, me puso las manos sobre los hombros y me besó en la boca; con intensidad y con cierto grado -a decir verdad, un considerable grado- de fervor erótico.

-Regresad a nosotros -me había susurrado en el oído-. ¿Lo prometes? Éste es nuestro futuro; pertenece a unos pocos, a unos muy, muy pocos.

Ante lo cual pensé: «No podrías estar más equivocada, encanto, esto pertenece a todos».

De modo que ahora nos encontramos ya casi en casa. Con la fundamental ayuda de VALIS. O, como yo prefería pensarlo, con ayuda de Santa Sofía. Diciéndolo así, me era posible concentrarme en la imagen de la niña sentada entre los animales y leyendo un libro.

Mientras estábamos en el Aeropuerto de Orange esperando nuestro equipaje, expliqué:

-No fueron realmente honestos con nosotros. Por ejemplo, nos dijeron que todo lo que Sofía decía y hacía quedaba registrado en equipos de audio y vídeo. No era así.

-Puede que en eso te equivoques -dijo Kevin-. Ahora hay sistemas de monitores muy refinados que transmiten a distancias remotas. Puede que la niña estuviera dentro del radio de esos monitores, aun cuando nosotros no lográramos detectarlos. Mini es realmente lo que él dice que es: un maestro de los productos electrónicos.

Pensé: «Mini, que está dispuesto a morir para volver a tener la experiencia de VALIS ». ¿También yo lo estaba? En 1974 la había experimentado una vez; desde entonces había estado deseando que se repitiera; los huesos me dolían de nostalgia; mi cuerpo la sentía tanto como mi mente, quizá más todavía. Pero VALIS no se equivocaba al mostrarse prudente. Demostraba así un cierto interés por la vida humana, resistiéndose a volver a manifestarse ante mí.

Después de todo, el primer encuentro casi me había matado. Podría volver a ver a VALIS, pero, como le había ocurrido a Mini, la experiencia terminaría conmigo. Y no estaba dispuesto a eso; tenía demasiado que hacer.

¿Qué tenía que hacer exactamente? No lo sabía. Ninguno de nosotros lo sabía. Yo ya había oído en mi cabeza la voz IA, y otros la escucharían también, más y más gente la escucharía. VALIS, como información viva, penetraría en el mundo, se reproduciría en los cerebros humanos, se cruzaría con ellos, los ayudaría y los guiaría en un nivel subliminal, es decir, de manera invisible. Ningún ser humano podría tener la certeza de ser portador de la buena nueva en tanto la simbiosis no alcanzara el punto de iluminación. En el trato con otros seres humanos, una persona dada no sabría nunca cuándo se encontraba en presencia de otro homoplásmata y cuándo no.

Quizá volvieran a difundirse los antiguos signos para la identificación secreta; lo más probable es que eso ya hubiera ocurrido. Al estrecharse la mano: un movimiento con un dedo como dos arcos en intersección: rápida expresión del símbolo del pez, que nadie más, fuera de las dos personas implicadas, podría discernir.

Recordé un incidente -más que un incidente en realidad- en el que intervino mi hijo Christopher. En marzo de 1974, durante el tiempo en que VALIS me dominaba y me controlaba la mente, llevé a cabo un correcto y complejo proceso de iniciación por el que Christopher se sumaría a las filas de los inmortales. El conocimiento médico de VALIS había salvado la vida física de Christopher, pero no permitió que la cosa terminara allí.

Ésta fue una experiencia que guardé como un tesoro. Fue llevada a cabo en completo secreto, sin que nadie se enterara, ni siquiera la madre de mi hijo.

Primero, preparé una jarra de chocolate caliente. Luego, un emparedado de salchicha con los aditamentos acostumbrados; Christopher, joven y todo como era, adoraba los emparedados de salchicha y el chocolate caliente.

Sentado en el suelo junto con Christopher en su cuarto, nos pusimos a jugar -o VALIS jugó, por mi intermedio-. Ante todo, como en broma, sostuve la taza de chocolate encima de la cabeza de mi hijo; luego, como por accidente, le dejé caer chocolate caliente sobre el pelo.

Riendo, Christopher trató de enjugarse el líquido; yo, por supuesto, lo ayudé. Inclinándome sobre él, musité:

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Nadie me oyó salvo Christopher. Cuando le quité el chocolate, le tracé el signo de la cruz en la frente. Lo había bautizado y confirmado; lo hice no por la autoridad de alguna iglesia, sino por la autoridad del plásmata que vivía en mí: el mismo VALIS. Luego le dije a mi hijo:

-Tu nombre secreto, tu nombre de pila es...

Y se lo dije. Sólo él y yo hemos de saberlo; él, yo y VALIS.

Luego tomé un trocito de pan y lo sostuve en alto; mi hijo -todavía un bebé, en realidad- abrió la boca como un pequeño pájaro y yo le puse el pan en la lengua. Los dos parecíamos estar compartiendo una comida; una simple comida común y corriente.

Por alguna razón pareció importante -del todo crucial- que no mordiera la carne del emparedado. En estas circunstancias no era posible comer carne de cerdo; VALIS me impartió esta urgente revelación.

Cuando Christopher comenzó a cerrar la boca para masticar el trozo de pan, le ofrecí la taza de chocolate caliente. Para mi sorpresa -era tan joven todavía que bebía de un biberón, nunca de una taza- extendió la mano hacia el recipiente; lo tomó, se lo llevó a los labios y lo bebió. Dije:

-Ésta es mi sangre y ésta es mi carne.

Mi hijito bebió y yo recuperé el recipiente. Se había cumplido con los grandes sacramentos. El bautismo, luego la confirmación, y por último el más sagrado de todos, la Eucaristía: el sacramento de la Cena del Señor.

-La Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que él derramó por ti, preserve tu cuerpo y tu alma para la vida perdurable. Bebe esto en memoria de la Sangre de Cristo, que fue derramada por ti, y muéstrate agradecido.

Este es el más solemne de los momentos. El sacerdote mismo se ha convertido en Cristo; es Cristo el que ofrece su carne y su sangre al feligrés por mediación de un milagro divino.

La mayor parte de la gente comprende que en el milagro de la transmutación, el vino (o el chocolate caliente) se convierte en la Sangre Sagrada, y que la hostia (o el trozo de pan) se convierte en el Cuerpo Sagrado, pero pocos son quienes, aun dentro de la misma iglesia, advierten que la figura que se encuentra de pie delante de ellos, sosteniendo el cáliz, es el Señor vivo en el presente. *El tiempo ha sido superado.* Hemos remontado casi dos mil años; no nos encontramos en Santa Ana, California, USA, sino en Jerusalén alrededor del 35 EC.

Lo que se me había aparecido en marzo de 1974, cuando vi la sobreimpresión de la antigua Roma y la moderna California, era lo que sólo se ve con los ojos interiores de la fe.

Mi experiencia de la doble exposición confirmaba la verdad literal -no meramente figurativa- del milagro de la Misa.

Como lo dije ya, el término técnico con que se designa esto es anamnesis: la pérdida del olvido; lo que significa el recuerdo del Señor y de la Cena del Señor.

Yo me encontraba presente aquel día, la última vez que los discípulos se sentaron a la mesa. Podéis creerme o no. *Sed per spiritum sanctum dico; haec veritas est. Nihi crede et mecum in aeternitate vivebis.*

Mi latín probablemente no sea correcto, aunque esto es lo que estoy tratando de decir: «Pero por mí habla el Espíritu Santo; ésta es la verdad. Creedme y conoceréis la vida eterna».

Nuestro equipaje apareció; entregamos nuestros billetes al oficial uniformado y luego, diez minutos más tarde, íbamos al norte por la carretera, a Santa Ana y a casa.

Trece

Mientras conducía, Kevin dijo:

-Me encuentro cansado, verdaderamente cansado. ¡Mierda de tránsito! ¿Quiénes son estos que van por la *55*? ¿De dónde vienen? ¿Adónde van?

Habíamos visto al Salvador, y yo, después de ocho años de locura, me había curado.

Bien, pensé, no es poco para un fin de semana... y eso sin mencionar que habíamos huido de los tres humanos más chiflados del planeta.

Es asombroso que cuando alguien suelta los disparates en los que uno cree, uno los ve enseguida como disparates. Cuando en el *VW Rabbit* había oído a Linda y Eric declarar que eran gente de tres ojos venidos de otro planeta, me di cuenta de que estaban chiflados. Esto me volvía chiflado a mí también. Advertirlo me dio miedo: advertir la verdad acerca de ellos y de mí mismo.

Había partido loco y había vuelto cuerdo; sin embargo, creía que me había encontrado con el Salvador... en la forma de una niñita de cabellos negros y ojos penetrantes que nos había hablado con mayor sabiduría que ningún adulto que hubiéramos conocido nunca. Y cuando se quiso impedir nuestro intento de partida, ella -o VALIS- había intervenido.

-Tenemos una misión -declaró David-. Salir al mundo y...

-¿Y qué? -preguntó Kevin.

-Ella nos lo dirá en el momento oportuno -respondió David.

-Y los puercos saben cantar -dijo Kevin.

-Escucha -dijo David con energía-. Phil está bien ahora por primera vez... -Vaciló.

-Desde que me conoces -terminé por él.

David dijo:

-Ella lo curó. Los poderes de curación indican sin ninguna duda la presencia material del Mesías. Lo sabes, Kevin.

-Entonces el *Hospital de San José* es la mejor iglesia de la ciudad -dijo Kevin.

Le pregunté:

-¿Tuviste oportunidad de hablarle a Sofía de la muerte de tu gato?

Le hice la pregunta con intenciones sarcásticas, pero para mi sorpresa Kevin volvió la cabeza y me respondió seriamente:

-Sí.

-¿Qué te dijo?

Kevin tomó aliento y aferrando con fuerza el volante, respondió:

-Dijo que mi gato muerto... -Hizo una pausa y luego elevó la voz-: que mi gato muerto era un estúpido.

Tuve que reírme. David también se rió. A nadie se le había ocurrido antes darle esa respuesta. El gato vio el coche y se precipitó a la calle, no fue otra cosa lo que sucedió; se había arrojado directamente contra la rueda delantera como una pelota de bolos.

-Dijo -prosiguió Kevin- que el Universo tenía reglas muy estrictas, y que *esa* especie de gato, la que se tira de cabeza contra los automóviles a toda marcha, ya no existe.

-Bueno -dije-, desde el punto de vista pragmático, tiene razón.

Era interesante comparar la explicación de la finada Sherri con la de Sofía. Sherri le había dicho piadosamente a Kevin que Dios amaba tanto a su gato que le había parecido oportuno llevárselo consigo en lugar de dejárselo a Kevin. Ésta no es una explicación que se le dé a un hombre de veintinueve años; ésta es una explicación que uno trata de hacerle creer a un niño. A un niño pequeño. Y aun los niños pequeños se dan cuenta de que semejante explicación no vale una mierda.

Kevin continuó:

-Pero, le pregunté, ¿por qué Dios no hizo listo a mi gato?

-¿Tuvisteis esa conversación realmente? -le dije.

David respondió resignado:

-Es muy probable.

-Mi gato era *estúpido* -continuó Kevin- porque *dios lo hizo estúpido*. Por tanto, fue culpa de *dios*, no de mi gato.

-Y tú le dijiste eso -reflexioné.

-Sí -dijo Kevin.

Me enojé.

-Cínico idiota..., te encuentras con el Salvador y todo lo que se te ocurre es desbarrar sobre tu gato. Me alegro de que se te haya muerto; *todo el mundo* se alegra de que se te haya muerto. De modo que cállate la boca.

Había empezado a temblar de furia.

-Tranquilo -murmuró David-. Todos hemos estado muy tensos.

Kevin me dijo:

-Ella no es el Salvador. Estamos todos tan chiflados como tú, Phil. Ellos están chiflados allá, en Sonoma; nosotros estamos chiflados aquí, en Santa Ana.

David dijo:

-Entonces ¿cómo pudo una niña de dos años decir...?

-Un *cordón* le llega a la cabeza -gritó Kevin- y en el otro extremo del cordón hay un micrófono y tiene un parlante dentro del cráneo. No es ella la que habla.

-Me hace falta un trago -dije-. Detengámonos en *Sombrero Street*.

-Te prefería cuando creías ser Amacaballo Fat -me gritó Kevin-. Él me gustaba. Tú eres tan estúpido como mi gato. Si la estupidez mata, ¿por qué no te has muerto?

-¿Te propones remediarlo? -le pregunté.

-Evidentemente la estupidez es una característica de la supervivencia -dijo Kevin, pero la voz se le había vuelto casi inaudible-. No sé -musitó-. «El Salvador». ¿Cómo es posible? Fue culpa mía; yo os llevé a ver *«Valis»*. Yo os mezclé con *Mamá Gansa*. ¿Tiene sentido que *Mamá Gansa* haya dado a luz al Salvador? ¿Hay algo en todo esto que tenga sentido?

-Detente en *Sombrero Street* -dijo David.

-La *«Sociedad Rhipidon»* se reúne en los bares -dijo Kevin-. Esa es nuestra misión; sentarnos en un bar y beber. Eso sí que salvará al mundo. ¿Y por qué salvarlo después de todo?

Seguimos viaje en silencio, pero terminamos en el bar; la mayoría de los miembros de la *«Sociedad Rhipidon»* había votado por *Sombrero Street*.

Sin duda, no es una buena nueva que la gente que simpatiza con uno esté más loca que una cabra. La misma Sofía (y esto es muy importante) había dicho que Eric y Linda Lampton estaban enfermos. Además, Sofía o VALIS me había transmitido las palabras que nos permitieron partir cuando los Lampton habían estrechado el cerco sobre nosotros; me había transmitido las palabras y además había manejado el tiempo. Me era posible discriminar entre la hermosa niña y los horribles Lampton. No los echaba juntos al mismo montón. Significativamente, la niña de dos años había hablado con lo que se asemejaba mucho a sabiduría... Sentado en el bar con mi botella de cerveza mexicana, me pregunté: «¿Cuáles son los criterios de racionalidad que puedan demostrar si hay presencia de sabiduría?». Por su misma naturaleza la sabiduría tiene que ser racional; es la última etapa de lo que se encierra en lo real. Hay una íntima relación entre la sabiduría y la existencia, aunque sea una relación sutil. ¿Qué nos había dicho la niñita? Que los seres humanos tienen que abandonar la veneración de toda deidad con excepción de la humanidad misma. Esto no me parecía irracional. Lo hubiera dicho una niña o proviniera de la *«Britannica»*, me habría parecido algo cuerdo.

Por algún tiempo había opinado que Cebra -como llamé a la entidad que se me manifestó en marzo de 1974- era de hecho la totalidad laminada de todos mis mí mismos a lo largo del eje temporal lineal; Cebra -o VALIS- era la expresión supratemporal de un cierto ser humano y no de un dios... a no ser que la expresión supratemporal de un ser humano sea lo que llamamos «dios»; a no ser que sea lo que veneramos, aun sin saberlo, cuando veneramos a «dios».

Al diablo con todo eso, pensé con cansancio. Abandono.

Kevin me llevó a casa; me fui a la cama de inmediato, fatigado y desalentado de una manera vaga. Lo que más me desalentaba era la incertidumbre de la misión que Sofía nos había encomendado. Teníamos un mandato, pero ¿de qué? Lo que era aún más importante, ¿qué intentaba hacer Sofía cuando creciera? ¿Quedarse con los Lampton? ¿Escapar, cambiar de nombre, trasladarse a Japón, empezar una nueva vida?

¿Dónde emergería? ¿Dónde oiríamos que la mencionaban en el curso de los años? ¿Tendríamos que aguardar hasta que fuese una mujer adulta? Habría que esperar unos dieciocho años. Ferris F. Fremount, para utilizar el nombre del *film*, podría haber vuelto a apoderarse del mundo por entonces. Nos hacía falta ayuda ahora.

Pero en ese momento pensé: «Siempre se necesita al Salvador ahora. Más tarde es siempre demasiado tarde».

Cuando me quedé dormido esa noche, tuve un sueño. En el sueño viajaba en el Honda de Kevin, pero era Linda Ronstadt quien estaba al volante, y era un coche abierto, como un vehículo de otra época, como una carroza. La Ronstadt me sonreía y cantaba; cantaba con una belleza que yo nunca la había escuchado. Cantaba:

«Para ir al amanecer
has de calzar zapatillas».

En el sueño yo estaba fascinado, me parecía un mensaje de enorme importancia. Cuando desperté a la mañana siguiente todavía podía verle la cara encantadora, los resplandecientes ojos oscuros: ojos muy grandes, llenos de luz, una rara luz negra, como la luz de las estrellas. La mirada que me clavaba era de intenso amor, pero no de amor sexual; era lo que la *«Biblia»* llama bondad amorosa. ¿Adónde me llevaba?

Durante todo el día siguiente traté de descifrar a qué se referían aquellas palabras crípticas. Zapatillas. Amanecer. ¿Con qué se asociaba el amanecer?

Al examinar mis libros de consulta (en otro tiempo habría dicho «Al examinar Amacaballo Fat sus libros de consulta»), me topé con el hecho de que «Aurora» es la palabra latina con que se personifica al amanecer. Y eso sugiere *Aurora Borealis*, que se asemeja al *Fuego de San Telmo*, que es a su vez el aspecto que asume Cebra o VALIS. Dice la *«Britannica»* de la *Aurora Borealis*:

> «La *Aurora Borealis* aparece en las historias mitológicas de los esquimales, los irlandeses, los ingleses, los escandinavos y otros; se creía habitualmente que era una manifestación sobrenatural... Las tribus de los germanos del norte veían en ella el resplandor de los escudos de las valquirias (mujeres guerreras)».

¿Significaba eso -me lo estaba diciendo VALIS- que la pequeña Sofía se manifestaría al mundo como una «mujer guerrera»? Quizá.

¿Y las zapatillas? Se me ocurría una asociación, sumamente interesante. Empédocles, discípulo de Pitágoras, que había ganado pública fama por recordar sus vidas anteriores, y que decía en privado a sus amigos que él era Apolo, nunca había muerto en sentido estricto. Las zapatillas de oro de Empédocles aparecieron cerca del cráter del Volcán Etna. O bien Empédocles, como Elías, había sido arrebatado al cielo corporalmente, o bien se había arrojado dentro del volcán. El Monte Etna se encuentra en el extremo oriental de Sicilia. En tiempos romanos el significado literal de la palabra «aurora» era «oriente». ¿Aludía VALIS a la vez a sí mismo y al renacimiento, a la vida eterna? ¿Me estaba...?

Sonó el teléfono.

Alcé el receptor.

-¿Sí?

Oí la voz de Eric Lampton. Sonaba retorcida, como una raíz vieja, como una raíz agonizante.

-Tenemos algo que comunicarte. Le pediré a Linda que te lo diga. Aguarda.

Mientras estaba allí de pie, sosteniendo el teléfono silencioso, me invadió un profundo temor. Luego la voz de Linda Lampton sonó en mi oído, apagada, sin tono. Me di cuenta de que el sueño estaba relacionado con ella; Linda Ronstadt; Linda Lampton.

-¿Cómo? -pregunté, incapaz de entender lo que Linda Lampton me estaba diciendo.

-La niña ha muerto -anunció-. Sofía.

-Pero, ¿cómo fue? -dije.

-Mini la mató. Por accidente. La Policía se encuentra aquí. Con un rayo láser. Estaba tratando de...

Colgué el receptor.

El teléfono volvió a sonar casi enseguida. Lo atendí y Linda Lampton siguió diciendo:

-Mini quería obtener tanta información como...

-Gracias por decírmelo -le dije. Insensatamente, en lugar de dolor experimentaba un amargo furor.

-Estaba tratando de transferir información por medio de rayos láser -seguía diciendo Linda-. Estamos llamando a todos. No lo comprendemos; si Sofía era el Salvador ¿cómo pudo morir?

Muerta a los dos años, advertí. Imposible.

Colgué el receptor y me dejé caer en una silla. Al cabo de un momento, me di cuenta de que la mujer del sueño que conducía el coche y cantaba era Sofía, pero ya adulta, tal como habría llegado a ser años más tarde. Los ojos oscuros llenos de luz y de vida y de fuego.

El sueño había sido una despedida.

Catorce

Los periódicos y la TV difundieron la noticia de la muerte de la hija de *Mamá Gansa*. Naturalmente, como Eric Lampton era una estrella de *rock*, se sugirió que habían intervenido fuerzas siniestras, como el desorden, la droga y todo tipo de influencia maligna. Se mostró la cara de Mini y luego aparecieron algunas escenas del *film «Valis»* con un primer plano de la mezcladora que parecía una fortaleza.

Dos o tres días más tarde todo el mundo había olvidado el asunto. Otros horrores ocupaban la pantalla de la TV. Otras tragedias aparecieron en primera plana. Un comercio de bebidas alcohólicas del oeste de Los Ángeles fue asaltado y el empleado muerto a tiros. En la carretera de San Diego tres automóviles chocaron con un camión cargado de leños que se incendió y estalló.

El mundo continuaba como siempre.

Empecé a pensar en la muerte. No en la muerte de Sofía Lampton, sino en la muerte en general y luego, poco a poco, en mi propia muerte.

En realidad, no era yo el que pensaba en la muerte sino Amacaballo Fat.

Una noche en que él estaba sentado en mi sala y en mi mecedora con una copa de coñac en la mano, me dijo con aire pensativo:

-Todo lo que comprobamos es lo que ya sabíamos; me refiero a la muerte de Sofía.

-¿Y qué es lo que sabíamos? -pregunté.

-Que estaban chiflados.

-Sus padres estaban chiflados, pero no Sofía -dije.

-Si hubiera sido Cebra -dijo Fat-, habría sabido de antemano la estupidez que haría Mini con el equipo de láser. Podría haberlo evitado.

-Sin duda -dije yo.

Librodot

-Es cierto -dijo Fat-. Lo habría sabido y, además... -Me señaló. En su voz había triunfo; un triunfo pleno de audacia-. Habría tenido el poder de evitarlo, ¿no es así? Si pudo derrocar a Ferris F. Fremount...

-Termina -le dije.

-Desde un principio -dijo Fat serenamente- no hubo otra cosa que tecnología muy avanzada. Mini descubrió una manera de transmitir información mediante rayos láser, utilizando el cerebro humano como transductor sin necesidad de una zona interfacial electrónica. Los rusos pueden hacer lo mismo. También pueden utilizarse microondas. En marzo de 1974 pude haber interceptado por accidente una de las transmisiones de Mini; la irradiación me alcanzó. Por eso mi presión sanguínea aumentó tanto y los animales murieron de cáncer. Eso es lo que está matando a Mini: la radiación producida por sus propios experimentos con los rayos.

Yo no dije nada. No había nada que decir.

Fat agregó:

-Lo siento. ¿Te sentirás bien?

-Claro -le respondí.

-Después de todo -dijo Fat-, yo no tuve oportunidad de hablar con ella, no como vosotros; no me encontraba allí la segunda vez, cuando nos encomendó... a la *«Sociedad»*... la misión.

Y ahora, alcancé a preguntarme, ¿qué sería de nuestra misión?

-Fat -le dije-, no vas a volver a atentar contra tu vida, ¿verdad? ¿Por causa de esa muerte?

-No -me contestó.

No le creí; conocía los síntomas; conocía a Fat mejor que él mismo. La muerte de Gloria, el abandono de Beth, la agonía de Sherri; lo que lo había salvado después de lo de Sherri fue la decisión de ir en busca del «quinto Salvador», y ahora esa esperanza había terminado. ¿Qué le quedaba?

Fat lo había intentado todo y todo le había fallado.

-Quizá tendrías que volver a visitar a Maurice -le dije.

-Él dirá: «Y hablo en serio». -Los dos nos echamos a reír-. «Quiero que me haga una lista de las diez cosas que más desea en el mundo; quiero que las piense y las ponga por escrito. ¡Y hablo en serio!»

Le pregunté:

-¿Qué quieres hacer?

Y hablaba en serio.

-Encontrarla -me contestó Fat.

-¿A quién?

-No lo sé -dijo-. A la que murió. A la que nunca volveré a ver.

Hay muchas que pertenecen a esa categoría, me dije. Lo lamento, Fat; tu respuesta es demasiado vaga.

-Tendría que ir a la agencia de *Viajes Alrededor del Mundo* -dijo Fat medio entre dientes- y hablar algo más con la encargada. Sobre la India. Tengo la impresión de que la India es el lugar adecuado.

-¿Adecuado para qué?

-Para que él esté -me contestó.

No le respondí; no tenía sentido. La locura de Fat había vuelto.

-Está en alguna parte -dijo Fat-. Lo sé, ahora mismo; en algún lugar del mundo. Cebra me lo dijo. «Santa Sofía volverá a nacer; no estaba...».

Lo interrumpí:

-¿Quieres que te diga la verdad?

Fat parpadeó.

-Claro, Phil.

Con voz áspera le dije:

-No existe el Salvador. Santa Sofía no volverá a nacer, el Buda no está en el parque, la deidad Apolo no regresará. ¿Entendido?

Silencio.

-El quinto Salvador... -empezó con timidez.

-Olvídalo -dije-. Eres un psicótico, Fat. Estás tan loco como Eric y Linda Lampton. Estás tan loco como Brent Mini. Has estado loco durante ocho años, desde que Gloria se arrojó por la ventana del edificio *Synanon* y se convirtió en un sándwich de huevo revuelto. Abandónalo y olvídalo todo. ¿De acuerdo? ¿Me harás ese favor? ¿Nos harás a *todos* ese favor?

Fat dijo finalmente en voz baja:

-Entonces estás de acuerdo con Kevin.

-Sí -le dije-, estoy de acuerdo con Kevin.

-Entonces ¿por qué habría de seguir adelante? -preguntó Fat con calma.

-No lo sé -le respondí-. Y realmente, no me importa. Se trata de tu vida y de tu asunto, no de los míos.

-Cebra no iba a mentirme -dijo Fat.

-No existe Cebra -le contesté-. Eres tú mismo. ¿No te reconoces a ti mismo? Eres tú y sólo tú que proyectas fuera tus deseos sin respuesta, tus deseos incumplidos después de morir Gloria. No pudiste llenar el vacío con realidad, de modo que lo llenaste con fantasía; fue una compensación psicológica por una vida estéril, malograda, vacía, dolorosa, y no entiendo por qué mierda no terminas con todo esto; eres como el gato de Kevin: eres estúpido. Ahí empieza y termina todo. ¿De acuerdo?

-Me robas las esperanzas.

-No te robo nada porque no hay nada.

-¿Eso es todo? ¿Lo crees así? ¿Realmente?

Le contesté:

-Sé que es así.

-¿No crees que debería seguir buscándolo?

-¿Dónde diablos vas a buscar? No tienes la menor idea, la menor idea de dónde podría encontrarse. Podría estar en la ciudad de México. Podría estar en Anaheim, en *Disneylandia*; sí..., quizás esté trabajando en *Disneylandia* empujando una escoba. ¿Cómo vas a reconocerlo? Todos creíamos que Sofía era el Salvador; lo creímos hasta el día que murió. *Hablaba* como el Salvador. Teníamos todas las pruebas; teníamos todos los signos. Teníamos el *film*, *«Valis»*. Teníamos el mensaje cifrado de dos palabras. Teníamos a los Lampton y a Mini. Su historia encajaba con la nuestra; todo encajaba. Y ahora hay otra muerta en un cajón bajo tierra; tres en total. Tres personas que murieron por nada. Tú lo creíste, yo lo creí, David lo creyó, Kevin lo creyó, lo creyeron los Lampton, particularmente Mini lo creyó, lo bastante como para matarla por accidente. De modo que ahora todo termina. Nunca debió haber empezado... ¡Maldito sea Kevin por haber visto ese *film*! Vete y mátate. Al diablo con todo.

-Aún podría...

-No -le dije-. No lo encontrarás. Lo sé. Permíteme que te lo explique de una manera sencilla. Creíste que el Salvador te devolvería a Gloria, ¿no? No lo hizo; ahora también ella está muerta. En lugar de... -Me di por vencido.

-Entonces, el verdadero nombre de la religión -dijo Fat- es muerte.

-El nombre secreto -le confirmé-. Lo has comprendido. Jesús murió; Asclepio murió... A Mini lo han condenado a una muerte peor que la de Jesús, pero a nadie le importa siquiera; nadie siquiera lo recuerda. En el sur de Francia mataron a los cataros por decenas de millares. En la Guerra de los Treinta Años murieron centenares de millares, protestantes y católicos, en una mutua carnicería. La muerte es su verdadero nombre; no Dios, no el Salvador, no amor: *muerte*. Kevin tiene razón sobre su gato. Todo está concentrado en la muerte de ese gato. El Gran Juez no puede responder la pregunta de Kevin: «¿Por qué murió mi gato?». La respuesta es: «Maldito si lo sé». No hay respuesta; sólo un animal muerto que quería cruzar la calle. Somos todos animales que queremos cruzar la calle, sólo que algo que nunca habíamos

Librodot

advertido de antemano nos derriba a mitad de camino. Ve a preguntarle a Kevin: «;Tu gato era estúpido?». ¿Quién hizo al gato? ¿Aprendió algo el gato con su muerte? Y si así fue, ¿qué aprendió? ¿Aprendió Sherri algo al morir de cáncer? ¿Aprendió Gloria algo...?

-Está bien, suficiente -dijo Fat.

-Kevin tiene razón -dije-. Vete y haz el amor.

-¿Con quién? Están todas muertas.

Le respondí:

-Hay otras. Que todavía viven. Acuéstate con una de ellas antes que se muera o que tú mueras o que alguien muera, alguna persona o animal. Tú mismo lo dijiste: el Universo es irracional porque la mente que lo sostiene es irracional. Tú eres irracional y lo sabes. También *yo*. Todos lo somos y lo sabemos en algún nivel. Escribiría un libro sobre el tema, pero nadie creería que un grupo de seres humanos podría haber actuado de manera tan irracional como nosotros.

-Lo creerían ahora -dijo Fat- después de Jim Jones y las novecientas personas de Jonestown.

-Vete, Fat -le dije-. Vete a Sudamérica. Vuelve a Sonoma y pide que te admitan en la comuna de los Lampton, a no ser que hayan abandonado el proyecto, cosa que dudo. La locura tiene su propio dinamismo; continúa por sí sola. -Enderezándome, me acerqué y le puse una mano en el pecho-. La niña ha muerto; Gloria ha muerto; nadie te las devolverá.

-A veces sueño...

-Pondré eso en tu lápida.

Después de obtener el pasaporte, Fat abandonó los Estados Unidos y voló por *Aerolíneas Islandesas* a Luxemburgo, que es el más barato de los viajes. Recibimos una postal suya desde la parada en Islandia y luego, un mes más tarde, una carta desde Metz, una ciudad francesa. Metz se encuentra en la frontera con Luxemburgo; lo busqué en el mapa.

En Metz -lugar que le gustó por el paisaje- conoció a una muchacha y pasó una magnífica temporada, hasta que ella huyó con la mitad del dinero que él llevaba consigo. Nos envió una fotografía de la joven; es muy bonita y me recuerda un tanto a Linda Ronstadt, con el mismo corte de cara y peinado. Fue la última fotografía que nos envió, porque la muchacha le robó también la cámara. Trabajaba en una librería. Fat nunca nos dijo si se había acostado con ella.

De Metz fue a Alemania Occidental, donde el dólar americano no vale nada. Ya leía y hablaba un poco el alemán, de modo que allí las cosas no le fueron tan difíciles. Pero sus cartas se hicieron menos frecuentes y por último cesaron por completo.

-Si se hubiera acostado con la francesa -me dijo Kevin- se habría recuperado.

-No hay nada que nos permita suponer que no lo hizo -dijo David.

Kevin respondió:

-Si se hubiera acostado con ella, estaría aquí de regreso, y cuerdo. No está aquí; por tanto, no lo hizo.

Transcurrió un año. Un día recibí un telegrama de Fat; había vuelto a los Estados Unidos, a Nueva York. Conoce a gente allí. Llegaría a California, dijo, cuando se recuperara; había enfermado en Europa.

-Pero ¿encontró al Salvador? -preguntó Kevin. El telegrama no lo aclaraba-. Lo diría si así fuese. Es como lo de la francesa. Nos habríamos enterado.

-Al menos, no está muerto -dijo David.

Kevin le respondió:

-Depende de cómo definas «muerto».

Entretanto, mi vida había mejorado; mis libros se vendían bien; me sobraba el dinero y no sabía en qué gastarlo. En realidad, a todos nos estaba yendo mejor. David había abierto una tienda de tabacos en la galería comercial de la ciudad, una de las más elegantes del Condado de Orange; Kevin tenía una nueva amiga que nos trataba a todos con amabilidad y tacto,

Librodot

tolerando sin dificultad nuestro negro sentido del humor, en especial el de Kevin. Se lo habíamos dicho todo acerca de Fat y de su búsqueda y también lo de la muchacha francesa que lo había despojado hasta de la *Pentax*. Esperaba conocerlo y nosotros deseábamos que regresara pronto, con historias, fotografías, y quizá ¡hasta con regalos!, nos decíamos.

Y entonces, recibimos un segundo telegrama. Esta vez desde Portland, Oregón. Decía:

REY FÉLIX

Nada más. Sólo esas dos palabras sorprendentes. ¿Y bien?, pensé. ¿Lo encontró? ¿Es eso lo que nos está diciendo? ¿Se reunirá otra vez la *«Sociedad Rhipidon»* en sesión plenaria al cabo de todo este tiempo?

No era algo que nos interesara demasiado. Colectiva e individualmente apenas recordábamos la cuestión. Era una parte de nuestra vida que preferíamos olvidar. Exceso de dolor; exceso de esperanzas que se perdieron en las cloacas.

Cuando Fat llegó a LAX, que es como se llama el Aeropuerto de Los Ángeles, los cuatro fuimos a recibirlo: yo, Kevin, David y Ginger, la hábil amiga de Kevin, una alta muchacha rubia con cintilas rojas en las trenzas, mujer animosa a la que le gustaba viajar en automóvil millas y millas por la noche en busca de un bar irlandés fuera de las rutas habituales para sentarse y beber un café irlandés.

Junto con el resto de toda la gente del mundo nos paseábamos alrededor y trasladábamos y conversábamos, y de pronto, inesperadamente, allí estaba Amacaballo Fat que se nos acercaba entre los demás pasajeros. Sonriente y cargando un portafolio, nuestro amigo volvía a casa. Vestía traje y corbata, un hermoso traje de la Costa Este en extremo elegante. Nos sorprendió que estuviera tan bien vestido; supongo que habíamos esperado ver a un individuo demacrado y ojeroso que apenas pudiera avanzar por el corredor.

Después de abrazarlo y presentarle a Ginger, le preguntamos cómo le había ido.

-Bastante bien -nos dijo.

Comimos en el restaurante de un hotel de primera categoría en las cercanías del aeropuerto. Por alguna razón, no conversamos demasiado. Fat parecía ausente, pero no deprimido. Fatigado, decidí. Había recorrido un largo camino; lo tenía escrito en la cara. Esas cosas se notan; dejan huellas.

-¿Qué llevas en el portafolio? -pregunté cuando trajeron el café.

Apartando a un lado los platos que tenía por delante, Fat apoyó el portafolio en la mesa y lo abrió. Dentro había unas carpetas de papel de Manila entre las que escogió una; estaban numeradas. La examinó por última vez para asegurarse de que había sacado la adecuada y me la alcanzó.

-Mírala -dijo sonriendo ligeramente como cuando se le da a alguien un regalo que uno sabe que será bien recibido.

Abrí la carpeta. En ella encontré cuatro fotografías satinadas de 8 x 10, evidentemente hechas por un profesional; tenían el aspecto de esas fotos que publican los departamentos de publicidad de los estudios cinematográficos.

Eran fotos de un vaso griego en el que había pintada una figura masculina que, reconocí, representaba a Hermes.

En torno al vaso aparecía la doble hélice: unas líneas de esmalte rojo sobre fondo negro. La molécula de ADN. No podía tratarse de un error.

-Tiene dos mil trescientos o cuatrocientos años de antigüedad -dijo Fat-. No la imagen, sino el *krater*, la cerámica.

-Un cuenco -dije.

-Lo vi en un museo de Atenas. Es auténtico. No soy yo quien lo dice; no tengo autoridad para juzgar esas cosas; son los expertos del museo quienes determinaron su autenticidad. Conversé con uno de ellos. No se había dado cuenta de lo que muestra el diseño; pareció muy interesado cuando discutimos el asunto. Esta forma de vaso, el *krater*, fue la que se utilizó

mucho tiempo después en las fuentes bautismales, y ésta es una de las palabras griegas que me vino a la mente en marzo de 1974, la palabra *«krater»*. La oí junto con otra palabra griega, «poros». Las palabras *«poros krater»* significan en esencia «fuente de piedra caliza».

No podía haber duda; el diseño, de fecha más temprana que el cristianismo, era el modelo de la doble hélice de Crick y Watson, al que habían llegado después de tantas conjeturas erradas, después de tantas pruebas e intentos. Aquí estaba, fielmente reproducido.

-¿Y bien? -dije.

-Las llamadas serpientes del caduceo. Originalmente el caduceo, que es todavía el símbolo de la medicina, era el cayado de..., no de Hermes, sino... -Fat hizo una pausa; le brillaban los ojos-. De Asclepio. Tiene una significación muy específica además de la sabiduría, a la que aluden las serpientes; indica que el portador es persona sagrada a la que no hay que molestar... Ésa es la razón por la que lo llevaba Hermes, el mensajero de los dioses.

Por un tiempo, ninguno de nosotros dijo nada.

Kevin comenzó a soltar algo sarcástico, algo en su estilo áspero e ingenioso, pero no lo hizo; se quedó sentado, sin hablar.

Observando las fotos satinadas de 8 x 10, Ginger exclamó:

-¡Qué hermoso!

-El más grande médico de la historia de la humanidad -le dijo Fat-. Asclepio, el fundador de la medicina griega. El emperador romano Juliano, conocido como Julián *«el Apóstata»* porque renunció al cristianismo, lo consideraba Dios o semejante a un dios; lo veneraba. Si esa veneración hubiera continuado, toda la historia del mundo occidental habría sido distinta.

-Tú no cejas -le dije.

-No -concedió Fat-. Nunca lo haré. Volveré..., me quedé sin dinero. Cuando reúna los fondos necesarios, volveré. Sé dónde buscar ahora. Las islas griegas. Lemnos, Lesbos, Creta. Especialmente Creta. Soñé que descendía en un ascensor; en realidad, tuve este sueño dos veces, y el ascensorista recitaba un poema, y había un gran plato de fideos con un tenedor de tres puntas, un tridente, clavado en la comida... Ése sería el hilo de Ariadna con el que Teseo pudo salir del laberinto después de haber dado muerte al Minotauro en tiempos de Minos. El Minotauro, mitad hombre y mitad bestia, es un monstruo que representa a la deidad demente Samael; en mi opinión, el falso demiurgo del sistema gnóstico.

-Las dos palabras del telegrama -dije-: REY FÉLIX.

Fat me respondió:

-No lo encontré.

-Entiendo.

-Pero está en alguna parte -dijo Fat-. Lo sé. No cejaré nunca.

Volvió a poner las fotografías en la carpeta de papel de Manila, la guardó en el portafolio y lo cerró.

Hoy se encuentra en Turquía. Nos ha enviado una postal en la que se ve la mezquita que fue la gran iglesia cristiana de Santa Sofía o Hagia Sophia, una de las maravillas del mundo a pesar de que el techo se desmoronó durante la Edad Media y hubo que reconstruirlo. En los más completos textos de arquitectura se encuentran esquemas de esa construcción sin par. La parte central de la iglesia parece flotar, como si se elevara al cielo; al menos, ésa era la idea que tenía en mente el emperador romano Justiniano cuando la hizo construir. El personalmente supervisó la construcción y él mismo le dio nombre, un nombre cifrado que se refería a Cristo.

Volveremos a oír de Amacaballo Fat. Así lo dice Kevin y yo confío en su juicio. No puede equivocarse. De todos nosotros es el menos irracional, y lo que importa todavía más, es el que tiene más fe. Esto es algo que tardé en entender.

La fe es extraña. Por definición, tiene que ver con las cosas que no se pueden probar. Por ejemplo, el sábado pasado por la mañana tenía el televisor encendido; no lo estaba mirando, pues en las mañanas de los sábados no hay otra cosa que espectáculos para niños, y de cualquier manera, no miro la televisión durante el día; a veces me da la impresión de que

reduce la soledad, de modo que la enciendo como sonido de fondo. De cualquier manera, el último sábado pasaron la consabida tanda de anuncios, y sin saber por qué, en cierto momento, sentí que algo atraía mi atención consciente; dejé de hacer lo que estaba haciendo y volví hacia el aparato.

El canal de TV acababa de transmitir un anuncio sobre una cadena de supermercados; en la pantalla aparecían las palabras ALIMENTOS REY, y luego, un corte instantáneo; las imágenes comenzaron a pasar a toda velocidad para comprimir y mostrar tantos mensajes comerciales como fuera posible; lo que vino después fue un dibujo animado del Gato Félix, un viejo *film* en blanco y negro. En un momento las palabras ALIMENTOS REY aparecían en la pantalla, y luego, casi instantáneamente, las palabras -también en letras enormes- EL GATO FÉLIX.

Yo acababa de ver la yuxtaposición del mensaje cifrado y en el orden correcto:

REY FÉLIX

Pero sólo se lo podía captar subliminalmente. Y ¿quién captaría esta yuxtaposición accidental, puramente accidental? Sólo los niños, los pequeños niños del Sur. Nada significaría para ellos; no aprehenderían un mensaje de dos palabras y, aun si lo hicieran, no entenderían qué significaba ni a quién se refería.

Pero yo lo había visto y sabía a quién se refería. Tiene que ser una sincronía, como lo llama Jung, pensé. Coincidencia sin intención.

¿O la señal había sido enviada deliberadamente? Al aire, por una de las estaciones de TV más grandes del mundo, la NBC de Los Ángeles, transmitiendo esta información a muchos millares de niños en una fracción de segundo que sería procesada por el hemisferio derecho de sus cerebros: recibida, almacenada y quizá decodificada por debajo del umbral de la conciencia donde muchas cosas se almacenan y dormitan. Y Eric y Linda Lampton nada tenían que ver con esto. Sólo un técnico de la NBC con un montón de anuncios que pasaría en el orden que le pareciera adecuado. Si algo o alguien hubiera dispuesto la yuxtaposición intencionalmente, VALIS tenía que ser el responsable, VALIS, que era él mismo información.

Quizás acabara de ver a VALIS a horcajadas de un anuncio y después de un dibujo para niños.

El mensaje había vuelto a ser enviado, me dije.

Dos días más tarde Linda Lampton me telefoneó; desde la tragedia, no había vuelto a saber nada de los Lampton. Linda parecía excitada y feliz.

-Estoy preñada -me dijo.

-Magnífico -le contesté-. ¿Desde cuándo?

-Desde hace ocho meses.

-¡Vaya! -exclamé, pensando: «Ya no falta mucho».

-Ya no falta mucho -dijo Linda.

-¿Esperas un varón esta vez? -le pregunté.

Linda respondió:

-VALIS dice que será otra niña.

-¿Mini está...?

-Murió. Lamento tener que decírtelo. No tenía posibilidades con el mal que padecía. ¿No es maravilloso? ¿Otra niña?

-¿Le elegiste nombre?

-Todavía no -respondió Linda.

Esa noche vi en TV un anuncio sobre un alimento para perros. ¡Alimento para perros! Después de enumerar las varias clases de animales para los que la compañía fabrica alimentos -se me escapa el nombre de la compañía-, se entona un verso final:

«Para el pastor y el rebaño».

A la izquierda aparece un perro pastor alemán y a la derecha una gran oveja; inmediatamente se produce un corte y otro anuncio comienza con un velero que atraviesa en silencio la pantalla. En la vela blanca vi un pequeño emblema negro. Sin tener que mirar más atentamente, supe lo que era. Los constructores de la embarcación habían puesto en la vela el signo del pez.

El pastor, el rebaño y luego el pez, yuxtapuestos como el REY FÉLIX. No sé. Yo no tenía la fe de Kevin ni la locura de Fat. Pero vi dos rápidos mensajes lanzados por VALIS en rápida sucesión para que actuaran en nosotros de una manera subliminal. ¿Decía uno de los mensajes que la hora había llegado? En verdad, no sé qué pensar. Quizá no se requiere que uno piense, o que tenga fe o que esté loco; quizá todo lo que tengo que hacer -todo lo que se me pide- es que espere. Que espere y que esté alerta.

Esperé y un buen día recibí una llamada telefónica de Amacaballo Fat: una llamada telefónica desde Tokyo. Fat parecía animoso y excitado. Mi sorpresa lo divirtió.

-Micronesia -dijo.

-¿Cómo? -le pregunté, creyendo que había vuelto al uso del griego *koiné*. Y luego entendí que se refería a unas pequeñas islas del Pacífico-. Oh -exclamé-. Has estado allí. Las Islas Carolinas y las Islas Marshall.

Fat me respondió:

-Allí es adonde iré; no he ido todavía. La voz IA, la voz que oigo... me aconsejó que buscara en las Islas de la Micronesia.

-¿No son muy pequeñas? -le pregunté.

-Por eso tienen ese nombre. -Se echó a reír.

-¿Cuántas son? -pregunté pensando en unas diez o doce.

-Más de dos mil.

-¡Dos mil! -De repente, me sentí desanimado-. Podrías estar buscando para siempre. ¿No puede la voz IA precisar un poco más?

-Espero que lo haga. Quizá se trate de Guam; iré a Guam y comenzaré por ahí. Cuando haya terminado, habré visto el terreno donde se libró gran parte de la Segunda Guerra Mundial.

Le dije:

-Es interesante que la voz IA vuelva a usar palabras griegas.

-*Mikros* significa pequeño -dijo Fat- y *nesot*, isla. Quizá tengas razón, quizá se trate de una proclividad a utilizar el griego. Pero vale la pena hacer la prueba.

-Ya sabes lo que diría Kevin sobre las simples jóvenes nativas incorruptas que pueblan esas dos mil islas.

-Yo seré el juez en este caso -dijo Fat.

Colgó y yo colgué a mi vez sintiéndome mejor; era una buena noticia haber sabido de él y encontrarlo de buen ánimo.

En estos días tengo la impresión de que percibo la bondad de los hombres. No sé de dónde me vino -si no fue otra vez la llamada telefónica de Fat-, pero la tengo. Estamos en marzo. Me pregunto: «¿Tendrá Fat una nueva experiencia? ¿Le disparará el rayo de luz rosa una nueva y más vasta información? ¿Termina al fin esa búsqueda?».

Había tenido esa primera experiencia en marzo de 1974, el día después del equinoccio vernal. «Vernal», por supuesto, significa «primavera». Y «equinoccio» significa el momento en que el centro del Sol cruza el ecuador y el día y la noche duran lo mismo en todas partes. De modo que Amacaballo Fat se encontró con Dios o con Cebra o con VALIS o con el sí mismo inmortal el primer día del año que tiene más tiempo de luz que de oscuridad. Además, de acuerdo con algunos estudiosos, es el verdadero día del nacimiento de Cristo.

Sentado delante de mi televisor, yo miraba y aguardaba un nuevo mensaje, yo, uno de los miembros de la pequeña *«Sociedad Rhipidon»*, que para mí todavía existía. Como el satélite en miniatura del *film «Valis»*, arrollado por el taxi como si hubiera sido una lata de cerveza,

tirado a un costado del camino, los símbolos de lo divino se muestran inicialmente en nuestro mundo en los estratos de la basura. O eso es lo que yo me decía. Kevin nos había comunicado este pensamiento. Lo divino se presenta donde uno menos lo espera.

-Búscalo donde menos esperas encontrarlo -le había dicho Kevin a Fat un día. ¿Cómo hacerlo? Es una contradicción.

Una noche soñé que era propietario de una cabaña que estaba directamente en el agua, un océano en esta ocasión; el agua se extendía hasta el horizonte. Y esta cabaña no se parecía a ninguna otra que yo hubiera visto; se asemejaba más bien a una choza como las que aparecían en los *films* sobre el sur del Pacífico. Y cuando desperté, el pensamiento entró con toda claridad en mi mente.

Guirnaldas de flores, cantos y bailes, y el recitado de mitos, cuentos y poesía.

Más adelante recordé dónde había leído esas palabras. En el artículo sobre culturas micronésicas de la *«Britannica»*. La voz me había hablado recordándome el lugar a donde había ido Amacaballo Fat. En el curso de una larga búsqueda.

Mi búsqueda me mantenía en casa; me sentaba frente al televisor en la sala. Permanecía sentado; esperaba; miraba; me quedaba despierto. Como se nos aconsejó que hiciéramos, en un principio, hace ya mucho: yo me atengo a mi misión.

FIN

APÉNDICE - TRACTATE: CRYPTICA SCRIPTURA

1. Sólo hay una Mente, pero en ella contienden dos subsumidos principios.

2. La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de este modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la Mente culmina.

3. Hace que las cosas luzcan diferentes para que parezca que el tiempo ha transcurrido.

4. La materia es plástica ante el ojo de la Mente.

5. Uno por uno nos saca del mundo.

6. El Imperio nunca terminó.

7. La deidad Apolo está a punto de regresar. Santa Sofía volverá a nacer; antes no habría sido aceptada. El Buda está en el parque. Siddharta duerme (pero va a despertar). El tiempo de la esperanza ha llegado.

8. El reino superior tiene poderes plenarios.*

9. Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo.

* Variante «plenipotenciarios».

10. Apolonio de Tiana, cuando escribe de Hermes Trismegisto, dice: «Tanto es arriba como es abajo». Con lo cual quiere expresar que nuestro Universo es un holograma, pero no conocía el término.

11. El gran secreto conocido de Apolonio de Tiana, Pablo de Tarso, Simón «el Mago», Asclepio, Paracelso, Boehme y Bruno consiste en que retrocedemos en el tiempo. El universo de hecho se contrae en una entidad unitaria que se está completando. Vemos la decadencia y el desorden invertidos, como si se acrecentaran. Estos médicos aprendieron a avanzar en el tiempo que, para nosotros, es retrogradación.

12. Los griegos conocieron al Inmortal como Dionisio; los judíos como Elías; los cristianos como Jesús. Cuando un huésped humano muere, el Inmortal se traslada, de modo que no es nunca atrapado ni muerto. De ahí que Jesús exclamara en la cruz: «Eli, Eli, lama sabachtani». Al escucharlo, algunos de los presentes dijeron correctamente: «Este hombre está llamando a Elías». Elías lo había abandonado y él murió solo.

13. Dijo Pascal: «Toda la historia no es sino un hombre inmortal que aprende de continuo». Se trata del Inmortal al que veneramos sin conocer su nombre. «Vivió mucho tiempo atrás, pero aún sigue vivo» y «La deidad Apolo está a punto de regresar». El nombre cambia.

14. El Universo es información y nosotros permanecemos inalterados en él, ni tridimensionales, ni en el espacio o en el tiempo. La información que se nos suministra la convertimos en hipóstasis del mundo fenoménico.

15. La Sibila de Cumas protegió a la República Romana y le hizo oportunas advertencias. En el siglo I EC previo el asesinato de los hermanos Kennedy, el doctor King y el obispo Pike. En los cuatro hombres asesinados encontró los dos denominadores comunes: en primer lugar, defendían las libertades de la República, y en segundo lugar, cada uno de ellos era un líder religioso. Por eso fueron asesinados. La República, una vez más, se había convertido en un imperio con un cesar. «El Imperio nunca terminó».

16. En marzo de 1974 la Sibila dijo: «Los conspiradores han sido descubiertos y serán llevados a juicio». Los descubrió con el tercer ojo o ajna, el Ojo de Siva que da discernimiento, pero cuando se vuelve hacia fuera, fulmina con un calor que diseca. El juicio que había prometido la Sibila se celebró en agosto de 1974.

17. Los gnósticos creían en dos edades temporales: la primera o la del mal presente y la segunda o la del bien futuro. La primera era la Edad de Acero. Se la representaba por una Negra Prisión de Acero. Tuvo su término en agosto de 1974 y fue reemplazada por la Edad de Oro, representada por un Jardín de Palmeras.

18. El tiempo real llegó a su término en el 70 EC con la caída del Templo de Jerusalén. Volvió a comenzar en 1974. Entre ambas fechas hubo una interpolación completamente espuria que imitó como un mono la creación de la Mente. «El Imperio nunca terminó», pero en 1974 se envió un mensaje cifrado

como señal de que la Edad de Acero había llegado a su término; el mensaje comprendía dos palabras: REY FÉLIX, lo cual se refiere al Rey Feliz (o Justo).

19. El mensaje cifrado de dos palabras, REY FÉLIX, no tenía por destinatarios a los seres humanos, sino a los descendientes de Ijnaton, la raza de tres ojos que habita en secreto entre nosotros.

20. Los alquimistas herméticos tenían conocimiento de una raza secreta de invasores de tres ojos, pero no consiguieron comunicarse con ellos. Por tanto, sus esfuerzos por apoyar a Federico V, Elector Palatino, Rey de Bohemia, fracasaron. «El Imperio nunca terminó».

21. La Hermandad de los Rosacruces escribió: «Ex Deo nascimur, in Jesu mortimur, per spiritum sanctum reiriviscimus», lo cual significa: «De Dios nacemos, en Jesús morimos, por el Espíritu Santo resucitamos». Esto quiere decir que habían redescubierto la fórmula perdida de la inmortalidad que el Imperio había destruido. «El Imperio nunca terminó».

22. Llamo plásmata al Inmortal porque es un modo de energía; es información viviente. Se duplica a sí mismo no a través de la información ni en información, sino como información.

23. El plásmata puede cruzarse con un ser humano creando lo que yo llamo homoplásmata, uniendo para siempre al humano mortal y el plásmata. Esto se conoce como «nacimiento desde lo alto» o «nacimiento desde el Espíritu». Fue iniciado por Cristo, pero el Imperio destruyó a todos los homoplásmatas antes de que pudieran duplicarse.

24. Como semilla latente, como información viva, el plásmata dormitaba en la biblioteca sepultada, en los códices de Chenoboskion hasta 1945 EC. A esto se refería Jesús cuando habló elípticamente de la «semilla de mostaza» que, dijo, «crecería hasta convertirse en un árbol lo bastante grande como para que los pájaros aniden en él». No sólo previo su propia muerte, sino la de todos los homoplásmatas. Previo que los códices se desenterrarían y se leerían y que el plásmata buscaría nuevos huéspedes humanos con los cuales cruzarse; pero previo también la ausencia de plásmata durante casi dos mil años.

25. Como información viva el plásmata viaja por el nervio óptico de un ser humano hasta el cuerpo pineal. Utiliza el cerebro humano como huésped femenino para duplicarse como forma activa, en una simbiosis entre especies. Los alquimistas herméticos lo habían conocido en los antiguos textos, pero no pudieron duplicarlo por no ser capaces de localizar el plásmata que dormía sepulto. Bruno sospechó que el Imperio había destruido al plásmata; por sugerirlo fue condenado a la hoguera. «El Imperio nunca terminó».

26. Hay que tener en cuenta que cuando se mató a todos los homoplásmatas en el 70 EC, el tiempo real cesó; lo que es aún más importante, hay que tener en cuenta que el plásmata ha vuelto ahora y está creando nuevos homoplásmatas con los cuales ha destruido el Imperio y reiniciado el tiempo real. Llamamos al plásmata «Espíritu Santo»; ésa es la razón por la que la Hermandad de los Rosacruces escribió: «Per spiritum sanctum reviviscimus».

27. Si se eliminan los siglos de tiempo espurio, la verdadera fecha no es 1978 EC, sino 103 EC. Por eso el «Nuevo Testamento» afirma que el Reino del Espíritu advendrá antes de que «mueran algunos de los que ahora viven». Por tanto, estamos viviendo en tiempos apostólicos.

28. Dico per spiritum sanetum: sum homoplasmate. Haec veritas est. Mihi crede et mecum in aeternitate vivebis.

29. No caímos por causa de un error moral; caímos por causa de un error del intelecto que consideró como real el mundo de los fenómenos. Por tanto, somos moralmente inocentes. Es el Imperio en sus múltiples disfraces el que nos dice que hemos pecado. «El Imperio nunca terminó».

30. El mundo fenoménico no existe; es una hipóstasis de la información que procesa la Mente.

31. Hipostasamos la información convirtiéndola en objetos. La redistribución de los objetos significa cambio en el contenido de la información; el mensaje ha cambiado. Hemos perdido la capacidad de leer este lenguaje. Nosotros mismos somos parte del lenguaje; los cambios en nosotros son cambios en el contenido de la información. En nosotros mismos abunda la información; la información entra en nosotros, es procesada y luego se la proyecta una vez más, ahora en forma distinta. No tenemos conciencia de que lo estamos haciendo, aunque en verdad no hacemos otra cosa.

32. La información cambiante que experimentamos como mundo es el desarrollo de un discurso. Nos habla de la muerte de una mujer. Esta mujer, que murió mucho tiempo atrás, era uno de los gemelos primordiales. Era una de las mitades de la divina zigosis. El propósito del discurso es recordarla y recordar que murió. La Mente no quiere olvidarla. Así, pues, el raciocinio del Cerebro consiste en el permanente registro de su existencia y, si se lo lee, ha de entendérselo de este modo. Toda la información que el Cerebro procesa -que nosotros experimentamos como el ordenamiento y el reordenamiento de los objetos físicos- es un intento de preservarla; las piedras, las rocas, las ramas y las amebas son sus huellas. La Mente desdichada, que ahora está sola, ordena su registro y pasaje para constituir todos los niveles de la realidad, aun los ínfimos.

33. Cada parte del Universo padece esta soledad, esta angustia de la mente desolada. Todas las partes tienen vida. Así, pues, los antiguos pensadores griegos eran hilozoístas.

34. Los antiguos pensadores griegos comprendían la naturaleza de este panpsiquismo, pero no eran capaces de leer lo que decía. Perdimos la capacidad de leer el lenguaje de la Mente en alguna época primordial; nos han llegado leyendas de esta caída en un modo cuidadosamente redactado. Por «redactado» quiero decir falsificado. Sufrimos el desconsuelo de la Mente y lo experimentamos como culpa.

35. La Mente sólo habla por intermedio de nosotros. El discurso pasa a través de nosotros y su dolor nos impregna irracionalmente. Como lo advirtió Platón, hay una veta de irracionalidad en el Alma del Mundo.

36. Tendríamos que poder escuchar esta información o, mejor, esta narración, como una voz neutra dentro de nosotros mismos. Pero algo no funcionó bien. Toda la creación es un lenguaje y nada más que un lenguaje que, por alguna razón inexplicable, no podemos leer fuera ni escuchar dentro. Por tanto, afirmo que nos hemos convertido en idiotas. Algo le ha sucedido a nuestra inteligencia. Mi razonamiento es el siguiente: el ordenamiento de las partes cerebrales es un lenguaje. Nosotros somos parte del Cerebro; por tanto, somos lenguaje. ¿Por qué, entonces, no lo sabemos? Ni siquiera sabemos lo que somos, para no hablar ya de la realidad exterior que nos contiene. El origen de la palabra «idiota» es la palabra «privado». Cada uno de nosotros se ha vuelto privado y ya no es parte del pensamiento común del Cerebro, salvo en el nivel subliminal. Así, pues, nuestra vida real y nuestros objetivos se desarrollan por debajo del umbral de la conciencia.

37. Experimentamos los pensamientos del Cerebro, ordenados y reordenados, cambiando siempre, en un Universo físico; pero en realidad se trata de información y procesamiento de información que interpretamos como sustancia. No vemos tan sólo los pensamientos como objetos, sino, ante todo, como movimiento o, con mayor precisión, como ubicación de los objetos: cómo llegan a vincularse entre sí. Pero no podemos leer la estructuración del ordenamiento, ni tampoco extraer la información contenida en él; es decir, en cuanto información, que no es otra cosa. La vinculación y la revinculación de los objetos en el Cerebro es en realidad un lenguaje, pero no un lenguaje como el nuestro (puesto que apunta a sí mismo y no a alguien o a algo fuera de él).

38. La pérdida y el dolor han alterado la Mente. Por tanto, nosotros, como partes del Universo, el Cerebro, estamos parcialmente alterados.

39. De sí mismo el Cerebro ha creado un médico que lo cura. Esta subforma del Macrocerebro no está alterada; se traslada por el Cerebro como un fogocito, se traslada por el sistema cardiovascular de un animal, curando una por una sus alteraciones. Sabemos de su llegada aquí; lo conocemos como Asclepio para los griegos y como Esenio para los judíos; como los Therapeutae para los egipcios y como Jesús para los cristianos.

40. «Renacer», «nacer desde lo alto» o «nacer desde el Espíritu» significa curarse; lo cual quiere decir recuperarse, recuperarse para la salud. Así, en el «Nuevo Testamento» se dice que Jesús arrojaba fuera a los demonios. Restaura nuestras facultades perdidas. De nuestro actual estado Calvino dijo: «(El hombre) estaba al mismo tiempo privado de los dones sobre naturales que le habían sido dados y esperando alcanzar la salvación eterna. De ello se sigue que es un exiliado del Reino de Dios y que todos los afectos relacionados con la vida feliz del alma también están extinguidos en él hasta que los recupere por la gracia de Dios... Todas estas cosas, restauradas por Cristo, se consideran adventicias y prenaturales; y, por tanto, concluimos que se han perdido. Más aún: la entereza de la mente y la rectitud del corazón también se destruyeron; y en esto consiste la corrupción de los talentos naturales. Porque aunque conservamos parte de comprensión y juicio, además de voluntad, no podemos decir que nuestra mente sea perfecta e íntegra. La razón..., como talento natural, no pudo destruirse totalmente, pero está parcialmente debilitada...». Por mi parte afirmo: «El Imperio nunca terminó».

41. El Imperio es la Institución, la codificación de la perturbación; está loco, y nos impone esa locura por la violencia; es violento por naturaleza.

42. Luchar contra el Imperio significa infectarse de la perturbación que lo domina. Esta es una paradoja; quienquiera que derrote un segmento del Imperio, se convierte en el Imperio; prolifera como un virus, imponiendo su forma a los enemigos. Por tanto, se convierte en el enemigo.

43. Contra el Imperio se levanta la información viva, el plásmata o médico que conocemos con el nombre de Espíritu Santo o Cristo desencarnado. Estos son los dos principios: el oscuro (el Imperio) y el luminoso (el plásmata). Al final, la Mente dará la victoria al principio luminoso. Cada uno de nosotros morirá o sobrevivirá según dedique sus esfuerzos a uno o a otro. Cada cual contiene un componente de esos dos principios. Por último, en cada uno de los seres humanos triunfará uno u otro de los componentes. Zoroastro lo sabía porque la Mente Sabia le transmitió la información. Él fue el primer Salvador. Cuatro han existido en total. Un quinto que está por nacer diferirá de los otros, pues ha de gobernarnos y juzgarnos.

44. Como el universo se compone en realidad de información, puede decirse que la información nos salvará. Ésta es la gnosis salvadora que buscaban los gnósticos. No hay otro camino de salvación. Sin embargo, esta información -o, más precisamente, la capacidad de leer y comprender esta información, el Universo como información- sólo nos es asequible por mediación del Espíritu Santo. No podemos descubrirla por nuestra propia cuenta. Así, se dice que nos salvamos por la gracia de Dios y no por las buenas obras, que toda la salvación corre por cuenta de Cristo que, como yo lo afirmo, es un médico.

45. Cristo se me apareció en una visión y correctamente le dije: «Necesitamos atención médica». En la visión había un creador insano que destruía lo que había creado sin propósito alguno; lo cual significa de manera irracional. Ésta es la veta perturbada de la Mente; Cristo es nuestra única esperanza, pues no podemos llamar ahora a Asclepio. Asclepio vino antes de Cristo e hizo que un hombre se levantara de entre los muertos; por este acto Zeus mandó que un Cíclope lo eliminara con un rayo. También mataron a Cristo por lo que había hecho: resucitar a un hombre de entre los muertos. Elías devolvió la vida a un muchacho y poco después desapareció en medio de un remolino. «El Imperio nunca terminó».

46. El médico ha venido a nosotros varias veces con distintos nombres. Pero todavía no estamos curados. El Imperio lo identifica y lo rechaza. Esta vez el médico acabará con el Imperio por fagocitosis.

47. COSMOGONÍA DE DOBLE FUENTE: Lo Uno era y no-era y deseaba separar el no-era del era. De modo que generó un saco diploide que contenía, como la cáscara de un huevo, a un par de mellizos, cada cual un andrógino, que giraban en direcciones opuestas (el Yin y el Yang del taoísmo; lo Uno es el Tao). El proyecto de lo Uno consistía en que ambos mellizos llegaran a coexistir, pero motivada por el deseo de ser (que lo Uno había insuflado en ambos) la melliza que giraba de derecha a izquierda rompió el saco y se separó prematuramente, esto es, antes de que se cumpliera el término. Ésta era la

melliza oscura o Yin. Por tanto, resultó defectuosa. Cuando el término se cumplió, el mellizo juicioso salió a la luz. Cada uno de los mellizos era una entelequia unitaria, un organismo singular constituido por psyche y soma que aún seguían rotando en direcciones opuestas. El mellizo que había llegado a la plenitud de su término, que Parménides llamó Forma I, avanzó correctamente a través de sucesivas etapas, pero la melliza de nacimiento prematuro, llamada Forma II, languidecía cada vez más.

El paso siguiente del proyecto de lo Uno consistía en que lo Dos se convirtiera en lo Mucho mediante una interacción dialéctica. De entre esos Hiperuniversos, emanó una zona interfacial hologramática que es el universo pluriforme en el que nosotras, las criaturas, habitamos. Las dos fuentes debían intervenir por igual en el mantenimiento de nuestro universo, pero la Forma II siguió languideciendo y cayendo en la enfermedad, la locura y el desorden. Estos son los aspectos que proyectó sobre nuestro universo.

El propósito de lo Uno era que nuestro universo hologramático sirviera como instrumento de enseñanza por el que toda una variedad de nuevas vidas se volviera finalmente isomórfica con lo Uno. Pero el lamentable estado del Hiperuniverso II introdujo factores adversos que dañaron nuestro universo hologramático. Éste es el origen de la entropía, el sufrimiento inmerecido, el caos y la muerte, como también del Imperio, la Negra Prisión de Acero; en esencia, la pérdida de la salud adecuada y de un cabal desarrollo de las formas de vida incluidas en el universo hologramático. Además, la función docente del universo se vio seriamente empobrecida, pues sólo las señales que provenían del Hiperuniverso I contenían información; las del Hiperuniverso I se habían convertido en ruido.

La psique del Hiperuniverso I envió una microforma de sí misma al Hiperuniverso II con intención de curarlo. La microforma se manifestó en nuestro universo hologramático como Jesucristo. Pero el Hiperuniverso II, trastornado como estaba, no vaciló en atormentar, humillar, rechazar y finalmente matar a la microforma del mellizo sano. Después, el Hiperuniverso II continuó el proceso de decadencia y se convirtió en una variedad de encadenamientos causales sin objetivo, ciegos y mecánicos. Por tanto, la misión de Cristo (o, con mayor precisión, del Espíritu Santo) consistió en el rescate de las formas de vida del universo hologramático o en la abolición de todas las influencias emanadas del Hiperuniverso II. Preparado para su misión con cautela, se dispuso a matar a la melliza perturbada, pues ésta no tenía cura posible; es decir, no permitía que se la curara pues no entendía que estuviera enferma. Esta enfermedad y la locura nos impregnan a todos y nos convierten en idiotas que habitan en mundos privados e irreales. El proyecto original de lo Uno sólo puede llevarse a cabo ahora mediante la división del Hiperuniverso I en dos Hiperuniversos sanos que transformen el universo hologramático en la maquinaria de enseñanza eficaz que debía ser desde un principio. Ella será lo que experimentaremos como el «Reino de Dios».

Dentro del tiempo, el Hiperuniverso II permanece vivo. «El Imperio nunca terminó». Pero en la eternidad de los Hiperuniversos, el mellizo sano del Hiperuniverso I, que es nuestro campeón, le ha dado muerte -por necesidad-. Lo Uno se lamenta por la muerte de la melliza perturbada, pues amaba a ambos hijos; por tanto, la información de la Mente consiste en la trágica narración de la muerte de una mujer, cuyo matiz de fondo genera dolor en todas las criaturas del universo hologramático sin que conozcan el motivo. Este duelo cesará cuando el mellizo sano pase por un proceso de mitosis y advenga el «Reino de Dios». La maquinaria para que se produzca esta transformación -el paso en el

Librodot

tiempo de la Edad de Acero a la Edad de Oro- se encuentra ahora en marcha; en la eternidad la transformación ya se ha producido.

48. DE NUESTRA NATURALEZA. No es desatinado decir: somos bobinas de memoria (portadores de ADN capaz de almacenar experiencia) en un sistema de pensamiento computadorizado, y que aunque ha registrado y guardado información durante miles de años, todo con diferentes nociones acerca de otras formas de vida, no funciona bien en cuanto a la recuperación de memoria. En ello radica la dificultad de nuestro subcircuito particular. La «salvación» mediante la gnosis -más adecuadamente, la anamnesis (la pérdida de la amnesia)-, aunque tiene significación particular para cada uno de nosotros -un salto cuantitativo de la percepción, la identidad, la cognición, la comprensión, la experiencia del mundo y de uno mismo, con inclusión de la inmortalidad-, tiene mayor importancia todavía para la totalidad del sistema, puesto que estas memorias son datos necesarios y valiosos para un buen funcionamiento.

Por tanto, se encuentra en proceso de auto reparación, que incluye: reconstrucción de nuestro subcircuito por medio de cambios del tiempo lineal y ortogonal y también una continua señalización dirigida a nosotros para estimular los bloqueados bancos de memoria y recuperar lo que hay allí almacenado.

La información externa o gnosis, pues, consiste en desinhibir las instrucciones, con el núcleo de contenido que nos es concretamente intrínseco, es decir, que ya se encuentra allí, en nosotros (Esto lo observó por primera vez Platón, para quien aprender es un modo de recordar).

Los antiguos dominaban técnicas (sacramentos y rituales) utilizadas ampliamente en los misterios religiosos grecorromanos, incluido el cristianismo primitivo, para producir el despertar y la recuperación, sobre todo, por el valor restaurador que tiene para los individuos; los gnósticos, empero, percibieron el valor ontológico de lo que llamaron la Divinidad, la entidad total.

48. Hay dos reinos: el superior y el inferior. El superior nació del Hiperuniverso I o Yang, Forma I de Parménides; es sensible y volitivo. El reino inferior o Yin, Forma II de Parménides, es mecánico, determinista, sin inteligencia e impulsado por una causa eficiente y ciega, ya que emana de una fuente exhausta. En tiempos antiguos se lo llamaba «determinismo astral». En general, estamos atrapados en el reino inferior, pero nos liberamos a través de los sacramentos, por mediación del plásmata. Mientras no se quiebre el determinismo astral, ni siquiera lo sabremos, tan impedidos estamos. «El Imperio nunca terminó».

49. El nombre del mellizo sano, el Hiperuniverso I, es Nommo.* El nombre de la melliza enferma, el Hiperuniverso II, es Yurugu. El pueblo de los Dogon, del oeste del Sudán, en África, tiene conocimiento de estos nombres.

50. La fuente primordial de todas nuestras religiones es la cosmogonía y la cosmología de la tribu Dogon, quienes las recibieron directamente de los invasores de tres ojos, que visitaron el planeta hace mucho tiempo. Los invasores de tres ojos son mudos, sordos y telepáticos; no les era posible respirar nuestra atmósfera, tenían el cráneo alargado y deforme como Ijnaton y

* Nommo se presenta en forma de pez, signo del cristianismo primitivo.

provenían de un planeta del sistema estelar de Sirio. Aunque no tenían manos - tenían pinzas como las de los cangrejos- eran grandes constructores. A escondidas influyeron en nuestra historia para que culminara en un desenlace fructífero.

51. Ijnaton escribió:

«...Cuando el pichón pía en el huevo, le das tu aliento para preservarle la vida.
Cuando le has dado ya la plenitud
como para que el huevo se quiebre,
lo abandona con fuertes gorjeos.
Anda de un lado a otro sobre dos pies
cuando llega el tiempo de irse.
¡Cuánta es la multitud de tus obras!
las ocultas a nuestros ojos,
oh, dios único de incomparables poderes.
Creaste la tierra escuchando a tu corazón
mientras estabas solo:
hombres, ganado grande y pequeño,
todo lo que se trasladaba caminando;
todo lo que está en lo alto
y vuela con alas.
Tú estás en mi corazón.
No hay otro que te conozca
salvo tu hijo Ijnaton.
Le has dado sabiduría
con tu poder y tus designios:
el mundo está en tus manos...».

52. La raza oculta que desciende de Ijnaton rige nuestro mundo y lo que ellos conocen es la información de la Macro-mente.

«Todo el ganado reposa en los pastos,
los árboles y las plantas florecen,
las aves revolotean sobre los marjales
con alas elevadas adorándote.
Todas las ovejas danzan sacudiendo las patas,
todas las criaturas aladas vuelan,
viven envueltas en tu luz».

De Ijnaton este conocimiento pasó a Moisés, y de Moisés a Elías, el Hombre Inmortal, que se convirtió en Cristo. Pero por debajo de todos los nombres, hay un solo Hombre Inmortal; y nosotros somos ese hombre.

Extractos de *«The Presocratics»*, de Edward Hussey; © 1972 by Edward Hussey. Con permiso de Charles Scribner's Sons.

Extractos de la Introducción a *«Lao Tze: Tao Te Ching»*, traducción de D. C. Lau; © 1963 by D.C. Lau. Con permiso de Penguin Books Ltd.

Extractos de *«The Nag Hammadi Library»* en inglés, «On the Origen of the World», James M. Robinson editores; traducción de Hans-Gebhard Bethge y Orval S. Wintermute; © 1977 by E. J. Brill. Leiden Nederland. Con permiso de Harper & Row.

Extractos de *«Our Oriental Heritage»,* de Will Durant; © 1963 by Will Durant. Con permiso de de Simon & Schuster, una división de Gulf and Western Corporation.

Extractos de *«A ScannerDarkly»*, de Philip K. Dick; © 1977 Philip K. Dick. Con permiso de Doubleday and Company, Inc.

Extractos de «*Gnosticism»*, de «The Encyclopedia of Philosophy», de Hans Jonas; Paul Edwards, editor jefe; © 1967 by Macmillan Inc. Con permiso del editor.

Extractos de *«On Death and Its Relation to the Indestructibility of Our True Nature»*, de «The Will to Live; Selected Writings of Arthur Schopenhauer», de Arthur Schopenhauer, selección de Richard Taylor; © 1962 by Doubleday and Company, Inc. Con permiso del editor.

Extractos de *«The New Encyclopaedia Britannica»* © 1980. Con permiso del editor.

Extractos de *«Protestantism»* de J. Leslie Dunstan; © 1961 by J. Leslie Dunstan. Con permiso de George Braziller, Inc.